

Liahona



Discursos de la conferencia general

Los élderes Gavarret, Godoy, Martínez y Wong dieron sus mensajes en su lengua materna



Cristo entre los leprosos, por J. Kirk Richards.

Por medio de Jesucristo, "los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, y los sordos oyen; los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio" (Mateo 11:5).

SESIÓN DEL SÁBADO POR LA MAÑANA

- 4 Bienvenidos a la conferencia
Presidente Thomas S. Monson
- 6 La razón de nuestra esperanza
Presidente Boyd K. Packer
- 9 ¿Hacia dónde miramos?
Élder Lynn G. Robbins
- 12 La Santa Cena: Una renovación
para el alma
Cheryl A. Esplin
- 14 Unidos en el rescate
Élder Chi Hong (Sam) Wong
- 16 Libres para siempre, para actuar
por sí mismos
Élder D. Todd Christofferson
- 20 Cómo recibir un testimonio
de luz y verdad
Presidente Dieter F. Uchtdorf

SESIÓN DEL SÁBADO POR LA TARDE

- 24 El sostenimiento de los Oficiales
de la Iglesia
Presidente Henry B. Eyring
- 25 Amar a los demás y vivir con
las diferencias
Élder Dallin H. Oaks
- 28 José Smith
Élder Neil L. Andersen
- 32 Los padres: Principales maestros
del Evangelio para sus hijos
Tad R. Callister
- 34 Acerquémonos al trono de Dios con
confianza
Élder Jörg Klebingat
- 37 Sí, Señor, ¡yo te seguiré!
Élder Eduardo Gavarret
- 40 ¿No somos todos mendigos?
Élder Jeffrey R. Holland
- 43 Encontrar paz duradera y edificar
familias eternas
Élder L. Tom Perry

SESIÓN DEL SACERDOCIO

- 46 Elijan sabiamente
Élder Quentin L. Cook
- 50 Sé estas cosas por mí mismo
Élder Craig C. Christensen
- 53 La ley del ayuno: Una responsabi-
lidad personal de cuidar del pobre
y del necesitado
Obispo Dean M. Davies

- 56 “¿Soy yo, Señor?”
Presidente Dieter F. Uchtdorf
- 59 El sacerdocio preparatorio
Presidente Henry B. Eyring
- 67 Guiados a salvo a casa
Presidente Thomas S. Monson

SESIÓN DEL DOMINGO POR LA MAÑANA

- 70 Revelación continua
Presidente Henry B. Eyring
- 74 Sostengamos a los profetas
Élder Russell M. Nelson
- 77 Vivir de acuerdo con las palabras
de los profetas
Carol F. McConkie
- 80 La vida eterna es conocer a
nuestro Padre Celestial y a Su Hijo,
Jesucristo
Élder Robert D. Hales
- 83 La Santa Cena y la Expiación
Élder James J. Hamula
- 86 Examina la senda de tus pies
Presidente Thomas S. Monson

SESIÓN DEL DOMINGO POR LA TARDE

- 89 ¡Permanezcan en el bote
y sujétense!
Élder M. Russell Ballard
- 92 Haz del ejercicio de tu fe tu
mayor prioridad
Élder Richard G. Scott
- 96 ¡El Señor tiene un plan
para nosotros!
Élder Carlos A. Godoy
- 99 El libro
Élder Allan F. Packer
- 102 Nuestros ministerios personales
Élder Hugo E. Martínez

- 104 No [traten] con liviandad las
cosas sagradas
Élder Larry S. Kacher
- 107 Vengan y vean
Élder David A. Bednar
- 110 Hasta que nos volvamos a ver
Presidente Thomas S. Monson

SESIÓN GENERAL DE MUJERES

- 111 Preparados de una manera como
nunca se había conocido
Linda K. Burton
- 114 Hijas de Dios bajo convenio
Jean A. Stevens
- 117 Compartir su luz
Neill F. Marriott
- 120 Vivir el Evangelio con gozo
Presidente Dieter F. Uchtdorf
- 64 Autoridades Generales y Oficiales
Generales de La Iglesia de Jesucristo
de los Santos de los Últimos Días
- 124 Índice de relatos de la conferencia
- 125 Noticias de la Iglesia



COMPARTA LA CONFERENCIA GENERAL

Escanee este código de
respuesta rápida (QR) o acuda
a lds.org/go/share1114 a
fin de encontrar vínculos de
redes sociales para compartir
mensajes de la conferencia.



Resumen de la Conferencia General Semestral número 184

SÁBADO POR LA MAÑANA, 4 DE OCTUBRE DE 2014, SESIÓN GENERAL

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Presidente Henry B. Eyring.
Primera oración: Bonnie L. Oscarson.
Última oración: Élder Bradley D. Foster.
Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg y Ryan Murphy, directores; Richard Elliott y Andrew Unsworth, organistas: “Ya rompe el alba”, *Himnos*, Nº 1; “Bandera de Sión”, *Himnos*, Nº 4, arr. por Wilberg, inédito; “Bella Sión”, *Himnos*, Nº 23, arr. por Wilberg, inédito; “Si escucho con el corazón”, DeFord, arr. por Murphy, inédito; “Todo cuanto habita bajo los cielos”, *Hymns*, Nº 90, arr. por Wilberg, inédito.

SÁBADO POR LA TARDE, 4 DE OCTUBRE DE 2014, SESIÓN GENERAL

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Presidente Dieter F. Uchtdorf.
Primera oración: Élder Wilford W. Andersen.
Última oración: Élder Edward Dube.
Música por un coro combinado de estacas ubicadas en Tooele, Grantsville y Stansbury Park, Utah, EE. UU.; Hollie Bevan, directora; Linda Margetts, organista: “Levántate, oh Dios, y brilla”, *Hymns*, Nº 265, arr. por Wilberg, pub. por Oxford; “Yo sé que vive mi Señor”, *Himnos*, Nº 73, arr. por Huff, inédito; “Oh Dios de Israel”, *Himnos*, Nº 5; “Conmigo quédate, Señor”, *Himnos*, Nº 98, arr. por Gates, pub. por Jackman.

SÁBADO POR LA NOCHE, 4 DE OCTUBRE DE 2014, SESIÓN GENERAL DE MUJERES

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Presidente Henry B. Eyring.
Primera oración: Élder Bruce A. Carlson.
Última oración: Élder James B. Martino.
Música por un coro de poseedores del sacerdocio del Centro de Capacitación Misional de Provo; Ryan Eggett y Elmo Keck, directores; Clay Christiansen, organista: “Levantaos, hombres de Dios”, *Hymns*, Nº 324, arr. por Wilberg, inédito; Popurrí misional: “Espero ser llamado a una misión”, *Canciones para los niños*, pág. 91; “Voy a ser valiente”, *Canciones para los niños*, pág. 85; “Llevaremos Su verdad al mundo”, *Canciones para los niños*, pág. 92; “Llamados a servir”, *Canciones para los niños*, pág. 94, arr. por Evans y Eggett, inédito; “Te damos, Señor, nuestras gracias”, *Himnos*, Nº 10; “Oh élderes de Israel”, *Himnos*, Nº 209, arr. por Spiel, inédito.

DOMINGO POR LA MAÑANA, 5 DE OCTUBRE DE 2014, SESIÓN GENERAL

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Presidente Dieter F. Uchtdorf.
Primera oración: Élder Don R. Clarke.
Última oración: Rosemary M. Wixom.
Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg, director; Andrew Unsworth y Clay Christiansen, organistas: “Cantemos loor a Él”, *Hymns*, Nº 70; “Alabemos al Señor con el corazón y la voz”, *Hymns*, Nº 73; “Loor al Profeta”, *Himnos*, Nº 15, arr. por Wilberg, inédito; “Hijos del Señor, venid”, *Himnos*, Nº 26; “Suave y tiernamente”, Thompson, arr. por Wilberg, inédito; “Qué firmes cimientos”, *Himnos*, Nº 40, arr. por Wilberg, inédito.

DOMINGO POR LA TARDE, 5 DE OCTUBRE DE 2014, SESIÓN GENERAL

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Presidente Henry B. Eyring.
Primera oración: Élder David F. Evans.
Última oración: John S. Tanner.
Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg y Ryan T. Murphy, directores; Bonnie Goodliffe y Linda Margetts, organistas: “Jehová aparece en Su gloria”, *Himnos*, Nº 25, arr. por Murphy, inédito; “Cuenta tus bendiciones”, *Himnos*, Nº 157; “Soy un hijo de Dios”, *Himnos*, Nº 196, arr. por Murphy, inédito; “Pedimos hoy por ti”, *Himnos*, Nº 12, arr. por Wilberg, inédito.

SÁBADO POR LA TARDE, 27 DE SEPTIEMBRE DE 2014, SESIÓN GENERAL DE MUJERES

Preside: Presidente Thomas S. Monson.
Dirige: Rosemary M. Wixom.
Primera oración: Dorah Mkhabela.
Última oración: Amy Caroline White.
Coro combinado de miembros de la Primaria, las Mujeres Jóvenes y la Sociedad de Socorro de estacas ubicadas en Magna, Hunter y Taylorsville, Utah; Erin Pike Tall, directora; Linda Margetts, organista: “En este día de gozo y alegría”, *Hymns*, Nº 64, arr. por Tall y Margetts, inédito; “Me encanta ver el templo”, *Canciones para los niños*, pág. 99, interpretada por un coro de niños de Seúl, Corea, arr. por Zabriskie, inédito; Popurrí: “Yo sé que me ama el Salvador”, Bell y Creamer; “Yo sé que vive mi Señor”, *Himnos*, Nº 73, arr. por Tall y Margetts, inédito; “Soy un hijo de Dios”, *Canciones para los niños*, pág. 2, arr. por Zabriskie, inédito; “Mirad a Sión hermosa”, *Hymns*, Nº 41, arr. por Ward, inédito.

DISCURSOS DE LA CONFERENCIA A DISPOSICIÓN DEL PÚBLICO

Para tener acceso a los discursos de la conferencia en varios idiomas, visite conference.lds.org. Luego, seleccione un idioma. Los discursos también están disponibles en la aplicación Biblioteca del Evangelio para dispositivos móviles. Por lo general, las grabaciones en audio estarán disponibles en los centros de distribución seis semanas después de la conferencia. Hay información disponible sobre la conferencia general en formatos accesibles para miembros que tengan discapacidades en disability.lds.org.

MENSAJES DE LOS MAESTROS ORIENTADORES Y DE LAS MAESTRAS VISITANTES

Para los mensajes de los maestros orientadores y de las maestras visitantes, tenga a bien seleccionar un discurso que sea de más beneficio para las personas que visite.

EN LA CUBIERTA

Al frente: Fotografía por Nathaniel Ray Edwards.

Atrás: Fotografía por Leslie Nilsson.

FOTOGRAFÍAS DE LA CONFERENCIA

Las escenas de la conferencia general en Salt Lake City fueron tomadas por Welden C. Andersen, Cody Bell, Janae Bingham, Randy Collier, Weston Colton, Craig Dimond, Nathaniel Ray Edwards, Ashlee Larsen, August Miller, Brian Nicholson, Leslie Nilsson, Matthew Reier, Christina Smith y Byron Warner; en Alexandria, Virginia, EE. UU., por Chance Hammock; en Verona, Wisconsin, EE. UU., por Jenifer Ann Lee; en Peachtree Corners, Georgia, EE. UU., por David Winters; en San Lorenzo, Paraguay, por Rebeca Ríos Benites; en Saipán, Islas Marianas del Norte, por Del Benson; en Cuauhtémoc, México, por Niltza Beatriz Santillán Castillo; en Sobral, Brasil, por Wesley Dias; en Las Piñas, Filipinas, por Daniel Sanchez Labajo Jr.; en Waterford, Irlanda, por Eymard Martin; en Canoas, Brasil, por Michael Morris Jr.; en Bariloche, Argentina, por Josué Peña; y en Ciudad del Cabo, Sudáfrica, por Samantha Scales.



Publicación de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en español.

La Primera Presidencia: Thomas S. Monson, Henry B. Eyring, Dieter F. Uchtdorf

El Quórum de los Doce Apóstoles: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, David A. Bednar, Quentin L. Cook, D. Todd Christofferson, Neil L. Andersen

Editor: Craig A. Cardon

Asesores: Mervyn B. Arnold, Christoffel Golden, Larry R. Lawrence, James B. Martino, Joseph W. Sitati

Director administrativo: David T. Warner

Director de operaciones: Vincent A. Vaughn

Director de Revistas de la Iglesia: Allan R. Loyborg

Gerente administrativo: Garff Cannon

Editor administrativo: R. Val Johnson

Editor administrativo auxiliar: Ryan Carr

Ayudante de publicaciones: Lisa C. López

Redacción y revisión: Brittany Beattie, David Dickson, David A. Edwards, Matthew D. Flitton, Lori Fuller, Garrett H. Garff, LaRene Porter Gaunt, Mindy Anne Leavitt, Michael R. Morris, Sally Johnson Odekirk, Joshua J. Perkey, Jan Pinborough, Richard M. Romney, Paul VanDenBerghe, Marissa Widdison

Director administrativo de arte: J. Scott Knudsen

Director de arte: Tadd R. Peterson

Diseño: Jeanette Andrews, Fay P. Andrus, Mandie M. Bentley, C. Kimball Bott, Thomas Child, Nate Gines, Colleen Hinckley, Susan Lofgren, Eric P. Johnsen, Scott M. Mooy, Mark W. Robison, Brad Teare, K. Nicole Walkenhorst

Coordinadora de Propiedad Intelectual:

Collette Nebeker Aune

Gerente de producción: Jane Ann Peters

Producción: Connie Bowthorpe Bridge, Julie Burdett, Katie Duncan, Bryan W. Gygi, Denise Kirby, Ginny J. Nilson, Gayle Tate Rafferty

Preimpresión: Jeff L. Martin

Director de impresión: Craig K. Sedgwick

Director de distribución: Stephen R. Christiansen

Coordinación de Liahona: Francisco Pineda, Patsy Carroll-Carlini

Distribución:

Corporation of the Presiding Bishop of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints Steinmühlstrasse 16, 61352 Bad Homburg v.d.H., Germany

Información para la suscripción:

Para suscribirse o para cambios de dirección, tenga a bien contactar a servicios al cliente

Teléfono gratuito: 00800 2950 2950

Tel: +49 (0) 6172 4928 33/34

Correo-e: orderseu@ldschurch.org

En línea: store.lds.org

El precio para la suscripción de un año: EUR 5,25 para España; 2,25 para las Islas Canarias y 7,5 para Andorra.

Los manuscritos y las preguntas deben enviarse en línea a liahona.lds.org, por correo a *Liahona*, Room 2420, 50 E. North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150-0024, USA; o por correo electrónico a: liahona@ldschurch.org.

Liahona (un término del Libro de Mormón que significa "brújula" o "director") se publica en albanés, alemán, armenio, bislama, búlgaro, camboyano, cebuano, coreano, croata, checo, chino, chino (simplificado), danés, esloveno, español, estonio, fijiano, finlandés, francés, griego, holandés, húngaro, indonesio, inglés, islandés, italiano, japonés, kiribati, letón, lituano, malgache, marshalés, mongol, noruego, polaco, portugués, rumano, ruso, samoano, suajili, sueco, tagalo, tailandés, tahitiano, tongano, ucraniano, urdu, y vietnamita. (La frecuencia de las publicaciones varía de acuerdo con el idioma.)

© 2014 por Intellectual Reserve, Inc. Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América.

El material de texto y visual de la revista *Liahona* se puede copiar para utilizarse en la línea de hogar, siempre que no sea con fines de lucro. El material visual no se puede copiar si aparecen restricciones en la línea de crédito del mismo. Las preguntas que tengan que ver con este asunto se deben dirigir a Intellectual Property Office, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150, USA; correo electrónico: cor-intellectualproperty@ldschurch.org.

Para los lectores de México: Certificado de Licitud de título número 6988 y Licitud de contenido número 5199, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y revistas ilustradas el 15 de septiembre de 1993. "Liahona" © es nombre registrado en la Dirección de Derechos de Autor con el número 252093. Publicación registrada en la Dirección General de Correos número 100. Registro del S.P.M. 0340294 características 218141210.

For Readers in the United States and Canada:

November 2014 Vol. 38 No. 11. LIAHONA (USPS 311-480) Spanish (ISSN 0885-3169) is published monthly by The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150. USA subscription price is \$10.00 per year; Canada, \$12.00 plus applicable taxes. Periodicals Postage Paid at Salt Lake City, Utah. Sixty days' notice required for change of address. Include address label from a recent issue; old and new address must be included. Send USA and Canadian subscriptions to Salt Lake Distribution Center at the address below. Subscription help line: 1-800-537-5971. Credit card orders (Visa, MasterCard, American Express) may be taken by phone. (Canada Poste Information: Publication Agreement #40017431)

POSTMASTER: Send all UAA to CFS (see DMM 707.4.12.5).

NONPOSTAL AND MILITARY FACILITIES: Send address changes to Distribution Services, Church Magazines, P.O. Box 26368, Salt Lake City, UT 84126-0368, USA.



ÍNDICE DE DISCURSANTES

Andersen, Neil L., 28
Ballard, M. Russell, 89
Bednar, David A., 107
Burton, Linda K., 111
Callister, Tad R., 32
Christensen, Craig C., 50
Christofferson, D. Todd, 16
Cook, Quentin L., 46
Davies, Dean M., 53
Esplin, Cheryl A., 12
Eyring, Henry B., 24, 59, 70
Gavarret, Eduardo, 37
Godoy, Carlos A., 96
Hales, Robert D., 80
Hamula, James J., 83
Holland, Jeffrey R., 40
Kacher, Larry S., 104
Klebingat, Jörg, 34
Marriott, Neill F., 117
Martínez, Hugo E., 102
McConkie, Carol F., 77
Monson, Thomas S., 4, 67, 86, 110
Nelson, Russell M., 74
Oaks, Dallin H., 25
Packer, Allan F., 99
Packer, Boyd K., 6
Perry, L. Tom, 43
Robbins, Lynn G., 9
Scott, Richard G., 92
Stevens, Jean A., 114
Uchtdorf, Dieter F., 20, 56, 120
Wong, Chi Hong (Sam), 14

ÍNDICE DE TEMAS

Activación, 14
Adversidad, 89, 110
Albedrío, 16, 46, 86, 92, 96, 104
Amabilidad, 25, 110
Amor, 25, 80, 102, 120
Apocalipsis, 70, 77, 111
Apostasía, 9, 89
Arrepentimiento, 16, 34
Autosuficiencia, 53
Ayuno, 40, 53
Bautismo, 114
Bendiciones patriarcales, 96
Bienestar, 40, 53
Cambio, 34, 56
Conferencia general, 4, 110
Consejos, 14
Contención, 25
Convenios, 114
Conversión, 37, 56, 104
Dignidad, 67
Dios el Padre, 20, 34, 80, 120
Discipulado, 40, 46, 56, 86, 102, 110
Duda, 104
Ejemplo, 32, 67, 86, 104
Enseñanza, 32
Esperanza, 6
Espiritualidad, 34
Espíritu Santo, 70, 80, 104
Estado físico, 34
Estudio de las Escrituras, 20, 50, 89, 92
Expiación, 6, 12, 16, 34, 83, 92, 107, 117
Familia, 32, 43, 92, 99, 117
Fe, 14, 50, 77, 92
Historia familiar, 99
Humildad, 56
Jesucristo, 6, 9, 12, 14, 16, 20, 25, 37, 43, 46, 67, 77, 80, 83, 86, 92, 102, 107, 117

José Smith, 6, 9, 28, 50, 53, 70, 80, 96
Justicia, 16
Liderazgo, 74
Luz, 20, 117
Mandamientos, 120
Maternidad, 43
Matrimonio, 46, 114
Metas, 46
Misericordia, 6, 16
Noche de hogar, 92
Obediencia, 34, 37, 86, 111
Obra del templo, 92, 99
Obra misional, 4, 37, 107
Oración, 20, 32, 40, 92
Organización de la Iglesia, 74
Orgullo, 56
Paternidad, 43
Perdón, 6, 12, 34
Perspectiva, 56, 96
Plan de Salvación, 16, 86, 96
Preparación, 59, 111
Presión social, 9
Profetas, 9, 70, 74, 77, 89
Rectitud, 46, 67
Respeto, 25
Responsabilidad, 16
Restauración, 28
Sabiduría, 46
Sacerdocio, 67
Sacerdocio Aarónico, 53, 59
Santa Cena, 12, 83
Servicio, 53, 59, 102, 110, 120
Templos, 4, 111, 114, 117
Tentación, 67, 86
Testimonio, 6, 20, 28, 50, 80, 104
Unidad, 14, 80
Valor, 9
Verdad, 20, 25, 107



Por el presidente Thomas S. Monson

Bienvenidos a la conferencia

Al escuchar, que sus palabras nos conmuevan y aumente nuestra fe.

Mis queridos hermanos y hermanas, me complace darles la bienvenida a esta gran conferencia mundial. Estamos congregados en sitios alrededor del mundo para escuchar a hermanos y hermanas a los que hemos sostenido como Autoridades Generales y oficiales generales de la Iglesia, y aprender de ellos. Han procurado la ayuda del cielo respecto a los mensajes que presentarán, y han sentido inspiración respecto a lo que se dirá.

Esta conferencia marca el aniversario número 90 de las transmisiones de la conferencia general por radio. Durante la conferencia de octubre de 1924, las sesiones se transmitieron por radio por primera vez a través de la estación de la Iglesia: KSL. También marca el aniversario número 65 de las transmisiones televisadas de la conferencia. En la conferencia general de octubre de 1949, se televisaron por primera vez las sesiones al área de Salt Lake por la estación KSL.

Reconocemos la bendición de los medios modernos que permiten que millones de miembros de la Iglesia

vean o escuchen la conferencia general. Las sesiones de este fin de semana se transmiten por televisión, radio, cable, satélite e internet, incluso en aparatos móviles.

Durante los seis meses desde que nos reunimos la última vez, se ha dedicado un templo nuevo y rededicado otro. En mayo, el presidente Dieter F. Uchtdorf dedicó el Templo de Fort Lauderdale, Florida. Se presentó una maravillosa celebración cultural el día anterior a la dedicación. Al día siguiente, el domingo 4 de mayo, se dedicó el templo en tres sesiones.

Hace apenas dos semanas, tuve el privilegio de rededicar el Templo de Ogden, Utah, que el presidente Joseph Fielding Smith dedicó originalmente en 1972. El día antes de la dedicación se llevó a cabo una gran celebración cultural, y participaron tantos jóvenes que se hicieron dos presentaciones con jóvenes diferentes en cada una. En total, participaron 16.000 jóvenes. Los servicios de rededicación se realizaron al día siguiente, y participaron muchos de los líderes de la Iglesia, además de líderes de las



organizaciones auxiliares, el presidente del templo, sus consejeros, y sus respectivas esposas.

La construcción de templos sigue adelante. El próximo mes se dedicará el nuevo Templo de Phoenix, Arizona, y el año próximo, en 2015, tenemos previsto dedicar o rededicar por lo menos cinco templos, y quizás más, si se terminan.

Tal como mencioné en abril, cuando se construyan y dediquen todos los



templos ya anunciados, tendremos 170 templos en operación alrededor del mundo. Puesto que estamos concentrando nuestro esfuerzo en terminar los templos previamente anunciados, por ahora no anunciaremos ningún templo nuevo. Sin embargo, en el futuro, conforme identifiquemos necesidades y ubiquemos terrenos, se harán anuncios de templos adicionales.

La Iglesia sigue creciendo. Contamos ahora con más de 15 millones

de miembros y nuestros números aumentan. Nuestra labor misional sigue adelante sin obstáculos. Más de 88.000 misioneros prestan servicio, compartiendo el mensaje del Evangelio por todo el mundo. Reafirmamos que la obra misional es un deber del sacerdocio, y animamos a todos los jóvenes dignos y capaces a prestar servicio. Estamos muy agradecidos por las jóvenes que también prestan servicio. Ellas realizan una contribución importante,

aunque no están bajo el mismo mandato de servir que los hombres.

Ahora les invito a poner atención a los hermanos y hermanas que participarán hoy y mañana en las sesiones de nuestra conferencia. Todos los que han sido asignados a hablar sienten una gran responsabilidad al hacerlo. Al escuchar, que sus palabras nos conmuevan y aumente nuestra fe, lo ruego humildemente; en el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el presidente Boyd K. Packer
Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles

La razón de nuestra esperanza

Un testimonio de la esperanza de la redención es algo que no se puede medir ni contar. Jesucristo es la fuente de esa esperanza.

Hace varios años, mi esposa y yo fuimos a la Universidad de Oxford para buscar registros de mi séptimo tatarabuelo. El Dr. Poppelwell, Director de Christ's College en Oxford, tuvo la bondad de pedirle al archivista de la universidad que trajera los registros. Allí, en el año 1583, encontramos el nombre de mi antepasado, John Packer.

Al año siguiente regresamos a Oxford para hacer entrega de un juego de libros canónicos hermosamente encuadernado para la biblioteca de Christ's College. Al Dr. Poppelwell le pareció un poco inusual; tal vez pensó que no éramos realmente cristianos, así que le pidió al capellán universitario que recibiera los libros.

Antes de entregarle las Escrituras, abrí la Guía temática [en inglés] y le mostré uno de los temas: 18 páginas, en letra pequeña, a espacio sencillo, con referencias para el tema de "Jesucristo". Es una de las recopilaciones más completas de referencias de las Escrituras sobre el tema del Salvador que jamás se ha compendiado en la historia del mundo: un testimonio del Antiguo y el Nuevo

Testamento, del Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio.

"No importa cómo siga estas referencias", le dije, "de lado a lado, hacia arriba o hacia abajo, de libro a libro, tema tras tema, encontrará que son un testimonio constante y armonioso de la divinidad de la misión del Señor Jesucristo, Su nacimiento, Su vida, Sus enseñanzas, Su crucifixión, Su resurrección y Su expiación".

Después de que compartí con el capellán algunas de las enseñanzas del Salvador, el ambiente cambió y él nos dio un recorrido por las instalaciones, incluso de una excavación reciente que revelaba murales de la época de los romanos.

Entre las referencias en la lista de la Guía temática se encuentra ésta del Libro de Mormón: Otro Testamento de Jesucristo: "...predicamos de Cristo, profetizamos de Cristo y escribimos según nuestras profecías, para que nuestros hijos sepan a qué fuente han de acudir para la remisión de sus pecados" (2 Nefi 25:26).

En Sus propias palabras, el Salvador declaró: "...Yo soy el

camino, y la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí" (Juan 14:6).

Y en el Libro de Mormón declaró: "He aquí, yo soy el que fue preparado desde la fundación del mundo para redimir a mi pueblo. He aquí, soy Jesucristo... En mí todo el género humano tendrá vida, y la tendrá eternamente, sí, aun cuantos crean en mi nombre; y llegarán a ser mis hijos y mis hijas" (Éter 3:14).

Hay muchísimas referencias más a lo largo de los libros canónicos que proclaman la función de Jesucristo como el Redentor de todos los que han nacido o nacerán en la mortalidad.

Mediante la expiación de Jesucristo, todos somos redimidos de la Caída del hombre, que ocurrió cuando Adán y Eva participaron del fruto prohibido en el Jardín de Edén, tal como se indica en 1 Corintios: "Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados" (1 Corintios 15:22).

En el Libro de Mormón se enseña: "Porque es necesario que se realice una expiación... o de lo contrario, todo el género humano inevitablemente debe perecer; sí, todos se han endurecido; sí, todos han caído y están perdidos, y [deben perecer] de no ser por la expiación... un gran y postrer sacrificio" (Alma 34:9-10).

Quizá no vivamos vidas perfectas, y por nuestros errores haya castigos, pero antes de venir a la Tierra, acordamos estar sujetos a las leyes de Él y aceptar el castigo por violar esas leyes.

"...por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, "siendo justificados gratuitamente por su gracia mediante la redención que es en Cristo Jesús" (Romanos 3:23-24).

El Salvador efectuó la Expiación, la cual proporciona la manera de quedar limpios. Jesucristo es el Cristo

resucitado. Lo adoramos y lo reconocemos por el dolor que sufrió por nosotros colectivamente y por el dolor que padeció por cada uno de nosotros individualmente, tanto en el Jardín de Getsemaní como en la cruz. Él soportó todo con gran humildad y con una comprensión eterna de Su función y propósito divinos.

Los que se arrepientan y abandonen el pecado hallarán que Su brazo misericordioso está extendido aún. Los que escuchen y presten atención a Sus palabras y a las de Sus siervos escogidos hallarán paz y comprensión aún en medio de gran sufrimiento y pesar. El resultado de Su sacrificio es liberarnos de los efectos del pecado, para que se borre la culpa de todos y sintamos esperanza.

De no haber llevado a cabo la Expiación, no habría redención. Sería difícil vivir en el mundo si nunca fuésemos perdonados por nuestros pecados, si nunca pudiéramos purificarnos y seguir adelante.

La misericordia y la gracia de Jesucristo no se limitan a los que cometen pecados de comisión o de omisión, sino que abarcan la promesa de paz sempiterna para todos los que lo acepten y lo sigan y vivan de acuerdo con Sus enseñanzas. Su misericordia es un gran sanador, aún para las víctimas inocentes.

Recientemente recibí una carta de una mujer que dijo haber padecido gran sufrimiento en la vida. Se había cometido en su contra un gran mal, el cual no especificó pero al que aludió. Aceptó que había luchado con sentimientos de gran amargura. En su enojo, gritó mentalmente: "Alguien tiene que pagar por este terrible mal". Escribió que en ese momento extremo de pesar y de dudas, llegó a su corazón una respuesta inmediata: "Alguien ya pagó".

Si no somos conscientes de lo que el sacrificio del Salvador puede hacer por nosotros, recorreremos la vida lamentándonos por haber hecho algo incorrecto o por haber ofendido a alguien. Se puede eliminar el sentimiento de culpa que acompaña los errores. Si procuramos comprender Su expiación, sentiremos una profunda reverencia por el Señor Jesucristo, por Su ministerio terrenal y por Su divina misión como nuestro Salvador.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días se restauró para difundir por el mundo

el conocimiento de la vida y las enseñanzas del Salvador. Esta gran conferencia se está transmitiendo por satélite en 94 idiomas y a 102 países, pero también está disponible en internet en toda nación donde esté presente la Iglesia. Tenemos más de 3.000 estacas. La fuerza misional de tiempo completo excede los 88.000 y el número total de miembros de la Iglesia supera los 15 millones. Esos números sirven de evidencia de que "la piedra cortada del monte, no con mano" sigue rodando, y con el tiempo llenará "toda la tierra" (D. y C. 65:2).





Saipán, Islas Marianas del Norte

Sin embargo, no importa cuán grande llegue a ser la organización de la Iglesia o cuántos millones de miembros se unan a nuestras filas, no importa a cuántos continentes o países entren nuestros misioneros o cuántos idiomas hablemos, el verdadero éxito del evangelio de Jesucristo se medirá según la fortaleza espiritual de cada uno de sus miembros individualmente. Necesitamos la fortaleza de la convicción que se halla en el corazón de todo discípulo fiel de Cristo.

Un testimonio de la esperanza de la redención es algo que no se puede medir ni contar. Jesucristo es la fuente de esa esperanza.

Procuramos fortalecer el testimonio de los jóvenes y los ancianos, los casados y los solteros. Debemos enseñar el evangelio de Jesucristo a hombres, mujeres y niños, a los de toda raza y nacionalidad, a los ricos y a los pobres. Necesitamos a los conversos recientes y a los que han descendido de pioneros. Debemos buscar a los que se han alejado y ayudarles

a regresar al redil. Requerimos la sabiduría, la perspectiva y la fortaleza espiritual de todos. Cada miembro de esta Iglesia individualmente es un elemento crítico del cuerpo de la Iglesia.

“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo.

“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo...

“Pues tampoco el cuerpo es un solo miembro, sino muchos” (1 Corintios 12:12–14).

Cada miembro sirve como testimonio de la vida y las enseñanzas de Jesucristo. Estamos en guerra con las fuerzas del adversario y cada uno de nosotros es necesario si hemos de tener éxito en la obra que el Señor desea que realicemos.

Tal vez piensen: “¿Qué puedo hacer yo? Soy una sola persona”.

Sin duda José Smith se sintió muy solo a veces. Fue elevado a la grandeza, pero comenzó como

un joven de catorce años que tenía una pregunta: “¿A cuál de todas las iglesias debo unirme?” (véase José Smith—Historia 1:10). La fe de José y su testimonio del Salvador crecieron como debe crecer el nuestro: “línea por línea, precepto por precepto, un poco aquí y un poco allí” (2 Nefi 28:30; véase también D. y C. 128:21). José se arrodilló para orar, y qué cosas tan maravillosas hemos recibido como resultado de esa oración y de la Primera Visión.

Como uno de los Doce Apóstoles, doy testimonio del Señor Jesucristo. Él vive. Él es nuestro Redentor y nuestro Salvador. “Por la Expiación de Cristo, todo el género humano puede salvarse” (Artículos de Fe 1:3). Él preside esta Iglesia. No es ningún extraño para Sus siervos. Al avanzar hacia el futuro con serena confianza, Su Espíritu nos acompañará. No tiene fin Su poder para bendecir y dirigir la vida de los que busquen la verdad y la rectitud. Doy testimonio de Él en el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Lynn G. Robbins
De la Presidencia de los Setenta

¿Hacia dónde miramos?

El tratar de complacer a los demás antes de complacer a Dios es invertir el orden de los primeros dos grandes mandamientos.

“Hacia dónde miras?”. El presidente Boyd K. Packer me sorprendió con esa pregunta desconcertante mientras viajábamos juntos en mi primera asignación como nuevo Setenta. Yo estaba confundido al no tener una explicación para poner la pregunta en contexto. “Un Setenta”, continuó, “no representa al pueblo ante el profeta, sino al profeta ante el pueblo. ¡Nunca te olvides hacia donde miras!”. Fue una lección poderosa.

El tratar de complacer a los demás antes de complacer a Dios es invertir el orden de los *dos primeros grandes mandamientos* (véase Mateo 22:37–39); es olvidar hacia dónde miramos; y sin embargo, todos hemos cometido ese error debido al temor al hombre. En Isaías el Señor nos advierte, “No temáis afrenta de hombre” (Isaías 51:7; véase también 2 Nefi 8:7). En el sueño de Lehi, ese miedo surge debido al *dedo de escarnio* que los señalaba desde el edificio grande y espacioso, provocando que muchos se olvidaran hacia dónde debían mirar y dejaran el árbol “avergonzados” (véase 1 Nefi 8:25–28).

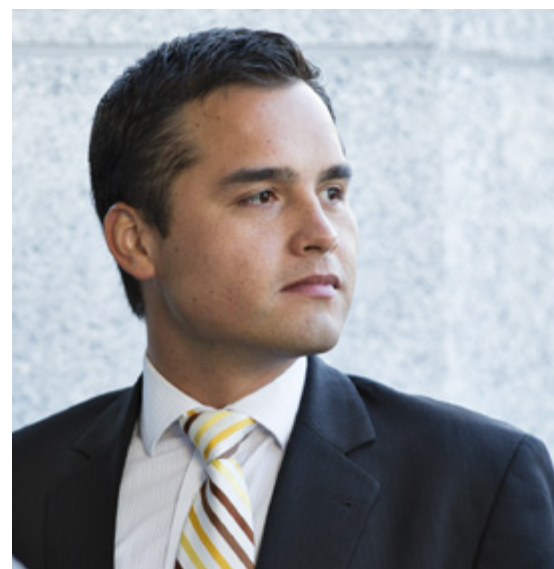
La *presión* social intenta cambiar la actitud de una persona, incluso el comportamiento, haciéndola sentir culpable de ofender a los demás. Buscamos una convivencia respetuosa con quienes nos señalan con el dedo, pero cuando el miedo al hombre nos tienta a justificar el pecado, se convierte en una “trampa” según lo indica el libro de Proverbios (véase Proverbios 29:25). La trampa puede estar astutamente presentada para apelar a nuestro lado compasivo a fin de que toleremos, e incluso aprobemos, algo que ha sido condenado por Dios. Para los de fe débil, esto puede ser una gran piedra de tropiezo. Por ejemplo, algunos misioneros jóvenes llevan ese miedo al hombre al campo misional y no informan a un presidente de misión la desobediencia flagrante de un compañero, debido a que no quieren ofender a su compañero desobediente. Las decisiones que definen el carácter se hacen al recordar el orden correcto de los primeros dos grandes mandamientos (véase Mateo 22:37–38). Cuando estos misioneros confundidos se dan cuenta de que son responsables ante

Dios y no ante sus compañeros, debería darles el valor para *mirar hacia el lado correcto*.

A la joven edad de 22 años, incluso José Smith olvidó hacia dónde miraba cuando repetidamente solicitó al Señor que permitiera a Martin Harris tomar prestadas 116 páginas del manuscrito. Quizás José quería demostrar gratitud a Martin por su apoyo. Sabemos que José estaba extremadamente ansioso de que otros testigos lo apoyaran contra las preocupantes falsedades y mentiras que se esparcían sobre él.

Cualesquiera hayan sido las razones de José, o cuán justificadas parezcan, el Señor no las justificó y lo reprendió severamente: “...con cuánta frecuencia has transgredido... y has seguido las persuasiones de los hombres. Pues he aquí, no debiste haber *temido* más al hombre que a Dios” (D. y C. 3:6–7; cursiva agregada). Esta conmovedora experiencia ayudó a José a recordar, para siempre, hacia dónde miraba.

Quando las personas tratan de *quedar bien* con los hombres, involuntariamente *quedan mal* con Dios.



El pensar que se puede complacer a Dios y al mismo tiempo justificar la desobediencia de los hombres no es neutralidad sino duplicidad, o tener *dos caras* o tratar de “servir a dos señores” (Mateo 6:24; 3 Nefi 13:24).

Mientras que ciertamente se necesita valor para enfrentar los peligros, el verdadero signo de valentía es superar el temor a los hombres. Por ejemplo, las oraciones de Daniel lo ayudaron a enfrentar a los leones, pero su verdadera valentía estuvo en desafiar al rey Darío (véase Daniel 6). Esa clase de valentía es un don del Espíritu dado a los *temerosos de Dios* que han hecho sus oraciones. Las oraciones de la reina Ester también le dieron ese valor para confrontar a su esposo, el rey Asuero, sabiendo que arriesgaba su vida al hacerlo (véase Ester 4:8–16).

La valentía no es sólo una de las virtudes básicas, sino como observó C. S. Lewis: “...el valor es... la forma de todas las virtudes en su punto de prueba... Pilatos fue piadoso hasta que resultó arriesgado”¹. El rey Herodes estaba afligido ante el pedido de decapitar a Juan el Bautista pero quería complacer “[a] los que estaban juntamente con él a la mesa” (Mateo 14:9). El rey Noé estaba listo para liberar a Abinadí hasta que la presión social de sus sacerdotes malvados lo hizo flaquear (véase Mosíah 17:11–12). El rey Saúl desobedeció la palabra del Señor al guardar los botines de guerra debido a que “[temió] al pueblo y [consintió] a la voz de ellos” (1 Samuel 15:24). Para apaciguar al Israel rebelde a los pies del Monte Sinaí, Aarón hizo un becerro de oro, olvidándose hacia donde debía mirar (véase Éxodo 32). Muchos de los gobernantes del Nuevo Testamento “creyeron en [el Señor]; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres

que la gloria de Dios” (Juan 12:42–43). Las Escrituras están llenas de esos ejemplos.

Escuchen ahora algunos ejemplos inspiradores:

- En primer lugar, Mormón: “He aquí, hablo con valentía, porque tengo autoridad de Dios; y *no temo* lo que el hombre haga, porque el amor perfecto desecha todo temor” (Moroni 8:16; cursiva agregada).
- Nefi: “De modo que no escribo las cosas que agradan al mundo, sino las que agradan a Dios y a los que no son del mundo” (1 Nefi 6:5).
- Capitán Moroni: “He aquí, soy Moroni, vuestro capitán en jefe. No busco poder, sino que trato de abatirlo. No busco los honores del mundo, sino la gloria de mi Dios y la libertad y el bienestar de mi país” (Alma 60:36).

Moroni tuvo tal valor al recordar hacia dónde miraba que de él se dijo: “Si todos los hombres hubieran sido, y fueran y pudieran siempre ser como Moroni, he aquí, los poderes mismos del infierno se habrían sacudido para siempre; sí, el diablo jamás tendría

poder sobre el corazón de los hijos de los hombres” (Alma 48:17).

Los profetas de todas las épocas han estado bajo el ataque del dedo de escarnio. ¿Por qué? Según las Escrituras es porque “los culpables hallan la verdad dura, porque los hiere hasta el centro” (1 Nefi 16:2), o como lo dijo el presidente Harold B. Lee: “¡Pájaro herido revolotea!”². Su desdenosa reacción es, en realidad, la culpa tratando de mitigarse; como con Korihor, quien al final admitió: “yo siempre he sabido que había un Dios” (Alma 30:52). Korihor era tan convincente en su engaño que llegó a creer su propia mentira (véase Alma 30:53).

Los despectivos siempre acusan a los profetas de no vivir en el siglo XXI o de ser intolerantes. Intentan persuadir o incluso presionar a la Iglesia para que rebaje las normas de Dios al nivel de su propio comportamiento inapropiado, el cual, en las palabras del élder Neal A. Maxwell, “llevará a que nos sintamos satisfechos en lugar de esforzarnos por mejorar³ y a arrepentirnos”. El rebajar las normas del Señor al nivel del comportamiento social inapropiado es apostasía. Muchas de las iglesias entre los nefitas, dos siglos después de que el Salvador los visitara, comenzaron a “bajar el nivel” de la doctrina, como dice el élder Holland⁴.

Mientras escuchan este pasaje de 4 Nefi, busquen las similitudes con nuestros días: “Y sucedió que cuando hubieron transcurrido doscientos diez años, ya había en la tierra un gran número de iglesias; sí, había muchas iglesias que profesaban conocer al Cristo, y sin embargo, negaban la mayor parte de su evangelio, de tal modo que toleraban toda clase de iniquidades, y administraban lo que era sagrado a quienes les estaba prohibido por motivo de no ser dignos” (4 Nefi 1:27).





¡“Déjà vu” en los últimos días! Algunos miembros no se dan cuenta de que están cayendo en la misma trampa cuando abogan para que se acepten las “tradiciones de sus padres” (D. y C. 93:39) locales o étnicas que no están en armonía con la cultura del Evangelio. Incluso otros, engañándose a sí mismos y en negación, ruegan o exigen que los obispos bajen las normas exigidas para las recomendaciones del templo, las recomendaciones para una institución académica o para los misioneros. No es fácil ser obispo bajo ese tipo de presión; sin embargo, como el Salvador, quien limpió el templo para defender la santidad del mismo (véase Juan 2:15–16), los obispos hoy en día son llamados a defender con valentía las normas del templo. Fue el Salvador quien dijo: “...me manifestaré a mi pueblo en misericordia... si mi pueblo guarda mis mandamientos y no profana esta santa casa” (D. y C. 110:7–8).

El Salvador, nuestro gran Ejemplo, siempre miraba a Su Padre. Él amó y sirvió a Su prójimo, pero dijo: “No recibo gloria de los hombres” (Juan 5:41). Él quería que aquellos a quienes enseñaba lo siguieran, pero no buscó favorecerlos. Cuando Él efectuaba un acto de caridad, como curar a los enfermos, esa dádiva a menudo venía

con el pedido de “no lo digas a nadie” (Mateo 8:4; Marcos 7:36; Lucas 5:14; 8:56). En parte, eso era para evitar la fama que lo seguía, a pesar de Sus esfuerzos por evitarlo (véase Mateo 4:24). Él condenó a los fariseos por hacer buenas obras sólo para que los vieran los hombres (véase Mateo 6:5).

El Salvador, el único ser perfecto que haya existido, fue el más valiente. En Su vida, se enfrentó a muchos que lo acusaban, pero nunca cedió ante el dedo de escarnio. Él es la única persona que nunca olvidó hacia donde miraba: “...porque yo hago *siempre* lo que [al Padre] le agrada” (Juan 8:29; cursiva agregada) y “no busco mi voluntad, sino la voluntad del Padre, que me envió” (Juan 5:30).

Entre 3 Nefi, capítulo 11 y 3 Nefi, capítulo 28, el Salvador usó el título *Padre* al menos unas 150 veces, dejando en claro a los nefitas que Él estaba allí representando a Su Padre; y desde el capítulo 14 al 17 de Juan, el Salvador se refiere al Padre al menos unas 50 veces. De toda manera posible, Él fue el discípulo perfecto de Su Padre. Representaba a Su Padre de manera tan perfecta, que conocer al Salvador era también conocer al Padre. El ver al Hijo era como ver al Padre (véase Juan 14:9); y escuchar

al Hijo era como escuchar al Padre (véase Juan 5:36). En esencia, no se lo podía distinguir a Él de Su Padre; Su Padre y Él eran uno (véase Juan 17:21–22). Él sabía perfectamente hacia dónde miraba.

Ruego que Su inspirador ejemplo nos fortalezca contra las trampas de los halagos de los demás o de la vanidad personal; que nos dé el valor de nunca tener miedo ni tratar de complacer a quienes nos intimidan; que nos inspire a andar haciendo el bien lo más anónimamente posible y a no “[aspirar] tanto a los honores de los hombres” (D. y C. 121:35); y que Su incomparable ejemplo nos ayude siempre a recordar *cuál* es “el primero y grande mandamiento” (Mateo 22:38). Cuando los demás demanden aprobación desafiando los mandamientos de Dios, que siempre recordemos de quién somos discípulos y hacia dónde miramos; es mi oración. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. C. S. Lewis, *Cartas del diablo a su sobrino*, carta XXIX.
2. Harold B. Lee, *Mine Errand from the Lord: Selections from the Sermons and Writings of Boyd K. Packer*, 2008, pág. 356.
3. Neal A. Maxwell, “El arrepentimiento”, *Liahona*, enero de 1992, pág. 36.
4. Jeffrey R. Holland, “El llamado a ser como Cristo”, *Liahona*, junio de 2014, pág. 35.



Por Cheryl A. Esplin

Segunda Consejera de la Presidencia General de la Primaria

La Santa Cena: Una renovación para el alma

El Espíritu sana y renueva nuestra alma. La bendición prometida de la Santa Cena es que “siempre [podremos] tener su Espíritu [con nosotros]”.

En una ocasión, un grupo de jovencitas me preguntó: “¿Qué le hubiera gustado saber cuando tenía nuestra edad?”. Si respondiera a esa pregunta ahora, les diría: “Cuando tenía su edad me hubiera gustado entender mejor la importancia de la Santa Cena; quisiera haber entendido la Santa Cena de la forma en que el élder Jeffrey R. Holland la describió. Él dijo: ‘Una de las invitaciones inherentes de la ordenanza de la Santa Cena es que sea una verdadera experiencia espiritual, una santa comunión, una renovación del alma’¹”.

¿De qué manera puede ser la Santa Cena “una verdadera experiencia espiritual, una santa comunión, una renovación del alma” cada semana?

La Santa Cena se convierte en una experiencia que nos fortalece cuando escuchamos las oraciones sacramentales y nos volvemos a comprometer a cumplir nuestros convenios. Para hacerlo, debemos estar dispuestos a tomar sobre nosotros el nombre de

Jesucristo². Refiriéndose a esa promesa, el presidente Henry B. Eyring enseñó: “Eso significa que tenemos que considerarnos como que le pertenecemos; lo colocamos en el primer lugar de nuestra vida; deseamos lo que Él desea y no lo que nosotros queremos o lo que el mundo nos enseña que debemos ambicionar”³.

Cuando tomamos la Santa Cena, también hacemos convenios de “recordarle siempre”⁴. La noche antes de ser crucificado, Cristo reunió a Sus



apóstoles e instituyó la Santa Cena. Partió pan, lo bendijo y dijo: “Tomad, comed; esto es en memoria de mi cuerpo, el cual doy en rescate por vosotros”⁵. Luego tomó un vaso de vino, dio gracias, se lo dio a Sus apóstoles para tomar y dijo: “...esto es en memoria de mi sangre... que es derramada por cuantos crean en mi nombre”⁶.

Entre los nefitas, y también al restaurar Su Iglesia en los últimos días, repitió que debemos tomar la Santa Cena en memoria de Él⁷.

Al participar de la Santa Cena, testificamos a Dios que recordaremos a Su Hijo siempre y no sólo durante la breve ordenanza de la Santa Cena. Eso significa que constantemente acudiremos al ejemplo y las enseñanzas del Salvador para guiar nuestros pensamientos, decisiones y actos⁸.

La oración sacramental también nos recuerda que debemos “guardar sus mandamientos”⁹.

Jesús dijo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos”¹⁰. La Santa Cena nos da una oportunidad para la introspección y para volcar nuestro corazón a la voluntad de Dios. La obediencia a los mandamientos trae el poder del Evangelio a nuestra vida, así como mayor paz y espiritualidad.

La Santa Cena brinda un momento para una experiencia realmente espiritual al reflexionar en el poder redentor y habilitador del Salvador por medio de Su expiación. Hace poco, una líder de las Mujeres Jóvenes supo de la fortaleza que recibimos al esforzarnos por participar de la Santa Cena de manera reflexiva. A fin de completar un requisito del Progreso Personal, se puso la meta de concentrarse en las palabras de los himnos y de las oraciones sacramentales.

Cada semana llevaba a cabo una autoevaluación durante la Santa Cena. Recordaba los errores que había

cometido y se comprometía a mejorar la próxima semana. Estaba agradecida de poder hacer las cosas bien y llegar a ser limpia. Viendo la experiencia en retrospectiva, dijo: “Estaba poniendo en práctica la parte de la Expiación que corresponde al arrepentimiento”.

Un domingo, después de su auto-evaluación, empezó a sentirse triste y pesimista. Podía ver que estaba cometiendo los mismos errores una y otra vez, semana tras semana. Pero luego tuvo la clara impresión de que estaba dejando de lado una parte importante de la Expiación: el poder habilitador de Cristo. Estaba olvidando todas las ocasiones en que el Salvador la ayudó a ser quien necesitaba ser y a prestar servicio más allá de su propia capacidad.

Con eso en mente, reflexionó nuevamente sobre la semana anterior. Ella dijo: “Un sentimiento de gozo irrumpió en mi melancolía al observar que Él me había dado muchas oportunidades y habilidades. Noté con gratitud la habilidad que tuve de reconocer la necesidad de mi hijo aun cuando no era obvia. Observé que un día en que sentía que no había tiempo para una cosa más, pude ofrecer palabras de fortaleza a una amiga. También había demostrado paciencia en una situación que normalmente producía en mí el efecto contrario”.

Finalizó diciendo: “Al agradecer a Dios el poder habilitador del Salvador en mi vida, me sentí mucho más optimista en cuanto al proceso de arrepentimiento que estaba tratando de aplicar y contemplé la siguiente semana con renovada esperanza”.

El élder Melvin J. Ballard enseñó la manera en que la Santa Cena puede ser una experiencia que sana y purifica. Él dijo:

“¿Quién de nosotros no ha herido en alguna forma su espíritu por

medio de la palabra, el pensamiento o la acción, de domingo a domingo? Ciertamente es que hacemos cosas que lamentamos y por las cuales deseamos ser perdonados... El medio para obtener el perdón... [es] arrepentirnos de nuestros pecados e ir a aquellos a quienes hayamos ofendido y obtener su perdón; después, debemos acudir a la mesa sacramental donde, si hemos seguido con toda sinceridad los pasos del arrepentimiento, seremos perdonados y la cura espiritual se verificará en nuestra alma...”

“Soy testigo”, dijo el élder Ballard, “de que en la administración de la Santa Cena hay presente un Espíritu que entibia el alma de pies a cabeza; se siente que las heridas del espíritu se cicatrizan y la carga se levanta. Todo aquel que es digno y tiene un verdadero deseo de participar de este alimento espiritual recibe consuelo y felicidad”¹¹.

Nuestra alma herida puede ser sanada y renovada no sólo porque el pan y el agua nos recuerdan el sacrificio del Salvador, de Su carne y de Su sangre, sino porque los emblemas también nos recuerdan que Él siempre será nuestro “pan de vida”¹² y “agua viva”¹³.

Tras administrar la Santa Cena a los nefitas, Jesús dijo:

“El que come de este pan, come de mi cuerpo para su alma; y el que bebe de este vino, bebe de mi sangre para su alma; y su alma nunca tendrá hambre ni sed, sino que será llena.

“Y cuando toda la multitud hubo comido y bebido, he aquí, fueron llenos del Espíritu”¹⁴.

Con esas palabras, Cristo nos enseña que el Espíritu sana y renueva nuestra alma. La bendición prometida de la Santa Cena es que “siempre [podremos] tener su Espíritu [con nosotros]”¹⁵.



Quando participo de la Santa Cena, en ocasiones me viene a la mente un cuadro que representa al Salvador resucitado con los brazos extendidos, como si estuviera listo para recibirnos en Su amoroso abrazo. Me encanta ese cuadro. Cuando pienso en él durante la bendición y el reparto de la Santa Cena, mi alma se eleva puesto que casi puedo escuchar las palabras del Salvador: “He aquí, mi brazo de misericordia se extiende hacia vosotros; y a cualquiera que venga, yo lo recibiré; y benditos son los que vienen a mí”¹⁶.

Los poseedores del Sacerdocio Aarónico representan al Salvador cuando preparan, bendicen y reparten la Santa Cena. Cuando un poseedor del sacerdocio extiende el brazo para ofrecernos los emblemas sagrados, es como si el Salvador mismo estuviera extendiendo Su brazo de misericordia, invitando a cada uno de nosotros a participar de los preciosos dones de amor que se ponen a nuestra disposición mediante Su sacrificio expiatorio: los dones del arrepentimiento, el perdón, el consuelo y la esperanza¹⁷.

Cuanto más meditemos sobre el significado de la Santa Cena, más sagrada y significativa será para nosotros. Fue eso lo que un padre de 96 años

expresó a su hijo cuando éste le preguntó: “Papá, ¿por qué vas a la Iglesia? No puedes ver ni escuchar, y te es difícil trasladarte de un lugar a otro. ¿Por qué vas a la Iglesia?”. El padre contestó: “Por la Santa Cena. Voy a participar de la Santa Cena”.

Ruego que cada uno de nosotros vaya a la reunión sacramental preparado para tener “una verdadera experiencia espiritual, una santa comunión, una renovación de [nuestra] alma”¹⁸.

Sé que nuestro Padre Celestial y nuestro Salvador viven. Agradezco la oportunidad que la Santa Cena nos brinda de sentir Su amor y participar del Espíritu. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Jeffrey R. Holland, *Christ and the New Covenant: The Messianic Message of the Book of Mormon*, 1997, pág. 283.
2. Véase Doctrina y Convenios 20:77.
3. Véase de Henry B. Eyring, “Para que seamos uno”, *Liahona*, julio de 1998, pág. 73.
4. Doctrina y Convenios 20:77, 79.
5. Traducción de José Smith, Mateo 26:22 (en Selecciones de la traducción de José Smith).
6. Traducción de José Smith, Mateo 26:24 (en Selecciones de la traducción de José Smith); véanse también Mateo 26:26–28; Marcos 14:22–24; Lucas 22:15–20.
7. Véanse 3 Nefi 18:7, 11; Doctrina y Convenios 20:75.
8. Véase “¿Cómo puedo guardar mis convenios con el fin de recordar siempre al Salvador?”, curso de estudio *Ven, sígueme* de la Escuela Dominical; lds.org/youth/learn/ss/ordinances-covenants/remember; *Leales a la Fe: Una referencia del Evangelio*, 2004, págs. 176–178.
9. Doctrina y Convenios 20:77.
10. Juan 14:15.
11. Melvin J. Ballard, en Melvin R. Ballard, *Melvin J. Ballard: Crusader for Righteousness*, 1966, págs. 132–133.
12. Juan 6:48.
13. Juan 4:10.
14. 3 Nefi 20:8–9.
15. Doctrina y Convenios 20:77.
16. 3 Nefi 9:14.
17. Agradezco a Ann Madsen por su perspectiva en cuanto a este principio.
18. Jeffrey R. Holland, *Christ and the New Covenant*, pág. 283.



Por el élder Chi Hong (Sam) Wong
De los Setenta

Unidos en el rescate

Para poder ayudar al Salvador, debemos trabajar juntos, unidos y en armonía. Todos, en cualquier puesto, en cualquier llamamiento, son importantes.

Con frecuencia escuchamos al presidente Thomas S. Monson hablar de “nuestra responsabilidad de rescatar”¹. Recuerdo un relato en el Nuevo Testamento; es una ilustración perfecta de cómo los miembros y los misioneros pueden trabajar juntos por medio de los consejos de barrio para buscar y rescatar. Se encuentra en Marcos 2:1–5. Me parece que los ejemplos que Jesucristo usó para enseñarnos ciertas doctrinas o principios son siempre muy inspiradores y fáciles de entender.

Uno de los personajes en este relato es un hombre paralítico, alguien que no se podía mover sin la ayuda de otros. Este hombre sólo podía quedarse en casa a la espera de ser rescatado.

En nuestros días sería así: Cuatro personas están cumpliendo con una tarea de su obispo de visitar, en su casa, a un hombre que está enfermo con parálisis. Lo puedo ver, una de ellas es de la Sociedad de Socorro, otra es del quórum de élderes, otra del Sacerdocio Aarónico y, al final, pero no menos importante, un misionero de tiempo completo. En el consejo de barrio más reciente, después de comentar acerca de las necesidades del barrio, el obispo les ha dado tareas de “rescate”. Esas cuatro personas fueron asignadas para ayudar a ese hombre que sufre de parálisis. No pueden esperar a que venga por sí mismo a la Iglesia. Tienen que ir a su casa y visitarlo; deben buscarlo, y así lo hicieron. El hombre fue llevado ante Jesús.





“Entonces vinieron a él unos trayendo un paralítico, que era cargado entre cuatro” (Marcos 2:3).

Sin embargo, el cuarto estaba muy lleno; no podían pasarlo por la puerta. Estoy seguro de que intentaron todo lo que se les ocurrió, pero simplemente no pudieron. Las cosas no sucedieron tan fácilmente como pensaban; había algunos obstáculos en su camino para poderlo “rescatar”, pero no se dieron por vencidos. No dejaron al paralítico junto a la puerta; se reunieron en consejo y juntos pensaron lo que deberían hacer —cómo podrían llevar al hombre hasta Cristo para que lo sanara. El trabajo para ayudar a Jesucristo a salvar almas, al menos para ellos, no fue muy difícil. Idearon un plan —no era fácil, pero lo llevaron a cabo.

“Y como no podían acercarse a él a causa del gentío, destaparon el techo de donde él estaba y, haciendo una abertura, bajaron el lecho en que yacía el paralítico” (Marcos 2:4).

Lo subieron al techo. Como no había una escalera para trepar, les tomó un buen rato para que todos subieran. Supongo que sucedió así: el joven de su barrio quizás subió al techo primero. Como era joven

y lleno de energía, no creo que le haya sido difícil. El maestro orientador, su compañero del quórum de líderes y el misionero de tiempo completo alto y fuerte lo empujaron desde abajo. La hermana de la Sociedad de Socorro les decía que tuvieran cuidado y los animó. Los hombres quitaron una parte del techo mientras la hermana seguía dando consuelo al enfermo que esperaba ser sanado; poder moverse por sí solo y quedar libre.

Esta tarea de rescate necesitaba que todos trabajaran juntos. En el momento crucial, necesitarían una buena coordinación para poder bajar al enfermo desde el techo. Los cuatro tendrían que trabajar unidos y en armonía. No podía haber discordia entre ellos. Tendrían que bajar al paralítico al mismo tiempo. Si uno soltaba la cuerda antes que los otros tres, el hombre caería de su lecho. No se podía sostener por sí solo debido a su condición debilitada.

Para poder ayudar al Salvador, debemos trabajar juntos en unidad y armonía. Todos, en cualquier llamamiento, en cualquier puesto, son importantes. Debemos estar unidos en nuestro Señor Jesucristo.

Finalmente, el enfermo fue colocado ante Jesús. “Y al ver Jesús la fe

de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados” (Marcos 2:5). Jesucristo mostró misericordia y lo curó —no sólo física sino también espiritualmente: “Hijo, tus pecados te son perdonados.” ¿No es maravilloso? ¿No nos gustaría que eso nos sucediera a todos nosotros? Ciertamente a mí sí.

¿Conocemos a alguien en nuestra vida que esté afligido con parálisis espiritual? ¿Alguien que no puede regresar a Cristo por sí mismo? Él o ella puede ser uno de nuestros hijos, uno de nuestros padres, un cónyuge o un amigo.

Con tantos misioneros de tiempo completo ahora disponibles en cada unidad de la Iglesia, sería sabio que los obispos y presidentes de rama usaran mejor sus consejos de barrio y rama. El obispo puede invitar a cada miembro del consejo de barrio a traer una lista con los nombres de aquellos que puedan necesitar ayuda; los miembros del consejo de barrio se reunirían para hallar la mejor forma de ayudar y los obispos escucharían atentamente todas las ideas y darían asignaciones.

Los misioneros de tiempo completo son un gran recurso para los barrios en estos esfuerzos de rescate. Son jóvenes

y están llenos de energía. Les encanta tener una lista con los nombres de personas con las cuales trabajar. Gozan al trabajar con los miembros del barrio. Ellos saben que éstas son grandes oportunidades de búsqueda. Están dedicados a establecer el reino del Señor. Tienen un fuerte testimonio de que serán como Cristo cuando participen en estos esfuerzos de rescate.

En conclusión, permítanme compartir con ustedes un tesoro adicional escondido en este relato de las Escrituras. Se encuentra en el versículo 5: “Y al ver Jesús la fe *de ellos* (cursiva agregada). Yo no lo había notado antes: *la fe de ellos*. Nuestra fe unida también influirá en el bienestar de otros.

¿Quiénes eran aquellas personas que Jesús mencionó? Podrían ser los cuatro que cargaron la camilla del paralítico, el paralítico mismo, las personas que oraron por él y todos los que estaban escuchando las palabras de Jesús y pidiendo calladamente en sus corazones que se hiciera el milagro. También podría incluir a un cónyuge, a un padre, a un hijo o a una hija, un misionero, un presidente de quórum, una presidenta de la Sociedad de Socorro, un obispo o un amigo lejano. Todos podemos ayudarnos unos a otros. Debemos estar anhelosamente consagrados en buscar a aquellos que necesitan ser rescatados.

Testifico que Jesucristo es un Dios de milagros. Jesucristo nos ama a todos y tiene el poder para salvar y sanar, tanto física como espiritualmente. Cuando le ayudamos en Su misión de salvar almas, nosotros mismos seremos rescatados en el proceso. Esto lo testifico en Su sagrado nombre, aún Jesucristo. Amén. ■

NOTE

1. Por ejemplo, véase de Thomas S. Monson, “Nuestra responsabilidad de rescatar”, *Liahona*, octubre de 2013, pág. 4.



Por el élder D. Todd Christofferson
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Libres para siempre, para actuar por sí mismos

La voluntad de Dios es que seamos hombres y mujeres libres, capaces de elevarnos a nuestro pleno potencial, tanto temporal como espiritualmente.

La obra de William Shakespeare *La vida del rey Enrique V* incluye una escena nocturna en el campamento de soldados ingleses en Azincourt, poco antes de la batalla con el ejército francés. En la penumbra, y parcialmente disfrazado, el rey Enrique deambula entre sus soldados, sin que lo reconozcan. Habla con ellos, intentando sopesar la moral de sus tropas, tan inferiores en número; y debido a que no se dan cuenta de quién es, ellos son francos en sus comentarios. En una de esas conversaciones, se ponen a filosofar en cuanto a quién es responsable por lo que les suceda a los hombres en la batalla: el rey o cada soldado individualmente.

En un momento dado, el rey Enrique declara: “Paréceme que en ningún lugar moriría más contento que en el regimiento del rey, siendo justa su causa”.

Michael Williams contesta: “Eso es más de lo que sabemos”.

Su compañero asiente: “Sí, o más de lo que desearíamos saber; porque nos

basta saber que somos súbditos del rey; si su causa es injusta, nuestra obediencia al rey nos absuelve de culpa”.

Williams añade: “Pero si la causa no es justa, el mismo rey tendrá cuentas pesadas que echar”.

Como es lógico, el rey Enrique discrepa: “Todo súbdito debe obediencia al rey, pero el alma de cada súbdito es suya”¹.

Shakespeare no trata de resolver ese debate en la obra y, de alguna manera, es un debate que continúa hasta nuestros días: ¿quién es responsable de lo que nos suceda en la vida?

Cuando las cosas marchan mal, existe la tendencia de culpar a los demás, incluso a Dios. A veces surge la idea de que se tiene derecho a ciertos privilegios, y las personas o los grupos intentan pasar la responsabilidad por su bienestar a otras personas o a los gobiernos. Con respecto a los asuntos espirituales, algunos suponen que los hombres y las mujeres no tienen que esforzarse por lograr la rectitud

personal ya que Dios nos ama y nos salva “tal y como somos”.

No obstante, Dios espera que Sus hijos actúen de acuerdo con el albedrío moral que les ha dado “para que todo hombre responda por sus propios pecados en el día del juicio”². Es Su plan y Su voluntad que sea nuestra la función principal de tomar decisiones para nuestra vida. Dios no vivirá nuestra vida por nosotros, ni nos controlará como si fuéramos Sus marionetas, como Lucifer lo propuso una vez. Tampoco Sus profetas aceptarán la función de “maestros de marionetas” en lugar de Dios. Brigham Young declaró: “No deseo que ningún Santo de los Últimos Días, ni en este mundo ni en el cielo, esté satisfecho con lo que yo haga, a menos que el Espíritu del Señor Jesucristo, el espíritu de revelación, se lo haga sentir. Deseo que sepan por ellos mismos y entiendan por sí mismos”³.

De modo que Dios no nos salva “tal y como somos”; primero, porque “tal y como somos” no somos limpios y “ninguna cosa inmunda puede morar... en su presencia; porque en el lenguaje de Adán, su nombre es Hombre de Santidad, y el nombre de su Unigénito es el Hijo del Hombre [de Santidad]”⁴; y segundo, Dios no hará nada para que lleguemos a ser algo que no demos querer ser mediante nuestras acciones. Él verdaderamente nos ama, y porque nos ama, no nos obliga ni nos abandona; en cambio, Él nos ayuda y nos guía. Efectivamente, la verdadera manifestación del amor de Dios son Sus mandamientos.

Debemos regocijarnos —y lo hacemos— en el plan ordenado por Dios que nos permite tomar decisiones para actuar por nosotros mismos y experimentar las consecuencias, o como lo expresan las Escrituras, “[probar] lo amargo para [que sepamos] apreciar lo



bueno”⁵. Estamos eternamente agradecidos de que la expiación del Salvador haya vencido el pecado original a fin de que naciésemos en este mundo y no fuésemos castigados por la transgresión de Adán⁶. Por tanto, habiendo sido redimidos de la Caída, empezamos la vida siendo inocentes ante Dios y “[quedamos] libres para siempre, discerniendo el bien del mal, para actuar por [nosotros] mismos, y no para que se actúe sobre [nosotros]”⁷. Podemos elegir llegar a ser la clase de persona que queramos, y con la ayuda de Dios, puede ser que lleguemos a ser como Él es⁸.

El evangelio de Jesucristo abre el sendero a lo que podemos llegar a ser. Mediante la expiación de Jesucristo y Su gracia, nuestros intentos fallidos por vivir la ley celestial de manera perfecta y constante en la vida mortal se pueden borrar y podemos cultivar cualidades cristianas. Sin embargo, la justicia exige que nada de esto ocurra sin nuestro consentimiento voluntario y nuestra participación. Siempre ha sido así. Nuestra presencia misma en la Tierra como seres físicos es el resultado de una decisión que cada uno de nosotros tomó de participar en el plan de nuestro Padre⁹. Por lo tanto, la salvación no es solamente el resultado de un capricho divino; pero tampoco ocurre por voluntad divina únicamente¹⁰.

La justicia es un atributo esencial de Dios. Podemos tener fe en Dios porque Él es perfectamente digno de confianza. En las Escrituras se nos enseña que “Dios no anda por vías torcidas, ni se vuelve a la derecha ni a la izquierda,

ni se aparta de lo que ha dicho; por tanto, sus sendas son rectas y su vía es un giro eterno”¹¹, y que “Dios no hace acepción de personas”¹². Confiamos en la divina cualidad de la justicia para así tener fe, confianza y esperanza.

Sin embargo, debido a que Dios es perfectamente justo, hay algunas cosas que no puede hacer: no puede ser arbitrario y salvar a algunos y expulsar a otros; Él “no [puede] considerar el pecado con el más mínimo grado de tolerancia”¹³; no puede permitir que la misericordia robe a la justicia¹⁴.

Una evidencia contundente de la justicia de Dios es que Él ha establecido el principio de la misericordia para acompañarla. Debido a que Él es justo, ha concebido los medios para que la misericordia desempeñe su función indispensable en nuestro destino eterno. De modo que “la justicia ejerce todos sus derechos, y también la misericordia reclama cuanto le pertenece”¹⁵.

Sabemos que son “...los padecimientos y la muerte de aquel que no pecó, en quien [el Padre se complació]... la sangre de [Su] Hijo que fue derramada”¹⁶ lo que satisface las exigencias de la justicia, extiende misericordia y nos redime¹⁷. Aun así, “según la justicia, el plan de redención no podía realizarse sino de acuerdo con las condiciones del arrepentimiento”¹⁸. Es el requisito del arrepentimiento y la oportunidad de arrepentirnos lo que permite que la misericordia lleve a cabo su labor sin destruir la justicia.

Cristo no murió para salvar indiscriminadamente, sino para brindarnos la oportunidad de arrepentirnos.



Dependemos de confiar “íntegramente en los méritos de aquel que es poderoso para salvar”¹⁹ en el proceso del arrepentimiento; pero hacer lo necesario para arrepentirse es un cambio que requiere que ejercitemos nuestra propia voluntad. De modo que al hacer del arrepentimiento una condición para recibir el don de la gracia, Dios nos permite retener la responsabilidad por nosotros mismos. El arrepentimiento respeta y apoya nuestro albedrío moral: “Y así la misericordia satisface las exigencias de la justicia, y ciñe a los hombres con brazos de seguridad; mientras que aquel que no ejerce la fe para arrepentimiento queda expuesto a las exigencias de toda la ley de la justicia; por lo tanto, únicamente para aquel que tiene fe para arrepentimiento se realizará el gran y eterno plan de la redención”²⁰.

Una cosa es el no comprender la justicia y la misericordia de Dios, y otra es negar la existencia o la supremacía de Dios; pero ambas resultarán en que logremos algo menos, a veces mucho menos, que nuestro potencial completo y divino. Un Dios que no exige nada tiene la misma función que la de un Dios que no existe. Un mundo sin Dios, el Dios viviente que establece las leyes morales para gobernar y perfeccionar a Sus hijos, es también un mundo

sin absoluta verdad ni justicia; es un mundo donde reina el relativismo moral.

El relativismo significa que cada persona es su propia autoridad suprema. Naturalmente, no son sólo los que niegan a Dios quienes aceptan esta filosofía; algunos que creen en Dios aún piensan que son ellos, individualmente, quienes deciden qué es lo correcto y lo incorrecto. Un joven lo expresó de esta manera: “No creo que pueda decir que el hinduismo, el catolicismo o el ser episcopal sea un error; creo que sólo depende de lo que uno crea... No creo que exista lo correcto y lo incorrecto”²¹. Otro joven, cuando se le preguntó en cuanto a la base de sus creencias religiosas, contestó: “Soy yo mismo... en realidad se reduce a eso, porque ¿cómo se podría ejercer autoridad sobre lo que uno cree?”²².

A aquellos que creen que cualquier cosa o todas las cosas podrían ser ciertas, la declaración de la verdad objetiva, estable y universal les parece coerción: “No se me debe obligar a creer que algo que no sea de mi agrado es verdadero”. Pero eso no cambia la realidad. Rechazar la ley de gravedad no evitará que una persona caiga si se tira a un precipicio. Sucede lo mismo con la ley eterna y la justicia. La libertad no se obtiene al oponernos

a ella, sino al ponerla en práctica. Eso es fundamental con respecto al poder de Dios. Si no fuera por la realidad de las verdades fijas e inmutables, el don del albedrío no tendría sentido, ya que no seríamos capaces de prever y calcular las consecuencias de nuestras acciones. Como lo expresó Lehi: “Y si decís que no hay ley, decís también que no hay pecado. Si decís que no hay pecado, decís también que no hay rectitud. Y si no hay rectitud, no hay felicidad. Y si no hay rectitud ni felicidad, tampoco hay castigo ni miseria. Y si estas cosas no existen, Dios no existe. Y si no hay Dios, nosotros no existimos, ni la tierra; porque no habría habido creación de cosas, ni para actuar ni para que se actúe sobre ellas; por consiguiente, todo se habría desvanecido”²³.

En asuntos tanto temporales como espirituales, la oportunidad de asumir la responsabilidad personal es un don que Dios nos ha concedido, sin el cual no podemos alcanzar nuestro pleno potencial como hijas e hijos de Dios. La responsabilidad personal se convierte en un derecho así como en un deber que debemos defender constantemente, ya que ha sido objeto de ataques desde antes de la Creación. Debemos defender esa responsabilidad ante las personas y los programas que

(a veces con las mejores intenciones) nos convierten en seres dependientes; y debemos defenderla contra nuestras propias tendencias a evitar el trabajo que se requiere para cultivar talentos, habilidades y un carácter cristiano.

Se cuenta la historia de un hombre que sencillamente no quería trabajar; quería que se hicieran cargo de él en todo aspecto. A su modo de pensar, la Iglesia o el gobierno, o ambos, le debían su subsistencia ya que él había pagado impuestos y diezmos. No tenía que comer, pero se negaba a trabajar para mantenerse a sí mismo. En desesperación e indignación, aquellos que habían intentado ayudarlo decidieron que, en vista de que él no hacía lo más mínimo para cuidar de sí mismo, no quedaba más que llevarlo al cementerio y dejarlo morir. En camino al cementerio, un hombre dijo: “No podemos hacer esto. Yo tengo unas mazorcas de maíz que puedo darle”.

Así que, se lo dijeron al hombre en cuestión, y éste preguntó: “¿Les han quitado las hojas?”.

Bariloche, Argentina



Le respondieron que no.

“Entonces”, dijo, “sigan adelante”.

La voluntad de Dios es que seamos hombres y mujeres libres, capaces de elevarnos a nuestro pleno potencial, tanto temporal como espiritualmente, a fin de que nos libremos de las limitaciones humillantes de la pobreza y de la esclavitud del pecado, que tengamos respeto por nosotros mismos y seamos independientes, y que estemos preparados en todas las cosas para unirnos a Él en Su reino celestial.

Sé perfectamente que eso no lo podemos lograr sólo mediante nuestros esfuerzos, sin Su ayuda constante y significativa. “Sabemos que es por la gracia por la que nos salvamos, después de hacer cuanto podamos”²⁴, y no necesitamos alcanzar un mínimo nivel de capacidad o bondad antes de que Dios nos ayude; la ayuda divina puede ser nuestra cada hora de cada día, sin importar en dónde estemos en el camino de la obediencia. Pero sé que más allá de desear Su ayuda, debemos esforzarnos, arrepentirnos

y elegir a Dios para que Él pueda actuar en nuestra vida de acuerdo con la justicia y el albedrío moral. Mi súplica es simplemente que asumamos la responsabilidad y nos pongamos a trabajar a fin de que haya algo como base para que Dios pueda ayudarnos.

Doy testimonio de que Dios el Padre vive, de que Su Hijo Jesucristo es nuestro Redentor, y que el Santo Espíritu está presente con nosotros. No hay duda del deseo que Ellos tienen de ayudarnos, y de que Su capacidad para hacerlo es infinita. “[Despertemos y levantémonos] del polvo... [para que] se cumplan los convenios que el Padre Eterno [nos] ha hecho”²⁵. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. William Shakespeare, *The Life of King Henry V*, Acto 4, Escena 1, líneas 127–129, 131–137, 183–185.
2. Doctrina y Convenios 101:78.
3. Brigham Young, “Sermon”, *Deseret News*, 31 de octubre de 1855, pág. 267; citado en Terry y Fiona Givens, *The Crucible of Doubt: Reflections on the Quest for Faith*, 2014, pág. 63.
4. Moisés 6:57.
5. Moisés 6:55.
6. Véase Artículos de Fe 1:2; véanse también 2 Nefi 2:25; Moisés 6:53–56.
7. 2 Nefi 2:26; véase también Doctrina y Convenios 93:38.
8. Véase 3 Nefi 12:48; 27:27; véanse también Romanos 8:16–17; Doctrina y Convenios 84:37–38.
9. Véanse Apocalipsis 12:7–9; Doctrina y Convenios 29:36–38; Moisés 4:3–4.
10. Véase Doctrina y Convenios 93:29–31.
11. Doctrina y Convenios 3:2.
12. Hechos 10:34.
13. Doctrina y Convenios 1:31.
14. Véase Alma 42:25.
15. Alma 42:24.
16. Doctrina y Convenios 45:4.
17. Véase Mosiah 15:9.
18. Alma 42:13; cursiva agregada.
19. 2 Nefi 31:19.
20. Alma 34:16.
21. De Christian Smith, *Souls in Transition: The Religious and Spiritual Lives of Emerging Adults*, 2009, pág. 156.
22. De Smith, *Souls in Transition*, pág. 156.
23. 2 Nefi 2:13.
24. 2 Nefi 25:23.
25. Véase Moroni 10:31.



Por el presidente Dieter F. Uchtdorf
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Cómo recibir un testimonio de luz y verdad

Su testimonio personal de luz y verdad no sólo los bendecirá a ustedes y a su posteridad aquí en la vida terrenal, sino que también los acompañará por toda la eternidad.

Como piloto de aerolíneas, volé muchas horas a través de continentes y océanos durante la oscuridad de la noche. Al mirar el cielo nocturno desde la ventana de mi cabina, en especial la Vía Láctea, a menudo me maravillaba de la inmensidad y la profundidad de las creaciones



Al mirar el cielo nocturno, con frecuencia me maravillaba de la inmensidad y la profundidad de las creaciones de Dios.

de Dios, lo que en las Escrituras se describe como “incontables mundos”¹.

Hace menos de un siglo que la mayoría de los astrónomos suponían que nuestra galaxia, la Vía Láctea, era la única galaxia en el universo². Ellos suponían que todo lo que había más allá de nuestra galaxia era un inmenso vacío, un hueco infinito —vacío, frío y carente de estrellas, de luz y de vida.

Cuando los telescopios se volvieron más sofisticados —entre ellos los telescopios que se podían lanzar al espacio— los astrónomos comenzaron a comprender una verdad espectacular, casi incomprensible: el universo es mucho más increíblemente grande de lo que cualquiera había creído antes, y los cielos están llenos de innumerables galaxias inmensamente lejos de nosotros, y cada una de ellas contiene cientos de billones de estrellas³.

En un corto período, nuestro entendimiento del universo cambió para siempre.

Hoy en día podemos ver algunas de esas galaxias lejanas⁴.

Sabemos que están ahí.

Han estado allí por mucho tiempo.

Pero antes de que la humanidad tuviera instrumentos lo suficientemente poderosos para acumular luz celestial y hacer posible el ver estas galaxias, no creíamos que tal cosa era posible.

La inmensidad del universo no cambió de repente, sino nuestra habilidad para ver y entender esta verdad cambió radicalmente; y con esa luz mayor, se introdujo a la humanidad a panoramas gloriosos que nunca antes nos habíamos imaginado.

Es difícil para nosotros creer lo que no podemos ver

Supongamos que pudiesen viajar en el tiempo y mantener una conversación con personas que vivieron hace mil o incluso cien años. Imagínense tratando de describirles algunas de las tecnologías modernas que ustedes y yo consideramos normales hoy. Por ejemplo, ¿qué pensarían esas personas de nosotros si les contáramos historias de aviones Jumbo, hornos de microondas, dispositivos manuales que contienen vastas bibliotecas digitales y videos de nuestros nietos que instantáneamente compartimos con millones de personas en todo el mundo?

Algunas personas quizás nos creerían; la mayoría nos ridiculizaría, se opondrían o incluso quizás buscarían hacernos callar o hacernos daño. Algunas podrían intentar aplicar la lógica, el razonamiento y los hechos como los conocen para demostrar que estamos equivocados, que somos insensatos o incluso peligrosos. Podrían condenarnos por intentar confundir a los demás.

Pero por supuesto, estas personas estarían completamente equivocadas. Podrían tener buenas intenciones y ser sinceras; quizás tengan la absoluta



certeza de que su opinión es correcta; pero simplemente no podrían ver con claridad porque no han recibido todavía la luz de verdad más completa.

La promesa de luz

Parece ser un rasgo humano el suponer que estamos en lo correcto incluso cuando estamos equivocados. Y, si ése es el caso, ¿qué esperanza hay para nosotros? ¿Estamos destinados a naufragar sin rumbo en un océano de información contradictoria, varados en una balsa que tan débilmente hemos construido con nuestras propias tendencias?

¿Es posible encontrar la verdad?

El propósito de mis palabras es proclamar el mensaje de gozo que Dios mismo —Jehová de los ejércitos, que conoce toda la verdad— ha dado a Sus hijos la promesa de que pueden conocer la verdad por sí mismos.

Por favor, consideren la importancia de esta promesa:

El Dios Sempiterno y Omnipotente, el Creador de este vasto universo, hablará a quienes se acerquen a Él con un corazón sincero y verdadera intención.

Él les hablará a ellos en sueños, visiones, pensamientos y sentimientos.

Él hablará de una manera que es inconfundible y que trasciende la experiencia humana. Él les dará guía divina y respuestas para su vida personal.

Por supuesto, habrá quienes se burlen y digan que tal cosa es imposible, que si hubiera un Dios, Él tendría mejores cosas que hacer que escuchar y responder la oración de una persona.

Pero yo les digo lo siguiente: Dios se interesa por ustedes. Él escuchará y responderá sus preguntas personales. Las respuestas a sus oraciones vendrán a la manera de Él y en Su propio tiempo y, por lo tanto, necesitan aprender a escuchar Su voz. Dios desea que encuentren el camino de regreso a Él; y el Salvador es el camino⁵. Dios quiere que ustedes aprendan acerca de Su Hijo Jesucristo, y que sientan la paz y el gozo profundos que vienen de seguir el camino del discipulado divino.

Mis queridos amigos, hay un experimento bastante sencillo, con una garantía de Dios, que se encuentra en un antiguo pasaje de Escrituras disponible a cada hombre, mujer y niño que desee ponerla a prueba:

Primero: Deben buscar la palabra de Dios. Eso significa leer las Escrituras y estudiar las palabras de los profetas

antiguos como de los modernos con respecto al evangelio restaurado de Jesucristo, no con la intención de dudar o criticar, sino con un deseo sincero de descubrir la verdad. Mediten sobre las cosas que sientan y preparen sus mentes para recibir la verdad⁶; “aunque no sea más que un deseo de creer, dejad que este deseo obre en vosotros... hasta... que deis cabida a una porción de [las palabras de Dios]”⁷.

Segundo: Deben considerar, meditar y esforzarse valientemente por creer⁸, y estar agradecidos por lo misericordioso que ha sido el Señor con Sus hijos desde los tiempos de Adán hasta nuestros días al proporcionarnos profetas, videntes y reveladores que dirigen Su Iglesia y nos ayudan a encontrar el camino de regreso a Él.

Tercero: Deben pedir al Padre Celestial, en el nombre de Su Hijo Jesucristo, que les manifieste la verdad de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Pidan con un corazón sincero y con verdadera intención, teniendo fe en Cristo⁹.

También hay un *cuarto* paso, que el Salvador mismo nos indicó: “El que quiera hacer la voluntad de [Dios] conocerá si la doctrina es de Dios o

si yo hablo por mí mismo”¹⁰. En otras palabras, cuando traten de comprobar la verdad de principios del Evangelio, primero deben vivirlos. Pongan a prueba en su propia vida la doctrina del Evangelio y las enseñanzas de la Iglesia. Háganlo con verdadera intención y fe perdurable en Dios.

Si hacen estas cosas, tienen la promesa de Dios —que está obligado por Su palabra¹¹— de que Él les manifestará la verdad por el poder del Espíritu Santo. Él les otorgará mayor luz que les permitirá ver a través de la oscuridad y ser testigos de panoramas inimaginablemente gloriosos e incomprensibles a la vista humana.

Algunos pueden decir que los pasos son muy difíciles o que no valen la pena el esfuerzo; pero yo diría que este testimonio personal del Evangelio y de la Iglesia es más importante que cualquier cosa que puedan obtener en esta vida; no sólo los bendecirá y guiará durante su vida terrenal, sino que también tendrá un impacto en su vida por toda la eternidad.

Las cosas del Espíritu sólo se pueden entender mediante el Espíritu

Los científicos tuvieron dificultad para entender la amplitud del

universo hasta que los instrumentos se volvieron lo suficientemente sofisticados como para recoger más luz a fin de que ellos pudieran entender una verdad más completa.

El apóstol Pablo enseñó un principio paralelo con respecto al conocimiento espiritual. “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios”, escribió a los corintios, “porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”¹².

En otras palabras, si quieren reconocer una verdad espiritual, deben usar los instrumentos correctos. No pueden llegar a un entendimiento de una verdad espiritual con instrumentos que no la pueden detectar.

El Salvador nos ha dicho en nuestros días: “Lo que es de Dios es luz; y el que recibe luz y persevera en Dios, recibe más luz, y esa luz se hace más y más resplandeciente hasta el día perfecto”¹³.

Cuanto más volcamos nuestro corazón y mente hacia Dios, más luz celestial se destila sobre nuestra alma; y cada vez que voluntaria y sinceramente procuramos esa luz, indicamos a Dios nuestra disposición para recibir más luz. Gradualmente, las cosas que

antes parecían confusas, oscuras y lejanas se vuelven claras, brillantes y conocidas para nosotros.

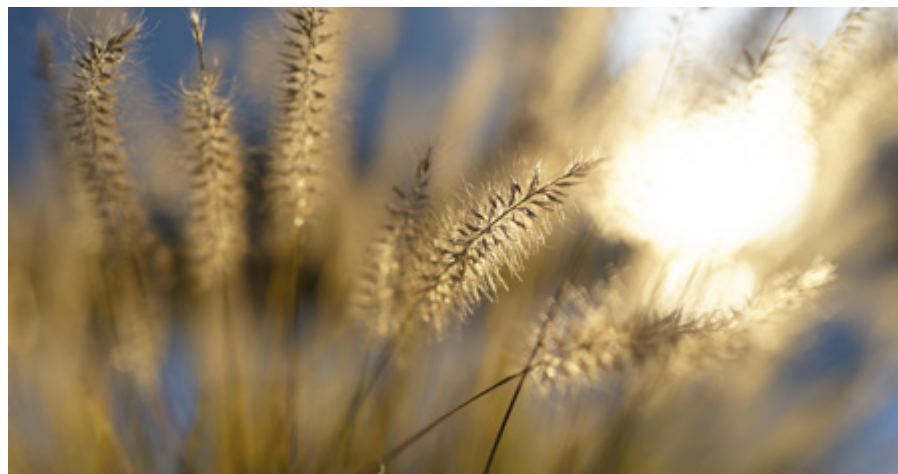
De la misma manera, si nos privamos de la luz del Evangelio, nuestra propia luz comienza a atenuarse —no en un día ni en una semana, sino gradualmente, a través del tiempo— hasta que miramos hacia atrás y no podemos entender por qué alguna vez creímos que el Evangelio era verdadero. Es posible que nuestro conocimiento previo parezca insensato porque lo que alguna vez era tan claro, nuevamente se volvió borroso, confuso y lejano.

Es por eso que Pablo insistía tanto en que el mensaje del Evangelio es locura para quienes están pereciendo, “pero [para quienes] se salvan... es poder de Dios”¹⁴.

No hay una prueba decisiva

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es un lugar para personas con toda clase de testimonios. Hay algunos miembros de la Iglesia cuyo testimonio es seguro y arde fuertemente dentro de ellos. Otros aún están esforzándose por saber por sí mismos. La Iglesia es un hogar para que vengan todos, sin importar la profundidad ni la estatura de nuestro testimonio. En las puertas de nuestros centros de reuniones no hay carteles que digan: “Su testimonio debe ser así de fuerte para poder entrar”.

La Iglesia no es sólo para personas perfectas sino que es para que todos “vengan a Cristo y sean perfectos en él”¹⁵. La Iglesia es para personas como ustedes y yo. La Iglesia es un lugar de bienvenida y de instrucción, no un lugar de separación ni de crítica. Es un lugar donde tendemos la mano para alentar, elevar y sostenernos el uno al otro al seguir nuestra búsqueda personal de la verdad divina.



Al final, todos somos peregrinos buscando la luz de Dios al viajar por el sendero del discipulado. No condenamos a los demás por la cantidad de luz que puedan tener o no tener; más bien, nutrimos e incentivamos toda luz hasta que sea clara, brillante y verdadera.

Una promesa para todos

Reconozcamos que la mayoría de las veces el obtener un testimonio no es una tarea que toma un minuto, una hora o un día. No es algo que se logra una vez y ya está. El proceso de reunir luz espiritual es una búsqueda de toda la vida.

Su testimonio del Hijo de Dios viviente y Su Iglesia restaurada, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, puede que no llegue tan pronto como lo desean, pero les prometo esto: si hacen su parte, llegará. Y será glorioso.

Les expreso mi testimonio personal de que la verdad espiritual llenará su corazón y traerá luz a su espíritu; les revelará inteligencia pura acompañada de un gozo maravilloso y una paz celestial. He experimentado esto por mí mismo por el poder del Espíritu Santo.

Como se promete en las Escrituras antiguas, la innegable presencia del Espíritu de Dios hará que canten la canción del amor que redime¹⁶, que eleven sus ojos al cielo en alabanzas al Hijo del Dios Altísimo, su Refugio, su Esperanza, su Protector, su Padre. El Salvador prometió que si buscan, encontrarán¹⁷.

Testifico que esto es verdad. Si buscan la verdad de Dios, aquella que ahora puede parecer tenue, borrosa y distante, gradualmente se revelará y aclarará, y llegará a ser algo preciado para ustedes mediante la luz de la gracia de Dios; y se les revelarán panoramas espirituales gloriosos, inimaginables al ojo humano.



Es mi testimonio que esta luz espiritual está al alcance de cada hijo de Dios. Iluminará su mente, traerá sanación a su corazón y gozo a sus días. Mis queridos amigos, por favor no demoren el momento de procurar y fortalecer su testimonio personal de la obra divina de Dios, aun la obra de luz y verdad.

Su testimonio personal de luz y verdad no sólo los bendecirá a ustedes y a su posteridad aquí en la vida terrenal, sino que también los acompañará por toda la eternidad, entre los mundos sin fin. De esto testifico y les dejo mi bendición, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Moisés 1:33.
2. Véase Marcia Bartusiak, *The Day We Found the Universe*, 2009, XII. Siempre me sorprende que podemos estar tan seguros de nuestras conclusiones. A veces nuestra seguridad es tan grande que suponemos que conocemos toda la verdad que existe. Por ejemplo: “Simon Newcomb, el decano de la astronomía estadounidense de finales del siglo XIX, comentó en la dedicación

de un observatorio en 1887 que ‘en lo que concierne a la astronomía... parece que rápidamente nos acercamos a los límites de nuestro conocimiento... El resultado es que la labor que realmente ocupa la atención del astrónomo no es tanto el descubrir cosas nuevas, sino el trabajar en aquellas que ya se conocen” (Bartusiak, pág. XV).

3. Es interesante considerar Moisés 1:33, 35 bajo la luz de este descubrimiento “reciente”. El libro de Moisés en La Perla de Gran Precio fue revelado al profeta José Smith en junio de 1830, casi un siglo antes de que Edwin Hubble anunciara su descubrimiento de galaxias lejanas.
4. Véase, por ejemplo, Hubble Heritage Image Gallery en heritage.stsci.edu/gallery/gallery.html.
5. Véase Juan 14:6.
6. Véase 3 Nefi 17:3.
7. Alma 32:27.
8. Véase Doctrina y Convenios 67:3.
9. Véase Moroni 10:3–5.
10. Juan 7:17; véanse también Salmos 25:14; Juan 3:21.
11. Véase Doctrina y Convenios 82:10.
12. 1 Corintios 2:14.
13. Doctrina y Convenios 50:24.
14. 1 Corintios 1:18.
15. Moroni 10:32; véase también Doctrina y Convenios 20:59.
16. Véase Alma 5:26.
17. Véase Doctrina y Convenios 88:63.



Por el presidente Henry B. Eyring
Primer Consejero de la Primera Presidencia

El sostenimiento de los Oficiales de la Iglesia

Se propone que sostengamos a Thomas Spencer Monson como profeta, vidente y revelador y presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; a Henry Bennion Eyring, como Primer Consejero de la Primera Presidencia; y a Dieter Friedrich Uchtdorf, como

Segundo Consejero de la Primera Presidencia.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Los que estén en contra, si los hay, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a Boyd Kenneth Packer como

Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles y a los siguientes como miembros de ese quórum: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, David A. Bednar, Quentin L. Cook, D. Todd Christofferson y Neil L. Andersen.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Si hay opuestos, pueden indicarlo.

Se propone que sostengamos a los consejeros de la Primera Presidencia y a los Doce Apóstoles como profetas, videntes y reveladores.

Todos los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Contrarios, si los hay, con la misma señal.

Se propone que relevemos y agradezcamos por su distinguido servicio a los élderes Carlos H. Amado y a William R. Walker como miembros del Primer Quórum de los Setenta y se les designe como Autoridades Generales eméritas.

Los que deseen unirse a nosotros para expresar gratitud por su devoto servicio, tengan a bien manifestarlo.

Los élderes Arayik V. Minasyan y Gvido Senkans han sido relevados como Setentas de Área. Se propone que les expresemos nuestro voto de agradecimiento por su servicio.

Todos los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Se propone que sostengamos a todas las demás Autoridades Generales, Setentas de Área y presidencias generales de las organizaciones auxiliares tal como están constituidas actualmente.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Alguien en contra, puede manifestarlo.

Gracias, hermanos y hermanas por su fe y oraciones a nuestro favor. ■





Por el élder Dallin H. Oaks
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Amar a los demás y vivir con las diferencias

Como seguidores de Cristo debemos vivir en paz con los demás que no compartan nuestros valores ni acepten las enseñanzas basadas en ellos.

I.

En los últimos días de Su ministerio terrenal, Jesús dio a Sus discípulos lo que Él llamó “un mandamiento nuevo” (Juan 13:34). Ese mandamiento, que repitió tres veces, era sencillo pero difícil: “Que os améis los unos a los otros, como yo os he amado” (Juan 15:12; véase también el versículo 17). La enseñanza de amarse los unos a los otros había sido una enseñanza esencial del ministerio del Salvador. El segundo grande mandamiento era “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:39). Jesús incluso enseñó: “Amad a vuestros enemigos” (Mateo 5:44). Pero el mandamiento de *amar a los demás tal como Él había amado a Su rebaño* fue para Sus discípulos —y lo es para nosotros— un desafío singular. “De hecho”, el abril pasado el presidente Thomas S. Monson nos enseñó, “el amor es la esencia misma del Evangelio, y Jesucristo es nuestro ejemplo. Su vida fue un legado de amor”¹.

¿Por qué es tan difícil sentir amor cristiano los unos por los otros? Es difícil porque debemos vivir entre aquellos que no comparten nuestras creencias, valores y obligaciones de

los convenios. En Su gran oración intercesora, que hizo poco antes de Su crucifixión, Jesús oró por Sus seguidores: “Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Juan 17:14). Después, suplicó al Padre: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal” (versículo 15).

Debemos vivir *en* el mundo pero no ser *del* mundo. Debemos vivir en el mundo porque, como Jesús enseñó en una parábola, Su reino es “semejante a la levadura”, cuya función es leudar toda la masa con su influencia (véase Lucas 13:21; Mateo 13:33; véase también 1 Corintios 5:6–8). Sus seguidores no pueden hacer eso si se relacionan

sólo con personas que compartan sus creencias y prácticas. No obstante, el Salvador también enseñó que si lo amamos, guardaremos Sus mandamientos (véase Juan 14:15).

II.

El Evangelio tiene muchas enseñanzas en cuanto a guardar los mandamientos mientras vivimos entre personas que tienen diferentes creencias y prácticas. Las enseñanzas relacionadas con la contención son fundamentales. Cuando el Cristo resucitado encontró a los nefitas que disputaban acerca de la manera de bautizar, Él dio instrucciones claras en cuanto a cómo se debía efectuar esa ordenanza. Después enseñó este gran principio:

“...no habrá disputas entre vosotros, como hasta ahora ha habido; ni habrá disputas entre vosotros concernientes a los puntos de mi doctrina, como hasta aquí las ha habido.

“Porque en verdad, en verdad os digo *que aquel que tiene el espíritu de contención no es mío, sino es del diablo, que es el padre de la contención, y él irrita los corazones de los hombres, para que contiendan con ira unos con otros.*

“He aquí... mi doctrina es ésta, que se acaben tales cosas” (3 Nefi 11:28–30; cursiva agregada).

El Salvador no limitó Su advertencia contra la contención a aquellos que no estaban guardando el mandamiento





del bautismo. Él prohibió la contención por parte de cualquier persona. Incluso aquellos que guardan los mandamientos no deben irritar los corazones de los hombres para que contiendan con ira. El “padre de la contención” es el diablo; el Salvador es el Príncipe de Paz.

De igual manera, la Biblia nos enseña que “los sabios apartan la ira” (Proverbios 29:8). Los apóstoles de los primeros días enseñaron que debemos “[seguir] lo que conduce a la paz” (Romanos 14:19) y “[hablar] la verdad en amor” (Efesios 4:15), “porque la ira del hombre no produce la justicia de Dios” (Santiago 1:20). En la revelación moderna, el Señor mandó que las buenas nuevas del Evangelio restaurado se debían declarar “cada hombre a su vecino, con mansedumbre y humildad” (D. y C. 38:41), “con toda humildad... no denigrando a los que denigran” (D. y C. 19:30).

III.

Aun al procurar ser humildes y evitar la contención, no debemos abandonar ni debilitar nuestro compromiso con las verdades que comprendemos. No debemos ceder en nuestra postura ni en nuestros valores. El evangelio de Jesucristo y los convenios que hemos hecho inevitablemente nos colocan como combatientes en la eterna batalla entre la verdad y el error. En esa batalla no hay un punto medio.

El Salvador mostró el camino cuando Sus adversarios lo confrontaron con la mujer que había “sido sorprendida en el acto mismo de adulterio” (Juan 8:4). Al sentirse avergonzados por su propia hipocresía, los que la acusaban se alejaron y dejaron solo a Jesús con la mujer. Él la trató con bondad al negarse a condenarla en ese momento, pero a la vez le indicó firmemente “no peques más” (Juan 8:11). Es necesario tener bondad amorosa, pero un seguidor de Cristo —al igual que el Maestro— será firme en la verdad.

IV.

Al igual que el Salvador, Sus seguidores a veces se enfrentarán a una conducta pecaminosa, y hoy día cuando proclaman el bien y el mal, según ellos lo entienden, a veces se les tilda de “intolerantes” o “fanáticos”. Muchos de los valores y las prácticas mundanas presentan ese tipo de desafíos para los Santos de los Últimos Días. Entre ellos se destaca hoy día la fuerte tendencia que está legalizando el matrimonio entre personas del mismo sexo en muchos estados y provincias de Estados Unidos y Canadá, y muchos otros países del mundo. También vivimos entre personas que no creen en el matrimonio; algunos no creen en tener hijos; otros se oponen a cualquier restricción que se imponga a la pornografía o a las drogas peligrosas. Otro

ejemplo, que reconocerán la mayoría de los creyentes, es el desafío de vivir con un cónyuge, familiar, o relacionarse con compañeros de trabajo, que no sean creyentes.

En lugares que han sido dedicados, como los templos, los centros de adoración y nuestros propios hogares, debemos enseñar la verdad y los mandamientos de manera sencilla y completa, según nuestro entendimiento de ellos en el Plan de Salvación que se ha revelado en el Evangelio restaurado. Nuestro deber de hacerlo está protegido por las garantías constitucionales de la libertad de expresión y la libertad religiosa, así como por las leyes de privacidad que se practican incluso en países que no tienen garantías constitucionales formales.

En público, lo que las personas religiosas digan y hagan implica otras consideraciones. El libre ejercicio de la religión protege la mayoría de los actos públicos, pero está sujeto a restricciones que son necesarias para dar cabida a las creencias y a las prácticas de los demás. Las leyes pueden prohibir la conducta que por lo general se reconoce como equivocada o inaceptable, como la explotación sexual, la violencia o conducta terrorista, incluso cuando la lleven a cabo extremistas en nombre de la religión. Las conductas menos graves, a pesar de que sean inadmisibles para algunos creyentes, tal vez simplemente

se tengan que soportar si se legalizan de acuerdo con lo que un profeta del Libro de Mormón llamó “la voz del pueblo” (Mosíah 29:26).

Sobre el tema del diálogo público, todos debemos seguir las enseñanzas del Evangelio de amar a nuestro prójimo y evitar la contención. Los seguidores de Cristo deben ser ejemplos de civismo. Debemos amar a todas las personas, ser buenos oyentes, y demostrar interés por sus creencias sinceras. Aunque podamos estar en desacuerdo, no es apropiado ser desagradables. Nuestra postura y comunicaciones relacionadas con temas polémicos, no deben ser contenciosas. Debemos ser prudentes al explicar y poner en práctica nuestras posturas y al ejercer nuestra influencia. Al hacerlo, pedimos que los demás no se sientan ofendidos por nuestras sinceras creencias religiosas y el libre ejercicio de nuestra religión. Exhortamos a todos para que pongamos en práctica la regla de oro del Salvador: “...las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (Mateo 7:12).

Cuando nuestras posturas no sean convincentes ante la oposición, debemos aceptar con gentileza los resultados desfavorables y poner en práctica la cortesía con nuestros adversarios. En cualquier caso, debemos ser personas de buena voluntad hacia todos, rechazando la persecución en cualquiera de sus formas, incluyendo la persecución basada en raza, origen étnico, creencia religiosa o incredulidad, y diferencias en la orientación sexual.

V.

He hablado sobre principios generales; ahora hablaré en cuanto a la forma en que esos principios se deben llevar a la práctica en una variedad de circunstancias comunes en las que

las enseñanzas del Salvador se deben seguir con más fidelidad.

Empiezo con lo que nuestros niños pequeños aprenden en sus actividades de juego. Con mucha frecuencia, las personas de aquí de Utah que no son mormonas se han sentido ofendidas cuando algunos de nuestros miembros se han distanciado de ellas y no permiten que sus hijos se hagan amigos de niños de otras religiones. Seguramente podemos enseñar a nuestros hijos valores y normas de comportamiento sin que se alejen ni muestren falta de respeto hacia cualquier persona que sea diferente.

Muchos maestros de la Iglesia y de las escuelas se han lamentado por la manera en que algunos adolescentes, incluyendo jóvenes SUD, se tratan mutuamente. El mandamiento de amarse unos a otros ciertamente incluye el amor y el respeto entre diferentes religiones y también entre razas, niveles culturales y económicos. Instamos a todos los jóvenes a que eviten el acoso, los insultos o el lenguaje y las prácticas que de manera deliberada causen dolor a los demás. Todas esas cosas quebrantan el mandamiento del Salvador de amarse los unos a los otros.

El Salvador enseñó que la contención es una herramienta del diablo.



Eso ciertamente nos enseña en cuanto al lenguaje y a la práctica de la política en la actualidad. El vivir con diferencias políticas es esencial para la política, pero las diferencias políticas no tienen que conllevar ataques personales que interfieran con el proceso del gobierno y castiguen a los participantes. Todos debemos deshacernos de las comunicaciones llenas de odio y practicar el civismo hacia las diferencias de opinión.

El entorno más importante donde evitar la contención y practicar el respeto por las diferencias es en nuestros hogares y en nuestras relaciones familiares. Las diferencias son inevitables —algunas leves y otras mayores. Con respecto a las mayores, supongamos que un familiar esté en una relación de cohabitación. Eso supone un conflicto entre dos importantes valores: nuestro amor por el familiar, y nuestro compromiso hacia los mandamientos. Al seguir el ejemplo del Salvador, podemos demostrar bondad y aún ser firmes en la verdad al abstenernos de acciones que faciliten o que parezcan aprobar lo que sabemos que está mal.

Finalizo con otro ejemplo de una relación familiar. En una conferencia de estaca del Medio Oeste de Estados Unidos, hace más o menos diez años, conocí a una hermana que me dijo que su esposo, que no era miembro, la había estado acompañando a la Iglesia durante doce años, pero que nunca se había unido a la Iglesia. ¿Qué debía hacer?, preguntó. Le aconsejé que siguiera haciendo todo lo correcto y fuera paciente y amable con su esposo.

Más o menos después de un mes me escribió lo siguiente: “Bueno, pensé que doce años eran suficiente muestra de paciencia, pero no sabía si yo estaba siendo muy amable. De modo que me esforcé mucho durante un mes, y se bautizó”.

La bondad es algo potente, en especial en un entorno familiar. En la carta, continuó: “Me estoy esforzando aún más para ser bondadosa porque nos estamos preparando para sellarnos en el templo este año”.

Seis años más tarde me escribió otra vez: “A mi esposo lo acaban de llamar y apartar como obispo de nuestro barrio”².

VI.

En tantas relaciones y circunstancias de la vida, debemos vivir con diferencias. En los casos de vital importancia, no debemos negar ni abandonar nuestra opinión respecto a esas diferencias, pero como seguidores de Cristo debemos vivir en paz con los demás que no compartan nuestros valores ni acepten las enseñanzas basadas en ellos. El Plan de Salvación del Padre, el que conocemos por medio de la revelación profética, nos coloca en una situación terrenal en la que debemos guardar Sus mandamientos. Eso incluye amar a nuestro prójimo de diversas culturas y creencias, así como Él nos ha amado. Tal como enseñó un profeta del Libro de Mormón, debemos seguir adelante, teniendo “amor por Dios y por todos los hombres” (2 Nefi 31:20).

Por difícil que sea vivir en la agitación que nos rodea, el mandato del Salvador de amarnos los unos a los otros como Él nos ama, probablemente sea nuestro más grande desafío. Ruego que podamos comprender esto y procuremos vivirlo en todas nuestras relaciones y actividades. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Thomas S. Monson, “El amor: la esencia del Evangelio”, *Liahona*, mayo de 2014, pág. 91.
2. Cartas a Dallin H. Oaks, 23 de enero de 2006, y 30 de octubre de 2012.



Por el élder Neil L. Andersen
Del Quórum de los Doce Apóstoles

José Smith

Jesucristo escogió a un hombre santo, un hombre justo, para dirigir la restauración de la plenitud de Su evangelio. Escogió a José Smith.

En su primera visita al profeta José Smith cuando éste tenía 17 años, un ángel llamó a José por su nombre y le dijo que él, Moroni, era un mensajero enviado de la presencia de Dios y que Dios tenía una obra para que José realizara. Imaginen lo que debió pensar José cuando luego el ángel le dijo que su nombre “se tomaría para bien y para mal entre todas las naciones, tribus y lenguas”¹. Tal vez fue la sorpresa en los ojos de José lo que hizo que Moroni le repitiera que se hablaría de él para bien y para mal entre toda la gente².

Las cosas buenas que se dirían de José Smith surgieron poco a poco; lo malo que se dijo de él, comenzó de inmediato. José escribió: “Cuán extraño que un muchacho desconocido... fuese considerado persona de importancia suficiente para... [suscitar] la más rencorosa persecución”³.

Si bien el amor por José aumentó, también lo hizo la hostilidad. A los 38 años fue asesinado por un populacho de 150 hombres con la cara pintada⁴. Aunque la vida del Profeta terminó abruptamente, lo bueno y malo que se dijo de él apenas había comenzado.

¿Deberían extrañarnos las cosas malas que se dijeron de él? Al apóstol Pablo lo tildaron de loco y trastornado⁵.

Nuestro amado Salvador, el Hijo de Dios, fue calificado de comilón, bebedor de vino y poseído por el demonio⁶.

El Señor habló a José sobre su destino:

“Los extremos de la tierra indagarán tu nombre, los necios se burlarán de ti y el infierno se encolerizará en tu contra;

“en tanto que los puros de corazón, los sabios... y los virtuosos buscarán... bendiciones de tu mano constantemente”⁷.

¿Por qué permite el Señor que se hable mal en contra de lo que es bueno? Una razón es que la oposición a las cosas de Dios lleva a quienes buscan la verdad a arrodillarse para recibir respuestas⁸.

José Smith es el Profeta de la Restauración. Su obra espiritual comenzó con la aparición del Padre y del Hijo, a la que siguieron numerosas visitas celestiales. Fue el instrumento en las manos de Dios para sacar a luz Escrituras sagradas y doctrina perdida, y para restaurar el sacerdocio. La importancia de la obra de José exige más que un análisis intelectual; exige que nosotros, al igual que hizo José, “[pidamos] a Dios”⁹. Las preguntas espirituales merecen respuestas espirituales de Dios.

Muchas personas que rechazan la obra de la Restauración sencillamente



no creen que los seres celestiales hablen a los hombres en la Tierra. Dicen que es imposible que un ángel entregara las planchas de oro y que se tradujeran por el poder de Dios. Debido a esa incredulidad, rápidamente rechazan el testimonio de José y, desafortunadamente, algunas de ellas descienden al punto de desacreditar la vida del Profeta y difamar su carácter.

Nos entristecemos especialmente cuando alguien que antes veneraba a José se retracta de su convicción y habla mal del Profeta¹⁰.

El élder Neal A. Maxwell dijo en una ocasión: “El estudiar la Iglesia... a través de los ojos de sus desertores es como entrevistar a Judas para entender a Jesús. Los desertores siempre hablan más sobre ellos mismos que sobre aquello de lo que se han apartado”¹¹.

Jesús dijo: “Benedicid a los que os maldicen... y orad por los que os ultrajan y os persiguen”¹². Trátemos con bondad a quienes critican a José Smith con la certeza en nuestro corazón de que José fue un profeta de Dios, y recibamos consuelo en el hecho de que Moroni predijo todo esto hace ya mucho tiempo.

¿Qué deberíamos responder a una persona que se preocupa sinceramente por los comentarios negativos que ha oído o leído sobre el profeta José Smith? Desde luego, siempre son bien recibidas las preguntas honestas y sinceras.

Si las preguntas se refieren al carácter de José, podríamos compartir las palabras de miles que lo conocieron

personalmente y que dieron su vida por la obra que José ayudó a establecer. John Taylor, quien recibió cuatro disparos del populacho que mató a José, declaró más adelante: “Testifico ante Dios, los ángeles y los hombres que [José] era un hombre bueno, honorable y virtuoso... que su carácter, tanto en público como en privado, era intachable, y que vivió y murió como un hombre de Dios”¹³.

A una persona que sinceramente quiere saber podríamos recordarle que la información de internet no pasa por un “filtro de verdad”. Hay información que, por muy convincente que parezca, simplemente no es cierta.

Hace unos años, leí en la revista *Time* un artículo que hablaba sobre el descubrimiento de una carta, supuestamente escrita por Martin Harris, que contradecía el relato de José Smith de cómo había encontrado las planchas del Libro de Mormón¹⁴.

Algunos miembros se marcharon de la Iglesia debido a ese documento¹⁵.

Tristemente, se dieron demasiada prisa. Unos meses después, algunos expertos descubrieron —y el falsificador confesó— que la carta era un completo engaño¹⁶. Es comprensible que quizás se hagan preguntas sobre lo que escuchen en las noticias, pero nunca deben dudar del testimonio de los profetas de Dios.

Podríamos recordar a la persona interesada que hay información sobre José que, aunque sea cierta, puede presentarse totalmente fuera del contexto de su época y situación.

El élder Russell M. Nelson ilustró este punto cuando dijo: “Era asesor del gobierno de los Estados Unidos en el Centro Nacional de Control de Enfermedades, en Atlanta, Georgia. En una ocasión, mientras esperaba un taxi para ir al aeropuerto después de las reuniones, me recosté en el césped para absorber unos apreciados rayos de sol antes de volver al clima invernal de Utah... Posteriormente recibí una fotografía por correo, tomada por un fotógrafo con un teleobjetivo, que había captado aquel momento de relajación sobre el césped. Debajo aparecía este pie de foto: “Asesor gubernamental en el Centro Nacional”. La imagen era real, el pie de foto era cierto, pero se usó la verdad para dar una impresión falsa”¹⁷. No descartamos algo que sabemos que es verdadero por algo que todavía no entendemos.

Podríamos recordar a la persona que desea saber, que José no fue el único que recibió visitas de ángeles.

Los testigos del Libro de Mormón escribieron: “Declaramos con palabras solemnes que un ángel de Dios bajó del cielo, y... que vimos y contemplamos [las planchas]”¹⁸. También podríamos citar a muchas otras personas¹⁹.

Una persona que busca sinceramente debería considerar la difusión del Evangelio restaurado como el fruto de la obra del Señor por medio del Profeta.

En la actualidad hay más de 29.000 congregaciones y 88.000 misioneros que enseñan el Evangelio por todo el mundo. Millones de Santos de los Últimos Días procuran seguir a Jesucristo, llevar una vida honorable, cuidar de los pobres y donar tiempo y talentos para ayudar a los demás.

Jesús dijo:

“No puede el árbol bueno dar malos frutos, ni el árbol malo dar buenos frutos...”



Ajusten su máscara de oxígeno espiritual a fin de que estén preparados para ayudar a otras personas que busquen la verdad.

“Por sus frutos los conoceréis”²⁰.

Estas explicaciones resultan convincentes, pero la persona que sinceramente desee saber no debería basarse en ellas exclusivamente para satisfacer su búsqueda de la verdad.

Cada creyente necesita una confirmación espiritual de la misión divina y del carácter del profeta José Smith. Esto es cierto para cada generación. Las preguntas espirituales merecen respuestas espirituales de Dios.

Hace poco, cuando me encontraba en la costa este de Estados Unidos, un ex misionero me habló sobre un amigo que se había sentido desilusionado con cierta información sobre el profeta José Smith. Habían hablado varias veces y, como resultado de esas conversaciones, el ex misionero ahora parecía tener dudas.

Aunque yo esperaba que él pudiera fortalecer a su amigo, sentí preocupación por su propio testimonio. Hermanos y hermanas, permítanme hacerles una advertencia: no podrán ser de gran ayuda a los demás si su fe personal no es firme.

Hace unas semanas embarqué en un avión rumbo a Sudamérica. El auxiliar de vuelo dirigió nuestra atención a un video de seguridad en el que se nos advirtió lo siguiente: “En el caso poco probable de que varíe la presión de la cabina, se abrirán los paneles situados sobre su cabeza y aparecerán máscaras de oxígeno. Si

esto sucediera, tome una máscara, colóquesela sobre la nariz y la boca, deslice la banda elástica sobre la cabeza y ajuste la máscara, si fuese necesario”; y a continuación este aviso: “Asegúrense de ajustar su máscara antes de ayudar a otras personas”.

Los comentarios negativos sobre el profeta José Smith irán en aumento conforme se acerque la Segunda Venida del Salvador. Las verdades a medias y los engaños sutiles no disminuirán. Tendrán parientes y amigos que necesitarán su ayuda. Ahora es el momento de ajustar su máscara de oxígeno espiritual a fin de que estén preparados para ayudar a otras personas que busquen la verdad²¹.

Cada persona obtendrá un testimonio del profeta José Smith de forma distinta. Puede llegar mientras uno está arrodillado orando, pidiéndole a Dios que confirme que José era verdaderamente un profeta. Tal vez llegue al leer el relato de la Primera Visión que hizo el Profeta. Un testimonio podría destilarse sobre su alma a medida que leen una y otra vez el Libro de Mormón. Podría llegar al compartir su testimonio personal del Profeta o al estar en el templo y darse cuenta de que, gracias

a José Smith, el santo poder para sellar se restauró sobre la Tierra²². Con fe y verdadera intención, su testimonio del profeta José Smith se fortalecerá. Las constantes descargas de agua que les lleguen de afuera quizás los mojen ocasionalmente, pero jamás deben extinguir su ardiente llama de la fe.

A los jóvenes que escuchen hoy o que lean estas palabras en los días por delante, extendiendo un desafío concreto: Obtengan un testimonio personal del profeta José Smith. Dejen que su voz ayude a cumplir las palabras proféticas de Moroni de que se hablaría bien del Profeta. Aquí tienen dos ideas: En primer lugar, busquen pasajes en el Libro de Mormón que sientan y sepan que son absolutamente ciertos, y después compártanlos con su familia y amigos en la noche de hogar, en seminario y en sus clases de Hombres Jóvenes y Mujeres Jóvenes, para afirmar que José fue un instrumento en las manos de Dios. Segundo, lean el testimonio del profeta José Smith en la Perla de Gran Precio o en este folleto, disponible actualmente en 158 idiomas. Pueden consultarlo en línea en LDS.org o pedirlo a los misioneros. Éste es el testimonio de José de lo que en realidad

El Testimonio del Profeta de José Smith se encuentra ahora en 158 idiomas.



sucedió. Léalo con frecuencia.

Consideren la posibilidad de grabar el testimonio de José Smith con su propia voz, escucharlo regularmente y compartirlo con sus amigos. El escuchar el testimonio del Profeta grabado con la voz de ustedes los ayudará a recibir el testimonio que buscan.

Nos esperan días asombrosos y extraordinarios. El presidente Thomas S. Monson ha dicho: “Esta gran obra... seguirá adelante, cambiando y bendiciendo vidas al hacerlo. Ninguna causa ni fuerza en el mundo entero puede detener la obra de Dios. A pesar de lo que venga, esta gran causa seguirá adelante”²³.

Les dejo mi testimonio de que Jesús es el Cristo, nuestro Salvador y Redentor. Él escogió a un hombre santo, un hombre justo, para dirigir la restauración de la plenitud de Su evangelio. Escogió a José Smith.

Testifico que José Smith fue un hombre honrado y virtuoso, un discípulo del Señor Jesucristo. Dios el Padre y Su Hijo Jesucristo realmente Se le aparecieron; y tradujo el Libro de Mormón por el don y el poder de Dios.

Cuando nos encontremos más allá del velo de la muerte, entenderemos el llamamiento sagrado y la misión divina del profeta José Smith. En ese día no tan lejano, el hermano José será conocido por ustedes, por mí y por miles²⁴. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. José Smith—Historia 1:33.
2. Véase José Smith—Historia 1:29–46.
3. José Smith—Historia 1:23.
4. Véase Doctrina y Convenios 135:1.
5. Véase Hechos 26:24.
6. Véase Mateo 11:19; Juan 10:20.
7. Doctrina y Convenios 122:1–2.
8. El presidente Dieter F. Uchtdorf dijo: “Primero duden de sus dudas antes que dudar de su fe. Nunca debemos permitir que la duda nos mantenga prisioneros y nos prive del amor, la paz y los dones divinos que vienen mediante la fe en el Señor Jesucristo” (“Vengan, únense a

nosotros”, *Liahona*, noviembre de 2013, pág. 23). El élder Jeffrey R. Holland dijo: “Ésta es una obra divina en marcha, y las manifestaciones y bendiciones de ella abundan en todas partes; de modo que por favor no se preocupen demasiado si de vez en cuando surgen problemas que se tienen que analizar, comprender y resolver. Los problemas surgen y se tendrán que resolver. *En esta Iglesia lo que sabemos siempre prevalecerá sobre lo que no sabemos*” (“Creo”, *Liahona*, mayo de 2013, pág. 94).

9. Santiago 1:5; véase también José Smith—Historia 1:11–13.
10. Daniel Tyler contó: “El hermano Isaac Behunin y yo [visitamos al Profeta] en su casa. El tema de conversación recayó en sus persecuciones; él repitió muchas de las declaraciones falsas, variables y contradictorias hechas por los apóstatas... También nos dijo que la mayoría de los oficiales que de buena gana le hubieran quitado la vida, cuando lo arrestaron, se volvieron en su favor una vez que [lo conocieron mejor]...”

“...el hermano Behunin dijo: “Si yo me apartara de esta Iglesia, no haría lo mismo que esos hombres han hecho, sino que me iría a un lugar remoto donde nadie hubiera oído hablar del mormonismo, me establecería allí y nadie llegaría a saber que yo sabía algo al respecto”.

“[José] le respondió de inmediato: ‘Hermano Behunin, usted no sabe lo que haría; sin duda esos hombres en algún momento pensaron lo mismo que usted. Antes de convertirse a esta Iglesia, usted estaba en terreno neutral... Al unirse a la Iglesia, se alistó para servir a Dios; y, al hacerlo, salió del terreno neutral y ya no podría jamás volver a él. Si abandonara al Amo al cual se alistó para servir, sería a instancias del maligno, y entonces seguiría los dictados de éste y sería su siervo’” (véase *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 343).

11. Neal A. Maxwell, “All Hell Is Moved” (devocional de la Universidad Brigham Young, 8 de noviembre de 1977), pág. 3; speeches.byu.edu.
12. Mateo 5:44.
13. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: John Taylor*, 2001, pág. 93; véase también Doctrina y Convenios 135:3.
14. Véase Richard N. Ostling, “Religion: Challenging Mormonism’s Roots”, *Time*, 20 de mayo de 1985, pág. 44.
15. Véase Ostling, “Challenging Mormonism’s Roots”, pág. 44; véase también Gordon B. Hinckley, “Padre, aumenta nuestra fe”, *Liahona*, enero de 1988, pág. 51; Neil L. Andersen, “La prueba de vuestra fe”, *Liahona*, noviembre de 2012, pág. 39.



16. Véase de Richard E. Turley Jr., *Victims: The LDS Church and the Mark Hofmann Case*, 1992.
17. Russell M. Nelson, “Truth—and More”, *Ensign*, enero de 1986, pág. 71.
18. “El Testimonio de Tres Testigos”, el Libro de Mormón.
19. Véase José Smith—Historia 1:71, nota; véase también Doctrina y Convenios 76:23.
20. Mateo 7:18, 20.
21. El presidente Henry B. Eyring, al hablar acerca de quienes tienen dudas, dijo: “Debido al amor que sienten por ellos, tal vez decidan intentar darles lo que piden. Quizás se sientan tentados a acompañarlos en sus dudas, con la esperanza de encontrar una prueba o un argumento que las despejen. Con frecuencia, las personas que dudan desean hablar sobre lo que ellas consideran que son los hechos o argumentos que han provocado sus dudas y sobre lo doloroso que eso les resulta... “Lo mejor que ustedes y yo podemos hacer es no dedicar demasiado tiempo a lo que nuestros alumnos consideran el origen de sus dudas... Su problema no reside en lo que creen que ven, sino en lo que todavía no pueden ver... Lo mejor que podemos hacer es no tardar en orientar la conversación a las cosas del corazón, a esos cambios de corazón que abren los ojos espirituales” (“And Thus We See”: Helping a Student in a Moment of Doubt” [discurso dirigido a los maestros de religión del Sistema Educativo de la Iglesia, 5 de febrero de 1993], págs. 3–4; si.lds.org).
22. El presidente Gordon B. Hinckley dijo: “Hace muchos años, cuando a los doce años de edad me ordenaron diácono, mi padre, que entonces era presidente de nuestra estaca, me llevó a mi primera reunión del sacerdocio... (El himno de apertura fue ‘Llor al Profeta’.) Cantaban acerca del profeta José Smith y, al hacerlo, se me llenó el corazón de amor por el gran Profeta de esta dispensación, y de creencia en Él... Supe entonces, mediante el poder del Espíritu Santo, que José Smith ciertamente era un profeta de Dios” (véase “Al gran profeta rindamos honores”, *Liahona*, mayo de 1984, págs. 1–2).
23. Thomas S. Monson, “Al reunirnos otra vez”, *Liahona*, mayo de 2012, pág. 4.
24. Véase “Llor al Profeta”, *Himnos*, N° 15.



Por **Tad R. Callister**
Presidente General de la Escuela Dominical

Los padres: Principales maestros del Evangelio para sus hijos

Al fin y al cabo, el hogar es el ambiente ideal para enseñar el evangelio de Jesucristo.

Ben Carson dijo de él mismo: “Yo era el peor alumno de toda mi clase de quinto grado”. Un día, Ben tomó un examen de treinta problemas matemáticos. El alumno que se sentaba detrás de él le corrigió la prueba y se la entregó. La maestra, la señora Williamson, comenzó a nombrar a cada alumno para saber cuál era su calificación. Finalmente, llegó a Ben. Como estaba avergonzado, murmuró la respuesta. La señora Williamson, creyendo que él había dicho “9”, respondió que era un gran progreso para Ben tener bien 9 de los 30 problemas. El alumno que estaba detrás de Ben exclamó: “¡Nueve no! No tiene ninguna correcta”. Ben cuenta que quería que la tierra se lo tragara.

Al mismo tiempo la madre de Ben, Sonya, afrontaba sus propios obstáculos. Provenía de una familia de 24 hermanos, había asistido sólo hasta tercer grado y no sabía leer. Se había casado a los 13 años, estaba divorciada, tenía dos hijos y los estaba criando en los barrios marginales de Detroit. Sin

embargo, era muy autosuficiente y tenía la firme convicción de que Dios le ayudaría a ella y a sus hijos si hacían su parte.

Un día, su vida y la de sus hijos llegó a un punto decisivo. Se dio cuenta que las personas exitosas, cuyas casas limpiaba, tenían bibliotecas; esas personas leían. Después del trabajo regresó a casa y apagó el televisor que Ben y su hermano estaban mirando. Básicamente les dijo: Están mirando demasiada televisión. A partir de ahora pueden mirar tres programas por semana. En su tiempo libre irán a la biblioteca, leerán dos libros por semana y me darán un informe.

Los niños estaban sorprendidos. Ben comentó que nunca había leído un libro en toda su vida, excepto cuando se lo asignaban en la escuela. Protestaron, se quejaron, discutieron, pero todo fue en vano. Ben entonces reflexionó: “Ella expuso claramente la norma. No nos gustaba esa regla, pero su determinación por vernos mejorar cambió el curso de mi vida”.

Y qué grande fue ese cambio. En séptimo grado Ben estaba entre los mejores de la clase. Obtuvo una beca y fue a estudiar a la Universidad de Yale, luego a la Escuela de Medicina Johns Hopkins, donde, a los 33 años de edad, se convirtió en jefe de neurocirugía pediátrica y en un cirujano de renombre a nivel mundial. ¿Cómo fue eso posible? En gran medida gracias a una mamá que, a pesar de que carecía de muchas de las ventajas de la vida, magnificó su llamamiento como madre¹.

Las Escrituras hablan acerca de la función de los padres; nos dicen que es su deber enseñar a los hijos “la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo” (D. y C. 68:25).

Como padres, se espera que seamos los principales maestros y ejemplos del Evangelio para nuestros hijos; no el obispo, ni la Escuela Dominical ni las Mujeres Jóvenes ni los Hombres Jóvenes, sino los padres. Como sus principales maestros del Evangelio, podemos enseñarles el poder y la realidad de la Expiación, de su identidad y destino divino; y al hacerlo, proporcionarles un firme cimiento sobre el cual puedan edificar. Al fin y al cabo, el hogar es el ambiente ideal para enseñar el evangelio de Jesucristo.

Hace como un año me encontraba cumpliendo una asignación en Beirut, Líbano. Allí escuché acerca de Sarah, una jovencita de 12 años. Sus padres y dos hermanos mayores se habían convertido a la Iglesia en Rumania, pero luego tuvieron que regresar a su patria cuando Sarah tenía apenas 7 años. La Iglesia no se encontraba establecida en su país; no había unidades organizadas, ni Escuela Dominical ni programa de Mujeres Jóvenes. Después de cinco años, esta familia se enteró que había una rama en Beirut y, justo

antes de que yo llegara, enviaron a Sarah, su hija de 12 años, acompañada de sus hermanos mayores, para que fuera bautizada. Mientras estaba allí, impartí un devocional sobre el Plan de Salvación. Con frecuencia, Sarah levantaba la mano y respondía las preguntas.

Después de la reunión, y con el conocimiento de que ella casi no había estado en contacto con la Iglesia, me acerqué y le pregunté: “Sarah, ¿cómo supiste las respuestas a esas preguntas?”. Ella respondió de inmediato: “Mi mamá me enseñó”. La Iglesia no estaba en su comunidad, pero el Evangelio estaba en su hogar. Su madre era su principal maestra del Evangelio.

Fue Enós quien dijo: “las palabras que frecuentemente había oído a mi padre hablar, en cuanto a la vida eterna y el gozo de los santos, penetraron mi corazón profundamente” (Enós 1:3). No hay duda de quién fue el principal maestro del Evangelio para Enós.

Recuerdo que mi padre solía sentarse cómodamente junto a la chimenea para leer las Escrituras y otros buenos libros, y yo me acomodaba a su lado. Recuerdo que guardaba en el bolsillo de la camisa tarjetas con citas de las Escrituras y de Shakespeare, así como palabras nuevas que deseaba memorizar y aprender. Recuerdo las preguntas y las conversaciones sobre el Evangelio que surgían en la mesa. Recuerdo las muchas veces que mi padre me llevó a visitar a personas ancianas, y que nos deteníamos a comprar helado para una de ellas o un pollo para otra, o sus apretones de manos al despedirnos que incluían dinero para alguien que lo necesitaba. Recuerdo el sentimiento y el deseo de llegar a ser como él.

Recuerdo a mi madre a sus 90 años cocinando en su apartamento y luego verle salir con una bandeja de comida.



Le pregunté a dónde iba y me respondió: “Voy a llevarles algo de comida a los ancianos”. Pensé: “Mamá, tú eres una anciana”. Nunca podré expresar totalmente la gratitud que siento por mis padres, quienes fueron mis principales maestros del Evangelio.

Una de las cosas más importantes que podemos hacer como padres, es enseñarles a nuestros hijos el poder de la oración, no sólo la rutina de la oración. Cuando tenía unos 17 años, me encontraba arrodillado junto a la cama ofreciendo mi oración para acostarme. Sin que lo supiera, mi madre estaba parada en la puerta de la habitación. Cuando terminé, me preguntó: “Tad, ¿le estás pidiendo al Señor que te ayude a encontrar una buena esposa?”.

Su pregunta me tomó totalmente por sorpresa. Eso ni se me había cruzado por la mente; yo pensaba en el baloncesto y en la escuela. Así que respondí: “No”; a lo que ella contestó: “Bueno, deberías hacerlo, hijo; ésa será la decisión más importante que tomarás”. Esas palabras penetraron profundamente en mi corazón; así que durante los siguientes seis años oré para que Dios me ayudara a encontrar una buena esposa, y Él realmente respondió esa oración.

Como padres, podemos enseñar a nuestros hijos a orar por cosas que

tienen consecuencias eternas: orar para pedir la fortaleza para ser moralmente limpios en un mundo desafiante, ser obedientes y tener el valor de defender lo correcto.

Sin duda, la mayoría de nuestros jóvenes ora en la noche, pero quizá a muchos de ellos les cuesta adquirir el hábito de hacer una oración personal en la mañana. Como padres, como sus principales maestros del Evangelio, podemos corregir eso. ¿Qué padre de la época del Libro de Mormón hubiera permitido que sus hijos se marcharan al frente de batalla sin coraza, escudo y espada para protegerse de los posibles golpes mortales del enemigo? Sin embargo, ¿cuántos de nosotros permitimos que nuestros hijos salgan de la casa cada mañana hacia el más peligroso de todos los campos de batalla, para enfrentarse con Satanás y sus innumerables tentaciones, sin su coraza ni escudo ni espada espirituales que provienen del poder protector de la oración? El Señor dijo: “Ora siempre... para que venzas a Satanás” (D. y C. 10:5). Como padres, podemos ayudar a infundir en nuestros hijos el hábito y el poder de la oración matutina.

También podemos enseñar a nuestros hijos a usar sabiamente su tiempo. En ocasiones, al igual que Sonya Carson, tendremos que establecer normas con amor, pero con firme

decisión para limitar el tiempo que nuestros hijos miren televisión y usen otros aparatos electrónicos que en muchos casos están monopolizando su vida. Es posible que debamos redirigir su tiempo hacia actividades más productivas enfocadas en el Evangelio. Quizás al principio haya un poco de resistencia, pero al igual que Sonya Carson, debemos tener la visión y la voluntad de seguir adelante. Algún día nuestros hijos comprenderán y agradecerán lo que hemos hecho. Si no lo hacemos nosotros, ¿quién lo hará?

Todos podemos preguntarnos: ¿Reciben nuestros hijos nuestros mejores esfuerzos espirituales, intelectuales y creativos? ¿O reciben las sobras de nuestro tiempo y talentos, luego de que hemos dado nuestro mejor esfuerzo a nuestro llamamiento en la Iglesia o a nuestra ocupación profesional? En la vida venidera, no sé si los títulos como obispo o presidenta de la Sociedad de Socorro existirán, pero sí sé que los títulos de esposo y esposa, padre y madre, permanecerán y serán venerados por los siglos de los siglos. Ésa es una de las razones por lo que es tan importante cumplir con nuestras responsabilidades como padres aquí en la Tierra a fin de prepararnos para las responsabilidades mayores, pero similares, que tendremos en la vida venidera.

Como padres, podemos seguir adelante con la seguridad de que Dios nunca nos dejará solos. Dios nunca nos da una responsabilidad sin ofrecernos ayuda divina; puedo testificar de ello. Ruego que en nuestra divina función de padres, y en asociación con Dios, seamos los principales maestros y ejemplos del Evangelio para nuestros hijos. Lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTA

1. Véase Ben Carson, *Gifted Hands: The Ben Carson Story*, 1990.



Por el élder Jörg Klebingat
De los Setenta

Acerquémonos al trono de Dios con confianza

Al aplicar la expiación de Jesucristo pueden empezar a incrementar su confianza espiritual hoy mismo, si están dispuestos a escuchar y a actuar.

En una escala del 1 al 10, ¿cómo calificarían su confianza espiritual ante Dios? ¿Tienen un testimonio personal de que su ofrenda actual como Santo de los Últimos Días es suficiente para heredar la vida eterna? ¿Sienten en su interior que nuestro Padre Celestial está complacido con ustedes? ¿En qué pensarían si fueran a tener una entrevista personal con su Salvador en menos de un minuto? ¿Los pecados, las lamentaciones y las imperfecciones dominarían la imagen que tienen de sí mismos o simplemente sentirían una expectativa gozosa? ¿Lo mirarían a los ojos o evitarían mirarlo? ¿Se quedarían en la puerta o se acercarían a Él?

Siempre que el adversario no logra persuadir a santos que son imperfectos, pero que se están esforzando, como ustedes, a abandonar su creencia en un Dios personal y amoroso, inicia una campaña depravada para distanciarlos lo más que pueda de Dios. El adversario sabe que la fe

en Cristo, la clase de fe que genera un flujo constante de tiernas misericordias y de milagros poderosos, va de la mano con la seguridad personal de que se están esforzando por escoger lo correcto. Debido a ello, procurará tener acceso a su corazón para decirles mentiras: que nuestro Padre Celestial está decepcionado de ustedes, que la Expiación está más allá de su alcance, que no merece la pena ni siquiera intentarlo, que todos los demás son mejores que ustedes, que son indignos, y miles de variaciones de ese mismo tema perverso.

Mientras permitan que esas voces erosionen su alma, no podrán aproximarse al trono de Dios con verdadera confianza; no importa lo que hagan, ni aquello por lo que oren ni las esperanzas que tengan depositadas en un milagro; siempre habrá una dosis suficiente de vacilación personal erosionando su fe; y no sólo su fe en Dios, sino también la confianza en sí mismos. No es agradable vivir el Evangelio de esa



manera, ni tampoco es saludable; pero, por encima de todo, ¡es totalmente innecesario! La decisión de cambiar es de ustedes y de nadie más.

Quisiera compartir seis sugerencias prácticas que, si se aplican, disiparán esas voces perversas y restaurarán la clase de certeza apacible y de confianza espiritual que pueden tener, si tan sólo la desean. Sin importar la calificación que se concedieron en esa escala del 1 al 10, al aplicar la expiación de Jesucristo pueden empezar a incrementar su confianza espiritual hoy mismo, si están dispuestos a escuchar y a actuar. Les hablaré con audacia; pero mi intención es edificar y no ofender.

1. Asuman la responsabilidad de su propio bienestar espiritual. Dejen de culpar a los demás o a sus circunstancias, dejen de justificarse y dejen de poner excusas a por qué no se están esforzando plenamente por ser obedientes. Acepten que son “libres según la carne” y “libres para escoger la libertad y la vida eterna” (2 Nefi 2:27). El Señor conoce sus circunstancias a la perfección; pero también sabe

perfectamente bien si simplemente han decidido no vivir el Evangelio en su plenitud. Si tal fuera el caso, sean lo suficientemente sinceros para admitirlo y esfuércense por ser perfectos en su propia esfera de circunstancias.

La confianza espiritual aumenta cuando asumen la responsabilidad de su propio bienestar espiritual y aplican la expiación de Jesucristo a diario.

2. Asuman la responsabilidad de su propio bienestar físico. Su alma consta de su cuerpo y de su espíritu (véase D. y C. 88:15). Nutrir el espíritu mientras se desatiende el cuerpo, el cual es un templo, por lo general deriva en una disonancia espiritual y poca autoestima. Si no están en forma, si no están cómodos con su cuerpo y pueden hacer algo al respecto, ¡háganlo! El élder Russell M. Nelson ha enseñado que debemos “[considerar] nuestro propio cuerpo como un templo que nos pertenece” y que debemos “[controlar] nuestra dieta, además de hacer ejercicio para tener un buen estado físico” (“Somos hijos de Dios”, *Liahona*, enero de 1999, pág. 103).

El presidente Boyd K. Packer ha enseñado “que el espíritu y el cuerpo están relacionados de tal manera que el cuerpo se convierte en un instrumento de la mente y en el cimiento del carácter” (“The Instrument of Your Mind and the Foundation of Your Character” [Devocional del Sistema Educativo de la Iglesia, 2 de febrero de 2003], pág. 2, speeches.byu.edu). Por tanto, tengan buen juicio en cuanto a lo que comen y a cuánto comen; y den al cuerpo con regularidad el ejercicio que precisa y que se merece. Si son físicamente capaces, decidan hoy mismo ser el dueño de su propia casa e inicien un programa de ejercicio a largo plazo y habitual, adecuado a sus posibilidades y combinado con una dieta más sana. *La confianza espiritual aumenta cuando su espíritu, con la ayuda del Salvador, está verdaderamente al mando de su hombre natural.*

3. Adopten de manera voluntaria la obediencia incondicional como parte de la vida. Admitan que no pueden amar a Dios sin amar Sus mandamientos. La norma del Salvador es clara

y simple: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15). La obediencia selectiva brinda bendiciones selectivas, y escoger algo malo en vez de algo peor sigue siendo una mala elección. No es posible ver una película mala y esperar sentirse virtuosos porque no vieron una *muy* mala. La observancia fiel de algunos mandamientos no justifica la negligencia de los demás. Abraham Lincoln dijo acertadamente: “Cuando hago algo bueno, me siento bien. Cuando hago algo malo, me siento mal” (William H. Herndon y Jesse William Weik en *Herndon’s Lincoln: The True Story of a Great Life*, 3 tomos, 1889, Tomo III, pág. 439).

Además, hagan lo correcto por las razones correctas. El Señor, que “requiere el corazón y una mente bien dispuesta” (D. y C. 64:34) y que “discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (D. y C. 33:1), conoce los motivos por los que ustedes van a la Iglesia, ya sea que sólo estén presentes físicamente o verdaderamente adorando. El domingo no pueden cantar “Adiós, oh Babilonia; vamos ya a marchar” y minutos más tarde procurar o tolerar su compañía (“Oh élderes de Israel”, *Himnos*, N° 209). Recuerden que la informalidad en asuntos espirituales jamás fue felicidad. Hagan de la Iglesia y del Evangelio restaurado toda su vida y no sólo una parte de su vida externa o social. Escoger hoy a quien servir son palabras que se lleva el viento si no vivimos de acuerdo con ellas (véase Josué 24:15). *¡La confianza espiritual aumenta cuando se esfuerzan verdaderamente, y por las razones correctas, por vivir una vida consagrada a pesar de sus imperfecciones!*

4. Lleguen a dominar la habilidad de arrepentirse rápida y plenamente. Dado que la expiación de Jesucristo es eminentemente práctica, deberían



aplicarla con generosidad 24 horas al día, siete días a la semana; pues nunca se agota. Acepten la expiación de Jesucristo y el arrepentimiento como cosas que se deben apreciar y poner en práctica siguiendo las indicaciones del Gran Médico. Establezcan una actitud de arrepentimiento gozoso, feliz y continuo al hacer que sea un estilo de vida de su elección. Al hacerlo, cuídense de la tentación de posponerlo y no esperen que el mundo los aliente. Mantengan la vista en el Salvador; preocupense más de lo que Él piense de ustedes y dejen que lleguen las consecuencias. *La confianza espiritual aumenta cuando, haciendo uso de la expiación de Jesucristo, nos arrepentimos, tanto de los pecados pequeños como grandes, de manera voluntaria y gozosa, apenas ocurren.*

5. Lleguen a dominar la habilidad de perdonar. “Yo, el Señor, perdonaré a quien sea mi voluntad perdonar, mas a vosotros os es requerido perdonar

a todos los hombres” (D. y C. 64:10). Perdonen a todos; perdónenlo todo, todo el tiempo, o al menos esfuércense por hacerlo, permitiendo así que el perdón acceda a su vida. No guarden rencor, no se ofendan fácilmente, perdonen y olviden con rapidez, y jamás piensen que están exentos de cumplir ese mandamiento. *La confianza espiritual aumenta cuando somos conscientes de que el Señor sabe que no tenemos malos sentimientos hacia ninguna otra alma.*

6. Acepten las pruebas, los reveses y las “sorpresas” como parte de la experiencia terrenal. Recuerden que están aquí para ser probados, “para ver si [harán] todas las cosas que el Señor [su] Dios [les] mandare” (Abraham 3:25); y permítanme agregar: “en toda circunstancia”. Millones de sus hermanos y hermanas han sido y están siendo probados de esta manera, ¿por qué no habrían de serlo ustedes? Algunas pruebas son fruto de nuestra desobediencia o negligencia; otras son causadas por la negligencia de los demás o simplemente porque éste es un mundo caído. Cuando llegan las pruebas, los secuaces del adversario empiezan a anunciar que ustedes han cometido un error, que es un castigo, una señal de que su Padre Celestial no los ama. ¡Ignórenlo! En cambio, oblíguense a sonreír, alcen la vista al cielo y digan: “Lo entiendo, Señor. Sé lo que es esto: un tiempo para demostrar que puedo hacerlo, ¿verdad?”. Entonces, únense a Él a fin de sobrellevarlo hasta el fin. La confianza espiritual aumenta cuando aceptamos que “a menudo se permite que las pruebas y las tribulaciones se presenten en [su] vida a causa de lo que [están] haciendo bien” (Glenn L. Pace, “Crying with the Saints”, [devocional de la Universidad Brigham Young, 13 de diciembre de 1987], pág. 2; speeches.byu.edu).

Mientras presidía la Misión Ucrania Kiev, en cierta ocasión le pregunté a una de las misioneras más fieles por qué era tan dura consigo misma, por qué siempre se castigaba hasta por las cosas más pequeñas. Su respuesta fue un ejemplo clásico de alguien que hace caso a la voz equivocada: “Para que nadie me gane a hacerlo”.

Hermanos y hermanas, el consejo que le di a aquella hermana es el mismo que le doy a ustedes: reconozcan y afronten sus debilidades, pero no permitan que éstas los inmovilicen, ya que algunas de ellas los acompañarán hasta que partan de esta vida. No importa cuál sea su estado actual, en el mismo instante en que escojan voluntariamente el arrepentimiento sincero, gozoso y diario al esforzarse sencillamente por ser y dar lo mejor de sí mismos, la expiación del Salvador los envolverá y acompañará dondequiera que vayan. Al vivir de esa manera, pueden verdaderamente “[retener] la remisión de [sus] pecados” (Mosíah 4:12) cada hora de cada día, cada segundo de cada minuto, y ser totalmente limpios y aceptables ante Dios *todo el tiempo*.

Ustedes tienen el privilegio, si lo desean, de saber por sí mismos, hoy o en breve, que Dios está complacido con ustedes a pesar de sus limitaciones. Testifico de un Salvador amoroso que espera que vivamos los mandamientos. Testifico de un Salvador amoroso que está ansioso por conceder Su gracia y Su misericordia. Testifico de un Salvador amoroso que se regocija cuando aplicamos Su expiación diariamente con la serena y feliz certeza de que estamos orientados en la dirección correcta. Testifico de un Salvador amoroso que está ansioso por que la confianza de ustedes se fortalezca en la presencia de Dios (D. y C. 121:45). En el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Eduardo Gavarret
De los Setenta

“Sí, Señor, ¡yo te seguiré!”

El Señor nos invita usando diferentes verbos “Venid a mí”, “Sígueme”, “Anda conmigo”. No es una invitación pasiva, es una invitación a la acción.

Pues he aquí, el Señor les concede a todas las naciones que, de su propia nación y lengua, enseñen su palabra¹. Hoy se cumple una vez más esta Escritura ya que se me ha dado la oportunidad de expresar mis sentimientos en mi lengua natal.

Corría el año 1975 y como un joven misionero me encontraba sirviendo en la Misión Uruguay Paraguay. Durante mi primer mes en la misión, los líderes de zona decidieron realizar una actividad a fin de demostrar en la práctica un principio del Evangelio. A cada misionero de la zona se nos puso una venda en los ojos y se nos dijo que debíamos recorrer un camino que nos llevaría al salón cultural de la capilla. La actividad consistía en seguir la voz del líder la cual se nos hizo escuchar antes de comenzar a caminar, sin embargo, se nos advirtió que durante el trayecto escucharíamos varias voces que tratarían de confundirnos y desviarnos del camino.

Luego de algunos minutos de travesía, escuchando ruidos, voces y en el medio de todo una voz, que decía: “Sígueme”, me sentí confiado de que

estaba siguiendo la voz correcta. Al llegar al salón cultural de la capilla se nos pidió que nos quitáramos la venda. Al hacerlo me di cuenta de que había dos grupos y de que yo era uno de los que estaba en el grupo que había seguido la voz equivocada. “¡Se parecía tanto a la verdadera!”, me dije.

Esa experiencia que ocurrió hace 39 años causó un gran impacto en mí. Me dije: “Nunca, pero nunca más debes seguir la voz equivocada”. “Sí, Señor, ¡yo te seguiré!”.

Deseo relacionar esta experiencia con la dulce invitación del Salvador que nos dice:

“Yo soy el buen pastor y conozco mis ovejas...”

“Mis ovejas escuchan mi voz y las conozco y ellas me siguen”².

La invitación de “Seguirle”, es la más simple, directa y poderosa invitación que podemos recibir. Viene de una voz clara, inconfundible.

El Señor nos invita usando diferentes verbos “Venid a mí”, “Sígueme”, “Anda conmigo”. No es una invitación pasiva, es una invitación a la acción. Está dirigida a todo el género humano por Aquél quien es el Profeta de



profetas, Maestro de maestros, el Hijo de Dios, el Mesías.

La invitación de: “Venid a Mí”

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”³.

Usted que aún no es miembro de la Iglesia recibirá esta invitación a través de la voz de los misioneros mediante las palabras: “¿Leerá el Libro de Mormón? ¿Orará? ¿Asistirá a la Iglesia? ¿Seguirá el ejemplo de Jesucristo y será bautizado por aquellos que tienen la autoridad para hacerlo?”⁴. ¿Cuál será su respuesta hoy a esa invitación?⁵.

Le invito a escuchar y aceptar el mensaje diciendo: “Sí, Señor, ¡yo te seguiré!”.

Carlos Badiola y su familia, de Minas, Uruguay, estaban recibiendo a los misioneros. Como los élderes hacían muchas preguntas durante las lecciones, decidieron invitar a una vecina no miembro de la Iglesia. Invitaron a Norma, una bonita joven de 14 años, para que les ayudara a responder las preguntas que los misioneros hacían. Norma era una estudiante aplicada en el liceo, y ese año una de las materias que estaban estudiando era la Biblia; así que, cuando los misioneros hacían alguna pregunta, Norma respondía. Era una “invitada de oro”. La lección

que ese día se enseñó fue acerca de la Palabra de Sabiduría.

Al regresar a la casa después de la lección con los misioneros, Norma ya sabía lo que debía de hacer. Le dijo a su madre: “Mamá, de ahora en adelante no más café con leche para mí. Sólo leche”. La actitud de Norma fue la manifestación visible de su deseo de aceptar la invitación de seguir a Cristo extendida por los misioneros.

Tanto Carlos Badiola como Norma, se bautizaron. Más adelante, siguiendo su ejemplo, la madre de Norma, sus hermanos y su padre también fueron bautizados. Norma y yo crecimos juntos en esa pequeña pero poderosa rama de Minas. Más adelante, cuando regresé de la misión, nos casamos. Siempre supe que al lado de ella sería más fácil seguir al Salvador.

Aquél que es miembro de la Iglesia ya aceptó esta invitación; renueva el compromiso asumido cada semana al participar de la Santa Cena⁶. Se espera que guarde todos los mandamientos, y al hacerlo estará diciendo: “Sí, Señor, ¡yo te seguiré!”⁷.

La invitación de: “Sígueme”

“Ven, sígueme”, fue la invitación del Señor al joven rico. El joven había guardado los mandamientos durante toda su vida. Ante la pregunta de qué más podía hacer, el joven rico recibió

una respuesta con una clara invitación: “Ven, sígueme”⁸. Sin embargo, aun cuando la invitación era simple, no estaba exenta de sacrificio; requería de un esfuerzo relacionado con decisión y acción.

El profeta Nefi nos invitó a reflexionar cuando escribió: “Y dijo (Jesús) a los hijos de los hombres: ‘Seguidme’. Por tanto, mis amados hermanos, ¿podemos seguir a Jesús, a menos que estemos dispuestos a guardar los mandamientos del Padre?”⁹.

La invitación de “Venid a Mí” y escuchar Su voz y seguirla, ha sido el mensaje de los misioneros desde el principio, ayudando a muchos a modificar su vida para bien.

Cincuenta años atrás, los misioneros entraron a la relojería de mi padre a fin de dejar un reloj para arreglar. Como buenos misioneros, aprovecharon la oportunidad para hablar con mi padre y con mi madre respecto al mensaje del Evangelio. Mi padre aceptó a los misioneros, y mi madre el mensaje y la invitación de seguir a Cristo. Desde esa fecha hasta el presente se ha mantenido activa en la Iglesia. Ella dijo: “Sí, Señor, ¡yo te seguiré!”.

Al esforzarse por ir hacia Él, usted adquirirá el poder para aliviar las cargas de su vida, sean éstas físicas o espirituales; *y experimentará un positivo cambio interior que le ayudará a ser más feliz.*

La invitación de: “Anda conmigo”

Enoc fue llamado a predicar el Evangelio a un pueblo difícil y duro de corazón. No se sentía calificado; tenía dudas de si podría hacerlo. El Señor calmó sus dudas y fortaleció su fe a través de la invitación: “Anda conmigo”, la cual era como el bastón para el ciego o como el brazo extendido del amigo para ayudar en el paso de aquel cuyo

pie no está firme. Al tomar el brazo y andar junto al Salvador, los pies de Enoc se afirmaron y él se convirtió en un gran misionero y profeta¹⁰.

La decisión de “Venid a Mí” y “Sígueme”, es personal. Cuando aceptamos esta invitación, nuestro nivel de compromiso se eleva, y es ahí que podemos “Andar con Él”; esta etapa establece una relación más íntima con el Salvador, fruto de aceptar la primera invitación.

Norma y yo individualmente aceptamos la invitación de “Venid a Mí” y “Sígueme”. Luego, juntos, apoyados el uno en el otro, aprendimos a andar con Él.

El esfuerzo y la determinación por buscarle y seguirle se verán recompensados por las bendiciones que necesitamos.

Así fue el caso de la mujer que en un gran esfuerzo consiguió tocar el manto del Salvador¹¹, o como Bartimeo, el ciego, cuya determinación fue un factor clave para el milagro que en su vida ocurrió¹². En ambas ocasiones la sanación de cuerpo y espíritu fue otorgada.

Extienda su mano, toque su manto, acepte su invitación, diga: “Sí, Señor,

¡yo te seguiré!”, y camine con Él.

“Venid a Mí”, “Sígueme”, “Anda conmigo”, son invitaciones con el poder intrínseco, para el que las acepta, de transformar su vida generando un *cambio en su interior* que lo llevará a decir: “...ya no tenemos más disposición a obrar mal, sino a hacer lo bueno continuamente”¹³.

Como una manifestación exterior de este cambio, usted sentirá el firme deseo de “...socorrer a los débiles, levantar las manos caídas y fortalecer las rodillas debilitadas”¹⁴.

¿Qué pasos podemos dar hoy para “Andar con Él”?

1. *Alimente el deseo* de ser un mejor seguidor de Cristo¹⁵.
2. *Ore* por este deseo a fin de que su fe en Él aumente¹⁶.
3. *Obtenga conocimiento* de las Escrituras, que iluminarán su camino y fortalecerán su deseo de cambiar¹⁷.
4. *Tome hoy la decisión de actuar* y diga: Sí, Señor, ¡yo te seguiré! El simple conocimiento de la verdad no cambiará su entorno, a menos que lo transforme en *acción*¹⁸.

5. *Persevere* en la decisión tomada mediante el ejercicio diario de estos principios¹⁹.

Que las palabras de nuestro amado profeta, el presidente Thomas S. Monson, nos motiven a la acción en nuestro deseo de aceptar la invitación del Salvador; él dijo: “¿Quién es el Rey de gloria, este Señor de los ejércitos? Es nuestro Maestro; es nuestro Salvador; es el Hijo de Dios; el Autor de nuestra salvación. Él nos llama: ‘Sígueme’. Él manda: ‘Ve, y haz tú lo mismo’. Él suplica: ‘Guarda mis mandamientos’”²⁰.

Que tomemos hoy la decisión de elevar nuestro nivel de adoración y compromiso con Dios y que nuestra respuesta a Su invitación resuene alta y clara: “Sí, Señor, ¡yo te seguiré!”²¹. En el nombre del Señor Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Alma 29:8.
2. Juan 10:14, 27.
3. Mateo 11:28; véase también Isaías 55:3.
4. Véase *Predicad Mi Evangelio: Una Guía para el servicio misional*, 2004, págs. 39–40, pág. 213.
5. Véase Hechos 2:37–38.
6. Véase Doctrina y Convenios 20:37, 77–79.
7. Véase Doctrina y Convenios 42:29.
8. Marcos 10:21.
9. 2 Nefi 31:10.
10. Véase Moisés 6:33–35.
11. Véase Lucas 8:43–48.
12. Véase Marcos 10:46–52.
13. Mosíah 5:2.
14. Doctrina y Convenios 81:5; véase también Isaías 35:3.
15. Véase Alma 22:15–16; Dallin H. Oaks, “El deseo”, *Liahona*, abril de 2011, pág. 28.
16. Véase Alma 34:17–27; 37:37.
17. Véase Salmos 119:105; Helamán 3:29.
18. Véase Mosíah 5:5.
19. Ralph Waldo Emerson dijo: “Aquello en lo que persistimos se convierte en fácil de hacer, no porque la naturaleza de la tarea haya cambiado, sino porque nuestra habilidad para hacerla ha aumentado” (en *Gospel Standards*, comp. G. Homer Durham, 1941, pág. 355).
20. Thomas S. Monson, “Encontrar gozo en el trayecto”, *Liahona*, noviembre de 2008, págs. 84–87.
21. Véase “Señor, yo te seguiré”, *Himnos*, N° 138.



Bariloche, Argentina



Por el élder Jeffrey R. Holland
Del Quórum de los Doce Apóstoles

¿No somos todos mendigos?

Ricos o pobres, debemos “hacer lo que podamos” cuando los demás tienen necesidad.

Qué nuevo aspecto tan maravilloso se ha introducido a nuestra conferencia general. Bien hecho Eduardo.

Durante el que sería el momento más asombroso de Su ministerio terrenal, Jesús se puso de pie en Su sinagoga de Nazaret y leyó las siguientes palabras que profetizó Isaías y que se registraron en el Evangelio de Lucas: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y... a poner en libertad a los quebrantados”¹.

Así fue como el Salvador hizo el primer anuncio público de Su ministerio mesiánico. Aunque en este versículo también dejó claro que, en el recorrido hacia Su máximo sacrificio expiatorio y Resurrección, Su primer y más importante deber mesiánico sería bendecir a los pobres, incluso a los pobres de espíritu.

Desde el comienzo de Su ministerio, Jesús amó a los pobres y a los desfavorecidos de manera extraordinaria. Nació dentro del hogar de dos de ellos y creció entre muchos más

de ellos. Desconocemos los detalles de Su vida temporal, pero una vez dijo: “Las zorras tienen guaridas, y las aves... nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza”². Aparentemente, el Creador de los cielos y la Tierra, y de “todo cuanto en ellos hay”³, era, al menos de adulto, una persona sin hogar.

A lo largo de la historia, la pobreza ha sido uno de los mayores y más extendidos problemas de la humanidad. Su costo más evidente suele ser físico, pero el daño espiritual y emocional que genera podría ser aún más debilitador. En todo caso, el llamado más persistente que jamás haya hecho el gran Redentor es el de sumarnos a Él para levantar esa carga de las personas. Siendo Jehová, dijo que juzgaría duramente a la casa de Israel porque “el despojo del [necesitado] está en vuestras casas”.

“¿Qué intentáis”, clamó, “vosotros que trituráis a mi pueblo y moléis la cara de los pobres?”⁴.

El autor de Proverbios aclaró este punto con más agudeza: “El que oprime al pobre afrenta a su Hacedor”, y “el que cierra su oído al clamor del pobre también clamará y no será oído”⁵.

En nuestra época, la Iglesia restaurada de Jesucristo aún no había cumplido un año cuando el Señor mandó a los miembros a “[atender] a los pobres y a los necesitados, y [suministrarles] auxilio a fin de que no sufran”⁶. Presten atención al tono imperativo del final: “que *no* sufran”. Ése es el tono de Dios cuando habla seriamente.

Dada la monumental labor de abordar la desigualdad en el mundo, ¿qué puede hacer un hombre o una mujer? El Maestro mismo ofreció una respuesta. Cuando antes de ser traicionado y crucificado, María ungió la cabeza de Jesús con un unguento muy caro para ungir difuntos, Judas Iscariote se quejó de esta extravagancia y “[murmuró] contra ella”⁷.

Jesús dijo:

“¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho...”

“Ella ha hecho lo que podía”⁸.

¡Ella ha hecho lo que podía! ¡Qué fórmula más sucinta! En cierta ocasión un periodista le preguntó a la Madre Teresa de Calcuta sobre su imposible tarea de rescatar a los destituidos de aquella ciudad; le dijo que, estadísticamente hablando, ella no estaba logrando nada. Aquella mujer pequeña y extraordinaria le contestó que su obra era una obra de amor, no de estadísticas. A pesar de la gran cantidad de personas que estaban *lejos* de su alcance, dijo que ella podía observar el mandamiento de amar a Dios y a su prójimo al servir a los que estaban *a* su alcance con cualquier recurso que tuviera. “Lo que hacemos es tan solo una gota en el océano”, dijo en otra ocasión. “Pero si no lo hiciéramos, el océano tendría una gota menos”⁹. De manera sensata, el periodista concluyó que el cristianismo *no* era, obviamente, una labor estadística. Razonó que si había más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente que por



noventa y nueve que no necesitan del arrepentimiento, entonces era evidente que Dios no estaba sumamente preocupado por los porcentajes¹⁰.

De modo que, ¿cómo es posible “hacer lo que podamos”?

Por un lado podemos, como enseñó el rey Benjamín, dejar de retener nuestros medios por creer que los pobres han traído su miseria sobre sí. Puede que algunos *sean* los causantes de sus propias dificultades, pero ¿acaso no sucede exactamente lo mismo con el resto de nosotros? ¿No es por eso por lo que este rey caritativo pregunta: “No somos todos mendigos?”¹¹. ¿No clamamos todos por ayuda, esperanza y respuestas a nuestras oraciones? ¿No pedimos perdón por los errores que hemos cometido y los problemas que causamos? ¿Acaso no imploramos todos que la gracia compense nuestras debilidades y la misericordia triunfe sobre la justicia, al menos en nuestro caso? No nos extrañe que el rey Benjamín diga que *obtenemos* una remisión de nuestros pecados al suplicar a Dios, quien responde de manera compasiva, mas *retenemos* la remisión de nuestros pecados cuando respondemos, también de manera compasiva, al pobre que nos suplica a nosotros¹².

Además de obrar de manera misericordiosa hacia ellos, también deberíamos orar por los necesitados. Un grupo de zoramitas, a quienes sus congéneres consideraban como la “hez” y la “escoria”, esas son palabras de las Escrituras, fueron expulsados de sus casas de oración “a causa de la pobreza de sus ropas”. Mormón dice que eran “pobres en cuanto a [las] cosas del mundo, y también eran pobres de corazón”¹³, dos condiciones que casi siempre van juntas. Los misioneros Alma y Amulek contrarrestan ese rechazo reprehensible de los mal vestidos diciéndoles que cualquiera que sea el privilegio que se les niegue, ellos siempre podrán orar: en sus campos, en sus casas, en sus familias y en el corazón¹⁴.

Pero entonces Amulek le dice a este grupo que habían sido rechazados: “Si después de haber [orado], *volvéis* la espalda al indigente y al desnudo, y no visitáis al enfermo y afligido, y si no dais de vuestros bienes, *si los tenéis*, a los necesitados, os digo que... vuestra oración es en vano y no os vale nada, y sois como los hipócritas que niegan la fe”¹⁵. Qué recordatorio tan deslumbrante de que, ricos o pobres, debemos “hacer lo que podamos” cuando los demás tienen necesidad.

Antes de que se me acuse de proponer programas sociales globales quijotescos, o de respaldar el mendigar como una industria en auge, les aseguro que mi reverencia hacia los principios del trabajo, el ahorro, la autosuficiencia y la ambición es tan sólida como la de cualquier hombre o mujer. Siempre se espera de nosotros que nos ayudemos a nosotros mismos antes de procurar la ayuda de los demás. Es más, no sé exactamente cómo cada uno de ustedes deben cumplir con su obligación hacia aquellos que no siempre pueden o no saben cómo ayudarse a sí mismos; pero sí sé que Dios lo sabe y que Él los ayudará y guiará hacia actos caritativos de discipulado si, de manera diligente, desean, oran y buscan la manera de cumplir con un mandamiento que Él nos ha dado una y otra vez.

Observen que estoy hablando de necesidades sociales complejas que van más allá de a los miembros de la Iglesia. Afortunadamente, la manera que tiene el Señor de ayudar a los nuestros es más sencilla: todo el que tenga capacidad física debe observar la ley del ayuno. Isaías escribió:

“¿No es más bien el ayuno que yo escogí?...

“¿Que compartas tu pan con el hambriento y a los pobres errantes



alojes en tu casa?... ¿Que cuando veas al desnudo, lo cubras?... ¿Soltar las cargas de opresión, y dejar libres a los quebrantados?”¹⁶.

Testifico de los milagros, tanto espirituales como temporales, que reciben quienes viven la ley del ayuno. Testifico de los milagros que he recibido yo. Verdaderamente, como escribió Isaías, he clamado en mi ayuno más de una vez y realmente Dios me ha respondido: “Heme aquí”¹⁷. Aprecien ese sagrado privilegio, al menos mensualmente, y sean tan generosos como sus circunstancias lo permitan con las ofrendas de ayuno y con otras donaciones humanitarias, educativas y misionales. Les prometo que Dios será generoso con ustedes, y las personas que reciban alivio de sus manos les llamarán bienaventurados para siempre. El año pasado más de 750.000 miembros de la Iglesia recibieron ayuda a través de las ofrendas de ayuno administradas por fieles obispos y presidentas de la Sociedad de Socorro. Eso significa una gran cantidad de Santos de los Últimos Días agradecidos.

Hermanos y hermanas, un sermón así exige que reconozca abiertamente las bendiciones interminables e inmerecidas de mi vida, tanto temporales como espirituales. Al igual que ustedes, de vez en cuando he tenido que velar por mis finanzas, pero nunca he sido pobre, ni sé cómo se siente un pobre. Es más, desconozco las razones de por qué las circunstancias del nacimiento, la salud o las oportunidades educativas y económicas varían tanto en esta vida. Pero cuando veo tanta necesidad en muchas personas, sé que “por la gracia de Dios he sido preservado”¹⁸. También sé que aun cuando tal vez no sea el guarda de mi hermano, soy el hermano de mi hermano, y “por eso quiero dar también, según tu voz”¹⁹.

En este sentido rindo un tributo personal al presidente Thomas Spencer Monson. Hace 47 años que he tenido la bendición de conocer a este hombre, y la imagen de él que atesoraré hasta que muera es él volando de regreso a casa en pantuflas procedente, en ese entonces, de una devastada Alemania Oriental porque no sólo había regalado su segundo traje y sus otras camisas,

sino también los zapatos que llevaba puestos. “¡Cuán hermosos son sobre los montes [y que se arrastran por una terminal de aeropuerto] los pies del que trae buenas nuevas, del que publica la paz”²⁰. Más que ningún otro hombre que yo conozca, el presidente Monson “ha hecho lo que ha podido” por la viuda y el huérfano de padre, por los pobres y los oprimidos.

En 1831, el profeta José Smith recibió una revelación en la que el Señor le dijo que un día los pobres verían el reino de Dios viniendo a liberarlos en “poder y gran gloria”²¹. Ruego que podamos ayudar a cumplir con esa profecía y bajo el poder y la gloria de nuestra membresía en la Iglesia verdadera de Jesucristo hacer lo posible por liberar a quienes podamos de la pobreza que los tiene cautivos y destruye muchos de sus sueños, lo ruego en el misericordioso nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Lucas 4:18.
2. Mateo 8:20.
3. 2 Nefi 2:14; 3 Nefi 9:15.
4. Isaías 3:14-15.
5. Proverbios 14:31; 21:13.
6. Doctrina y Convenios 38:35.
7. Véase Marcos 14:3-5; véase también Mateo 26:6-9; Juan 12:3-5.
8. Marcos 14:6, 8; cursiva agregada.
9. Mother Teresa of Calcutta, *My Life for the Poor*, ed. José Luis González-Balado and Janet N. Playfoot, 1985, pág. 20.
10. Véase Malcolm Muggeridge, *Something Beautiful for God*, 1986, págs. 28-29, 118-119; véase también Lucas 15:7.
11. Mosíah 4:19.
12. Véase Mosíah 4:11-12, 20, 26.
13. Alma 32:2-3.
14. Véase Alma 34:17-27.
15. Alma 34:28; cursiva agregada.
16. Isaías 58:6-7.
17. Isaías 58:9.
18. Atribuido a John Bradford, véase *The Writings of John Bradford*, ed. Aubrey Townsend, xliii.
19. “Tú me has dado muchas bendiciones, Dios”, *Himnos*, N° 137 © Harper San Francisco.
20. Isaías 52:7.
21. Doctrina y Convenios 56:18-19; véase también versículo 19.



Por el élder L. Tom Perry
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Encontrar paz duradera y edificar familias eternas

El evangelio de Jesucristo es el que proporciona ese cimiento sobre el cual podemos encontrar paz duradera y edificar familias eternas.

Nuestro trayecto por la vida tiene períodos de tiempos buenos y malos, cada uno con diferentes desafíos. La forma en que aprendamos a adaptarnos a los cambios que surgen depende del cimiento en el que edifiquemos. El evangelio de nuestro Señor y Salvador proporciona una base segura y firme que se construye pieza por pieza mientras adquirimos conocimiento del plan eterno del Señor para Sus hijos. El Salvador es el Maestro de maestros; a Él seguimos.

Las Escrituras testifican de Él y proporcionan un ejemplo de perfecta rectitud para que lo sigamos. En una conferencia anterior les mencioné a los miembros de la Iglesia que tengo varios cuadernos en los que mi madre había hecho apuntes que utilizaba para preparar sus lecciones de la Sociedad de Socorro. Las notas son tan oportunas hoy día como lo fueron en aquella época. Una de ellas era una cita que escribió Charles Edward

Jefferson en 1908, sobre la naturaleza de Jesucristo. Dice:

“Ser cristiano es admirar a Jesús de manera tan sincera y ferviente que la vida entera se la entregamos con la aspiración de llegar a ser como Él.

“... Tal vez lleguemos a conocerlo por medio de las palabras que dijo, los actos que llevó a cabo, y también por Sus momentos de silencio. Quizás también lo conozcamos por la impresión que dejó, primero en Sus amigos, segundo en Sus enemigos, y tercero en el grupo general de Sus contemporáneos...”

“Una característica de la vida del siglo veinte es el descontento [y problemas]...”

“... El mundo clama en busca de algo, pero no sabe qué. La riqueza está aquí... [y] el mundo está lleno de... inventos de la aptitud y del genio humanos, pero [aún] seguimos insatisfechos [y] perplejos. Si abrimos el Nuevo Testamento, [nos encontramos con estas palabras]: ‘Venid a mí...

y yo os haré descansar; yo soy el pan de vida; Yo soy la luz del mundo; Si alguno tiene sed, venga a mí y beba; mí paz os doy; recibiréis poder; tenéis... gozo” (*The Character of Jesus*, 1908).

A los hombres y mujeres los moldean, en parte, aquellas personas con quienes eligen vivir. También influyen en ellos las personas a quienes admiran y a quienes tratan de imitar. Jesús es el gran Ejemplo, y la única manera de encontrar paz duradera es acudir a Él y vivir.

¿Qué es lo que vale la pena que estudiemos en cuanto a Jesús?

“A los autores del Nuevo Testamento... no les interesaba el nivel social de Jesús, la ropa que llevaba o las casas donde vivió... Él nació en un establo, trabajó en el taller de un carpintero, enseñó durante tres años y luego murió en la cruz... El Nuevo Testamento lo escribieron hombres que estaban resueltos a hacer que fijáramos la vista en [Él]” (*The Character of Jesus*, 21–22) con la seguridad de que Él era y es en verdad el Hijo de Dios, el Salvador y Redentor del mundo.

Una de las parábolas del Salvador, creo yo, se aplica en particular a nuestra época actual.

Se encuentra en el capítulo 13 de Mateo, donde leemos:

“Pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue.

“Y cuando la hierba brotó y dio fruto, entonces apareció también la cizaña.

“Y viniendo los siervos del padre de familia, le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña?

“Y él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos?

“Y él dijo: No; no sea que, al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo.

“Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega, yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi alfolí” (versículos 25–30).

Ese antiguo enemigo de toda la humanidad ha encontrado tantos dispositivos como le ha sido posible para sembrar cizaña por todas partes; ha encontrado el modo de que penetren incluso en la santidad de nuestro propio hogar. Las cosas perversas y mundanas se han diseminado tanto que parece que no hay manera de despojarnos de ellas. Se introducen por cable y transmisiones por aire en los mismos aparatos que hemos desarrollado para educarnos y divertirnos. El trigo y la cizaña han crecido juntos. El encargado de cuidar el campo debe nutrir, con todo su poder, lo que es bueno y hacerlo tan fuerte y bello que la cizaña no tenga ningún atractivo ni para la vista ni para el oído. Qué bendecidos somos los miembros de la Iglesia del Señor de tener el valioso evangelio de nuestro

Señor y Salvador como fundamento en el cual cimentar nuestra vida.

En el Libro de Mormón, en 2 Nefi, leemos: “Porque he aquí, os digo otra vez, que si entráis por la senda y recibís el Espíritu Santo, él os mostrará todas las cosas que debéis hacer” (2 Nefi 32:5).

Nunca debemos permitir que el ruido del mundo venza y ahogue esa voz apacible y delicada.

Ciertamente se nos ha advertido de los acontecimientos que enfrentaremos en nuestros días. El desafío que tenemos es saber cómo prepararnos para los hechos que el Señor ha dicho que ciertamente están por venir.

Muchas personas en nuestra preocupada sociedad comprenden que la desintegración de la familia traerá sólo pesar y desesperanza a un mundo atribulado. Como miembros de la Iglesia, tenemos la responsabilidad de preservar y proteger a la familia como la unidad básica de la sociedad y de la eternidad. Los profetas han advertido y prevenido en cuanto a la consecuencia inevitable y destructiva del deterioro de los valores familiares.

A medida que el mundo continúa observándonos, asegurémonos de que

nuestro ejemplo afirme y apoye el plan que el Señor ha diseñado para Sus hijos aquí en la Tierra. La enseñanza más sublime se debe lograr mediante el ejemplo recto. Nuestros hogares deben ser lugares santos a fin de resistir las presiones del mundo. Tengamos presente que las bendiciones más grandiosas del Señor se reciben mediante familias rectas y se otorgan a éstas.

Debemos seguir evaluando detenidamente nuestro desempeño como padres. La enseñanza más eficaz que un niño pueda recibir provendrá de padres y madres rectos que se preocupan por él. Consideremos en primer lugar el papel de la madre. Presten atención a estas palabras del presidente Gordon B. Hinckley:

“Las mujeres que convierten una casa en un hogar hacen una contribución mucho más grande a la sociedad que aquellas que dirigen grandes ejércitos o que están a la cabeza de compañías notables. ¿Quién puede ponerle precio a la influencia que una madre tiene en sus hijos, la abuela en su posteridad, o las tías y hermanas en sus parientes?

“No podemos empezar a medir o a calcular la influencia de las mujeres que, a su manera singular, edifican una vida familiar estable y nutren para bien eterno a las generaciones del futuro. Las consecuencias de las decisiones que tomen las mujeres de esta generación serán eternas. Permítanme proponer que no hay oportunidad más sublime ni desafío más importante para las mujeres de hoy que el hacer todo lo que les sea posible por fortalecer el hogar” (*Standing for Something: 10 Neglected Virtues That Will Heal Our Hearts and Homes*, 2000, pág. 152).

Veamos ahora la función que el padre desempeña en nuestra vida:

Los padres dan bendiciones y efectúan ordenanzas sagradas para sus



hijos, las cuales llegarán a ser puntos culminantes espirituales en su vida.

Los padres se ocupan personalmente de estar a cargo de las oraciones familiares, la lectura diaria de las Escrituras y de las noches de hogar semanales.

Los padres edifican tradiciones familiares al participar en la planificación de vacaciones y excursiones que incluirán a todos los integrantes de la familia. Los hijos nunca olvidarán los recuerdos de esos tiempos especiales que pasaron juntos.

Los padres efectúan charlas con cada uno de sus hijos y les enseñan principios del Evangelio.

Los padres enseñan a los hijos y las hijas el valor del trabajo y les ayudan a establecer metas dignas en su vida.

Los padres dan el ejemplo de prestar servicio fiel en el Evangelio.

Por favor tengan presente, hermanos, su sagrado llamamiento como un padre en Israel —su llamamiento más importante en esta vida y por la eternidad— un llamamiento del que nunca serán relevados.

Hace muchos años, en conferencias de estaca mostrábamos un videoclip para ilustrar el tema del mensaje que íbamos a presentar. Durante el año, al viajar por la Iglesia en las visitas de conferencia de estaca que se nos habían asignado, llegamos a familiarizarnos bien con el contenido de la película. Casi lo podíamos recitar de memoria. El mensaje ha permanecido en mi mente todos estos años; lo narra el presidente Harold B. Lee, donde explicaba algo que había ocurrido en casa de su hija. Era algo así:

Una noche, la mamá estaba intentando desesperadamente terminar de envasar fruta. Los niños por fin estaban listos para acostarse y estaban tranquilos. Era el momento de preparar la fruta. Al empezar a pelar y sacar



los carozos de la fruta, aparecieron en la cocina dos niños que dijeron que estaban listos para decir sus oraciones antes de acostarse.

Como no quería que la interrumpieran, la madre rápidamente les dijo: “¿Por qué no se van a decir sus oraciones ustedes solitos, para que mamá siga preparando esta fruta?”

El mayor de los niños permaneció firme en su lugar y preguntó: “¿Qué es más importante: las oraciones o la fruta?” (Véase *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee*, 2000, pág. 159.)

A veces nos encontramos en situaciones en las que tenemos la oportunidad de enseñar a los hijos una lección que dejará un efecto perdurable en sus jóvenes vidas. Por supuesto que las oraciones son más importantes que la fruta. Un buen padre nunca deberá estar demasiado ocupado para no aprovechar un momento en la vida de un hijo en que se pueda enseñar una lección importante.

Tengo la firme convicción de que en todos mis años de vida nunca ha habido un período en el que los hijos de nuestro Padre Celestial hayan necesitado más la mano guiadora de padres fieles y devotos. Tenemos un grandioso y noble legado de padres que han renunciado a casi todo lo

que poseen para encontrar un lugar donde pudiesen criar a sus familias con fe y valor a fin de que la próxima generación tuviese mayores oportunidades que las que ellos tuvieron. Debemos encontrar en nuestro interior ese mismo espíritu decidido y vencer los desafíos que afrontamos con el mismo espíritu de sacrificio. Debemos inculcar en las generaciones futuras una confianza aún más firme en las enseñanzas de nuestro Señor y Salvador.

“Y ahora bien, recordad, hijos míos, recordad que es sobre la roca de nuestro Redentor, el cual es Cristo, el Hijo de Dios, donde debéis establecer vuestro fundamento, para que cuando el diablo lance sus impetuosos vientos, sí, sus dardos en el torbellino, sí, cuando todo su granizo y furiosa tormenta os azoten, esto no tenga poder para arrastraros al abismo de miseria y angustia sin fin, a causa de la roca sobre la cual estáis edificados, que es un fundamento seguro, un fundamento sobre el cual, si los hombres edifican, no caerán” (Helamán 5:12).

El evangelio de Jesucristo es el que proporciona ese cimiento sobre el cual podemos encontrar paz duradera y edificar familias eternas. De esto testifico en el nombre de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo. Amén. ■



Por el élder **Quentin L. Cook**
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Elijan sabiamente

“...desechar lo malo y escoger lo bueno” (Isaías 7:15).

Mis queridos hermanos, esta tarde deseo compartir algunos consejos en cuanto a decisiones y elecciones.

Cuando era un joven abogado en la región de la Bahía de San Francisco, nuestra compañía hizo algunos trabajos legales para la compañía que producía los programas navideños de televisión sobre un niño que se llamaba Charlie Brown¹. Me hice aficionado de Charles Schultz y de su creación titulada *Peanuts*, con Charlie Brown, Lucy, Snoopy y otros maravillosos personajes.

Una de mis historietas cómicas favoritas era la de Lucy. Según recuerdo, el equipo de béisbol de Charlie Brown tenía un juego importante; Lucy jugaba de jardinero derecho, y le lanzaron una pelota elevada. Las bases estaban llenas y era el final de la novena entrada. Si Lucy atrapaba la pelota, su equipo ganaría; si la dejaba caer, ganaría el otro equipo.

Como sólo puede ocurrir en una historieta cómica, el equipo entero se puso alrededor de Lucy mientras la pelota descendía. Lucy pensaba: “Si la atrapo, seré la heroína; si no, seré el chivo expiatorio”.

La pelota descendió, y mientras sus compañeros de equipo esperaban

ansiosos, Lucy no la atrapó. Disgustado, Charlie Brown tiró el guante al suelo. Entonces Lucy miró a sus compañeros, se puso las manos en la cintura, y dijo: “¿Cómo esperan que atrape la pelota cuando estoy preocupada por la política exterior de nuestro país?”.

Esa fue una de las muchas pelotas elevadas que Lucy no atrapó a lo largo de los años, y cada vez tenía una nueva excusa². Aunque las excusas de ella siempre eran graciosas, eran justificaciones; eran razones falsas por no atrapar la pelota.

Durante el ministerio del presidente Thomas S. Monson, con frecuencia ha enseñado que las decisiones determinan el destino³. De acuerdo con ello, mi consejo esta tarde es que nos elevemos por encima de cualquier justificación que nos impida tomar decisiones correctas, especialmente acerca de servir a Jesucristo. En Isaías se nos enseña que debemos “...desechar lo malo y escoger lo bueno”⁴.

Creo que es de singular importancia en nuestros días, cuando Satanás enfurece los corazones de los hijos de los hombres de tantas maneras nuevas y sutiles, que tomemos nuestras decisiones y opciones con detenimiento, de acuerdo con las metas y los objetivos que profesamos vivir. Debemos



comprometernos indiscutiblemente a vivir los mandamientos y adherirnos estrictamente a los convenios sagrados. Cuando permitimos que las justificaciones nos impidan recibir la investidura del templo, servir dignamente en misiones y casarnos en el templo,



son particularmente dañinas. Es triste que profesemos creer en esas metas, pero descuidemos la conducta diaria necesaria para lograrlas⁵.

Algunos jóvenes afirman que su meta es casarse en el templo, pero no salen con personas dignas de entrar

en el templo. Y francamente, ¡algunos ni siquiera salen en pareja, punto! Ustedes, jóvenes solteros, cuanto más tiempo permanezcan solteros, después de una edad y madurez determinadas, más cómodos se sentirán; ¡pero se *deberían* sentir más *incómodos*! Por favor, estén “anhelosamente consagrados”⁶ a actividades espirituales y sociales que vayan de acuerdo con la meta de casarse en el templo.

Algunos postergan el matrimonio hasta que terminen sus estudios y consigan un trabajo. Ese modo de pensar, tan aceptado en el mundo, no demuestra fe, no se ajusta al consejo de los profetas modernos y no concuerda con la doctrina sensata.

Hace poco me reuní con un excelente jovencito adolescente; sus metas eran servir en una misión, obtener una educación, casarse en el templo y tener una familia feliz y fiel. Me sentí muy complacido con sus metas; pero al seguir conversando, se hizo obvio que su conducta y las decisiones que estaba tomando no iban de acuerdo con sus metas. Pensé que sinceramente deseaba ir a una misión y estaba evitando transgresiones graves que le prohibieran servir en una misión, pero su conducta cotidiana no lo estaba preparando para los desafíos físicos, emocionales, sociales, intelectuales y espirituales que afrontaría⁷. No había aprendido a trabajar arduamente, no tomaba ni los estudios ni seminario con seriedad; asistía a la Iglesia, pero no había leído el Libro de Mormón. Pasaba mucho tiempo en videojuegos y en las redes sociales. Parecía pensar que presentarse para ir a la misión sería suficiente. Jóvenes, por favor vuelvan a comprometerse a una conducta digna y a una seria preparación para ser emisarios de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo.

Mi preocupación no es sólo en

cuanto a las decisiones críticas, sino a las de menor peso, las decisiones rutinarias de todos los días y aparentemente comunes que ocupan la mayor parte de nuestro tiempo. En esos aspectos, tenemos que hacer hincapié en la moderación, el equilibrio y, especialmente en la sabiduría. Es importante elevarnos por encima de las justificaciones y tomar las mejores decisiones.

Un ejemplo maravilloso de la necesidad de moderación, equilibrio y sabiduría es el uso de internet, el cual se puede utilizar para llevar a cabo la obra misional, ayudar con responsabilidades del sacerdocio, encontrar a queridos antepasados para las sagradas ordenanzas del templo, y mucho más. El potencial para lo bueno es enorme. Sabemos también que puede transmitir muchas cosas malas, incluso la pornografía, la crueldad digital⁸ y las charlas anónimas. También puede perpetuar la insensatez. Tal como el hermano Randall L. Ridd enseñó de manera tan potente en la última conferencia general al hablar sobre internet: “Con internet pueden lograr cosas magníficas en poco tiempo o quedar atrapados en un sinnúmero de trivialidades que desperdician su tiempo y disminuyen su potencial”⁹.

Las distracciones y la oposición a la rectitud no sólo se encuentran en internet; están en todas partes; afectan no sólo a los jóvenes, sino a todos nosotros. Vivimos en un mundo que literalmente está en conmoción¹⁰. Estamos rodeados por representaciones obsesivas de lo que llaman actividades divertidas, y vidas inmorales y disfuncionales, las que gran parte de los medios de comunicación presentan como una conducta normal.

Hace poco, el élder David A. Bednar advirtió a los miembros de la Iglesia que fuesen auténticos en el uso de las redes sociales¹¹. Un líder



que se destaca por sus ideas, Arthur C. Brooks, ha recalcado ese punto; él hace la observación de que cuando usamos las redes sociales, tenemos la tendencia a recalcar los detalles felices de nuestra vida, pero no los tiempos difíciles en los estudios o el trabajo. Representamos una vida incompleta, a veces de manera falsa o que nos engrandezca. Compartimos esta vida y después consumimos las “vidas... casi exclusivamente falsas de [nuestros] ‘amigos’ en las redes sociales”. Además, afirma él, “¿cómo no va a hacernos sentir peor el pasar parte del tiempo pretendiendo ser más felices de lo que somos, y la otra parte del tiempo ver que los demás parecen ser mucho más felices que nosotros?”¹².

A veces parece que nos estamos ahogando en la insensatez frívola, en un ruido absurdo y en constante contención. Al disminuir la distracción y examinar lo que nos rodea, es muy poco lo que nos ayudará en nuestra búsqueda eterna hacia metas rectas. Ante las muchas peticiones de sus hijos de participar en esas distracciones, un padre sabiamente les pregunta: “¿Te hará eso una persona mejor?”.

Cuando justificamos las malas decisiones, ya sean grandes o pequeñas, que no van de acuerdo con el Evangelio restaurado, perdemos las bendiciones y las protecciones que necesitamos y con frecuencia caemos en el pecado o simplemente nos apartamos del camino.

Me preocupan en particular la insensatez¹³ y el estar obsesionados con “todo lo que está de moda”. En la Iglesia fomentamos y celebramos la verdad y el conocimiento de todo tipo; pero cuando la cultura, el conocimiento y las costumbres sociales se separan del plan de felicidad de Dios y la función esencial de Jesucristo, ocurre una inevitable desintegración

de la sociedad¹⁴. En nuestros días, pese a los adelantos sin precedentes en muchos aspectos, en especial en las ciencias y en la comunicación, los valores básicos esenciales se han deteriorado y la felicidad y el bienestar en general han disminuido.

Cuando se invitó al apóstol Pablo a predicar en el Areópago de Atenas, se encontró con la misma ostentación intelectual y falta de verdadera sabiduría que existe en la actualidad¹⁵. En Hechos leemos este relato: “Porque todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, de ninguna otra cosa se ocupaban, sino en decir o en oír algo nuevo”¹⁶. El énfasis de Pablo era la resurrección de Jesucristo. Cuando la multitud se dio cuenta de la naturaleza religiosa de su mensaje, algunos se burlaron de él y otros básicamente no le hicieron caso, diciendo: “Ya te oiremos hablar acerca de esto otra vez”¹⁷. Pablo se fue de Atenas *sin ningún éxito*. El deán Frederic Farrar escribió en cuanto a esa visita: “En Atenas no estableció ninguna iglesia; a Atenas no le escribió ninguna epístola; y en Atenas, cuando a menudo pasaba por sus proximidades, nunca volvió a poner pie”¹⁸.

Creo que el mensaje inspirado del élder Dallin H. Oaks que distingue entre “bueno, mejor, excelente” brinda una manera eficaz de evaluar nuestras decisiones y prioridades¹⁹. Muchas opciones no son malas, por naturaleza, pero si ocupan todo nuestro tiempo e impiden que tomemos las mejores decisiones, entonces se vuelven perjudiciales.

Incluso las empresas que valen la pena tienen que evaluarse para determinar si se han convertido en

distracciones que nos alejen de las mejores metas. Durante mi adolescencia tuve una inolvidable conversación con mi padre. Él no creía que suficientes jóvenes se estuviesen concentrando en metas importantes de largo alcance, como el empleo o el proveer para la familia, ni preparándose para ellas.

El estudiar con ahínco y obtener experiencia en un trabajo inicial siempre ocupaban un lugar importante en la lista de prioridades de mi padre. Él pensaba que las actividades extracurriculares, como el debate y el gobierno estudiantil podían tener alguna conexión directa con algunas de mis metas importantes. No estaba tan seguro en cuanto a la gran cantidad de tiempo que pasaba participando en fútbol americano, baloncesto, béisbol y atletismo. Reconocía que los deportes desarrollan la fuerza, la resistencia y el trabajo en equipo, pero afirmaba que quizás concentrarse en un solo deporte por un período más corto sería mejor. En su opinión, los deportes eran buenos, pero no lo mejor *para mí*. Le preocupaba que algunos deportes sólo sirvieran para lograr reconocimiento o fama local a expensas de metas más importantes de largo alcance.

En vista de ello, una de las razones por las que me gusta el relato de Lucy jugando béisbol es que según el punto de vista de mi padre, yo debí haber estado estudiando política exterior y no preocupándome si iba a atrapar la pelota. Debo aclarar que a mi madre le encantaban los deportes; tendría que estar hospitalizada para que faltara a uno de mis juegos.

Había decidido seguir el consejo de mi padre y no participar en deportes intercolegiales. Entonces el entrenador de fútbol americano de la escuela secundaria me informó que el entrenador de la Universidad Stanford

deseaba almorzar con Merlin Olsen y conmigo. Los más jóvenes de ustedes quizás no sepan quién es Merlin; era un increíble jugador defensivo del equipo de la Escuela Secundaria Logan, donde yo jugaba como mariscal de campo (quarterback), hacía jugadas defensivas y devolvía patadas de despeje. Durante la secundaria la mayoría de los equipos de la nación trataron de reclutar a Merlin. En la universidad, ganó el Trofeo Outland por ser el mejor defensa de la nación. Fue seleccionado en tercer lugar para integrar la Liga Nacional de Fútbol americano, donde participó en catorce Tazones preliminares consecutivos. Integró la Galería de la Fama de fútbol en 1982²⁰.

El almuerzo con el entrenador de Stanford fue en el restaurant Bluebird, de Logan, Utah. Después de que nos saludamos, no volvió a dirigirme la mirada; habló directamente con Merlin, y a mí me ignoró. Al final del almuerzo, por primera vez se volvió hacia mí pero no pudo recordar mi nombre. Le dijo a Merlin: “Si decides ir a Stanford y quieres traer a tu amigo, sus calificaciones son suficientemente buenas y probablemente podríamos hacer arreglos”. Esa experiencia me confirmó que debía seguir el sabio consejo de mi padre.

No es mi intención desalentar la participación en los deportes, ni el uso de internet, ni otra actividad buena que disfrutaran los jóvenes. Son la clase de actividades que requieren moderación, equilibrio y sabiduría. Cuando se usan con prudencia, enriquecen nuestra vida.

Sin embargo, los animo a todos, jóvenes y adultos, a que examinen sus metas y objetivos y se esfuercen para ejercitar mayor disciplina. Nuestra conducta y opciones diarias deben estar en armonía con nuestras metas. Tenemos que elevarnos por encima

de las justificaciones y las distracciones; y es especialmente importante que tomemos decisiones que concuerden con nuestros convenios de servir a Jesucristo en rectitud²¹. Por ningún motivo debemos quitar la vista de esa meta ni dejarla de lado.

Esta vida es el tiempo para prepararnos para comparecer ante Dios²². Somos un pueblo feliz y alegre; apreciamos el buen sentido del humor y valoramos el tiempo libre con amigos y familiares; sin embargo, es necesario reconocer que hay una seriedad de propósito que debe ser la base de nuestro enfoque ante la vida y todas sus opciones. Las distracciones y justificaciones que limitan el progreso son de por sí perjudiciales, pero resultan trágicas cuando disminuyen la fe en Jesucristo y en Su Iglesia.

Mi oración es que como grupo de poseedores del sacerdocio, hagamos que nuestra conducta esté acorde con los nobles propósitos que se requieren de aquellos que están al servicio del Maestro. En todas las cosas debemos recordar que ser “valientes en el testimonio de Jesús” es la gran prueba que dividirá el reino celestial y el terrestre²³. Deseamos ser hallados en el lado celestial de esa línea divisoria. Como uno de Sus apóstoles, doy testimonio ferviente de la realidad de la Expiación y de la divinidad de Jesucristo, nuestro Salvador. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Lee Mendelson-Bill Melendez Production TV Specials.
2. Lucy siempre se justificaba por no atrapar la pelota, diciendo que las lunas de Saturno la distraían, o que se preocupaba por las posibles sustancias tóxicas del guante.
3. Véase “Las decisiones determinan nuestro destino”, capítulo 8 en *Senderos hacia la perfección: Discursos de Thomas S. Monson* (1973), pág. 63–72.
4. Isaías 7:15.
5. “Si fuera tan fácil hacer lo que se debe, como conocerlo, las ermitas serían catedrales, y

palacios las cabañas” (William Shakespeare, *El Mercader de Venecia*), Acto I, Escena 2, líneas 12–14 [versión en línea].

6. Doctrina y Convenios 58:27.
7. Véase *Adaptación a la vida misional*, (cuadernillo, 2013), págs. 23–49.
8. Véase de Stephanie Rosenbloom, “Dealing with Digital Cruelty”, *New York Times*, 24 de agosto de 2014, sección Sunday Review, pág. 1.
9. Randall L. Ridd, “La generación escogida”, *Liahona*, mayo de 2014, pág. 56.
10. Véase Doctrina y Convenios 45:26.
11. Véase de David A. Bednar, “Inundar la tierra como con un diluvio” (discurso pronunciado en la Semana de la Educación de la Universidad Brigham Young, 19 de agosto de 2014); lds.org/prophets-and-apostles/unto-all-the-world/to-sweep-the-earth-as-with-a-flood.
12. Arthur C. Brooks, “Love People, Not Pleasure”, *New York Times*, 20 de julio de 2014, sección Sunday Review, pág. 1.
13. Lamentablemente, una distracción que ha aumentado en nuestros días es la total insensatez. Cuando el Salvador enumeró algunas de las cosas que contaminan al hombre, incluyó la insensatez (véase Marcos 7:22).
14. Esto ocurrió en las antiguas Grecia y Roma, así como en las civilizaciones del Libro de Mormón.
15. Véase de Frederic W. Farrar, *The Life and Work of St. Paul*, (1898), pág. 302. Había filósofos de todas clases, incluso epicúreos y estoicos, grupos rivales que algunos describían como los fariseos y saduceos del mundo pagano. Véase también de Quentin L. Cook, “Traspasar lo señalado”, *Liahona*, marzo de 2003, págs. 20–24.
16. Hechos 17:21.
17. Hechos 17:32.
18. Farrar, *The Life and Work of St. Paul*, pág. 312.
19. Véase de Dallin H. Oaks, “Bueno, Mejor, Excelente”, *Liahona*, noviembre de 2007, págs. 104–108.
20. Merlin Olsen era un jugador de fútbol americano que integraba la galería de la fama, actor y comentarista de la NFL para NBC. Él ganó el Trofeo Outland mientras jugaba fútbol americano para la universidad Utah State. Jugó fútbol americano profesional para los Rams de Los Ángeles. En televisión hizo el papel de Jonathan Garvey, junto al actor Michael Landon en *La casita de la pradera* y tuvo su propio programa de televisión: *Papá Murphy*. Merlin falleció el 11 de marzo de 2010, y lo extrañamos mucho.
21. Véase Doctrina y Convenios 76:5.
22. Véase Alma 34:32.
23. Doctrina y Convenios 76:79.



Por el élder Craig C. Christensen
De la Presidencia de los Setenta

Sé estas cosas por mí mismo

Saber por nosotros mismos que el evangelio restaurado de Jesucristo es verdadero puede ser una de las más grandes y gozosas experiencias de la vida.

Queridos hermanos, continuamente nos inspiran el ejemplo personal del presidente Thomas S. Monson y su servicio en el sacerdocio. Hace poco se preguntó a varios diáconos: “¿Qué admiran más del presidente Monson?”. Un diácono recordó que el presidente Monson, cuando era niño, dio sus juguetes a amigos necesitados. Otro mencionó que el presidente Monson veló por las muchas viudas de su barrio. Otro indicó que fue llamado a ser apóstol siendo muy joven y que ha bendecido a la gente alrededor del mundo. Después un joven dijo: “Lo que más admiro del presidente Monson es su firme testimonio”.

En verdad, todos hemos sentido el testimonio especial de nuestro profeta sobre el Salvador Jesucristo y su compromiso de siempre seguir la guía del Espíritu. Con cada experiencia que comparte, el presidente Monson nos invita a vivir el Evangelio más plenamente, a procurar tener un testimonio personal y a fortalecerlo. Recuerden lo que dijo en este púlpito hace varias conferencias: “Para que podamos ser fuertes y soportar todas las fuerzas

que nos arrastran en la dirección equivocada... debemos tener nuestro propio testimonio. Ya sea que tengan 12 o 112 años, o cualquier edad, pueden saber por ustedes mismos que el evangelio de Jesucristo es verdadero”¹.

Aunque esta noche dirijo mi mensaje más a los de 12 años que a los de 112, los principios que comparto se aplican a todos. En respuesta a las palabras del presidente Monson, pregunto: ¿Sabe cada uno de nosotros por sí mismo que el Evangelio es verdadero? ¿Podemos decir con confianza que nuestro testimonio realmente es nuestro? Cito de nuevo al presidente



Monson: “Sostengo que un testimonio firme de nuestro Salvador y de Su evangelio... los protegerá del pecado y la maldad que los rodea... Si aún no tienen un testimonio de estas cosas, hagan lo necesario para obtenerlo. Es esencial que tengan un testimonio propio, ya que los testimonios de los demás sólo les servirán hasta cierto punto”².

Sé estas cosas por mí mismo

El aprender por nosotros mismos que el evangelio restaurado de Jesucristo es verdadero puede ser una de las mejores y más felices experiencias de la vida. Quizás tengamos que comenzar dependiendo del testimonio de otros y decir, como los jóvenes guerreros: “No dudamos que nuestras madres lo sabían”³. Es un buen punto de partida, pero debemos construir sobre esa base. Para ser firmes al vivir el Evangelio, nada es más importante que recibir y fortalecer nuestro propio testimonio. Debemos poder declarar como Alma: “[Sé] estas cosas por mí mismo”⁴.

“Y ¿cómo suponéis que yo sé de su certeza?”, continuó Alma. “He aquí, os digo que el Santo Espíritu de Dios me las hace saber. He aquí, he ayunado y orado muchos días para poder saber estas cosas por mí mismo. Y ahora sé por mí mismo que son verdaderas”⁵.

Deseo ver las cosas que mi padre vio

Como Alma, Nefi también llegó a conocer la verdad por sí mismo. Tras escuchar a su padre hablar de sus muchas experiencias espirituales, Nefi quería saber lo que sabía su padre. Era más que una simple curiosidad; tenía hambre y sed de saber. Aunque era “muy joven”, tenía “grandes deseos de conocer los misterios de Dios”⁶. Añoraba “[ver, oír y saber] de estas cosas, por el poder del Espíritu Santo”⁷.



Mientras Nefi estaba “sentado reflexionando sobre esto, [fue] arrebatado en el Espíritu... hasta una montaña extremadamente alta”, en donde se le preguntó: “¿qué es lo que tú deseas?”. Su respuesta fue sencilla: “Deseo ver las cosas que mi padre vio”⁸. Por su corazón creyente y su esfuerzo diligente, Nefi tuvo la bendición de una experiencia maravillosa. Recibió un testimonio del futuro nacimiento, vida y crucifixión del Salvador Jesucristo; vio la salida a luz del Libro de Mormón y la restauración del Evangelio en los últimos días; todo ello como resultado de su deseo sincero de saber por sí mismo⁹.

Estas experiencias personales con el Salvador prepararon a Nefi para la adversidad y los desafíos que pronto enfrentaría. Le permitieron mantenerse fuerte incluso cuando otras personas en su familia estaban dudando. Él pudo hacerlo porque había *aprendido* por sí mismo y *sabía* por sí mismo. Él había sido bendecido con su propio testimonio.

Pídala a Dios

Al igual que Nefi, el profeta José Smith también era “muy joven” cuando invadió su “mente una seria reflexión” en cuanto a verdades espirituales. Para José, eran tiempos de “gran inquietud”,

ya que estaba rodeado de mensajes conflictivos y confusos acerca de la religión. Deseaba saber cuál de las iglesias era verdadera¹⁰. Inspirado por estas palabras bíblicas: “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios”¹¹, actuó por sí mismo para hallar la respuesta. En una hermosa mañana primaveral de 1820, entró a una arboleda y se arrodilló para orar. Por causa de su fe y porque Dios tenía una obra especial para él, José recibió una gloriosa visión de Dios el Padre y de Su Hijo Jesucristo, y supo por sí mismo lo que debía hacer.

¿Alcanzan a ver en la experiencia de José un modelo que pueden seguir para obtener o fortalecer su propio testimonio? José permitió que las Escrituras penetraran su corazón. Meditó profundamente en ellas y las aplicó a su propia situación. Después, actuó en base a lo que había aprendido. El resultado fue la gloriosa Primera Visión y todo lo que se recibió a continuación. Esta Iglesia literalmente fue fundada en el principio de que cualquier persona, incluso un joven granjero de 14 años, puede “[pedir] a Dios” y recibir respuesta a sus oraciones.

Entonces, ¿qué es un testimonio?

A menudo escuchamos a miembros de la Iglesia decir que su testimonio

del Evangelio es lo más preciado para ellos. Es un don sagrado de Dios que recibimos por el poder del Espíritu Santo. Es la certeza tranquila y firme que recibimos al estudiar, orar y vivir el Evangelio. Es el sentimiento del Espíritu Santo que testifica a nuestra alma que lo que estamos aprendiendo y haciendo es correcto.

Algunos hablan del testimonio como si fuera un interruptor de luz: o está encendido o está apagado; o se tiene un testimonio o no se tiene. En realidad, el testimonio es como un árbol que pasa por varias etapas de crecimiento y desarrollo. Algunos de los árboles más altos de la Tierra se encuentran en el Parque Nacional Redwood, en el oeste de los Estados Unidos. Cuando uno está al pie de esos árboles inmensos, es asombroso pensar que cada uno creció de una semilla pequeña; así es con nuestro testimonio. Aunque comience con una sola experiencia espiritual, puede crecer y desarrollarse con el tiempo, mediante nutrición constante y experiencias espirituales frecuentes.

No es sorprendente, entonces, que cuando el profeta Alma explicó cómo desarrollamos un testimonio, habló de una semilla que se convierte en árbol. “Si dais lugar”, dijo él, “para que sea sembrada una semilla en vuestro



Ciudad del Cabo, Sudáfrica

corazón, he aquí, si es una semilla verdadera, o semilla buena, y no la echáis fuera por vuestra incredulidad... empezará a hincharse en vuestro pecho; y al sentir esta sensación de crecimiento, empezarán a decir dentro de vosotros: Debe ser que ésta es una semilla buena, o que la palabra es buena, porque empieza a ensanchar mi alma; sí, empieza a iluminar mi entendimiento; sí, empieza a ser deliciosa para mí¹².

A menudo es así como comienza el testimonio: con sentimientos sagrados, reveladores y que reafirman que la palabra de Dios es verdadera. Sin embargo, por maravillosos que sean esos sentimientos, son sólo el comienzo. El esfuerzo por hacer crecer su testimonio no ha concluido, así como el crecimiento de una secuoya no termina cuando el primer retoño brota del suelo. Si ignoramos o descuidamos esos primeros susurros espirituales o, si no los nutrimos mediante el estudio continuo de las Escrituras, la oración y el procurar más experiencias con el Espíritu, los sentimientos se atenuarán y el testimonio disminuirá.

Como dijo Alma: "... si desatenéis el árbol, y sois negligentes en nutrirlo, he aquí, no echará raíz; y cuando el calor del sol llegue y lo abrase, se secará porque no tiene raíz, y lo arrancaréis y lo echaréis fuera"¹³.

En la mayoría de los casos, el testimonio crecerá como crece un árbol:

gradualmente, casi imperceptiblemente, como resultado de nuestra atención constante y esfuerzo dedicado. "Pero si cultiváis la palabra", prometió Alma, "sí, y nutris el árbol mientras empiece a crecer, mediante vuestra fe, con gran diligencia y con paciencia, mirando hacia adelante a su fruto, echará raíz; y he aquí, será un árbol que brotará para vida eterna"¹⁴.

Ahora es el momento; hoy es el día

Mi propio testimonio comenzó al estudiar las enseñanzas del Libro de Mormón y meditar en ellas. Al arrodillarme a pedir a Dios en humilde oración, el Espíritu Santo testificó a mi alma que lo que estaba leyendo era verdadero. Ese primer testimonio fue el catalizador de mi testimonio en cuanto a muchas otras verdades del Evangelio porque, como enseñó el presidente Monson: "Cuando sabemos que el Libro de Mormón es verdadero, seguidamente sabemos que José Smith fue en verdad un profeta y que él vio a Dios el Eterno Padre y a Su Hijo Jesucristo. A continuación sabemos que el Evangelio fue restaurado en estos últimos días por medio de José Smith, incluso la restauración del Sacerdocio Aarónico y el de Melquisedec"¹⁵. A partir de ese día, he tenido muchas experiencias sagradas con el Espíritu Santo que me han reafirmado que Jesucristo es el Salvador del mundo

y que Su Evangelio restaurado es verdadero. Como Alma, puedo decir con certeza que sé estas cosas por mí mismo.

Mis jóvenes amigos, ahora es el momento y hoy es el día para aprender o reafirmar por nosotros mismos que el Evangelio es verdadero. Cada uno de nosotros tiene una obra importante que efectuar. Para lograrla y estar protegidos de la influencia del mundo que parece estar en constante acecho, debemos tener la fe de Alma, Nefi y el joven José Smith para obtener y desarrollar nuestro propio testimonio.

Al igual que el diácono del que hablé antes, admiro al presidente Monson por su testimonio, que es como una enorme secuoya; pero el testimonio del presidente Monson también tuvo que crecer y desarrollarse con el tiempo. Podemos llegar a saber por nosotros mismos, tal como el presidente Monson, que Jesucristo es nuestro Salvador y el Redentor del mundo, que José Smith es el profeta de la Restauración, incluso la restauración del sacerdocio de Dios. Nosotros poseemos ese santo sacerdocio. Que aprendamos estas cosas y las sepamos por nosotros mismos es mi humilde oración; en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Thomas S. Monson, "Atrévete a lo correcto aunque solo estés", *Liahona*, noviembre de 2011, pág. 62.
2. Thomas S. Monson, "El poder del sacerdocio", *Liahona*, mayo de 2011, pág. 66.
3. Alma 56:48.
4. Alma 5:46.
5. Alma 5:45-46.
6. 1 Nefi 2:16.
7. 1 Nefi 10:17.
8. 1 Nefi 11:1-3.
9. Véase 1 Nefi 11-14.
10. Véase José Smith—Historia 1:8-10.
11. Santiago 1:5.
12. Alma 32:28.
13. Alma 32:38.
14. Alma 32:41.
15. Thomas S. Monson, *Liahona*, noviembre de 2011, pág. 67.



Por el obispo Dean M. Davies
Segundo Consejero del Obispado Presidente

La ley del ayuno: Una responsabilidad personal de cuidar del pobre y del necesitado

Como seguidores del Salvador, tenemos la responsabilidad personal de cuidar del pobre y del necesitado

Mis queridos hermanos, me encanta el sacerdocio y estar con ustedes. Estoy profundamente agradecido de poder servir unidos en esta gran obra.

Ésta es una época extraordinaria. Los milagrosos avances en medicina, ciencia y tecnología han mejorado la calidad de vida de muchos; pero también hay evidencias de aflicción y enorme sufrimiento humano. Además de guerras y rumores de guerras, el aumento de desastres naturales como inundaciones, incendios, terremotos y enfermedades, afecta la vida de millones de personas en todo el mundo.

Los líderes de la Iglesia conocen y velan por el bienestar de los hijos de Dios en todas partes. Cuando y donde es posible, la Iglesia envía recursos de emergencia mediante canales humanitarios para dar respuesta a los necesitados. Por ejemplo, el pasado mes de noviembre el tifón

Haiyan azotó la nación insular de Filipinas.

El supertifón Haiyan, de categoría cinco, dejó a su paso enorme destrucción y sufrimiento. Ciudades enteras fueron destruidas; se perdieron muchas vidas; millones de hogares quedaron seriamente dañados o asolados y sin



Cuando y donde es posible, la Iglesia envía recursos de emergencia para ayudar a los necesitados.

servicios básicos como agua, alcantarillado o electricidad.

Los recursos de la Iglesia estuvieron disponibles en las primeras horas después del desastre. Los miembros de la Iglesia en Filipinas corrieron al rescate de sus hermanos y hermanas proveyendo alimentos, agua, ropa y productos de higiene, tanto a miembros como a no miembros.

Los centros de reuniones de la Iglesia se convirtieron en refugios para miles de personas sin techo. Bajo la dirección de la Presidencia de Área y de los líderes locales del sacerdocio, muchos de los cuales lo habían perdido todo, se hizo una valoración del estado y la seguridad de todos los miembros. Planes inspirados para ayudarlos a recuperar su autosuficiencia y condiciones de vida aceptables, comenzaron a tomar forma.

Se proporcionaron recursos modestos para ayudar a los miembros de la Iglesia a reconstruir sus refugios de madera y sus casas. No fue una mera limosna; los miembros recibieron capacitación y realizaron los trabajos necesarios para ellos mismos y luego por otros.

La bendición resultante fue que adquirieron habilidades de carpintería, fontanería y otras ramas de la construcción que les aseguraron importantes oportunidades de empleo cuando comenzó la reconstrucción de las ciudades vecinas.

El cuidado del pobre y del necesitado es una doctrina fundamental de la doctrina del Evangelio, y un elemento esencial en el eterno Plan de Salvación.

Antes de Su ministerio terrenal, Jehová declaró, por medio de Su profeta: “Porque no faltarán menesterosos de en medio de la tierra; por eso yo te mando, diciendo: Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra”¹.

Cuidar del pobre y del necesitado en nuestros días es una de las cuatro responsabilidades divinamente señaladas por la Iglesia para ayudar a las personas y a las familias a reunir los requisitos para lograr la exaltación².

Cuidar del pobre y del necesitado contempla tanto la salvación temporal como la espiritual. Incluye el servicio de los miembros de la Iglesia que cuidan personalmente del pobre y del necesitado, así como el Plan de Bienestar de la Iglesia, administrado a través de la autoridad del sacerdocio.

La *ley del ayuno* es esencial en el plan del Señor para cuidar del pobre y del necesitado. “El Señor ha establecido la ley del ayuno y las ofrendas de ayuno para bendecir a Su pueblo y proporcionarle un medio para que sirva a los necesitados”³.

Como seguidores del Salvador, tenemos la responsabilidad personal de cuidar del pobre y del necesitado. Los miembros fieles de la Iglesia en todas partes lo hacen al ayunar cada mes, absteniéndose de comer y beber agua durante veinticuatro horas y dando a la Iglesia una ofrenda de ayuno



equivalente, por lo menos, al valor de los alimentos que habrían comido.

Las palabras de Isaías deberían meditarse en oración y enseñarse en cada hogar:

“¿No es más bien el ayuno que yo escogí: desatar las ligaduras de la maldad, soltar las cargas de opresión, y dejar libres a los quebrantados y romper todo yugo?

“¿No consiste en que compartas tu pan con el hambriento y a los pobres errantes alojes en tu casa; en que cuando veas al desnudo lo cubras y no te escondas del que es tu propia carne?”⁴.

Isaías continúa declarando las maravillosas bendiciones que el Señor promete a aquellos que obedecen la ley del ayuno. Él dice:

“Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salud se manifestará pronto; e irá tu rectitud delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia.

“Entonces invocarás, y te responderá Jehová; clamarás, y dirá él: Heme aquí...

“y si extiendes tu alma al hambriento y sacias al alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía;

“y Jehová te guiará siempre, y en las sequías saciará tu alma”⁵.

Sobre este pasaje de las Escrituras, el presidente Harold B. Lee dijo: “Las enormes bendiciones que vienen [del ayuno] se han descrito en cada dispensación, y aquí el Señor nos explica, a través de Su gran profeta, el porqué del ayuno y las bendiciones que conlleva. Si analizan el capítulo cincuenta y ocho del libro de Isaías, verán la razón por la que el Señor desea que ayunemos y paguemos ofrendas de ayuno: Es para que podamos hacernos merecedores de llamar a la puerta y que el Señor nos conteste; de clamar y que el Señor diga: ‘Heme aquí’”.

El presidente Lee añade: “¿Querríamos estar en la condición de llamar y que Él no conteste? ¿De clamar en nuestra desesperación y que Él no esté con nosotros? Creo que ha llegado el momento de pensar en estos principios básicos, porque así serán los días que tenemos por delante, cuando necesitaremos más y más las bendiciones del Señor, cuando los juicios sean derramados sin mezcla sobre toda la tierra”⁶.

Nuestro amado profeta, el presidente Thomas S. Monson, ha compartido su testimonio de estos principios, testimonio que nace de la experiencia personal. Él dijo: “Ningún miembro de la Iglesia que haya ayudado a proveer de lo necesario para los necesitados, olvida o lamenta jamás la experiencia de haberlo hecho. El trabajo, la frugalidad, la autosuficiencia y el compartir con los demás no son algo nuevo para nosotros”⁷.

Hermanos, los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días somos un pueblo que hace convenios y guarda los mandamientos. No se me ocurre ninguna ley, ningún mandamiento que sea más fácil de cumplir y que brinde mayores bendiciones que la ley del ayuno, si la cumplimos fielmente. Cuando ayunamos y damos una ofrenda honesta, entregamos al almacén del Señor lo que habríamos gastado en esas comidas. No requiere un excesivo sacrificio económico mas allá de lo que gastaríamos normalmente. Al mismo tiempo, se nos prometen las extraordinarias bendiciones que anteriormente se mencionaron.

La ley del ayuno es para todos los miembros de la Iglesia. Se puede enseñar a los niños pequeños a ayunar, comenzando con una comida y más adelante dos, a medida que pueden comprender y sobrellevar físicamente la ley del ayuno. Esposos y esposas,



miembros solteros, jóvenes y niños deben comenzar su ayuno con una oración en la que expresen gratitud por las bendiciones de su vida y procuren las bendiciones del Señor y fortaleza durante el ayuno. La ley del ayuno se cumple en su plenitud cuando se entrega la ofrenda de ayuno al representante del Señor, el obispo.

Obispos, ustedes dirigen el bienestar en su barrio. Tienen el mandato divino de buscar y cuidar de los pobres. Con el apoyo de la presidenta de la Sociedad de Socorro y los líderes del quórum del Sacerdocio de Melquisedec, su meta es ayudar a los miembros a ayudarse a sí mismos y llegar a ser autosuficientes. Ustedes ministran las necesidades temporales y espirituales de los miembros al utilizar con prudencia las ofrendas de ayuno como una ayuda temporal, y como un suplemento a los recursos que aporta la familia y la comunidad. Al ejercer las llaves del sacerdocio con espíritu de oración y discernimiento para ayudar al pobre y al necesitado, ustedes llegarán a comprender que las ofrendas de ayuno se deben usar para mantener las necesidades básicas de la vida, no un estilo de vida.

Presidentes de quórum del Sacerdocio Aarónico, ustedes poseen las llaves y el poder de administrar las ordenanzas exteriores. Trabajan con el obispo e instruyen a los miembros del quórum en cuanto a sus deberes en el sacerdocio y de acercarse a los

miembros de la Iglesia para darles la oportunidad de contribuir al ayuno. Al magnificar sus responsabilidades en el sacerdocio y brindar esta oportunidad a todos los miembros de la Iglesia, ustedes, los poseedores del Sacerdocio Aarónico, facilitan las bendiciones prometidas del ayuno a aquellos que más pueden necesitarlas. Ustedes serán testigos de que el espíritu de cuidar del pobre y del necesitado tiene el poder de ablandar corazones de otro modo endurecidos, y bendice la vida de aquellos que quizás no asisten a la Iglesia con regularidad.

El presidente Monson ha dicho: “Aquellos obispos que organicen a sus quórumes del Sacerdocio Aarónico para participar en la recolección de las ofrendas de ayuno, tendrán más éxito en esta sagrada responsabilidad”⁸.

Obispos, recuerden que las circunstancias varían mucho de una área a otra y de un país a otro. El que los miembros del quórum del Sacerdocio Aarónico vayan a las casas tal vez no sea práctico en la región donde vivan. No obstante, los invitamos a considerar con espíritu de oración el consejo del profeta y a procurar inspiración sobre maneras apropiadas en que los poseedores del Sacerdocio Aarónico de sus barrios puedan magnificar su sacerdocio participando en la recolección de ofrendas de ayuno.

En el capítulo veintisiete de 3 Nefi, el Señor resucitado preguntó: “¿Qué

clase de hombres habéis de ser?”; y respondió: “En verdad os digo, aun como yo soy”⁹. Al tomar sobre nosotros el nombre de Cristo y esforzarnos por seguirlo, recibiremos Su imagen en nuestro semblante y llegaremos a ser más como Él. Cuidar del pobre y del necesitado es inherente al ministerio del Salvador; es parte de todo lo que Él hace. Él extiende su mano hacia todos y nos eleva. Su yugo es fácil y ligera Su carga. Invito a cada uno de nosotros a que cuidemos del pobre y del necesitado cumpliendo fielmente la ley del ayuno y contribuyendo con una generosa ofrenda para que lleguemos a ser más como el Salvador. Testifico con humildad que cuidar fielmente del pobre y del necesitado es un reflejo de madurez espiritual y bendecirá tanto al que da como al que recibe. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Deuteronomio 15:11.
2. Véase *Manual 2: Administración de la Iglesia*, 2010, 2.2.
3. *Manual 2*, Sección 6.1.2.
4. Isaías 58:6-7.
5. Isaías 58:8-11.
6. Harold B. Lee, “Listen and Obey” (Welfare Agricultural Meeting, 3 de abril de 1971), copia de un texto mecanografiado, pág. 14, Biblioteca de Historia de la Iglesia, Salt Lake City.
7. Thomas S. Monson, “¿Estamos preparados?” *Liahona*, septiembre de 2014, pág. 4.
8. Thomas S. Monson, en una reunión con el Obispado Presidente, 28 de febrero de 2014.
9. 3 Nefi 27:27.



Por el presidente Dieter F. Uchtdorf
Segundo consejero de la Primera Presidencia

“¿Soy yo, Señor?”

Debemos dejar de lado nuestro orgullo, ver más allá de nuestra vanidad y con humildad preguntar: “¿Soy yo, Señor?”.

Era la última noche de nuestro amado Salvador en la mortalidad, la noche antes de que se ofreciera a Sí mismo por toda la humanidad. Al partir pan con Sus discípulos, dijo algo que debe haber llenado el corazón de ellos de gran inquietud y profunda tristeza. “Uno de vosotros me va a entregar”, les dijo.

Los discípulos no dudaron de lo que Él dijo, ni tampoco miraron a su alrededor para señalar a otro y preguntar: “¿Es él?”

Al contrario, “entristecidos en gran manera, comenzó cada uno de ellos a decirle: *¿Soy yo, Señor?*”¹.

Me pregunto lo que haríamos si tuviéramos esa experiencia con el Salvador. ¿Miraríamos a los demás y diríamos en nuestro corazón: “Probablemente está hablando del hermano Johnson. Siempre he dudado de su fidelidad”, o “Qué bueno que está aquí el hermano Brown. Realmente necesita escuchar este mensaje”? O, como los discípulos de la antigüedad, examinaríamos nuestro interior y nos haríamos esa pregunta penetrante: “¿Soy yo?”.

En esas palabras sencillas, “¿Soy yo, Señor?”, yace el comienzo de la sabiduría y el sendero a la conversión personal y al cambio duradero.

Una parábola sobre los dientes de león

Había una vez un hombre que disfrutaba de caminar por su vecindario por las tardes. En especial le gustaba pasar por la casa de su vecino, ya que éste mantenía bien cuidado el césped; siempre tenía plantas llenas de flores y árboles saludables que daban mucha sombra. Obviamente el vecino dedicaba mucho empeño a tener el jardín hermoso.

Pero un día, al pasar por la casa del vecino, notó en medio de ese hermoso césped una enorme hierba, un diente de león amarillo.

Parecía tan fuera de lugar que le sorprendió. ¿Por qué no lo arrancaba su vecino? ¿No lo vería? ¿No sabía que

el diente de león echaría semillas y causaría que hubiera docenas de hierbas adicionales?

Ese diente de león solitario le molestó mucho y quería hacer algo al respecto. ¿Debía arrancarlo? ¿O echarle herbicida? Tal vez si fuera en la oscuridad de la noche, podría sacarlo secretamente.

Esos pensamientos ocupaban por completo su mente mientras regresaba a su propia casa. Entró sin mirar siquiera su propio jardín, el cual estaba cubierto de cientos de dientes de león amarillos.

Vigas y pajas

¿Nos recuerda esa historia las palabras del Salvador?

“¿...por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?...”

“Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano”².

Este asunto de las vigas y las pajas parece relacionarse íntimamente con la incapacidad de vernos claramente a nosotros mismos. No sé por qué somos tan buenos para diagnosticar y recomendar remedios para los males de otras personas mientras que se nos dificulta ver los nuestros.

Hace algunos años, en las noticias se habló de un hombre que creía que si se frotaba la cara con jugo de limón se haría invisible a las cámaras. Así que se puso jugo de limón en toda la cara y salió a robar dos bancos. Poco después lo arrestaron cuando transmitieron su imagen por el noticiero vespertino. Cuando la policía le mostró al hombre los videos de las cámaras de seguridad, él no lo podía creer. “¡Pero si me puse jugo de limón en la cara!”, protestó³.

Cuando un científico de la Universidad Cornell se enteró de esa historia,



le intrigó que alguien pudiera estar tan ciego a su propia ignorancia. Para determinar si era un problema generalizado, dos investigadores invitaron a estudiantes universitarios a participar en una serie de pruebas sobre habilidades básicas y después les pidieron que calificaran su desempeño. Los estudiantes que salieron mal en las pruebas fueron los peores en evaluar su desempeño. Algunos se dieron un puntaje cinco veces más alto de lo que realmente era⁴.

Ese estudio se ha repetido en muchas formas, confirmando una y otra vez la misma conclusión: a muchos se nos hace difícil vernos tal y como somos, e incluso las personas de éxito sobreestiman su propia contribución y subestiman las contribuciones de los demás⁵.

Tal vez no sea tan importante sobreestimar lo bien que manejamos un auto o lo lejos que podemos lanzar una pelota de golf; pero cuando empezamos a creer que nuestras contribuciones en la casa, el trabajo y la Iglesia son mayores de lo que son, nos cegamos a las bendiciones y oportunidades de mejorar de manera profunda y significativa.

Puntos ciegos espirituales

Un conocido mío vivía en un barrio con las estadísticas más altas de la Iglesia: excelente asistencia, los números de orientación familiar eran altos, los niños de la Primaria siempre se portaban bien, en las actividades había comida excelente y los miembros casi nunca ensuciaban el piso, y creo que en los partidos de básquetbol nunca discutían.

Posteriormente, mi amigo y su esposa fueron llamados a una misión. Cuando regresaron tres años después, se quedaron atónitos al darse cuenta que durante el tiempo de su servicio, once matrimonios se habían divorciado.



Aunque el barrio tenía toda la indicación externa de fidelidad y fortaleza, estaba pasando algo desafortunado en el corazón y la vida de los miembros; y lo más preocupante es que esa situación no es única. Suceden cosas terribles y a menudo innecesarias cuando los miembros de la Iglesia se desconectan de los principios del Evangelio. Por fuera tal vez aparenten ser discípulos de Jesucristo, pero en el interior de su corazón se han separado de su Salvador y de Sus enseñanzas. Gradualmente se han apartado de las cosas del Espíritu y se han acercado a las cosas del mundo.

Líderes del sacerdocio que una vez eran dignos empiezan a pensar que la Iglesia es buena para las mujeres y los niños pero no para ellos; o algunos están convencidos de que sus ocupaciones o circunstancias particulares los eximen de los actos diarios de devoción y servicio que los mantendrían cerca del Espíritu. En esta época de auto justificación y narcisismo, es fácil volverse muy creativos con excusas para no acercarse regularmente a Dios en oración, postergar el estudio de las Escrituras, evitar las reuniones de la Iglesia y las noches de hogar o el no pagar las ofrendas y un diezmo íntegro.

Mis queridos hermanos, por favor examinen su corazón y háganse la sencilla pregunta: “¿Soy yo, Señor?”.

¿Se han separado, aunque sea un poco, del “evangelio... del Dios bendito, el cual... [os] ha sido encargado”?⁶ ¿Han permitido que “el dios de este mundo” oscurezca su mente ante “la luz del evangelio de la gloria de Cristo”?⁷

Mis queridos amigos, mis queridos hermanos, pregúntense: “¿En dónde está mi tesoro?”.

¿Tienen el corazón puesto en las cosas convenientes de este mundo o está centrado en las enseñanzas del diligente Jesucristo? “Porque donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón”⁸.

¿Mora en su corazón el Espíritu de Dios? ¿Están “arraigados y cimentados” en el amor a Dios y a sus semejantes? ¿Dedican suficiente tiempo y creatividad a brindar felicidad a su matrimonio y a su familia? ¿Dedican su energía a la meta sublime de comprender y vivir “la anchura, y la longitud, y la profundidad y la altura”⁹, del evangelio restaurado de Jesucristo?

Hermanos, si tienen el gran deseo de cultivar los atributos cristianos de la “la fe, la virtud, el conocimiento, la templanza, la paciencia, la bondad



fraternal, piedad, caridad, humildad [y servicio]”¹⁰, el Padre Celestial los hará instrumentos en Sus manos para la salvación de muchas almas¹¹.

La vida examinada

Hermanos, a ninguno nos agrada admitir que nos estamos desviando del sendero. A menudo tratamos de evitar examinar a fondo nuestra alma y afrontar nuestras debilidades, limitaciones y temores. Como consecuencia, cuando examinamos nuestra vida, miramos a través del filtro de prejuicios, excusas e historias que nos contamos a nosotros mismos para justificar pensamientos y hechos indignos.

Sin embargo, el vernos claramente es esencial para nuestro crecimiento y bienestar espiritual. Si nuestras debilidades y flaquezas permanecen a oscuras entre las sombras, el poder redentor del Salvador no puede sanarlas ni convertir las en fortalezas¹². Irónicamente, la ceguera hacia nuestras debilidades humanas tampoco nos dejará ver el potencial divino que nuestro Padre desea nutrir en nosotros.

Entonces, ¿cómo podemos hacer brillar la luz pura de la verdad de Dios en nuestra alma y vernos como Él nos ve?

Quisiera sugerir que las Santas Escrituras y los discursos de la conferencia general son un espejo eficaz que podemos usar para examinarnos.

Conforme escuchen o lean las palabras de profetas antiguos o modernos, absténganse de pensar cómo las palabras se aplican a los demás y háganse la pregunta sencilla: “¿Soy yo, Señor?”.

Debemos acercarnos a nuestro Padre Eterno con corazón quebrantado y mente enseñable, dispuestos a aprender y a cambiar; y ¡cuánto ganamos al comprometernos a vivir la vida que nuestro Padre Celestial desea para nosotros!

Aquéllos que *no* deseen aprender y cambiar, probablemente *no lo harán* y lo más seguro es que comiencen a preguntarse si la Iglesia tiene algo para ofrecerles.

Pero quienes deseen mejorar y progresar, quienes sepan del Salvador y deseen ser como Él, los que se humillen como un niño y traten de poner sus pensamientos y hechos en armonía con nuestro Padre Celestial, experimentarán el milagro de la expiación del Salvador. Con seguridad sentirán el Espíritu resplandeciente de Dios; probarán el gozo indescriptible, que es el fruto de un corazón manso y humilde; serán bendecidos con el deseo y la disciplina para llegar a ser verdaderos discípulos de Jesucristo.

El poder del bien

En el transcurso de la vida, he tenido la oportunidad de conocer a algunos

de los hombres y mujeres más competentes e inteligentes de este mundo. Cuando era más joven, quedaba impresionado con los instruidos, dotados, exitosos y aclamados por el mundo; pero con el correr de los años, he llegado a comprender que me impresionan mucho más aquellas almas maravillosas y benditas que son verdaderamente buenas y sin engaño.

¿Y no es eso de lo que trata el Evangelio y lo que hace por nosotros? Es “las buenas nuevas”, y nos ayuda a ser buenos.

Las palabras del apóstol Santiago se aplican a nosotros hoy:

“Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes...”

“Humillaos delante del Señor, y él os ensalzará”¹³.

Hermanos, debemos dejar de lado nuestro orgullo, ver más allá de nuestra vanidad y con humildad preguntar: “¿Soy yo, Señor?”.

Y si acaso la respuesta del Señor fuera: “Sí, hijo mío, hay cosas que debes mejorar, cosas que puedo ayudarte a vencer”, ruego que aceptemos esa respuesta, humildemente reconocamos nuestros pecados y flaquezas, y entonces cambiemos nuestra manera de ser, siendo mejores esposos, mejores padres y mejores hijos. Ruego que, desde este momento en adelante, nos esforcemos por andar firmemente en el bendito camino del

Salvador, ya que el vemos a nosotros mismos con claridad es el comienzo de la sabiduría.

Al hacerlo, nuestro generoso Dios nos llevará de la mano y seremos “fortalecidos y bendecidos de lo alto”¹⁴.

Mis queridos amigos, el primer paso en este maravilloso y gratificante sendero del verdadero discípulo comienza al hacernos la sencilla pregunta:

“¿Soy yo, Señor?”.

De esto testifico y les dejo mi bendición, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Mateo 26:21–22; cursiva agregada.
2. Mateo 7:3, 5.
3. Véase de Errol Morris, “The Anosognosic’s Dilemma: Something’s Wrong but You’ll Never Know What It Is”, *New York Times*, 20 de junio de 2010; opinionator. blogs.nytimes.com/2010/06/20/the-anosognosics-dilemma-1.
4. Véase de Justin Kruger y David Dunning, “Unskilled and Unaware of It: How Difficulties in Recognizing One’s Own Incompetence Lead to Inflated Self-Assessments”, *Journal of Personality and Social Psychology*, diciembre de 1999, págs. 1121–1134. “En 4 estudios, los autores encontraron que los participantes con puntuación en el cuartil inferior en exámenes de humor, gramática y lógica sobreestimaron extremadamente su habilidad y su desempeño en el examen. Aunque la puntuación de sus exámenes les colocó en el decimosegundo percentil, estimaron que estaban en el número 62” (tomado de la síntesis en psycnet.apa.org/?&fa=main.doiLanding&doi=10.1037/0022-3514.77.6.1121).
5. Véase de Marshall Goldsmith, *What Got You Here Won’t Get You There*, 2007, capítulo 3. El investigador pidió a tres socios que evaluaran su propia contribución al éxito de la compañía. Las autoevaluaciones de esa contribución sumaron 150 por ciento.
6. 1 Timoteo 1:11.
7. 2 Corintios 4:4.
8. Lucas 12:34.
9. Efesios 3:18.
10. Doctrina y Convenios 4:6.
11. Véase Alma 17:11.
12. Véase Éter 12:27.
13. Santiago 4:6, 10.
14. Doctrina y Convenios 1:28.



Por el presidente Henry B. Eyring

Primer Consejero de la Primera Presidencia

El sacerdocio preparatorio

En el sacerdocio preparatorio, “lo que demostramos” cuenta más que “lo que decimos”.

Agradezco estar reunido con el sacerdocio de Dios, que se extiende por todo el mundo. Les agradezco su fe, su servicio y sus oraciones.

Mi mensaje esta noche es acerca del Sacerdocio Aarónico; se dirige también a todos nosotros quienes ayudamos a que las promesas del Señor se lleven a cabo para aquellos que poseen lo que se describe en las Escrituras como el “sacerdocio menor”¹. También se lo llama el sacerdocio preparatorio. Es sobre esa gloriosa preparación de lo que hablaré esta noche.

El plan del Señor para Su obra está colmado de preparación. Él preparó la Tierra para que nosotros experimentáramos las pruebas y las oportunidades de la vida terrenal. Mientras estamos aquí, estamos en lo que las Escrituras denominan un “estado preparatorio”².

El profeta Alma describió la crucial importancia de esa preparación para la vida eterna, donde podremos vivir para siempre como familias con Dios el Padre y Jesucristo.

Él explicó la necesidad de prepararse de esta manera: “Y vemos que la muerte viene sobre el género humano; sí, la muerte de que ha hablado

Amulek, que es la muerte temporal; no obstante, se le concedió un tiempo al hombre en el cual pudiera arrepentirse; así que esta vida llegó a ser un estado de probación; un tiempo de preparación para presentarse ante Dios; un tiempo de prepararse para ese estado sin fin del cual hemos hablado, que viene después de la resurrección de los muertos”³.

Así como el tiempo que se nos ha dado en la vida terrenal es para que nos preparemos para reunirnos con Dios, el tiempo que se nos ha dado





para servir en el Sacerdocio Aarónico es una oportunidad para prepararnos para aprender la manera de ofrecer ayuda crucial a otras personas. De la misma manera que el Señor proporciona la ayuda que necesitamos para pasar las pruebas de la vida terrenal, Él también nos envía ayuda para nuestra preparación en el sacerdocio.

Mi mensaje es tanto para aquellas personas a quienes el Señor manda a ayudar a preparar a los poseedores del Sacerdocio Aarónico, como para aquellos que poseen ese sacerdocio. Me dirijo a los padres, a los obispos y a aquellos poseedores del Sacerdocio de Melquisedec a quienes se les ha confiado ser compañeros y maestros de hombres jóvenes que están preparándose en el sacerdocio.

Deseo elogiar y agradecer a muchos de ustedes alrededor del mundo y a través del tiempo.

Sería injusto de mi parte si no hablara de un presidente de rama y un obispo de mi juventud. Me ordenaron diácono a los doce años en una pequeña rama de la zona este de los Estados Unidos. La rama era tan pequeña que mi hermano mayor y yo éramos los únicos poseedores del Sacerdocio Aarónico hasta que mi padre, que era el presidente de rama, invitó a un hombre de mediana edad a unirse a la Iglesia.

El nuevo converso recibió el Sacerdocio Aarónico y, con ello, un llamamiento para supervisar a los poseedores del Sacerdocio Aarónico.

Todavía lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Recuerdo las hermosas hojas de otoño mientras ese nuevo converso nos acompañaba a mi hermano y a mí a hacer algo por una viuda. No recuerdo qué proyecto era, pero sí recuerdo haber sentido que el poder del sacerdocio nos ayudó a hacer lo que más tarde aprendí que el Señor había dicho que todos debíamos hacer para que nuestros pecados fueran perdonados y estuviéramos preparados para verlo.

Al mirar al pasado ahora, siento gratitud hacia un presidente de rama que llamó a un nuevo converso para ayudar al Señor a preparar a dos muchachos que, a su vez, algún día serían obispos encargados de cuidar del pobre y del necesitado, y también de presidir sobre el sacerdocio preparatorio.

Aún era diácono cuando nuestra familia se mudó a un barrio grande de Utah. Fue la primera vez que sentí el poder de todo un quórum en el Sacerdocio Aarónico; en realidad, fue la primera vez que vi uno; y poco después, fue la primera vez que sentí el poder y la bendición de tener un obispo que presidía un quórum de presbíteros.

El obispo me llamó a ser su primer ayudante del quórum de presbíteros. Recuerdo que él mismo enseñaba al quórum, aun con lo ocupado que estaba y con otros hombres de talento a quienes podría haber llamado para enseñarnos. Él colocaba las sillas en círculo y me hacía sentar junto a él, a su derecha.

Podía ver por encima de su hombro mientras enseñaba. De vez en cuando miraba sus notas meticulosamente escritas a máquina en una pequeña carpeta de cuero sobre una de sus rodillas, y las desgastadas y marcadas Escrituras que tenía abiertas en la otra. Recuerdo la emoción que sentía cuando nos contaba los relatos de valentía del libro de Daniel y expresaba su testimonio del Salvador, el Señor Jesucristo.

Siempre recordaré la forma en la que el Señor llama a compañeros cuidadosamente seleccionados para Sus poseedores del sacerdocio en preparación.

Mi obispo tenía dos consejeros muy eficientes, y por razones que no entendía en ese entonces, en más de una ocasión me llamaba por teléfono a casa y me decía: “Hal, necesito que me acompañes a hacer unas visitas”. Una de esas ocasiones fue para ir con él a la casa de una viuda que vivía sola y que no tenía nada para comer en la casa. De regreso a mi casa, detuvo el auto, abrió sus Escrituras y me dijo por qué había tratado a la viuda como si ella tuviera el poder no sólo de cuidar de sí misma sino que, en un futuro, de ayudar a otras personas.

Otra visita fue a un hombre que se había ausentado de la Iglesia por mucho tiempo; mi obispo lo invitó a que regresara con los santos. Pude sentir el amor que mi obispo tenía por alguien que a mí me parecía un enemigo antipático y rebelde.

En otra ocasión, visitamos un hogar en el que los padres alcohólicos enviaron a sus dos niñas pequeñas a abrir la puerta. Las niñas nos dijeron, a través del mosquetero de la puerta, que sus padres estaban durmiendo. El obispo siguió hablando con ellas, sonriendo y alabando su bondad y valentía, por lo que a mí me parecieron

diez minutos o más. Mientras nos alejábamos de la casa, me dijo en voz baja: “Esa fue una buena visita. Esas niñas nunca olvidarán que vinimos”.

Dos de las bendiciones que un compañero mayor del sacerdocio puede brindar son confianza y un ejemplo de interés. Vi eso cuando a mi hijo se le asignó un compañero de orientación familiar que tenía mucha más experiencia en el sacerdocio que él. Su compañero mayor había sido presidente de misión en dos ocasiones y había servido en otras posiciones de liderazgo.

Antes de ir a visitar a una de las familias asignadas, ese experimentado líder del sacerdocio quiso hablar con mi hijo con anticipación, y me permitieron estar presente. El compañero mayor comenzó con una oración, pidiendo ayuda. Luego le dijo algo así a mi hijo: “Creo que debemos enseñar una lección que a esta familia les parecerá un llamado al arrepentimiento; creo que no les caerá muy bien si yo se los digo; me parece que recibirían mejor el mensaje si viene de ti. ¿Qué te parece?”.

Recuerdo la mirada aterrorizada de mi hijo; y todavía puedo sentir la alegría de ese momento cuando mi hijo aceptó la confianza que se depositaba en él.

No fue casualidad que el obispo los pusiera juntos como compañeros. Fue por medio de una cuidadosa preparación que el compañero mayor conocía los sentimientos de esa familia a la que iban a enseñar. Fue por inspiración que él sintió que debía dar un paso atrás y confiar en un joven sin experiencia para llamar a hijos de Dios mayores que él al arrepentimiento y a la protección.

Desconozco el resultado de su visita, pero sé que un obispo, un poseedor de Sacerdocio de Melquisedec y el Señor estuvieron preparando a

un joven para que llegase a ser un hombre del sacerdocio y algún día, un obispo.

Ahora bien, estas historias de éxito en cuanto a la preparación en el sacerdocio deben resultarles familiares a lo que han visto y vivido. Ustedes han sabido de ellas y han sido esos obispos, compañeros y padres. Han visto la mano del Señor en su preparación para los deberes del sacerdocio que Él sabía que tendrían por delante.

Todos nosotros en el sacerdocio tenemos la obligación de ayudar al Señor a preparar a otras personas. Hay algunas cosas que podemos hacer que podrían ser de la mayor importancia. Aun más poderoso que usar palabras al enseñar la doctrina serán nuestros ejemplos al vivirla.

Algo primordial de nuestro servicio en el sacerdocio es invitar a las personas a venir a Cristo mediante la fe, el arrepentimiento, el bautismo y recibir el Espíritu Santo. Por ejemplo, el presidente Thomas S. Monson nos ha dado mensajes que nos inspiran en todas esas doctrinas; pero el saber lo que él hizo con las personas, los

misioneros y los amigos de la Iglesia al presidir la misión en Toronto es lo que me motiva a actuar.

En el sacerdocio preparatorio, “lo que demostramos” cuenta más que “lo que decimos”.

Ésa es la razón por la que las Escrituras son tan importantes para prepararnos en el sacerdocio; están colmadas de ejemplos. Siento como si pudiera ver a Alma haciendo lo que el ángel le mandó y luego apresurarse a volver para enseñar a la gente inicua de Ammoniah que lo habían rechazado⁴. Puedo sentir el frío de la celda cuando Dios le dijo al profeta José que tuviera valor y que Él lo cuidaría⁵. Con las imágenes de esos pasajes en mente podemos prepararnos para perseverar en nuestro servicio cuando parezca difícil.

Un padre, un obispo o un compañero mayor de orientación familiar que demuestre confianza en un joven poseedor del sacerdocio puede cambiar la vida de ese joven. En una ocasión, un miembro del Quórum de los Doce Apóstoles le pidió a mi padre que escribiera un artículo corto sobre ciencia y religión. Mi padre era





un científico famoso y un fiel poseedor del sacerdocio; pero todavía recuerdo el momento en el que me entregó el artículo que había escrito y dijo: “Toma, antes de enviar esto a los Doce, quiero que lo leas. Tú sabrás si está bien”. Él tenía treinta y dos años más que yo y era extraordinariamente más sabio e inteligente.

Esa confianza de un gran padre y hombre del sacerdocio aún me fortalece. Supe que no era que él confiaba en mi habilidad sino en que Dios podía hacerme saber lo que era verdadero, y que Él lo haría. Ustedes, compañeros mayores, pueden bendecir a un joven poseedor del sacerdocio preparatorio cada vez que le muestren esa clase de confianza. Lo ayudará a confiar en el tierno sentimiento de inspiración que reciba cuando éste llegue y cuando algún día coloque sus manos para sellar una bendición de salud sobre un hijo que los médicos dicen que morirá. Esa confianza me ha ayudado en más de una ocasión.

Nuestro éxito al preparar a los demás en el sacerdocio llegará en proporción a lo mucho que los amemos. Eso será particularmente cierto cuando debamos corregirlos. Piensen en el momento en que un poseedor del Sacerdocio Aarónico, quizás frente a la mesa sacramental, comete un error al efectuar una ordenanza; ése es un asunto serio. A veces el error requiere que se haga una corrección en público con la posibilidad de que haya resentimiento, un sentimiento de humillación o incluso de rechazo.

Recordarán el consejo del Señor: “...reprendiendo en el momento oportuno con severidad, cuando lo induzca el Espíritu Santo; y entonces demostrando mayor amor hacia el que has reprendido, no sea que te considere su enemigo”⁶.

La palabra *mayor* tiene un significado especial al preparar a los poseedores del sacerdocio cuando necesitan que se les corrija. Esa palabra sugiere más amor del que ya existe. Lo que hay que demostrar es una mayor porción. Aquellos de ustedes que estén preparando a poseedores del sacerdocio con seguridad los verán cometer errores; antes de que los corrijan, ellos deben haber sentido, desde un principio y de forma constante, el amor que ustedes les tienen. Ellos tienen que haber sentido su elogio genuino antes de que acepten su corrección.

El Señor mismo consideró a aquellos poseedores del sacerdocio menor con una estima que honra su potencial y lo que valen para Él. Escuchen estas palabras que dijo Juan el Bautista cuando restauró el Sacerdocio Aarónico: “Sobre vosotros, mis consiervos, en el nombre del Mesías, confiero el Sacerdocio de Aarón, el cual tiene las llaves del ministerio de ángeles, y del evangelio de arrepentimiento, y del bautismo por inmersión para la remisión de pecados; y este sacerdocio nunca más será quitado de la tierra, hasta que los hijos de Leví de nuevo ofrezcan al Señor un sacrificio en rectitud”⁷.

El Sacerdocio Aarónico es una dependencia del sacerdocio mayor,

el Sacerdocio de Melquisedec⁸. Como presidente de todo el sacerdocio, el Presidente de la Iglesia también preside sobre el sacerdocio preparatorio. Los mensajes que él ha dado a lo largo de los años en cuanto a ir al rescate se ajustan perfectamente al mandato de llevar el Evangelio de arrepentimiento y de bautismo a la vida de los demás.

Los quórumes de diáconos, de maestros y de presbíteros deliberan en consejo regularmente para saber cómo acercar a cada miembro del quórum al Señor. Las presidencias asignan a miembros para que tiendan la mano con fe y con amor. Los diáconos reparten la Santa Cena con reverencia y con fe en que los miembros sentirán el efecto de la Expiación y tomarán la resolución de guardar los mandamientos al participar de esos sagrados emblemas.

Los maestros y los presbíteros oran con sus compañeros para cumplir el encargo de velar por la Iglesia, persona por persona; y esos compañeros oran juntos al conocer las necesidades y las esperanzas de los jefes de familia. Al hacerlo, se están preparando para el gran día cuando ellos presidirán, como padres, con fe, su propia familia.

Testifico que todos quienes trabajan juntos en el sacerdocio están preparando a un pueblo para la venida del Señor a Su Iglesia. Dios el Padre vive. Yo sé, sé, que Jesús es el Cristo y que Él nos ama; el presidente Thomas S. Monson es el profeta viviente del Señor. De ello testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Doctrina y Convenios 84:26, 30; 107:14.
2. Alma 42:10, 13.
3. Alma 12:24.
4. Véase Alma 8:14–18.
5. Véase Doctrina y Convenios 122:9.
6. Doctrina y Convenios 121:43.
7. Doctrina y Convenios 13:1.
8. Véase Doctrina y Convenios 107:14.



Autoridades Generales y Oficiales Generales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

LA PRIMERA PRESIDENCIA



Henry B. Eyring
Primer Consejero



Thomas S. Monson
Presidente



Dieter F. Uchtdorf
Segundo Consejero

EL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES



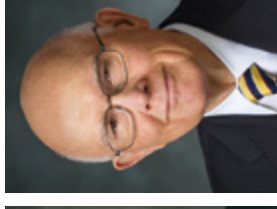
Boyd K. Packer



L. Tom Perry



Russell M. Nelson



Dallin H. Oaks



M. Russell Ballard



Richard G. Scott



Robert D. Hales



Jeffrey R. Holland



David A. Bednar



Quentin L. Cook



D. Todd Christofferson



Neil L. Andersen

LA PRESIDENCIA DE LOS SETENTA



Ronald A. Rasband



L. Whitney Clayton



Donald L. Hallstrom



Richard J. Maynes



Craig C. Christensen



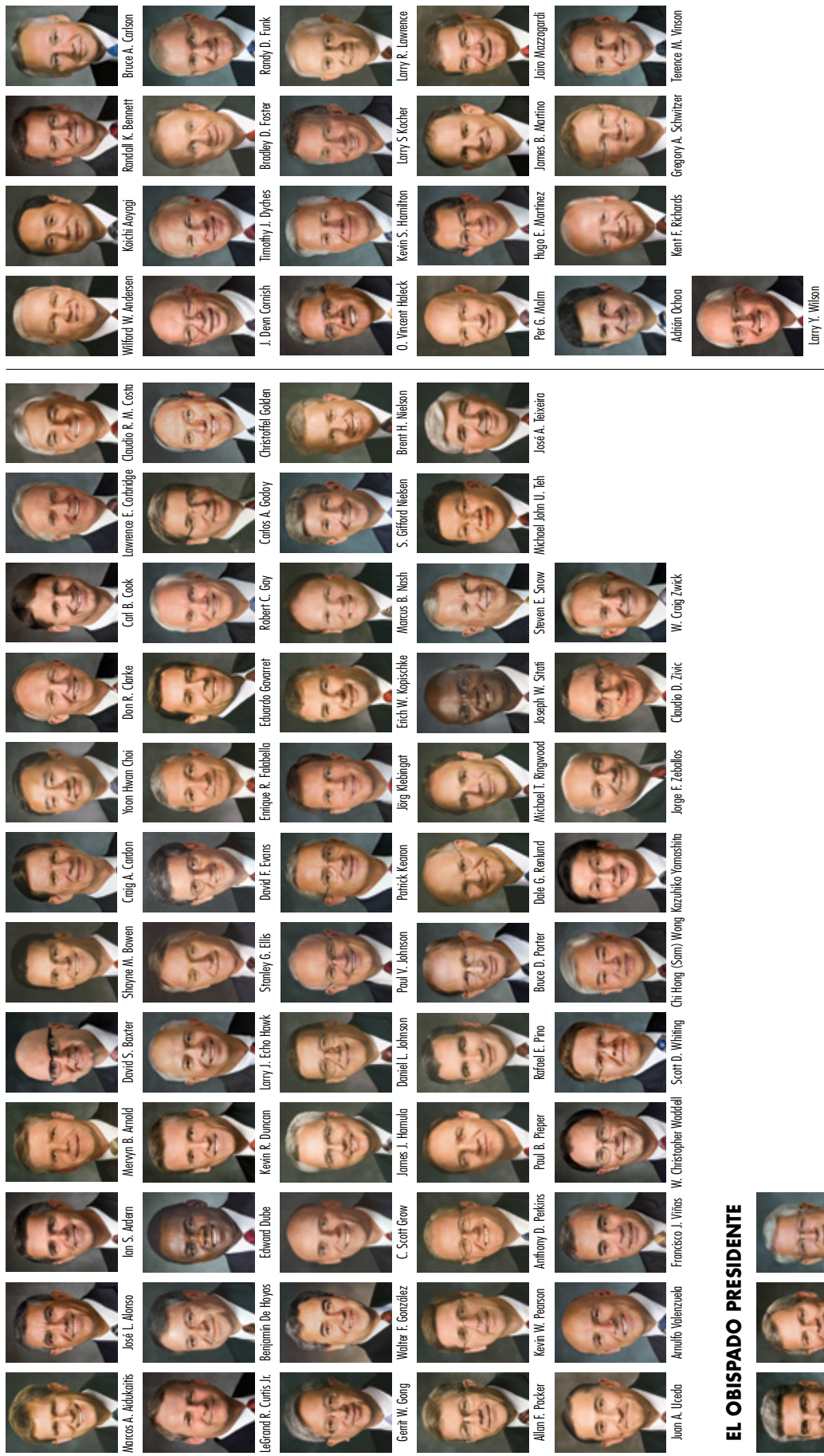
Ulisses Soares



Lynn G. Robbins

EL PRIMER QUÓRUM DE LOS SETENTA

(en orden alfabético)



Marcos A. Adukkakis
Gerrit W. Gong
LaGrand K. Curtis Jr.
Benjamin De Hoyos
José L. Alonso
Ian S. Ardern
Mervyn B. Arnold
David S. Baxter
Larry J. Echo Hawk
Stanley G. Ellis
Shayne M. Bowen
Craig A. Cardon
Yoon Hwan Choi
Don R. Clarke
Carl B. Cook
Lawrence E. Corbridge
Claudio R. M. Costa

LeGrand K. Curtis Jr.
Benjamin De Hoyos
José L. Alonso
Ian S. Ardern
Mervyn B. Arnold
David S. Baxter
Larry J. Echo Hawk
Stanley G. Ellis
Shayne M. Bowen
Craig A. Cardon
Yoon Hwan Choi
Don R. Clarke
Carl B. Cook
Lawrence E. Corbridge
Claudio R. M. Costa

Walter F. González
Gerrit W. Gong
LaGrand K. Curtis Jr.
Benjamin De Hoyos
José L. Alonso
Ian S. Ardern
Mervyn B. Arnold
David S. Baxter
Larry J. Echo Hawk
Stanley G. Ellis
Shayne M. Bowen
Craig A. Cardon
Yoon Hwan Choi
Don R. Clarke
Carl B. Cook
Lawrence E. Corbridge
Claudio R. M. Costa

Allan F. Packer
Allan F. Packer
Kevin W. Pearson
Anthony D. Perkins
Francisco J. Vinas
Arnolfo Valenzuela
Juan A. Uceda

Per G. Mohr
Per G. Mohr
Hugo E. Martínez
James B. Marino
Gregory A. Schwitzer
Terence M. Vinson
Alican Ochoa
Larry Y. Wilson

W. Craig Zwick
Claudio D. Zivic
Jorge F. Zeballos
Chi Hong (Sam) Wong
Kazuhiro Yamashita
Scott D. Whiting
Christopher Waddell
Anthony D. Perkins
Francisco J. Vinas
Arnolfo Valenzuela
Juan A. Uceda

Joseph W. Logisctke
Joseph W. Stani
Michael T. Ringwood
Michael John U. Teh
Steven E. Snow
W. Craig Zwick
Erich W. Logisctke
Joseph W. Stani
Michael T. Ringwood
Michael John U. Teh
Steven E. Snow
W. Craig Zwick

Christoffel Gódián
Brent H. Nelson
José A. Teveño
S. Gifford Neben
Michael John U. Teh
Steven E. Snow
W. Craig Zwick
Eduardo Gavarret
Erich W. Logisctke
Joseph W. Stani
Michael T. Ringwood
Michael John U. Teh
Steven E. Snow
W. Craig Zwick

Timothy J. Dydes
Timothy J. Dydes
Kevin S. Hamilton
Kevin S. Hamilton
Larry S. Kärcher
Larry S. Kärcher
James B. Marino
Gregory A. Schwitzer
Terence M. Vinson
Alican Ochoa
Larry Y. Wilson

Wilford W. Andersen
Wilford W. Andersen
J. Deyn Cornish
J. Deyn Cornish
O. Vincent Heileck
O. Vincent Heileck
Per G. Mohr
Per G. Mohr
Hugo E. Martínez
James B. Marino
Gregory A. Schwitzer
Terence M. Vinson
Alican Ochoa
Larry Y. Wilson

Randall K. Bennett
Randall K. Bennett
Bradley D. Foster
Bradley D. Foster
Larry S. Kärcher
Larry S. Kärcher
James B. Marino
Gregory A. Schwitzer
Terence M. Vinson
Alican Ochoa
Larry Y. Wilson

Bruce A. Carlson
Bruce A. Carlson
Randy D. Funk
Randy D. Funk
Larry R. Lawrence
Larry R. Lawrence
Janio Mazzagrandi
Janio Mazzagrandi
Terence M. Vinson
Alican Ochoa
Larry Y. Wilson

Koichi Aoyagi
Koichi Aoyagi
Timothy J. Dydes
Timothy J. Dydes
Kevin S. Hamilton
Kevin S. Hamilton
Larry S. Kärcher
Larry S. Kärcher
James B. Marino
Gregory A. Schwitzer
Terence M. Vinson
Alican Ochoa
Larry Y. Wilson

David L. Beck
David L. Beck
Larry M. Gibson
Larry M. Gibson
Primer consejero
Primer consejero
David L. Beck
David L. Beck
Larry M. Gibson
Larry M. Gibson
Primer consejero
Primer consejero

Cheryl A. Esplin
Cheryl A. Esplin
Rosemary M. Wixom
Rosemary M. Wixom
Primer consejero
Primer consejero
Cheryl A. Esplin
Cheryl A. Esplin
Rosemary M. Wixom
Rosemary M. Wixom
Primer consejero
Primer consejero

Jean A. Stevens
Jean A. Stevens
Linda S. Reeves
Linda S. Reeves
Segundo consejero
Segundo consejero
Jean A. Stevens
Jean A. Stevens
Linda S. Reeves
Linda S. Reeves
Segundo consejero
Segundo consejero

Carole M. Stephens
Carole M. Stephens
Linda K. Burton
Linda K. Burton
Primer consejero
Primer consejero
Carole M. Stephens
Carole M. Stephens
Linda K. Burton
Linda K. Burton
Primer consejero
Primer consejero

Neill F. Marriott
Neill F. Marriott
Bonnie L. Ocasson
Bonnie L. Ocasson
Primer consejero
Primer consejero
Neill F. Marriott
Neill F. Marriott
Bonnie L. Ocasson
Bonnie L. Ocasson
Primer consejero
Primer consejero

Carol F. McConkie
Carol F. McConkie
Neil F. Marriott
Neil F. Marriott
Segundo consejero
Segundo consejero
Carol F. McConkie
Carol F. McConkie
Neil F. Marriott
Neil F. Marriott
Segundo consejero
Segundo consejero

Devin C. Durrant
Devin C. Durrant
Devon M. Daines
Devon M. Daines
Segundo consejero
Segundo consejero
Devin C. Durrant
Devin C. Durrant
Devon M. Daines
Devon M. Daines
Segundo consejero
Segundo consejero

John S. Tanner
John S. Tanner
Todd R. Callister
Todd R. Callister
Primer consejero
Primer consejero
John S. Tanner
John S. Tanner
Todd R. Callister
Todd R. Callister
Primer consejero
Primer consejero

Gerald Cassá
Gerald Cassá
Gory E. Stevenson
Gory E. Stevenson
Obispo
Obispo
Gerald Cassá
Gerald Cassá
Gory E. Stevenson
Gory E. Stevenson
Obispo
Obispo

Francisco J. Vinas
Francisco J. Vinas
Arnolfo Valenzuela
Arnolfo Valenzuela
Juan A. Uceda
Juan A. Uceda

Francisco J. Vinas
Francisco J. Vinas
Arnolfo Valenzuela
Arnolfo Valenzuela
Juan A. Uceda
Juan A. Uceda

Arnolfo Valenzuela
Arnolfo Valenzuela
Juan A. Uceda
Juan A. Uceda

Juan A. Uceda
Juan A. Uceda

Juan A. Uceda
Juan A. Uceda

Wilford W. Andersen
Wilford W. Andersen
J. Deyn Cornish
J. Deyn Cornish
O. Vincent Heileck
O. Vincent Heileck
Per G. Mohr
Per G. Mohr
Hugo E. Martínez
James B. Marino
Gregory A. Schwitzer
Terence M. Vinson
Alican Ochoa
Larry Y. Wilson

Christoffel Gódián
Brent H. Nelson
José A. Teveño
S. Gifford Neben
Michael John U. Teh
Steven E. Snow
W. Craig Zwick
Eduardo Gavarret
Erich W. Logisctke
Joseph W. Stani
Michael T. Ringwood
Michael John U. Teh
Steven E. Snow
W. Craig Zwick

Timothy J. Dydes
Timothy J. Dydes
Kevin S. Hamilton
Kevin S. Hamilton
Larry S. Kärcher
Larry S. Kärcher
James B. Marino
Gregory A. Schwitzer
Terence M. Vinson
Alican Ochoa
Larry Y. Wilson

Timothy J. Dydes
Timothy J. Dydes
Kevin S. Hamilton
Kevin S. Hamilton
Larry S. Kärcher
Larry S. Kärcher
James B. Marino
Gregory A. Schwitzer
Terence M. Vinson
Alican Ochoa
Larry Y. Wilson

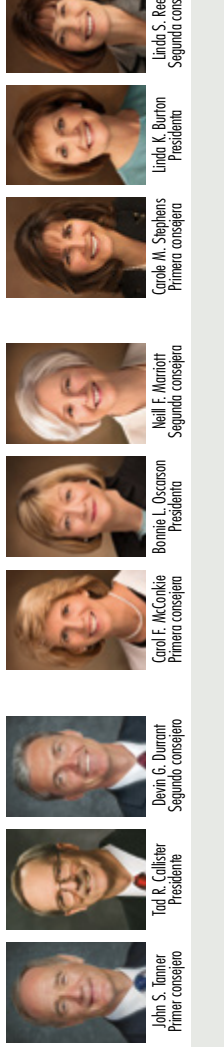
Timothy J. Dydes
Timothy J. Dydes
Kevin S. Hamilton
Kevin S. Hamilton
Larry S. Kärcher
Larry S. Kärcher
James B. Marino
Gregory A. Schwitzer
Terence M. Vinson
Alican Ochoa
Larry Y. Wilson

Timothy J. Dydes
Timothy J. Dydes
Kevin S. Hamilton
Kevin S. Hamilton
Larry S. Kärcher
Larry S. Kärcher
James B. Marino
Gregory A. Schwitzer
Terence M. Vinson
Alican Ochoa
Larry Y. Wilson

Timothy J. Dydes
Timothy J. Dydes
Kevin S. Hamilton
Kevin S. Hamilton
Larry S. Kärcher
Larry S. Kärcher
James B. Marino
Gregory A. Schwitzer
Terence M. Vinson
Alican Ochoa
Larry Y. Wilson

OFICIALES GENERALES

(en orden alfabético)



John S. Tanner
John S. Tanner
Todd R. Callister
Todd R. Callister
Primer consejero
Primer consejero

John S. Tanner
John S. Tanner
Todd R. Callister
Todd R. Callister
Primer consejero
Primer consejero

Devin C. Durrant
Devin C. Durrant
Devon M. Daines
Devon M. Daines
Segundo consejero
Segundo consejero

Devin C. Durrant
Devin C. Durrant
Devon M. Daines
Devon M. Daines
Segundo consejero
Segundo consejero

Carol F. McConkie
Carol F. McConkie
Neil F. Marriott
Neil F. Marriott
Segundo consejero
Segundo consejero

Carol F. McConkie
Carol F. McConkie
Neil F. Marriott
Neil F. Marriott
Segundo consejero
Segundo consejero

Carole M. Stephens
Carole M. Stephens
Linda K. Burton
Linda K. Burton
Primer consejero
Primer consejero

Carole M. Stephens
Carole M. Stephens
Linda K. Burton
Linda K. Burton
Primer consejero
Primer consejero

Linda S. Reeves
Linda S. Reeves
Jean A. Stevens
Jean A. Stevens
Segundo consejero
Segundo consejero

Linda S. Reeves
Linda S. Reeves
Jean A. Stevens
Jean A. Stevens
Segundo consejero
Segundo consejero

Rosemary M. Wixom
Rosemary M. Wixom
Cheryl A. Esplin
Cheryl A. Esplin
Primer consejero
Primer consejero

Rosemary M. Wixom
Rosemary M. Wixom
Cheryl A. Esplin
Cheryl A. Esplin
Primer consejero
Primer consejero

David L. Beck
David L. Beck
Larry M. Gibson
Larry M. Gibson
Primer consejero
Primer consejero

David L. Beck
David L. Beck
Larry M. Gibson
Larry M. Gibson
Primer consejero
Primer consejero

Terence M. Vinson
Terence M. Vinson
Gregory A. Schwitzer
Gregory A. Schwitzer
Primer consejero
Primer consejero

Terence M. Vinson
Terence M. Vinson
Gregory A. Schwitzer
Gregory A. Schwitzer
Primer consejero
Primer consejero

Janio Mazzagrandi
Janio Mazzagrandi
James B. Marino
James B. Marino
Segundo consejero
Segundo consejero

Janio Mazzagrandi
Janio Mazzagrandi
James B. Marino
James B. Marino
Segundo consejero
Segundo consejero

HOMBRES JÓVENES

PRIMARIA

SOCIEDAD DE SOCORRO

MUJERES JÓVENES

ESCUELA DOMINICAL



Desde el extremo superior izquierdo en dirección de las agujas del reloj: fotos de miembros y misioneros en Alexandria, Virginia, EE. UU.; Johannesburgo, Sudáfrica; Cuauhtémoc, México; Saipán, Islas Marianas del Norte; Peachtree Corners, Georgia, EE. UU.; Canoas, Brasil; San Lorenzo, Paraguay; Verona, Wisconsin, EE. UU.; y Waterford, Irlanda.





Por el Presidente Thomas S. Monson

Guiados a salvo a casa

Miramos hacia el cielo en busca de ese indefectible sentido de dirección para poder trazar y seguir el rumbo acertado.

Hermanos, nos encontramos reunidos como un poderoso grupo del sacerdocio, tanto aquí en el Centro de Conferencias como en otros sitios por todo el mundo. Me siento honrado y a la vez humilde ante la responsabilidad que tengo de dirigirles unas cuantas palabras. Ruego que al hacerlo me acompañe el Espíritu del Señor.

Hace setenta y cinco años, el 14 de febrero de 1939, en Hamburgo, Alemania, se llevó a cabo una celebración; en medio de discursos entusiasmados, multitudes jubilosas y la música de himnos patrióticos; el nuevo buque de guerra *Bismarck* se echó a navegar por el río Elba. Éste, el más poderoso navío a flote, era un impresionante espectáculo de coraza y maquinaria. La construcción requirió más de 57.000 planos para los cañones de 380 milímetros, de torretas dobles controladas por radar. El navío contaba con 45.000 km de circuitos eléctricos. Pesaba más de 35.000 toneladas y una coraza proporcionaban máxima protección. Majestuoso en apariencia, gigantesco en tamaño y asombroso en su potencia de fuego, el potente coloso se consideraba insumergible.

La hora señalada del *Bismarck* con el destino llegó dos años más tarde, cuando el 24 de mayo de 1941, los

dos buques de guerra más potentes de la Real Armada Británica, el *Prince of Wales* y el *Hood*, entablaron combate con el *Bismarck* y el crucero alemán *Prinz Eugen*. En menos de cinco minutos, el *Bismarck* había enviado a las profundidades del Atlántico al *Hood* y a todos sus hombres, salvo a tres, de una tripulación de más de 1.400. El otro acorazado británico, el *Prince of Wales*, había sufrido cuantiosos daños y se batió en retirada.

En los próximos tres días, el *Bismarck* fue interceptado una y otra vez por acorazados y aviones británicos. En total, los británicos concentraron la fuerza de cinco buques de

guerra, dos portaaviones, 11 cruceros y 21 destructores en un esfuerzo por encontrar y hundir al poderoso *Bismarck*.

Durante las batallas, proyectil tras proyectil causó únicamente daños superficiales al *Bismarck*. ¿Era imposible de hundir después de todo? Entonces, con fortuna, un torpedo le hizo blanco, dejando inservible el timón. Los esfuerzos por repararlo fueron en vano. Con los cañones preparados y la tripulación en alerta, el *Bismarck* “sólo podía marchar en un círculo lento”. La poderosa fuerza aérea alemana se encontraba apenas fuera de alcance, y el *Bismarck* no podía alcanzar la seguridad del puerto, ni podía darles la protección necesaria ya que el *Bismarck* había perdido la habilidad de conducir un curso trazado. Sin timón, sin ayuda, sin puerto. El fin se acercaba. Los cañones británicos echaban llamadas mientras la tripulación alemana se escabullía y el navío que parecía ser indestructible se hundía. Las olas hambrientas del Atlántico azotaban primero los costados y después se tragaban el orgullo de la marina alemana. El *Bismarck* fue destruido¹.

Al igual que el *Bismarck*, cada uno de nosotros es un milagro de la



ingeniería. Nuestra creación, sin embargo, no fue limitada por el ingenio humano. El hombre puede concebir las máquinas más complejas, pero no puede darles vida ni otorgarles los poderes de la razón y el discernimiento. Esos son dones divinos que sólo Dios puede conceder.

Hermanos, al igual que el timón vital de una embarcación, se nos ha proporcionado la manera de determinar la dirección en la que viajamos. El faro del Señor nos llama a todos al navegar por los mares de la vida. Nuestro propósito es conducir por un curso constante hacia nuestra meta deseada, sí, el reino celestial de Dios. El hombre sin propósito es como un barco sin timón, que quizás nunca llegue al puerto de origen. A nosotros se nos da la señal: tracen su rumbo, levanten sus velas, posicionen el timón, y sigan adelante.

Tal como ocurrió con el poderoso *Bismarck*, así sucede con el hombre.



El impulso de las turbinas y el poder de las hélices no sirven de nada sin ese sentido de dirección, ese empleo de la energía, ese modo de dirigir el poder que proporciona el timón que está oculto a la vista, que es relativamente pequeño en tamaño, pero absolutamente esencial en su función.

Nuestro Padre nos dio el sol, la luna, las estrellas y las galaxias celestiales para guiar a los marineros que navegan las rutas marítimas. Para nosotros, los que caminamos por el sendero de la vida, Él proporciona un mapa claro y señala el sendero hacia nuestro destino deseado. Él advierte: cuídense de las desviaciones, las caídas, las trampas. No podemos ser engañados por aquellos que nos llevarían por el camino equivocado, esos astutos flautistas de Hamelín del pecado que nos llaman por aquí y por allá. Por el contrario, nos detenemos para orar; damos oído a esa voz apacible y delicada que a lo profundo de nuestra alma dirige la tierna invitación del Maestro: “Ven, sígueme”².

Sin embargo, hay aquellos que no oyen, que no obedecen, que prefieren ir por el sendero que ellos mismos trazan. Muchas veces ceden a las tentaciones que nos rodean a todos y que pueden tener una apariencia sumamente tentadora.

Como portadores del sacerdocio, se nos ha mandado a la tierra en tiempos difíciles. Vivimos en un mundo complejo con corrientes de conflicto por dondequiera. Las intrigas políticas arruinan la estabilidad de las naciones, los déspotas buscan el poder y los sectores de la sociedad parecen estar siempre oprimidos, privados de oportunidades y quedándose con un sentimiento de fracaso. En nuestros oídos resuenan las sofisterías de los hombres, y el pecado nos rodea.

Nuestra es la responsabilidad de ser dignos de todas las gloriosas

bendiciones que nuestro Padre Celestial tiene reservadas para nosotros. Dondequiera que vayamos, nuestro sacerdocio nos acompañará. ¿Permanecemos en lugares santos? Por favor, antes de colocarse a ustedes y su sacerdocio en peligro por aventurarse a entrar en lugares o participar de actividades que no sean dignos ni de ustedes ni de ese sacerdocio, deténganse a analizar las consecuencias.

Nosotros, los que hemos sido ordenados al sacerdocio de Dios, podemos marcar la diferencia. Cuando mantenemos nuestra pureza personal y honramos nuestro sacerdocio, nos convertimos en ejemplos rectos que los demás pueden seguir. El apóstol Pablo exhortó: “...sé ejemplo de los creyentes en palabra, en conducta, en amor, en espíritu, en fe y en pureza”³. También escribió que los seguidores de Cristo debían ser “como luminas en el mundo”⁴. El proporcionar un ejemplo de rectitud puede servir para iluminar un mundo cada vez más oscuro.

Muchos de ustedes recordarán al presidente N. Eldon Tanner, quien fue consejero de cuatro Presidentes de la Iglesia. Él brindó un ejemplo constante de rectitud a lo largo de su carrera en la industria, durante el servicio que prestó en el gobierno de Canadá y como Apóstol de Jesucristo. Él nos dio este inspirado consejo: “Nada brindará mayor gozo y éxito, que vivir de acuerdo con las enseñanzas del Evangelio. Sean un ejemplo; sean una influencia para bien”.

Además, dijo: “Cada uno de nosotros ha sido preordenado para cierta obra como siervo elegido [de Dios] en quien Él ha creído conveniente conferir el sacerdocio y el poder de actuar en Su nombre. Siempre tengan presente que la gente acude a ustedes en busca de dirección; y ustedes están influyendo en la vida de las personas,



ya sea para bien o para mal, y esa influencia se hará sentir en las generaciones venideras”⁵.

Nos sentimos fortalecidos por la verdad de que la fuerza más grande en el mundo hoy día es el poder de Dios que se manifiesta por medio del hombre. Para navegar a salvo por los mares de la vida terrenal, necesitamos la guía del Marinero Eterno, sí, el gran Jehová. Extendemos los brazos hacia lo alto para obtener la ayuda de los cielos.

Un conocido ejemplo de alguien que no se dirigió hacia lo alto es el de Caín, hijo de Adán y de Eva. Caín, que fue grande en potencial pero débil de voluntad, permitió que la codicia, la envidia, la desobediencia e incluso el asesinato atascara ese timón personal que lo habría guiado a la seguridad y a la exaltación. La mirada hacia abajo reemplazó la mirada hacia lo alto, y Caín cayó.

En otra época, un rey inicuo puso a prueba a un siervo de Dios. Con la ayuda de la inspiración de los cielos, Daniel, hijo de David, interpretó para el rey la escritura sobre la pared. En cuanto a las recompensas que le ofrecieron —incluso una vestidura real, un collar de oro y poder político— Daniel dijo: “Tus presentes sean para ti, y da tus recompensas a otro”⁶. A Daniel se le habían ofrecido grandes riquezas y poder, recompensas que

representaban las cosas del mundo y no las de Dios. Daniel se abstuvo y permaneció fiel.

Más tarde, cuando Daniel adoró a Dios a pesar del decreto de que tal cosa se prohibía, fue echado al foso de los leones. El relato bíblico cuenta que a la mañana siguiente, “fue Daniel sacado del foso, y ninguna lesión se halló en él, porque había confiado en su Dios”⁷. En un momento de gran necesidad, la determinación de Daniel de mantener un curso constante brindó protección divina y proporcionó un santuario de seguridad. Nosotros podemos tener esa misma protección al mantener un rumbo invariable hacia nuestro hogar eterno.

El reloj de la historia, como los gránulos de un reloj de arena, marca el paso del tiempo. Un nuevo elenco ocupa el escenario de la vida. Los problemas de nuestra época se tornan amenazantes ante nosotros. A lo largo de la historia del mundo, Satanás se ha esforzado incansablemente por destruir a los seguidores del Salvador. Si cedemos ante sus tentaciones, nosotros, al igual que el poderoso *Bismarck* perderemos ese timón que nos puede guiar a un lugar seguro. En vez de ello, rodeados por los atractivos de la vida moderna, miramos hacia el cielo en busca de ese indefectible sentido de dirección para poder trazar y seguir

el rumbo acertado. Nuestro Padre Celestial no dejará nuestra sincera súplica sin respuesta. Al procurar la ayuda divina, y a diferencia del *Bismarck*, nuestro timón no fallará.

Al dar comienzo a nuestras travesías personales, ruego que naveguemos seguros por los mares de la vida. Que tengamos el valor de Daniel, que podamos permanecer firmes y fieles a pesar del pecado y de la tentación que nos rodean; que nuestros testimonios sean tan profundos y fuertes como el de Jacob, el hermano de Nefi, que, al enfrentarse con alguien que hizo todo lo posible por destruirle la fe, declaró: “...yo no podía ser descarriado”⁸.

Hermanos, con el timón de la fe guiando nuestro camino, nosotros también encontraremos el rumbo seguro a casa, el hogar de Dios, para morar con Él eternamente. Ruego que sea así para cada uno de nosotros, lo ruego en el sagrado nombre de Jesucristo, nuestro Salvador y Redentor. Amén. ■

NOTAS

1. Véase de Ludovic Kennedy, *Pursuit: The Chase and Sinking of the Bismarck*, 1974.
2. Lucas 18:22.
3. 1 Timoteo 4:12.
4. Filipenses 2:15.
5. Véase de N. Eldon Tanner, “For They Loved the Praise of Men More Than the Praise of God”, *Ensign*, noviembre de 1975, pág. 74.
6. Daniel 5:17.
7. Daniel 6:23.
8. Jacob 7:5.



Por el presidente Henry B. Eyring
Primer Consejero de la Primera Presidencia

Revelación continua

El criterio humano y el razonamiento lógico no serán suficientes para obtener respuestas a las preguntas más importantes de la vida. Necesitamos revelación de Dios.

Deseo que en este día todos sintamos el amor y la luz de Dios. Muchos de los que están escuchando el día de hoy sienten la necesidad imperiosa de esa bendición de revelación personal de nuestro amoroso Padre Celestial.

Para los presidentes de misión, podría ser una oración de súplica para saber cómo animar a un misionero que esté teniendo dificultades. Para un padre y una madre que viven en un lugar asolado por la guerra, será la necesidad apremiante de saber si llevar a su familia a un lugar seguro o quedarse donde están. Cientos de presidentes de estaca y obispos están orando hoy para saber cómo ayudar al Señor a rescatar a una oveja perdida. Y para un profeta, será saber lo que el Señor desea que diga a la Iglesia y a un mundo en confusión.

Todos sabemos que el criterio humano y el razonamiento lógico no serán suficientes para obtener respuestas a las preguntas más importantes de la vida. Necesitamos revelación de Dios; y precisaremos no sólo una revelación en épocas de estrés, sino un flujo continuamente renovado. Necesitamos no sólo un destello de luz y consuelo,

sino la bendición continua de comunicación con Dios.

La existencia misma de la Iglesia surge de un joven que supo la verdad de ello. El joven José Smith sabía que no podía saber por sí mismo a qué iglesia unirse, por lo que le preguntó a Dios tal como en el libro de Santiago se indicaba que podía hacerlo. Dios el Padre y Su Hijo Amado se aparecieron en una arboleda y contestaron la pregunta que José no tenía la capacidad de responder por sí mismo.

No sólo fue entonces llamado por Dios para establecer la verdadera Iglesia de Jesucristo, sino que con ella se restauró el poder de invocar al Espíritu Santo a fin de que la revelación de Dios pudiera ser continua.

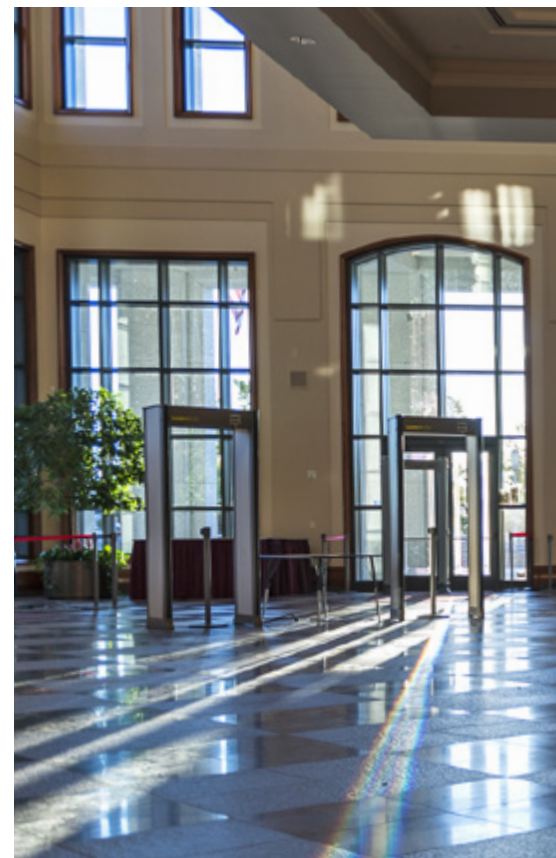
El presidente Boyd K. Packer describió esa marca distintiva de la verdadera Iglesia de esta forma: “La revelación en la Iglesia continúa: el profeta la recibe para la Iglesia; el presidente, para su estaca, su misión o su quórum; el obispo, para su barrio; el padre, para su familia; el individuo, para sí mismo”¹.

Ese maravilloso proceso de la revelación comienza, finaliza y continúa conforme recibimos revelación personal. Tomemos como ejemplo

al gran Nefi, hijo de Lehi. Su padre tuvo un sueño. Otras personas de la familia de Nefi consideraron el sueño de Lehi como evidencia de confusión mental. El sueño incluía un mandato de Dios para que los hijos de Lehi corrieran el gran riesgo de regresar a Jerusalén para buscar las planchas que contenían la palabra de Dios a fin de que pudieran llevarlas en su viaje a la tierra prometida.

A menudo citamos la valiente declaración de Nefi cuando su padre les pidió que regresaran a Jerusalén. Ustedes conocen las palabras: “Iré y haré lo que el Señor ha mandado”².

Cuando Lehi escuchó a Nefi pronunciar esas palabras, el pasaje de las Escrituras dice que “quedó altamente complacido”³. Estaba complacido



porque supo que Nefi había sido bendecido con la confirmación mediante revelación de que el sueño de su padre era una verdadera comunicación de Dios. Nefi no dijo: “Iré y haré lo que mi padre me dijo que hiciera”. Por el contrario, dijo: “Iré y haré lo que el Señor ha mandado”.

Por la experiencia que ustedes han tenido en su familia, también saben por qué Lehi estaba “altamente complacido”. Su gozo provenía de saber que Nefi había recibido revelación confirmadora.

Muchos padres han establecido reglas familiares de la hora en que un hijo adolescente debe regresar a casa por la noche. Pero piensen en el gozo que sienten los padres cuando se enteran, tal como sucedió con uno

de ellos hace unas pocas semanas, de que una hija que se había ido a vivir sola no sólo se puso una hora límite para llegar a su casa, sino que también guardó el día de reposo tal como se le había enseñado en el hogar. La revelación de un progenitor tiene un efecto perdurable en la revelación personal que continúa con el hijo.

Mi madre debe haber entendido ese principio de revelación. Cuando era joven, yo cerraba la puerta del fondo silenciosamente cuando llegaba tarde a casa. Tenía que pasar por el dormitorio de ella para llegar al mío y, por más que fuera despacito en puntas de pie, justo cuando llegaba a su puerta entreabierta, escuchaba mi nombre, con voz muy baja: “Hal, entra por un momento”.

Entraba y me sentaba a la orilla de su cama. La habitación estaba oscura y, si ustedes hubieran podido escuchar, hubieran pensado que eran sólo conversaciones amistosas sobre la vida. Pero hasta el día de hoy acude a mi mente lo que ella me dijo, con el mismo poder que siento cuando leo la transcripción de mi bendición patriarcal.

No sé qué era lo que ella pedía en oración al estar esperándome esas noches. Supongo que en parte pedía que yo llegara a salvo, pero estoy seguro de que oraba como lo hace un patriarca antes de dar una bendición. Él ora para que el beneficiario de la bendición reciba sus palabras como las palabras de Dios, y no como las de él. Las oraciones de mi madre en que suplicaba esa bendición surtieron efecto en mí. Ella



está en el mundo de los espíritus y ha estado allí por más de 40 años. Estoy seguro de que ha estado altamente complacida porque fui bendecido tal como ella pedía que yo escuchara los mandatos de Dios por medio de sus consejos; y yo he procurado ir y hacer lo que ella esperaba que hiciera.

He visto ese mismo milagro de revelación continua en los presidentes de estaca y los obispos de la Iglesia; y tal como sucede con la revelación a los líderes de familia, la revelación es de valor sólo si aquellos que están siendo guiados reciben una revelación confirmadora.

Vi ese milagro de revelación después de que se desbordó la presa Teton en Idaho, en 1976. Muchos saben la historia de lo que sucedió, pero el ejemplo de revelación continua que recibió un presidente de estaca puede bendecirnos a todos en los días venideros.

Miles de personas fueron evacuadas cuando sus casas quedaron destruidas. El dirigir las operaciones de socorro recayó en un presidente de estaca local, un agricultor. Yo me encontraba en un aula del Colegio Universitario Ricks unos cuantos días después del desastre. Un líder de la agencia federal encargada de desastres había llegado, y él y sus asistentes principales entraron al salón grande en el que el presidente de estaca había reunido a obispos e incluso a algunos ministros de otras religiones locales. Yo estaba allí porque muchos de los sobrevivientes estaban recibiendo cuidado y alojamiento en el campus del colegio universitario del que yo era el rector.

Al comenzar la reunión, el representante de la agencia federal encargada de desastres se puso de pie y comenzó a decir con voz de autoridad lo que era necesario hacer. Tras enumerar cada una de las cinco o seis tareas que dijo eran esenciales, el

presidente de estaca respondió suavemente: “Eso ya lo hicimos”.

Después de unos minutos, el hombre de la agencia federal dijo: “Creo que me voy a sentar y observar por un momento”. Él y sus asistentes entonces escucharon mientras los obispos y presidentes de quórum de élderes dieron un informe de lo que habían hecho. Describieron las indicaciones que habían recibido y seguido de sus líderes. También hablaron sobre lo que se habían sentido inspirados a hacer al seguir las instrucciones de encontrar a familias y ayudarlas. Ya era tarde; todos estaban demasiado cansados para demostrar mucha emoción, salvo el amor que sentían por las personas.

El presidente de estaca dio unas cuantas instrucciones finales a los obispos y luego anunció la hora de la siguiente reunión de informe que se efectuaría temprano por la mañana.

A la mañana siguiente, el líder del equipo federal llegó 20 minutos antes la hora establecida para que empezara la reunión de informe y asignaciones. Yo estaba cerca y escuché que le dijo en voz baja al presidente de estaca: “Presidente, ¿qué le gustaría que yo y los integrantes de mi equipo hiciéramos?”.

Lo que ese hombre vio lo he visto en momentos de emergencia y pruebas por todo el mundo. El presidente Packer tenía razón. La revelación continua llega a los presidentes de estaca para elevarlos por encima de su propia sabiduría y capacidad. Y, más allá de eso, el Señor da a aquellos a quienes el presidente dirige una confirmación de que sus mandatos provienen de Dios por medio del Espíritu Santo a un ser humano imperfecto.

He tenido la bendición de ser llamado a seguir a líderes inspirados durante gran parte de mi vida. Siendo todavía joven, fui llamado a ser consejero del presidente de quórum

de élderes. También he sido consejero de dos presidentes de distrito, de un Obispo Presidente de la Iglesia, miembro del Quórum de los Doce Apóstoles y consejero de dos Presidentes de la Iglesia. He visto la revelación que se les da a ellos y luego confirmada a los que los siguen.

Esa revelación personal de aceptación, que todos anhelamos, no se recibe fácilmente ni se recibe simplemente por pedirla. El Señor dio la siguiente norma para tener la capacidad de recibir ese tipo de testimonio de Dios. Es una guía para quienes buscan la revelación personal que todos debemos buscar.

“Deja también que tus entrañas se llenen de caridad para con todos los hombres, y para con los de la familia de la fe, y deja que la virtud engalane tus pensamientos incesantemente; entonces tu confianza se fortalecerá en la presencia de Dios; y la doctrina del sacerdocio destilará sobre tu alma como rocío del cielo.

“El Espíritu Santo será tu compañero constante”⁴.

De ello saco un consejo para todos nosotros. No tomen a la ligera el sentimiento de amor que tienen por el profeta de Dios. A dondequiera que voy en la Iglesia, sin importar quién sea el profeta en ese momento, los miembros me dicen: “Cuando regrese a las Oficinas Generales de la Iglesia, ¿podría por favor decirle al profeta cuánto lo amamos?”.

Eso es mucho más que adorar héroes o la admiración que a veces sentimos por personajes heroicos. Es un don de Dios; con ese don recibirán más fácilmente el don de la revelación confirmadora cuando él hable al ejercer su oficio como profeta del Señor. El amor que sienten es el amor que el Señor tiene por quienquiera que sea Su portavoz.



No es fácil sentirlo continuamente, porque el Señor a menudo pide que Sus profetas brinden consejos que para la gente son difíciles de aceptar. El enemigo de nuestra alma procurará llevarnos a que nos ofendamos y a que dudemos de que el llamamiento de profeta proviene de Dios.

He visto cómo el Espíritu Santo puede conmovir un corazón blando a fin de proteger a un humilde discípulo de Jesucristo con revelación confirmadora.

El profeta me envió a conferir el sagrado poder de sellar a un hombre en una pequeña ciudad lejana. Sólo el profeta de Dios posee las llaves para decidir quién debe recibir el sagrado poder que el Señor dio a Pedro, el apóstol de más antigüedad. Yo había recibido ese mismo poder para sellar, pero sólo podía conferirlo a otra persona bajo la dirección del Presidente de la Iglesia.

De modo que, en el salón de una capilla lejos de Salt Lake, coloqué mis manos sobre la cabeza de un hombre escogido por el profeta para recibir el poder para sellar. Sus manos mostraban las marcas de haber labrado la tierra toda una vida para sobrevivir a duras penas. Su diminuta esposa estaba sentada cerca de él. A ella también se le notaba las marcas de años de arduo trabajo junto a su esposo.

Pronuncié las palabras que dio el profeta. “Bajo la delegación de autoridad y responsabilidad de”, y luego el nombre del profeta, “quien posee en la actualidad todas las llaves del sacerdocio sobre la Tierra, confiero el poder

para sellar a”, y pronuncié su nombre y luego el nombre del templo donde iba a prestar servicio como sellador.

Lágrimas corrieron por sus mejillas, y vi que su esposa también sollozaba. Esperé a que se tranquilizaran. Ella se puso de pie y se acercó a mí. Levantó la mirada y luego tímidamente expresó que se sentía feliz, pero también triste. Dijo que le había encantado asistir al templo con su esposo, pero que ahora sentía que no debía ir con él porque Dios lo había escogido para un deber tan glorioso y sagrado. Luego añadió que se sentía incapaz de ser su compañera en el templo debido a que no podía leer ni escribir.

Le aseguré que su esposo se sentiría honrado con su compañía en el templo por el gran poder espiritual que ella tenía. Le expresé lo mejor que pude, con el poco conocimiento que tenía de su idioma, que Dios le había revelado cosas que iban más allá de cualquier conocimiento terrenal.

Ella sabía, por el don del Espíritu, que Dios, mediante Su profeta, le había confiado un deber celestial al esposo que ella amaba. Sabía por sí misma que las llaves para otorgar ese poder para sellar las poseía un hombre a quien nunca había visto y que sin embargo sabía que era el profeta viviente de Dios. Sabía, sin necesidad de que se lo dijeran testigos vivientes, que el profeta había orado en cuanto al nombre de su esposo. Sabía por sí misma que Dios había extendido ese llamamiento.

También sabía que las ordenanzas que su esposo llevaría a cabo unirían

a las personas por la eternidad en el reino celestial. Había recibido la confirmación en la mente y en el corazón de que la promesa que el Señor le hizo a Pedro todavía continuaba en la Iglesia: “...todo lo que ates en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desates en la tierra será desatado en los cielos”⁵. Lo sabía por sí misma, por revelación de Dios.

Volvamos al punto de partida. “La revelación en la Iglesia continúa: el profeta la recibe para la Iglesia; el presidente, para su estaca, su misión o su quórum; el obispo, para su barrio; el padre, para su familia; el individuo, para sí mismo”⁶.

Les testifico que es verdad. El Padre Celestial escucha sus oraciones. Él los ama y los conoce por su nombre. Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y nuestro Redentor. Los ama mucho más de lo que ustedes son capaces de comprender.

Por medio del Espíritu Santo, Dios derrama revelación abundante a Sus hijos. Él habla con Su profeta en la Tierra, que actualmente es Thomas S. Monson. Testifico que él posee y ejerce todas las llaves del sacerdocio en la Tierra.

Al escuchar en esta conferencia las palabras de aquellos a quienes Dios ha llamado a hablar en Su nombre, ruego que reciban la revelación confirmadora que necesitan para hallar el camino en su viaje de regreso a casa, para morar con Él en una familia sellada para siempre. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase de Boyd K. Packer, “Creemos todo lo que Dios ha revelado”, *Liahona*, diciembre de 1974, pág. 36.
2. 1 Nefi 3:7.
3. 1 Nefi 3:8.
4. Doctrina y Convenios 121:45–46.
5. Mateo 16:19.
6. Boyd K. Packer, *Liahona*, diciembre de 1974, pág. 36.



Por el élder Russell M. Nelson
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Sostengamos a los profetas

Al sostener a los profetas hacemos un compromiso personal de que nos esforzaremos al máximo por defender sus prioridades proféticas.

Presidente Eyring, le agradecemos su mensaje edificante e instructivo. Mis queridos hermanos y hermanas, les damos las gracias por su fe y devoción. Ayer se nos invitó a cada uno de nosotros a sostener a Thomas S. Monson como el profeta del Señor y Presidente de la Iglesia del Señor; y con frecuencia cantamos: “Te damos, Señor, nuestras gracias que mandas... profetas”¹. ¿Entendemos en realidad lo que eso significa? Imaginen el privilegio que el Señor nos ha dado de sostener a Su profeta, cuyos consejos serán puros, francos, que no provendrán de ninguna aspiración personal, y que ¡serán totalmente ciertos!

¿Cómo sostenemos verdaderamente a un profeta? Mucho antes de que fuera Presidente de la Iglesia, el presidente Joseph F. Smith explicó: “Los santos que... [sostienen] a las autoridades de la Iglesia tienen sobre sí el importante deber de hacerlo no sólo levantando la mano, la mera formalidad, sino en *acción* y en verdad”².

Recuerdo bien la “acción” más singular que he tenido que realizar al sostener a un profeta. Como médico y cardio-cirujano, tuve la responsabilidad de

efectuar una cirugía de corazón abierto al presidente Spencer W. Kimball en 1972, cuando él era Presidente en Funciones del Quórum de los Doce Apóstoles. Necesitaba una operación sumamente delicada, pero yo no tenía ninguna experiencia en ese tipo de intervención en un paciente de 77 años de edad con problemas cardíacos. No recomendé la operación y así lo informé al presidente Kimball y a la Primera Presidencia; sin embargo, con fe, el presidente Kimball decidió tener la operación, sólo porque así lo aconsejó la Primera Presidencia. ¡Eso demuestra cómo sostenía a sus líderes! ¡Y su decisión me hizo temblar!

Gracias al Señor, la operación fue un éxito. Cuando el corazón del presidente Kimball volvió a latir, ¡lo hizo con mucho vigor! ¡En ese preciso momento, recibí el claro testimonio del Espíritu de que ese hombre un día llegaría a ser Presidente de la Iglesia!³.

Ustedes saben lo que ocurrió. Sólo veinte meses después, el presidente Kimball llegó a ser el Presidente de la Iglesia, y durante muchos años proporcionó un liderazgo enérgico y valiente.

Desde entonces hemos sostenido a los presidentes Ezra Taft Benson, Howard W. Hunter, Gordon B. Hinckley y ahora a Thomas S. Monson como Presidentes de la Iglesia: ¡profetas en todo el sentido de la palabra!

Mis queridos hermanos y hermanas, si la Restauración logró algo, fue acabar con el antiguo mito de que Dios había dejado de hablar a Sus hijos. Nada se aleja más de la verdad. Ha habido un profeta a la cabeza de la Iglesia de Dios en todas las dispensaciones, desde Adán hasta el día de hoy⁴. Los profetas testifican de Jesucristo, de Su divinidad y de Su misión y ministerio terrenales⁵. Honramos al profeta José Smith como el Profeta de esta última dispensación, y honramos a cada uno de los hombres que lo han sucedido como Presidente de la Iglesia.

Cuando sostenemos a profetas y a otros líderes⁶, invocamos la ley de común acuerdo, porque el Señor dijo: “...a ninguno le será permitido salir a predicar mi evangelio ni a edificar mi iglesia, a menos que sea ordenado por alguien que tenga autoridad, y sepa la iglesia que tiene autoridad, y que ha sido debidamente ordenado por las autoridades de la iglesia”⁷.

Como miembros de la Iglesia del Señor, eso nos da confianza y fe





a medida que nos esforzamos por guardar el mandato de las Escrituras de hacer caso a la voz del Señor⁸, según se reciba mediante la voz de Sus siervos, los profetas⁹. Todos los líderes de la Iglesia del Señor son llamados mediante la debida autoridad, y en ese respecto, ningún profeta o ningún otro líder de esta Iglesia se ha dado a sí mismo o a sí misma un llamamiento. Jamás se ha elegido a un profeta; el Señor lo dejó claro cuando dijo: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto”¹⁰. Ni yo ni ustedes “votamos” por los líderes de la Iglesia, a ningún nivel, aunque sí tenemos el privilegio de sostenerlos.

Los caminos del Señor son diferentes a los del hombre. En los caminos del hombre se excluyen a las personas de una oficina o negocio cuando envejecen o llegan a tener alguna discapacidad; sin embargo, los caminos del hombre no son ni nunca serán los del Señor. Al sostener a los profetas hacemos un compromiso personal de que nos esforzaremos al máximo por defender sus prioridades proféticas. Nuestro sostenimiento es una señal parecida a un juramento de que reconocemos que su llamamiento como profeta es legítimo y de carácter vinculante para nosotros.

Veintiséis años antes de que llegara a ser Presidente de la Iglesia, el entonces élder George Albert Smith dijo: “La obligación que contraemos al alzar la mano... es sumamente sagrada. No significa que seguiremos adelante callados, dispuestos a que el profeta del Señor dirija esta obra, significa... que lo apoyaremos, que oraremos por él, que defenderemos su buen nombre y que nos esforzaremos por actuar de acuerdo con las instrucciones que el Señor le indique”¹¹.

¡El Señor viviente dirige Su Iglesia viviente!¹². El Señor le revela a Su profeta Su voluntad para con la Iglesia. Ayer, después de que se nos invitó a sostener a Thomas S. Monson como Presidente de la Iglesia, también tuvimos el privilegio de sostenerlo a él, a los consejeros de la Primera Presidencia, y a los miembros del Quórum de los Doce Apóstoles como profetas, videntes y reveladores. ¡Piensen en ello! ¡Sostenemos a quince hombres como profetas de Dios! Ellos poseen todas las llaves del sacerdocio que jamás se hayan conferido al hombre en esta dispensación.

El llamamiento de quince hombres al santo apostolado nos proporciona gran protección como miembros de la Iglesia. ¿Por qué? Porque las decisiones de esos líderes deben ser unánimes¹³.

¿Se pueden imaginar la forma en la que el Espíritu debe inspirar a quince hombres a fin de que logren la unanimidad? Esos quince hombres tienen diferente formación académica y profesional, con diferentes opiniones sobre muchas cosas, ¡créanmelo! Esos quince hombres —profetas, videntes y reveladores— ¡saben cuál es la voluntad del Señor cuando se logra la unanimidad! Están comprometidos a asegurarse de que verdaderamente se haga la voluntad del Señor. El Padrenuestro proporciona a cada uno de esos quince hombre el modelo al orar: “Sea hecha tu voluntad en la tierra así como en el cielo”¹⁴.

El apóstol que tiene más antigüedad en el oficio de Apóstol es el que preside¹⁵. Ese sistema de antigüedad por lo general trae a hombres mayores al oficio de Presidente de la Iglesia¹⁶, ya que eso proporciona continuidad, madurez, experiencia y extensa preparación, de acuerdo con la guía del Señor.

El Señor mismo organizó la Iglesia de hoy en día; Él ha establecido un extraordinario sistema de gobierno que proporciona continuidad y respaldo. El sistema proporciona liderazgo profético a pesar de que con la edad avanzada surjan enfermedades y discapacidades inevitables¹⁷. Hay suficientes medidas de contrapeso y protección a fin de que



nadie pueda llevar a la Iglesia por mal camino. Constantemente se instruye a los líderes de más antigüedad a fin que algún día estén listos para sentarse en los consejos superiores. Ellos aprenden a dar oído a la voz del Señor mediante los susurros del Espíritu.

Cuando fue Primer Consejero del presidente Ezra Taft Benson, quien se acercaba al fin de su vida terrenal, el presidente Gordon B. Hinckley explicó:

“Los principios y procedimientos que el Señor ha establecido para el gobierno de su Iglesia han previsto lo necesario para esos casos. Es importante que, cuando el Presidente esté enfermo o incapacitado, no haya dudas ni inquietudes en cuanto al gobierno de la Iglesia y al ejercicio de los dones proféticos, incluso el derecho a la inspiración y la revelación para administrar los asuntos y los programas de la Iglesia.

“La Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles, que han sido llamados y ordenados para poseer las llaves del sacerdocio, tienen la autoridad y la responsabilidad de gobernar la Iglesia, de administrar sus ordenanzas, de exponer la doctrina y de establecer y mantener sus prácticas.

El presidente Hinckley continuó:

“Cuando el Presidente está enfermo

o incapacitado para cumplir todas las funciones de su llamamiento, sus dos consejeros forman el Quórum de la Primera Presidencia y llevan a cabo diariamente los deberes de la Presidencia...

“Pero todo asunto importante de normas, procedimientos, programas o doctrina se considera concienzudamente y con oración en las reuniones de la Primera Presidencia y los Doce”¹⁸.

El año pasado, cuando el presidente Monson marcó el cumplimiento de cinco años de servicio como Presidente de la Iglesia, reflexionó en sus cincuenta años de servicio apostólico e hizo esta declaración: “Con el tiempo, la edad nos afecta a todos. Sin embargo, unimos nuestra voz a la del rey Benjamín, quien dijo: ‘...soy como vosotros, sujeto a toda clase de enfermedades de cuerpo y mente; sin embargo, he sido elegido... y ungido por mi padre... y su incomparable poder me ha guardado y preservado, para servirlos con todo el poder, mente y fuerza que el Señor me ha concedido’ (Mosíah 2:11)”.

El presidente Monson prosiguió: “A pesar de cualquier problema de salud que nos pueda aquejar, a pesar de cualquier debilidad de cuerpo o mente,

servimos de la mejor manera posible. Les aseguro que la Iglesia está en buenas manos. El sistema establecido para el Consejo de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce [Apóstoles] nos asegura que siempre estará en buenas manos y que, pase lo que pase, no hay necesidad de preocuparse ni de temer. Nuestro Salvador Jesucristo, a quien seguimos, a quien adoramos y a quien servimos, siempre está a la cabeza”¹⁹.

Presidente Monson, ¡le damos las gracias por esas verdades! Y le damos las gracias por su vida de servicio ejemplar y devoto. Creo que hablo en nombre de los miembros de la Iglesia de todo el mundo en una expresión unida y sincera de gratitud por usted. ¡Le rendimos honor! ¡Lo amamos! ¡Lo sostenemos, no sólo levantando la mano, sino con todo nuestro corazón y esfuerzos consagrados! ¡Humilde y fervientemente “Pedimos hoy por ti, Profeta fiel!”²⁰. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. “Te damos, Señor, nuestras gracias”, *Himnos*, N° 10.
2. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, 1998, pág. 227; cursiva agregada. Esta declaración la hizo en 1898, cuando era Segundo Consejero de la Primera Presidencia.
3. Para más información, véase de Spencer J. Condie, *Russell M. Nelson: Father—, Surgeon—, Apostle*, 2003, págs. 153–156.
4. Véase la Guía para el Estudio de las Escrituras: “Dispensaciones”.
5. Una serie de profetas predijeron la venida del Señor, entre ellos Lehi (véase 1 Nefi 1:19), Nefi (véase 1 Nefi 11: 31–33; 19:7–8), Jacob (véase Jacob 4:4–6), Benjamín (véase Mosíah 3:5–11, 15), Abinadí (véase Mosíah 15:1–9), Alma (véase Alma 40:2) y Samuel el lamanita (véase Helamán 14:12). Antes de que el Salvador naciera en Belén, ellos predijeron Su sacrificio expiatorio y Su Resurrección posterior.
6. El principio de sostener a los líderes es fundamental en la Iglesia del Señor. Se sostiene a una persona antes de que se la aparte para un llamamiento y se la ordene a un oficio en el sacerdocio.
7. Doctrina y Convenios 42:11. La práctica de sostener a nuestros líderes se puso en efecto el 6 de abril de 1830, cuando

se organizó la Iglesia, y en marzo de 1836, cuando los miembros de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles fueron sostenidos como profetas, videntes y reveladores (véase *History of the Church*, tomo I, págs. 74–77; tomo II, pág. 417).

8. En el Libro de Mormón se advierte del peligro si no prestamos atención a las enseñanzas proféticas. En él leemos que “el grande y espacioso edificio representaba el orgullo del mundo; y cayó, y su caída fue grande en extremo. Y... habló otra vez el ángel del Señor, diciendo: Así será la destrucción de todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos que combatan contra los doce apóstoles del Cordero” (1 Nefi 11:36).
9. Véase Daniel 9:10; Amós 3:7; Doctrina y Convenios 21:1, 4–5; 124:45–46.
10. Juan 15:16. En el quinto Artículo de Fe se aclara: “Creemos que el hombre debe ser llamado por Dios, por profecía y la imposición de manos, por aquellos que tienen la autoridad, a fin de que pueda predicar el evangelio y administrar sus ordenanzas”.
11. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: George Albert Smith*, 2011, pág. 65; cursiva agregada. Esta cita proviene de un discurso de conferencia del élder George Albert Smith en 1919. Él llegó a ser Presidente de la Iglesia en 1945.
12. Véase Doctrina y Convenios 1:30, 38.
13. Véase Doctrina y Convenios 107:27.
14. 3 Nefi 13:10; véase también Mateo 6:10; Lucas 11:2.
15. Cuando el presidente de la Iglesia muere, se disuelve la Primera Presidencia y los consejeros toman sus lugares en el Quórum de los Doce Apóstoles. Entonces el Quórum de los Doce preside la Iglesia hasta que se reorganiza la Primera Presidencia. A ese período se lo conoce como un interregno apostólico. Históricamente, el tamaño de ese intervalo ha variado de cuatro días hasta tres años y medio.
16. Naturalmente, ese modelo de sucesión no se aplicó al llamamiento de José Smith, quien fue preordenado para ser el Profeta de la Restauración y el primer Presidente de la Iglesia (véase 2 Nefi 3:6–22; véase también Abraham 3:22–23).
17. Sabemos que en cualquier momento que Él desee, el Señor mismo puede llamarnos al hogar eterno.
18. Gordon B. Hinckley, “La obra sigue adelante”, *Liahona*, julio de 1994, págs. 65–66; véase también de Gordon B. Hinckley, “No se adormecerá ni dormirá”, *Liahona*, julio de 1983, pág. 2.
19. “Mensaje del presidente Thomas S. Monson”, *Church News*, 3 de febrero de 2013, pág. 9.
20. “Pedimos hoy por ti”, *Himnos*, N° 12.



Por Carol F. McConkie

Primera Consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes

Vivir de acuerdo con las palabras de los profetas

Para estar en armonía con los propósitos divinos del cielo, sostenemos al profeta y escogemos vivir de acuerdo con sus palabras.

Nuestro Padre Celestial ama a todos Sus hijos y desea que ellos sepan y comprendan Su plan de felicidad. Por lo tanto, llama a profetas, quienes han sido ordenados con poder y autoridad para actuar en el nombre de Dios para la salvación de Sus hijos. Son mensajeros de rectitud, testigos de Jesucristo y del infinito poder de Su expiación. Ellos tienen las llaves del Reino de Dios en la Tierra y autorizan que se efectúen las ordenanzas salvadoras.

En la Iglesia verdadera del Señor, “nunca hay más de una persona a la vez sobre la tierra a quien se confieren este poder y las llaves de este sacerdocio”¹. Sostenemos al presidente Thomas S. Monson como nuestro profeta, vidente y revelador. Él revela la palabra del Señor para guiar y dirigir a *toda* la Iglesia. Como explicó el presidente J. Reuben Clark, hijo: “Sólo el presidente de la Iglesia... tiene el derecho a recibir revelaciones para la Iglesia”².

Concerniente al profeta viviente, el Señor manda a los de Su Iglesia:

“Daréis oído a *todas* sus palabras y mandamientos que os dará según los reciba, andando delante de mí con toda santidad;

“porque recibiréis su palabra con toda fe y paciencia como si viniera de mi propia boca.

“Porque si hacéis estas cosas, las puertas del infierno no prevalecerán contra vosotros”³.

Para estar en armonía con los propósitos divinos del cielo, sostenemos al profeta y elegimos vivir de acuerdo con sus palabras.

También sostenemos a los consejeros del presidente Monson y al Quórum de los Doce Apóstoles como profetas, videntes y reveladores. “Ellos tienen el derecho, el poder y la autoridad para declarar la disposición y la voluntad [del Señor]... sujetos al ...Presidente de la Iglesia”⁴. Ellos hablan en el nombre de Cristo; profetizan en el nombre de Cristo y hacen todas

las cosas en el nombre de Jesucristo. En sus palabras oímos la voz del Señor y sentimos el amor del Salvador. “Y lo que hablen cuando sean inspirados por el Espíritu Santo será Escritura... y el poder de Dios para salvación”⁵. El Señor mismo ha dicho: “...sea por mi propia voz o por la voz de mis siervos, es lo mismo”⁶.

Estamos agradecidos por una Iglesia [edificada] sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo”⁷. La casa del Señor es una casa de orden, y nunca debemos ser engañados y mirar a otro lado en busca de respuestas para nuestras dudas o inquietudes sobre qué voz debemos seguir. No tenemos que ser “llevados por doquiera de todo viento de doctrina”⁸. Dios revela Su palabra por medio de Sus siervos ordenados “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios”⁹.

Cuando elegimos vivir de acuerdo con las palabras de los profetas, estamos en el camino del convenio que lleva a la perfección eterna.

De una madre sola tratando de sobrevivir una época de hambruna, aprendemos lo que significa sostener al profeta. El Señor instruyó a Elías el profeta a que fuera a Sarepta, donde encontraría a una mujer viuda a quien Dios había mandado que lo sustentara. Al acercarse a la ciudad, Elías el profeta la vio recogiendo leña. La llamó, “Te ruego que me traigas un poco de agua en un vaso para que beba”¹⁰.

“Y yendo ella para traérsela, él la volvió a llamar y le dijo: Te ruego que me traigas también un bocado de pan en tu mano.

“Y ella respondió: Vive Jehová, Dios tuyo, que no tengo pan cocido; solamente un puñado de harina tengo en la tinaja y un poco de aceite en una vasija; y he aquí que ahora recogía dos leños para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo, para que lo comamos y nos muramos”.

Y Elías le dijo: No tengas temor; ve, haz como has dicho; pero hazme a mí *primero* de ello una pequeña torta cocida y tráemela; y después harás para ti y para tu hijo”¹¹.

Imaginen por un momento la dificultad de lo que el profeta le estaba pidiendo que hiciera a una madre hambrienta. Ciertamente, Dios mismo podría haber proveído alimento para Su fiel siervo. Pero, actuando en el nombre del Señor, Elías el profeta hace lo que se le manda, lo cual era pedir a una amada hija de Dios que sacrificara lo que tenía para el sustento del profeta.

Pero Elías el profeta también prometió una bendición por su obediencia: “Porque así ha dicho Jehová, Dios de Israel: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá”¹². El Señor dio a la viuda la oportunidad de elegir creer y obedecer las palabras del profeta.

En un mundo amenazado por el hambre de rectitud y la hambruna espiritual, se nos ha mandado que sostengamos al profeta. Al obedecer, sostener y declarar la palabra profética, testificamos que tenemos la fe para someternos a la voluntad, la sabiduría y los tiempos del Señor.

Hacemos caso a la palabra profética aun cuando pueda parecer inaceptable, inconveniente y difícil. De acuerdo con las normas del mundo, seguir al profeta puede ser poco popular, políticamente incorrecto o socialmente inaceptable. Pero seguir al profeta es siempre lo correcto. “Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos”¹³. “Confía en Jehová con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia”¹⁴.

El Señor honra y favorece a quienes prestan atención a la guía del profeta.



Para la viuda de Sarepta el haber obedecido a Elías salvó su vida y básicamente la de su hijo. Como prometió el profeta: “y comieron él, y ella y su casa durante muchos días... conforme a la palabra que Jehová había dicho por medio de Elías”¹⁵.

El Señor “alimentará a los que confían en Él”¹⁶. Las palabras de los profetas son como maná para nuestra alma. Cuando las aceptamos, somos bendecidos, protegidos y preservados tanto temporal como espiritualmente. Cuando nos deleitamos en sus palabras, aprendemos cómo venir a Cristo y vivir.

El élder Bruce R. McConkie escribió que por medio de los profetas “el Señor revela las verdades de salvación... la salvación que es en Cristo; y determina ... el curso que lleva a la vida eterna ... En toda época el Señor da a su pueblo la dirección que necesita en el momento en que están en riesgo y peligro. Seguramente en los días por venir habrá momentos cuando nada, sino la sabiduría de Dios, que viene del cielo y que fluye de labios proféticos, podrá salvar a Su pueblo”¹⁷.

Para mí, las palabras de los profetas que me enseñó mi maestra de Laureles me dio una clara visión de cómo debe ser la relación en el convenio del matrimonio. Las palabras de los profetas me dieron la fe y la esperanza de que yo podría prepararme y tener un hogar feliz. El estudio constante de las enseñanzas de los profetas, tanto antiguos como modernos, me sostuvieron durante los años difíciles, y en ocasiones exhaustivos, al criar, enseñar y nutrir a siete hijos. Las palabras de los profetas en las Escrituras y las que enseñan desde este púlpito, son palabras de consuelo, amor, fortaleza y buen ánimo que se aplican a todos.

Cuando escuchamos las palabras de los profetas, edificamos nuestros



hogares y nuestra vida sobre un fundamento seguro, “la roca de nuestro Redentor, el cual es Cristo, el Hijo de Dios ... para que cuando el diablo lance sus impetuosos vientos, sí, sus dardos en el torbellino, sí, cuando todo su granizo y furiosa tormenta os azoten, esto no tenga poder para arrastraros... [a] miseria y angustia sin fin”¹⁸.

Podemos elegir. Podríamos ignorarlas, tomarlas a la ligera o rebelarnos contra las palabras de Cristo pronunciadas por Sus siervos ordenados; pero el Salvador enseñó que quienes hacen eso serán desarraigados de entre Su pueblo del convenio¹⁹.

Al leer con espíritu de oración y estudiar la sagrada palabra profética con fe en Cristo, con verdadera intención, el Espíritu Santo revelará la verdad a nuestra mente y corazón. Que podamos abrir nuestros oídos para escuchar, nuestros corazones para entender y nuestra mente para que los misterios de Dios sean desplegados ante nuestra vista²⁰.

Testifico que José Smith fue y es el profeta llamado por Dios para restaurar el evangelio de Jesucristo y Su sacerdocio en la Tierra. Testifico que el presidente Monson es un profeta verdadero de Dios que nos guía en estos días. Es mi ruego queelijamos apoyar a los profetas y vivir de acuerdo con sus palabras hasta que lleguemos a

ser unidos en la fe, purificados en Cristo y llenos del conocimiento del Hijo de Dios. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Doctrina y Convenios 132:7. Véase también *Manual 2: Administración de la Iglesia* (2010), 2.1.1: “Jesucristo posee todas las llaves del sacerdocio pertenecientes a Su Iglesia y ha conferido sobre cada uno de Sus apóstoles todas las llaves que pertenecen al reino de Dios sobre la tierra. El Apóstol viviente de más antigüedad en el cargo, el Presidente de la Iglesia, es la única persona sobre la tierra autorizada para ejercer todas las llaves del sacerdocio”.
2. J. Reuben Clark, hijo, “When Are the Writings and Sermons of Church Leaders Entitled to the Claim of Scripture?” (discurso para el personal de seminarios e institutos, Universidad Brigham Young, 7 de julio de 1954).
3. Doctrina y Convenios 21:4–6; cursiva agregada.
4. J. Reuben Clark, hijo, “When Are the Writings and Sermons of Church Leaders Entitled to the Claim of Scripture?”.
5. Doctrina y Convenios 68:4.
6. Doctrina y Convenios 1:38.
7. Efesios 2:20.
8. Efesios 4:14.
9. Efesios 4:12–13.
10. 1 Reyes 17:10.
11. 1 Reyes 17:11–13; cursiva agregada.
12. 1 Reyes 17:14.
13. Isaías 55:9.
14. Proverbios 3:5.
15. 1 Reyes 17:15–16.
16. Roger Hoffman, “Consider the Lilies”.
17. Bruce R. McConkie, *A New Witness for the Articles of Faith*, Deseret Book Company, 1985, pág. 478, puntuación modificada. Usado con permiso.
18. Helamán 5:12.
19. Véase 3 Nefi 20:23.
20. Véase Mosiah 2:9.



Por el élder Robert D. Hales
Del Quórum de los Doce Apóstoles

La vida eterna es conocer a nuestro Padre Celestial y a Su Hijo, Jesucristo

Dios y Cristo literalmente son Padre e Hijo: seres separados, distintos e individuales que tienen una total unidad en Su propósito.

Hace muchos años estudié los testimonios finales de los profetas de cada dispensación. Cada uno dio un testimonio poderoso de Dios el Padre y de Su Hijo Jesucristo.

A través de los años, al leer esos testimonios y muchos similares, siempre me ha conmovido percibir la profundidad del amor del Padre Celestial por Su Hijo mayor y cómo Jesús demuestra Su amor mediante Su obediencia a la voluntad de Su Padre. Testifico que cuando hacemos lo necesario para conocerlos y conocer Su amor mutuo, obtendremos “el mayor de todos los dones de Dios”, o sea, la vida eterna¹. Porque “ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”².

¿Cómo podemos hacer que ese don sea nuestro? Viene como un asunto de revelación personal, de lo cual se ha hablado y enseñado esta mañana.

¿Recuerdan la primera vez que supieron que Dios existía y pudieron sentir Su amor? Cuando yo era niño, solía mirar el cielo estrellado y meditar y sentir Su presencia. Me emocionaba explorar la magnífica belleza de las creaciones de Dios: desde los insectos pequeños hasta los altos árboles. Al reconocer la belleza de esta Tierra, sabía que mi Padre Celestial me amaba. Sabía que yo literalmente era de progenie espiritual, que todos somos hijos e hijas de Dios.

¿Cómo lo supe?, podrían preguntar. En las Escrituras se enseña: “A algunos el Espíritu Santo da a saber que Jesucristo es el Hijo de Dios, y... a otros les es dado creer en las palabras de aquéllos, para que también tengan vida eterna, si continúan fieles”³. Desde mi punto de vista, eso no significa que algunas personas dependerán para siempre del testimonio de otros.

Mi propio testimonio creció conforme aprendía acerca del Padre Celestial y el Salvador por las enseñanzas y el testimonio de mis padres, maestros, las Escrituras—las cuales leo con diligencia—y especialmente el Espíritu Santo. Al ejercer la fe y al obedecer los mandamientos, el Espíritu Santo testificó que lo que estaba aprendiendo era verdad. Fue así que llegué a saber por mí mismo.

En ese proceso, buscar la revelación personal es la clave. Nefi nos invita a cada uno: “Deleitaos en las palabras de Cristo; porque he aquí, las palabras de Cristo os dirán todas las cosas que debéis hacer”⁴.

Antes de mi octavo cumpleaños, procuré saber más acerca del bautismo. Leí las Escrituras y oré. Aprendí que recibiría el don del Espíritu Santo cuando fuera confirmado. También empecé a entender que Dios y Cristo literalmente son Padre e Hijo: seres separados, distintos e individuales que tienen una total unidad en Su propósito. “Nosotros [les] amamos a [ellos], porque [ellos] nos [amaron] primero”⁵.



Una y otra vez observé cómo se aman uno a otro y cómo trabajan juntos para nuestro bien. Escuchemos varios de los muchos pasajes de las Escrituras en los que se enseña esta verdad:

Al enseñar acerca de nuestra vida premortal, el Padre Celestial se refirió a Jesucristo como “mi Hijo Amado, que fue mi Amado y mi Escogido desde el principio”⁶. Cuando el Padre creó la tierra, lo hizo “por medio de [Su] Unigénito”⁷.

Se le dijo a María, la madre de Jesús, que daría a luz al “Hijo del Altísimo”⁸; y cuando Jesús era joven, le dijo a Su madre que Él “debía estar en los asuntos de [Su] Padre”⁹. Años después, en el bautismo del Salvador, el Padre Celestial habló desde los cielos, y dijo: “Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco”¹⁰.

Para enseñar a Sus discípulos a orar, Jesús dijo estas palabras:

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”¹¹.

Le enseñó a Nicodemo: “...de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito”¹²; y explicó Sus milagros al decir: “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, esto también lo hace el Hijo de igual manera”¹³.

Al aproximarse el momento de la Expiación, Jesús oró y dijo: “Padre, la hora ha llegado... Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese”¹⁴. Luego, al caer sobre Él el peso de nuestros pecados, suplicó: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú”¹⁵. En Sus últimos momentos en la cruz, Jesús rogó: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”, y luego



exclamó: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”¹⁶.

Luego visitó, en el mundo de los espíritus, a los espíritus de los que habían muerto para “[darles] poder para levantarse, después que Él resucitara de los muertos, y entrar en el reino de su Padre”¹⁷. Después de Su resurrección, el Salvador se apareció a María Magdalena, y le dijo: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre”¹⁸.

Cuando visitó al pueblo en el Continente Americano, Su Padre lo presentó diciendo: “He aquí a mi Hijo Amado, en quien me complazco, en quien he glorificado mi nombre”¹⁹. Cuando Jesús descendió entre la gente en el templo, se presentó a sí mismo diciendo: “He aquí, yo soy Jesucristo... he glorificado al Padre, tomando sobre

mí los pecados del mundo”²⁰. Cuando enseñó Su doctrina, explicó:

“...es la doctrina que el Padre me ha dado; y yo doy testimonio del Padre, y el Padre da testimonio de mí”²¹.

“...he aquí... el Padre y yo somos uno”²².

En estos pasajes, ¿podemos ver un modelo que testifica del Padre y del Hijo como seres distintos e individuales? Entonces, ¿en qué sentido son “uno”? No es porque sean la misma persona, sino porque están unidos en propósito, igualmente dedicados a “llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre”²³.

Jesús es un Dios y, sin embargo, continuamente se distingue como un ser separado e individual al orar a Su Padre



y al decir que está haciendo la voluntad de Su Padre. Durante Su ministerio entre los nefitas, suplicó: “Padre, no te ruego por el mundo, sino por los que me has dado del mundo... para que yo sea en ellos como tú, Padre, eres en mí, para que seamos uno, para que yo sea glorificado en ellos”²⁴.

Con esto en mente, no nos sorprende que la restauración del Evangelio haya comenzado con la aparición no de uno, sino de dos seres glorificados. De su Primera Visión, el profeta José Smith testificó: “Uno de ellos me habló, llamándome por mi nombre, y dijo, señalando al otro: *Éste es mi Hijo Amado: ¡Escúchalo!*”²⁵.

El joven Profeta, que entró con fe inquebrantable en la arboleda para averiguar a qué iglesia debería unirse, salió con el conocimiento y testimonio del único Dios verdadero y de Jesucristo, a quien Dios había enviado. José, al igual que los profetas que lo antecedieron, fue entonces un instrumento para restaurar al mundo el conocimiento que lleva a la vida eterna.

Ustedes también pueden buscar al Padre Celestial y a “este Jesús de quien han [testificado] los profetas y apóstoles”²⁶ en las Escrituras y en esta conferencia general. Al buscar un testimonio personal-su revelación personal- descubrirán que nuestro Padre Celestial ha proporcionado una

manera especial para que conozcan la verdad por sí mismos: a través del tercer miembro de la Trinidad, un personaje de espíritu al que conocemos como el Espíritu Santo.

“Y cuando recibáis estas cosas” —entre ellas las que les he compartido hoy— “quisiera exhortaros a que preguntéis a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo; y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas”²⁷.

Hermanos y hermanas, testifico que nuestro Padre Celestial quiere que busquemos ese conocimiento ahora. Las palabras del profeta Helamán claman desde el polvo: “...recordad... recordad que es sobre la roca de nuestro Redentor, el cual es Cristo, el Hijo de Dios, donde debéis establecer vuestro fundamento... un fundamento sobre el cual, si los hombres edifican, no caerán”²⁸. En verdad, no caeremos.

Ese fundamento seguro es Jesucristo. Él es la “Roca del Cielo”²⁹. Cuando edificamos nuestra casa sobre Él, podrán descender las lluvias de los últimos días, podrán venir los torrentes y podrán soplar los vientos, pero no caeremos. No caeremos porque

nuestro hogar y nuestra familia estarán fundados sobre Cristo³⁰.

Testifico que un hogar así es “una casa de gloria”³¹. En él nos reunimos para orar a nuestro Padre Celestial en el nombre de Jesucristo, Su amado Hijo. En él les glorificamos y les expresamos nuestra gratitud. En él recibimos al Espíritu Santo y “la promesa que [nos da] de vida eterna, sí, la gloria del reino celestial”³².

Doy mi testimonio especial de que nuestro Salvador es Jesucristo, que Él vive. Que nuestro eterno Padre Celestial nos ama y vela por nosotros. Que tenemos un profeta en esta dispensación- aun el presidente Thomas S. Monson-quien nos guía y dirige. El Espíritu Santo testifica que esto es verdad a todo aquel que va y busca el conocimiento. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Doctrina y Convenios 14:7.
2. Juan 17:3.
3. Doctrina y Convenios 46:13-14.
4. 2 Nefi 32:3.
5. 1 Juan 4:19.
6. Moisés 4:2.
7. Moisés 2:1.
8. Lucas 1:32.
9. Lucas 2:49.
10. Mateo 3:17.
11. Mateo 6:9-10.
12. Juan 3:16.
13. Juan 5:19; véase también el versículo 17.
14. Juan 17:1, 4.
15. Mateo 26:39.
16. Lucas 23:34, 46.
17. Doctrina y Convenios 138:51.
18. Juan 20:17.
19. 3 Nefi 11:7.
20. 3 Nefi 11:10-11.
21. 3 Nefi 11:32.
22. 3 Nefi 11:27.
23. Moisés 1:39.
24. 3 Nefi 19:29.
25. José Smith—Historia 1:17.
26. Éter 12:41.
27. Moroni 10:4-5.
28. Helamán 5:12.
29. Moisés 7:53.
30. Véase 3 Nefi 14:24-25.
31. Doctrina y Convenios 88:119; 109:8, 16.
32. Doctrina y Convenios 88:4.



Por el élder James J. Hamula
De los Setenta

La Santa Cena y la Expiación

La ordenanza de la Santa Cena debe convertirse en algo más santo y sagrado para cada uno de nosotros.

En la víspera a los acontecimientos que ocurrieron en Getsemaní y en el Calvario, Jesús reunió a Sus apóstoles por última vez para adorar. El lugar fue el aposento alto de la casa de un discípulo en Jerusalén; y era la época de la Pascua¹.

Participarían de la tradicional cena de Pascua, que constaba del cordero expiatorio, vino y pan sin levadura, emblemas de la antigua salvación de Israel de la esclavitud y la muerte², así como de una futura redención aún por cumplirse³. Al aproximarse el final de la cena, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió⁴ y lo dio a Sus apóstoles, diciendo: “Tomad, comed”⁵. “Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí”⁶. De manera similar, tomó la copa de vino, la bendijo y la pasó a los que lo rodeaban, diciendo: “Esta copa es el nuevo convenio en mi sangre”⁷ “que... es derramada para remisión de los pecados”⁸. “Haced esto en memoria de mí”⁹.

De ese modo sencillo y a la vez profundo, Jesús instituyó una nueva ordenanza para el pueblo del convenio de Dios. Ya no se derramaría sangre animal ni se consumiría carne animal

a la espera de un sacrificio redentor de un Cristo que todavía estaba por venir¹⁰; en vez de ello, se tomarían y comerían emblemas de la carne partida y de la sangre derramada del Cristo que ya había venido, en memoria de Su sacrificio redentor¹¹. La participación en esa nueva ordenanza manifestaría a todos una solemne aceptación de Jesús como el Cristo prometido y una voluntad plena de seguirle y guardar Sus mandamientos. Para quienes así lo expresaran y vivieran, la muerte espiritual “pasaría” de ellos y tendrían la vida eterna asegurada.



En las horas y días que siguieron, Jesús entró en Getsemaní, fue llevado al Calvario y abandonó triunfalmente la tumba de José de Arimatea. Después de la partida de Jesús, Sus fieles discípulos de Jerusalén y los alrededores, se reunieron el primer día de la semana para “partir el pan”¹², y “perseveraban”¹³ en ello. Ciertamente, no lo hacían únicamente en memoria de su Señor ausente, sino también para expresar gratitud y fe en la maravillosa Redención que Él efectuó por ellos.

Es significativo que, cuando Jesús visitó a Sus discípulos en las Américas, también instituyó la Santa Cena entre ellos¹⁴. Al hacerlo, Él dijo: “Y siempre procuraréis hacer esto”¹⁵, y “será un testimonio al Padre de que siempre os acordáis de mí”¹⁶. Una vez más, en los comienzos de la Restauración, el Señor instituyó la ordenanza de la Santa Cena, dándonos instrucciones similares a las que dio a Sus primeros discípulos¹⁷.

La ordenanza de la Santa Cena ha sido calificada como “una de las ordenanzas más santas y sagradas de la Iglesia”¹⁸. Debe convertirse en algo más santo y sagrado para cada uno de nosotros. Jesucristo mismo instituyó la ordenanza para recordarnos lo que hizo para redimirnos y para enseñarnos cómo podemos beneficiarnos de Su redención y de ese modo volver a vivir con Dios.

Con el pan despedazado y partido, manifestamos que recordamos el cuerpo físico de Jesucristo; un cuerpo que fue sacudido con dolores, aflicciones y tentaciones de todo tipo¹⁹; un cuerpo que soportó una carga de angustia suficiente como para sangrar por cada poro²⁰; un cuerpo cuya carne fue desgarrada y cuyo corazón fue quebrantado en la Crucifixión²¹. Manifestamos nuestra creencia de que, aunque ese mismo cuerpo fue dejado en la tumba, fue levantado de ella

nuevamente a vida, para nunca más conocer la enfermedad, el deterioro o la muerte²²; y al comer el pan, damos fe de que, al igual que sucedió con el cuerpo mortal de Cristo, nuestro cuerpo será liberado de los lazos de la muerte, se elevará triunfantemente de la tumba y será restaurado a nuestro espíritu eterno²³.

Con un pequeño vaso de agua, manifestamos que recordamos la sangre que Jesús derramó y el sufrimiento espiritual que soportó por toda la humanidad. Recordamos la agonía que ocasionó que cayeran grandes gotas de sangre en Getsemaní²⁴; recordamos los golpes y azotes que soportó a manos de Sus captores²⁵; recordamos la sangre que derramó por Sus manos, Sus pies y Su costado al encontrarse en el Calvario²⁶; y recordamos Sus sufrimientos: "...cuán dolorosos no lo sabes; cuán intensos no lo sabes; sí, cuán difíciles de aguantar no lo sabes"²⁷. Al tomar el agua, damos fe de que Su sangre y sufrimiento expiaron nuestros pecados y que Él perdonará nuestros pecados si adoptamos y aceptamos los principios y las ordenanzas de Su evangelio.

Por lo tanto, con el pan y el agua se nos recuerda la redención de la muerte y del pecado que Cristo nos ofrece. La secuencia de primero el pan y luego el agua no es intrascendente. Al participar del pan, se nos recuerda nuestra propia e ineludible resurrección personal, que consiste en más que la simple restauración del cuerpo y del espíritu. Por el poder de la Resurrección, todos nosotros seremos restaurados a la presencia de Dios²⁸. Esa realidad nos presenta la pregunta fundamental de nuestra vida. La pregunta fundamental que todos afrontamos no es si viviremos, sino con quién viviremos después de morir. Si bien todos regresaremos a la presencia de Dios, no todos permaneceremos con Él.

A lo largo de la vida mortal, todos nos contaminamos con el pecado y la transgresión²⁹. Tendremos pensamientos, usaremos palabras y haremos cosas poco virtuosas³⁰. En pocas palabras, no estaremos limpios, y con respecto a la impureza en la presencia de Dios, Jesús dejó bien claro que "...ninguna cosa inmunda puede morar... en su presencia"³¹. Esa realidad le quedó muy clara a Alma, hijo, cuando después de que se le presentó un santo ángel, se sintió tan angustiado, mortificado y atormentado por su impureza que deseó ser "...aniquilado en cuerpo y alma, a fin de no ser llevado para comparecer ante la presencia de... Dios"³².

Al participar del agua de la Santa Cena, se nos enseña la manera en que podemos purificarnos del pecado y de la transgresión y así entrar en la presencia de Dios. Mediante el derramamiento de Su sangre inocente, Jesucristo satisfizo las exigencias de la justicia por cada pecado y transgresión. Entonces, Él ofrece purificarnos si tenemos suficiente fe en Él para arrepentirnos; aceptar todas las ordenanzas y los convenios de salvación, comenzando por el bautismo; y recibir el Espíritu Santo. Al recibir el Espíritu Santo, somos limpiados y purificados. Jesús dejó muy clara esta doctrina:

"Y nada impuro puede entrar en su reino ... nada entra en su reposo, sino aquellos que han lavado sus vestidos en mi sangre..."

"Y éste es el mandamiento: Arrepentíos, todos vosotros, extremos de la tierra, y venid a mí y sed bautizados en mi nombre, para que seáis santificados por la recepción del Espíritu Santo, a fin de que en el postrer día os presentéis ante mí sin mancha"³³.

Ésta es la doctrina de Cristo³⁴. Cuando recibimos esta doctrina y vivimos en conformidad con ella, en verdad somos limpiados y lavados en la sangre de Cristo³⁵.

Por medio de las oraciones sacramentales, expresamos nuestra aceptación de esta doctrina de Cristo y nuestro compromiso de vivir de acuerdo con ella. En nuestra súplica a Dios, nuestro Padre Eterno, declaramos nuestro compromiso de recordar siempre a Su preciado Hijo. Primero, declaramos nuestra "disposición" a recordar; y luego declaramos que "sí" recordamos. Al hacerlo, tomamos el compromiso solemne de ejercer fe en Jesucristo y en Su redención de la muerte y del pecado.

Declaramos además que "[guardaremos] sus mandamientos". Ése es un compromiso solemne de que nos





arrepentiremos. Si en los días anteriores nuestros pensamientos, palabras o actos no han sido tan buenos como deberían haber sido, volvemos a comprometernos a alinear más nuestra vida con la Suya en los próximos días.

A continuación, declaramos que estamos "...dispuestos a tomar sobre [nosotros] el nombre [del] Hijo"³⁶. Ése es un compromiso solemne de que nos someteremos a Su autoridad y de llevar a cabo Su obra, la que incluye efectuar todas las ordenanzas y convenios de salvación personales³⁷.

En las oraciones sacramentales se nos promete que si nos comprometemos a vivir esos principios, siempre podremos "tener su Espíritu con nosotros"³⁸. El recibir nuevamente el Espíritu es una bendición consumada, porque el Espíritu es el agente que nos limpia y purifica del pecado y la transgresión³⁹.

Hermanos y hermanas, el acontecimiento más importante en el tiempo y en la eternidad es la expiación de Jesucristo. Aquél que llevó a efecto la Expiación nos ha otorgado la ordenanza de la Santa Cena para ayudarnos no sólo a recordar, sino también a reclamar las bendiciones de este supremo acto de gracia. La participación frecuente y sincera en esta sagrada ordenanza nos ayuda a seguir abrazando y viviendo la doctrina de Cristo después del bautismo, y así proseguir

y completar el proceso de la santificación. De hecho, la ordenanza de la Santa Cena nos ayuda a perseverar fielmente hasta el fin y recibir la plenitud del Padre del mismo modo en que lo hizo Jesús, gracia por gracia⁴⁰.

Testifico del poder de Jesucristo para redimirnos a todos de la muerte y del pecado, y del poder que tienen las ordenanzas de Su sacerdocio, entre ellas la Santa Cena, a fin de prepararnos para "ver la faz de Dios, sí, el Padre, y vivir"⁴¹. Ruego que participemos de la Santa Cena la próxima semana, y cada semana a partir de entonces, con un deseo más profundo y un propósito más sincero; en el nombre del Señor Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase Mateo 26:17–20; Marcos 14:12–17; Lucas 22:7–18.
2. Véase Éxodo 12; Números 28:16–25; Bible Dictionary, "Feasts."
3. Véase Éxodo 13:12–13; Mosíah 2:3–4; Moisés 5:5–8.
4. Véase Mateo 26:26; Marcos 14:22; Lucas 22:19; 1 Corintios 11:24. En contraste, cuando Jesús instituye la Santa Cena entre los nefitas tras Su resurrección, parte el pan y después lo bendice (véase 3 Nefi 18:3).
5. Mateo 26:26; Marcos 14:22; 1 Corintios 11:24.
6. Lucas 22:19; véase también 1 Corintios 11:24.
7. Lucas 22:20; véase también Mateo 26:28; Marcos 14:24; 1 Corintios 11:25.
8. Mateo 26:28.
9. Lucas 22:19; véase también 3 Nefi 18:11.
10. Véase 2 Nefi 11:4; 25:24–25; Jacob 4:5; Alma 34:14; 3 Nefi 9:17, 19–20; Moisés 5:5–8.

11. Véase Juan 6:51–57; 1 Corintios 11:24–26; Doctrina y Convenios 20:40.
12. Hechos 20:7.
13. Hechos 2:42.
14. Véase 3 Nefi 9:19–20; 18:1–11; 20:3–9; 26:13.
15. 3 Nefi 18:6.
16. 3 Nefi 18:7.
17. Véase Doctrina y Convenios 20:75; 27:2; 59:9–12.
18. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph Fielding Smith*, 2013, pág. 102. "A mi juicio, la reunión sacramental es la más sagrada [y] la más santa de todas las reuniones de la Iglesia" (*Enseñanzas: Joseph Fielding Smith*, pág. 101).
19. Véase Alma 7:11.
20. Véase Lucas 22:44; Mosíah 3:7; Doctrina y Convenios 19:18.
21. Véase Salmos 22:16; Juan 19:33–34; 20:25–27; 3 Nefi 11:14; Doctrina y Convenios 6:37; James E. Talmage, *Jesús el Cristo*, 1975, pág. 350.
22. Véase Mateo 28:6; Lucas 24:6, 39; Juan 20:20; Doctrina y Convenios 76:22–24.
23. Véase Juan 6:51–59; Alma 11:42–44; 40:23; 3 Nefi 27:13–15.
24. Véase Lucas 22:44; Mosíah 3:7; Doctrina y Convenios 19:18.
25. Véase Isaías 53:5; Mateo 26:67; 27:26, 29–30; Marcos 14:65; 15:15, 19; Lucas 22:63–65; Juan 19:1; Mosíah 15:5.
26. Véase Mateo 27:35; Marcos 15:15; Lucas 23:33; Juan 19:16, 33–34.
27. Doctrina y Convenios 19:15.
28. Véase Alma 11:42–45; 3 Nefi 27:13–15.
29. Véase Moisés 6:55.
30. Véase Mateo 5:27–28; 12:36; Santiago 3:1–13; Mosíah 4:29–30; Alma 12:14.
31. Moisés 6:57; véase también 1 Corintios 6:9; Efesios 5:5; 1 Nefi 10:21; 15:33–34; Alma 7:21; 11:37; 40:26; 3 Nefi 27:19; Doctrina y Convenios 1:31–32.
32. Alma 36:15; véase también el versículo 14; Apocalipsis 6:15–17; Alma 12:14.
33. 3 Nefi 27:19–20.
34. Véase 2 Nefi 31:2–21; 3 Nefi 11:31–41; 27:13–22; Doctrina y Convenios 76:40–42, 50–54, 69–70.
35. Véase 3 Nefi 27:19; véase también Apocalipsis 1:5–6; Alma 7:14–15; Alma 5:21; 13:11–12; Éter 13:10–11; Moisés 6:59–60.
36. Doctrina y Convenios 20:77; Moroni 4:3.
37. Véase Dallin H. Oaks, *His Holy Name*, 1998; Dallin H. Oaks, "Taking upon Us the Name of Jesus Christ", *Ensign*, mayo de 1985, págs. 80–83.
38. Doctrina y Convenios 20:77, 79; Moroni 4:3; 5:2.
39. Véase Romanos 15:16; 1 Corintios 6:11; 2 Nefi 31:17; Alma 5:54; 13:12; 3 Nefi 27:20; Moroni 6:4.
40. Véase Doctrina y Convenios 93:6–20.
41. Véase Doctrina y Convenios 84:22.



Por el presidente Thomas S. Monson

Examina la senda de tus pies

Al mirar a Jesús como nuestro Ejemplo y al seguir Sus pasos, podemos regresar con seguridad a nuestro Padre Celestial.

Mis queridos hermanos y hermanas, me siento humilde al estar ante ustedes esta mañana. Pido su fe y sus oraciones mientras comparto con ustedes mi mensaje.

Todos iniciamos un viaje maravilloso y esencial cuando partimos del mundo de los espíritus y entramos en esta etapa, a veces difícil, llamada la vida mortal. Los propósitos primordiales de nuestra existencia en la Tierra son obtener un cuerpo de carne y huesos, ganar experiencia que sólo se adquiere al estar separados de nuestros padres celestiales y ver si obedeceremos los mandamientos. En el libro de Abraham, capítulo 3 leemos: "...y con esto los probaremos, para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare"¹.

Cuando vinimos a la Tierra, llegamos con ese gran don de Dios que es el albedrío. En infinidad de formas tenemos el privilegio de escoger por nosotros mismos. Aquí aprendemos del estricto capataz de la experiencia; discernimos entre el bien y el mal; distinguimos lo amargo de lo dulce; aprendemos que las decisiones que tomamos determinan nuestro destino.

Estoy seguro de que al dejar a nuestro Padre teníamos el deseo intenso de regresar a Su lado para obtener la exaltación que Él planeó para nosotros y que nosotros tanto queríamos. Aunque tenemos que hallar y seguir la senda que nos lleve de regreso a nuestro Padre Celestial, Él no nos dejó sin guía ni dirección, sino que nos ha dado las herramientas necesarias, y nos asistirá conforme procuremos Su ayuda y nos esforcemos al máximo por perseverar hasta el fin y obtener la vida eterna.

Para ayudar a guiarnos contamos con las palabras de Dios y de Su Hijo en las Santas Escrituras; tenemos el consejo y las enseñanzas de los profetas de Dios. De suprema importancia es que se nos ha brindado un ejemplo perfecto para seguir, el de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y se nos ha instruido que sigamos ese ejemplo. El Salvador mismo dijo: "...ven, sígueme"². "...las obras que me habéis visto hacer, éstas también las haréis"³. Él planteó la pregunta: "...¿qué clase de hombres habéis de ser?", y luego contestó: "...En verdad os digo, aun como yo soy"⁴. Él marcó la senda y nos guio⁵.

Al considerar a Jesús como nuestro Ejemplo y al seguir Sus pasos, podremos regresar a salvo a nuestro Padre Celestial para vivir con Él para siempre. Dijo el profeta Nefi: "...a menos que el hombre persevere hasta el fin, siguiendo el ejemplo del Hijo del Dios viviente, no puede ser salvo"⁶.

Cierta mujer, cada vez que relataba las experiencias que había tenido al visitar la Tierra Santa, exclamaba: "¡Caminé por donde caminó Jesús!".

Había estado en los lugares donde Jesús vivió y enseñó. Quizás se haya detenido en una piedra donde Él había estado o mirado cerros que Él había contemplado. Las experiencias, por sí mismas, eran emocionantes para ella; pero el haber caminado físicamente por *donde* caminó Jesús es menos importante que caminar *como* Él caminó. El emular Sus hechos y seguir Su ejemplo es mucho más importante que tratar de caminar por lo que queda de las sendas que Él recorrió en la vida mortal.

Cuando Jesús invitó al gobernante rico: "...ven, sígueme"⁷, Su intención no era sólo que el hombre rico lo siguiera por los cerros y los valles de la campiña.

No es necesario que caminemos por la orilla del mar de Galilea ni entre los cerros de Judea para caminar por donde Jesús caminó. Todos podemos andar por la senda que Él transitó cuando, con las palabras de Él resonando en nuestros oídos, nuestro corazón lleno de Su Espíritu y Sus enseñanzas como guía, escojamos seguirle en nuestra trayectoria por la vida mortal. Su ejemplo ilumina el camino. Dijo Él: "...Yo soy el camino, y la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí"⁸.

Al examinar la senda que Jesús recorrió, veremos que Él pasó por muchos de los mismos desafíos que nosotros afrontaremos en la vida.



Por ejemplo, Jesús recorrió la senda de la desilusión. Aunque tuvo muchas desilusiones, una de las más emotivas se ilustró en Su lamento sobre Jerusalén al finalizar Su ministerio público. Los hijos de Israel habían rechazado la seguridad del ala protectora que Él les había ofrecido. Al mirar la ciudad que pronto quedaría abandonada a la destrucción, lo embargaron emociones de profunda tristeza. Con angustia clamó: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!”⁹.

Jesús recorrió la senda de la tentación. Lucifer, el inicuo, reuniendo su máxima fuerza y su sofistería más seductora, tentó al que había ayudado por 40 días y 40 noches. Jesús no sucumbió, sino que resistió cada tentación. Al final, sus palabras fueron: “Vete, Satanás”¹⁰.

Jesús recorrió la senda del dolor. Piensen en Getsemaní, en donde estuvo “...en agonía... y era su sudor

como grandes gotas de sangre que caían a tierra”¹¹; y nadie puede olvidar Su sufrimiento en la cruel cruz.

Cada uno de nosotros recorre la senda de la desilusión, tal vez por una oportunidad perdida, un poder mal usado, las decisiones de un ser querido o las nuestras. También será nuestra la senda de la tentación. Leemos en la sección 29 de Doctrina y Convenios: “Y es menester que el diablo tienta a los hijos de los hombres, de otra manera éstos no podrían ser sus propios agentes”¹².

De igual forma, recorreremos la senda del dolor. En calidad de siervos, no podemos esperar menos de lo que sufrió el Maestro, que partió de la vida mortal sólo después de gran dolor y sufrimiento.

Aunque encontraremos amargo pesar en nuestra senda, también podemos hallar gran felicidad.

Podemos, junto con Jesús, recorrer la senda de la obediencia. No siempre será fácil, pero dejemos que nuestro lema sea el legado que nos dejó Samuel: “...Ciertamente el obedecer es

mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros”¹³. Recordemos que el resultado final de la desobediencia es la cautividad y la muerte, mientras que la recompensa a la obediencia es la libertad y la vida eterna.

Como Jesús, podemos recorrer la senda del servicio. La vida de Jesús al ministrar entre los hombres es una brillante luz de bondad. Hizo caminar al cojo, dio vista al ciego y oído al sordo.

Jesús recorrió la senda de la oración. Nos enseñó a orar al darnos la hermosa oración que conocemos como el Padrenuestro; y ¿quién puede olvidar Su oración en Getsemaní: “...no se haga mi voluntad, sino la tuya”¹⁴?

Tenemos a nuestro alcance otras instrucciones que nos dio el Salvador en las Santas Escrituras. En el Sermón del Monte, nos dice que seamos misericordiosos, humildes, rectos, puros de corazón, pacificadores. Nos instruye que defendamos valientemente nuestras creencias, aun cuando nos ridiculicen y nos persigan. Nos pide que dejemos brillar nuestra luz para



Eran de apariencia común y corriente, hablaban el inglés con dificultad y era difícil entenderles. Su hogar era humilde. No tenían automóvil ni televisión, ni hacían ninguna de las cosas a las que el mundo usualmente presta atención. Sin embargo, los fieles los visitaban a menudo para participar del espíritu que había allí. Su hogar era un cielo en la tierra, y el espíritu que irradiaban era de pura paz y bondad.

Nosotros también podemos tener ese espíritu y compartirlo con el mundo al recorrer la senda de nuestro Salvador y seguir Su ejemplo perfecto.

En Proverbios leemos la amonestación: “Examina la senda de tus pies”¹⁹. Conforme lo hagamos, tendremos la fe, incluso el deseo, de seguir la senda que Jesús recorrió. No dudaremos que estamos en la senda que nuestro Padre desea que recorramos. El ejemplo del Salvador brinda un marco para todo lo que hacemos y Sus palabras proporcionan una guía confiable. Su senda nos llevará seguros a casa. Que esta bendición sea nuestra, lo ruego; en el nombre de Jesucristo, a quien amo, a quien sirvo y de quien testifico. Amén. ■

NOTAS

1. Abraham 3:25.
2. Lucas 18:22.
3. 3 Nefi 27:21.
4. 3 Nefi 27:27.
5. Eliza R. Snow, “Jesús, en la corte celestial”, *Himnos*, N° 116.
6. 2 Nefi 31:16.
7. Lucas 18:22.
8. Juan 14:6.
9. Lucas 13:34.
10. Mateo 4:10.
11. Lucas 22:44.
12. Doctrina y Convenios 29:39.
13. 1 Samuel 15:22.
14. Lucas 22:42.
15. Véase Mateo 5; 6.
16. Véase Lucas 10:30–37.
17. Véase Mateo 25:14–30.
18. Véase Lucas 15:4–7.
19. Proverbios 4:26.

que otros la vean y deseen glorificar a nuestro Padre Celestial. Nos enseña a ser moralmente limpios en pensamiento y en hechos. Nos dice que es mucho más importante hacer tesoros en el cielo que en la Tierra¹⁵.

Mediante Sus parábolas enseñó con poder y autoridad. En el relato del buen samaritano, nos enseña a amar y a servir a nuestros semejantes¹⁶. En Su parábola de los talentos, nos enseña a mejorar y a luchar por la perfección¹⁷. En la parábola de la oveja perdida, nos instruye que rescatemos a los que han dejado la senda y se han desviado del camino¹⁸.

Cuando nos esforzamos por colocar a Cristo en el centro de nuestra vida al aprender Sus palabras, seguir Sus enseñanzas y recorrer Su senda, Él ha prometido compartir con nosotros la vida eterna, por la cual dio su vida. No hay mayor propósito que éste: escoger aceptar Su disciplina, llegar a ser Sus

discípulos y hacer Su obra a lo largo de nuestra vida. Ninguna otra cosa, ninguna otra elección, podrá transformarnos en lo que Él nos puede convertir.

Al pensar en los que verdaderamente han tratado de seguir el ejemplo del Salvador y han recorrido Su senda, me vienen a la mente los nombres de Gustav y Margarete Wacker, dos de las personas más cristianas que jamás haya conocido. Oriundos de Alemania, habían inmigrado al este de Canadá. Los conocí cuando serví allí como presidente de misión. El hermano Wacker se ganaba la vida como peluquero. Aunque tenían escasos recursos, compartían todo lo que tenían. No tuvieron la bendición de tener hijos, pero amaron a todos los que entraban en su hogar. Hombres y mujeres de conocimiento y sofisticación buscaban a esos humildes siervos iletrados de Dios y se consideraban afortunados de pasar una hora en su presencia.



Por el élder M. Russell Ballard
Del Quórum de los Doce Apóstoles

¡Permanezcan en el bote y sujétense!

Si nos mantenemos centrados en el Señor, se nos promete una bendición incomparable.

Hace poco, un amigo mío llevó a su hijo en un viaje por el río Colorado que atraviesa el cañón de la Catarata, ubicado en el sureste de Utah. El cañón es famoso por los 23 km de rápidos que pueden ser particularmente peligrosos.

Al prepararse para esa aventura, habían consultado minuciosamente el sitio web del Servicio de Parques Nacionales, el cual contiene información importante sobre la preparación personal y los peligros comunes y ocultos.

Al inicio del viaje, un experto guía explicó las importantes instrucciones de seguridad, haciendo hincapié en tres reglas que asegurarían el viaje a salvo del grupo a través de los rápidos. “Regla número uno: ¡permanezcan en el bote! Regla número dos: ¡siempre lleven puesto un chaleco salvavidas! Regla número tres: ¡siempre sujétense con ambas manos!”. Después volvió a repetir, incluso con mayor énfasis: “Sobre todo, recuerden la regla número uno: ¡permanezcan en el bote!”.

Esta aventura me recuerda nuestro trayecto terrenal. La mayoría de nosotros pasamos por períodos donde

apreciamos las aguas tranquilas de la vida. Otras veces, encontramos rápidos que, en sentido figurado, se comparan a los que se encuentran en ese tramo de 23 km por el cañón de la Catarata; desafíos que quizás incluyan problemas de salud física y mental, la muerte de un ser querido, sueños y esperanzas destruidos y, para algunos, incluso una crisis de fe al afrontar los problemas, interrogantes y dudas de la vida.

En Su bondad, el Señor ha proporcionado ayuda, incluso un bote, abastecimientos esenciales como un chaleco salvavidas, y guías expertos que brindan orientación e instrucciones de seguridad para ayudarnos a avanzar por el río de la vida a nuestro destino final.

Consideremos la regla número uno: ¡Permanezcan en el bote!

El presidente Brigham Young solía emplear “el Barco Seguro de Sión” como metáfora para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

En una ocasión, él dijo: “Nos encontramos en altamar. Llega una tormenta y los marineros comentan que a la nave le cuesta navegar. ‘Yo





no me quedo aquí', dice uno; 'no creo que éste sea el "Barco de Sión"'. 'Pero estamos en medio del océano', [dice otro]. 'No me importa; no me quedaré aquí'. Sacándose el abrigo, se echa al agua. ¿Acaso no se ahogaría? Sí. Y así es con los que abandonan esta Iglesia. Éste es el 'Barco Seguro de Sión'. Permanezcamos en él'¹.

En otra ocasión, el presidente Young dijo que también le preocupaba que la gente se apartara del camino cuando estaban recibiendo bendiciones, cuando todo iba bien en la vida: "Es en el tiempo tranquilo, cuando el barco seguro de Sión navega con la brisa apacible, y cuando todo está quieto en la cubierta, que algunos de los hermanos quieren salir en los botes pequeños para... nadar; y algunos se ahogan, otros van a la deriva, y otros vuelven al barco. Permanezcamos en el barco seguro que nos llevará a salvo al puerto. No tienen de qué preocuparse"².

Por último, el presidente Young recordó a los santos: "Nos encontramos en el barco seguro de Sión... [Dios] está a la cabeza, y permanecerá allí... Todo está bien. Cantemos aleluya, porque el Señor está aquí. Él dicta, guía y dirige. Si la gente tiene una confianza certera en su Dios, si nunca abandonan sus convenios ni a su Dios, Él nos guiará correctamente"³.

Dados los desafíos a los que todos

nos enfrentamos hoy día, ¿cómo permanecemos en el Barco Seguro de Sión?

¡De esta manera!: Tenemos que aumentar nuestra fe en Jesucristo y nuestra fidelidad a Su Evangelio a lo largo de nuestra vida para experimentar una conversión constante, no sólo una vez, sino con regularidad. Alma preguntó: "Y ahora os digo, [hermanas y] hermanos míos, si habéis experimentado un cambio en el corazón, y si habéis sentido el deseo de cantar la canción del amor que redime, quisiera preguntaros: ¿Podéis sentir esto ahora?"⁴.

Los expertos guías del río en la actualidad se pueden comparar con los apóstoles y profetas, y con los inspirados líderes locales del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares. Ellos nos ayudan a llegar a salvo a nuestro destino final.

Recientemente hablé en un seminario para nuevos presidentes de misión y aconsejé a esos líderes:

"Mantengan la misión centrada en los líderes de la Iglesia... Nosotros no los llevaremos por mal camino... ni podemos hacerlo.

"A medida que enseñen a sus misioneros a centrar su atención en nosotros, enséñenles que nunca sigan a aquellos que piensen que saben más sobre la manera de administrar los asuntos de la Iglesia que... nuestro Padre Celestial y el Señor Jesucristo. Ellos saben y lo hacen mediante los

líderes del sacerdocio que tienen las llaves para presidir.

"En mi ministerio he descubierto que aquellos que se han perdido o confundido por lo general son aquellos que con más frecuencia han... olvidado que cuando la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce hablan con una voz unida, es la voz del Señor para ese momento. El Señor nos recuerda: '...sea por mi propia voz o por la voz de mis siervos, es lo mismo [D. y C. 1:38]'⁵.

En otras palabras, abandonan el Barco Seguro de Sión, se alejan del camino, apostatan. Trágicamente, suelen sufrir consecuencias inesperadas a corto plazo, y más tarde a largo plazo, no sólo para sí mismos, sino también para sus familias.

Nuestros líderes locales de la Iglesia, al igual que los guías expertos de los ríos, han aprendido de las experiencias de la vida; han recibido capacitación y enseñanza de apóstoles, profetas y otros oficiales de la Iglesia; y, sobre todo, han recibido instrucción del Señor mismo.

En otra ocasión este año, les hablé a los jóvenes adultos de la Iglesia en la transmisión del devocional del SEI de mayo; les dije:

"He oído a la gente decir que los líderes de la Iglesia viven en una 'burbuja'. Se olvidan de que somos hombres y mujeres de experiencia y que hemos vivido en muchos lugares y trabajado con personas de diferentes procedencias. Nuestras asignaciones actuales nos llevan a todo el mundo, donde conocemos a los líderes políticos, religiosos, de negocios y humanitarios de todos los lugares. Aunque hemos visitado [a líderes en] la Casa Blanca en Washington, D.C. y a los líderes de las naciones [y religiones], también hemos visitado [a las familias y a las personas] más humildes de la tierra...

“Si consideran nuestra vida y ministerio, seguramente estarán de acuerdo en que vemos y experimentamos el mundo como pocos lo hacen; se darán cuenta de que vivimos menos en una ‘burbuja’ que la mayoría de las personas...

“No obstante, la sabiduría personal y combinada de [los líderes de la Iglesia] debería brindarles cierta confianza. Hemos pasado por todo, incluso las consecuencias de diferentes leyes y normas públicas, así como desilusiones, tragedias y muerte en nuestra propia familia. Entendemos por lo que ustedes están pasando”⁶.

Juntamente con la regla número uno, como la he aplicado, recuerden las reglas dos y tres: siempre lleven puesto un chaleco salvavidas, y sujétense con ambas manos. Las palabras del Señor se encuentran en las Escrituras, y en las enseñanzas de los apóstoles y profetas. Ellas nos proporcionan consejo y dirección que, si se siguen, harán las veces de un chaleco salvavidas espiritual y nos ayudarán a saber cómo sujetarnos con ambas manos.

Debemos llegar a ser como los hijos de Mosíah, quienes “se habían fortalecido en el conocimiento de la verdad”. Podemos llegar a ser hombres y mujeres “de sano entendimiento”. Esto sólo se puede lograr si “[escudriñamos] diligentemente las Escrituras para [que conozcamos] la palabra de Dios”⁷.

Al escudriñar las Escrituras y las palabras de los apóstoles y profetas, pasados y actuales, debemos concentrarnos en estudiar, vivir y amar la doctrina de Cristo.

Además de cultivar el hábito de la lectura personal de las Escrituras, debemos ser como los hijos de Mosíah y dedicarnos “a mucha oración y ayuno”⁸.

Perecería que estas cosas que no se pueden medir fácilmente son de gran

importancia. Mantengan su atención en estas cosas sencillas, y eviten distraerse.

Debido a que he conocido a personas que no han permanecido en el bote y no se han sujetado con ambas manos durante tiempos de pruebas y dificultades, o que no han permanecido en el bote durante tiempos de relativa calma, he observado que muchos de ellos han dejado de centrarse en las verdades básicas del Evangelio: las razones por las que se unieron a la Iglesia en primer lugar; las razones por las que permanecieron totalmente comprometidos y activos en vivir las normas del Evangelio y bendijeron a los demás mediante el servicio dedicado y consagrado; y el modo en que la Iglesia ha sido “un lugar de alimento y progreso espiritual”⁹.

José Smith enseñó esta verdad básica: “Los principios fundamentales de nuestra religión son el testimonio de los apóstoles y de los profetas concernientes a Jesucristo: que murió, fue sepultado, se levantó al tercer día y ascendió a los cielos; y todas las otras cosas que pertenecen a nuestra religión son únicamente apéndices de eso”¹⁰.



Si nos mantenemos centrados en el Señor, se nos promete una bendición incomparable: “Por tanto, debéis seguir adelante con firmeza en Cristo, teniendo un fulgor perfecto de esperanza y amor por Dios y por todos los hombres. Por tanto, si marcháis adelante, deleitándoos en la palabra de Cristo, y perseveráis hasta el fin, he aquí, así dice el Padre: Tendréis la vida eterna”¹¹.

Algunas veces, los fieles Santos de los Últimos Días e investigadores sinceros empiezan a concentrarse en los “apéndices” en vez de los principios fundamentales; o sea, que Satanás nos tienta para que nos distraigamos del mensaje claro y sencillo del Evangelio restaurado. Quienes se distraen muchas veces dejan de participar de la Santa Cena porque se concentran en prácticas o enseñanzas de menor importancia, e incluso se preocupan por ellas.

Otros quizás se centren en las preguntas y dudas que tengan. Naturalmente, el tener preguntas y dudas no es incongruente con el discipulado dedicado. Hace poco, el Consejo de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles declararon: “Comprendemos que de vez en cuando los miembros de la Iglesia tendrán preguntas acerca de la doctrina, la historia o las prácticas de la Iglesia. Los miembros siempre son libres de hacer tales preguntas y procurar sinceramente mayor entendimiento”¹².

Recuerden que el mismo José Smith tuvo preguntas que dieron inicio a la Restauración. Él procuraba el conocimiento y, al igual que Abraham, encontró las respuestas a los interrogantes más importantes de la vida.

Las preguntas importantes se centran en lo que más importa: el plan del Padre Celestial y la expiación del Salvador. Nuestra búsqueda debe convertirse en discípulos amables, bondadosos, amorosos, tolerantes,

pacientes y dedicados. Como Pablo enseñó, debemos estar dispuestos a "...[sobrellevar] los unos las cargas de los otros, y [cumplir] así la ley de Cristo" ¹³.

Sobrellevar las cargas los unos de los otros incluye ayudar, apoyar y comprender a todos, incluso al enfermo, al débil, al pobre de espíritu y cuerpo, al que duda y al afligido, así como a otros miembros discípulos, entre ellos los líderes de la Iglesia que han sido llamados por el Señor para prestar servicio por un tiempo.

Hermanos y hermanas, permanezcan en el bote, usen sus chalecos salvavidas y sujétense con ambas manos. ¡Eviten las distracciones! Y si alguno de ustedes ha caído por la borda, nosotros los buscaremos, los hallaremos, les ministraremos y los volveremos al Barco Seguro de Sión, donde Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo están a la cabeza y nos dirigirán acertadamente; de lo cual testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young*, 1997, pág. 90.
2. Brigham Young, "Discourse", *Deseret News*, 27 de enero de 1858, pág. 373.
3. Brigham Young, "Remarks", *Deseret News*, 18 de noviembre de 1857, pág. 291.
4. Alma 5:26.
5. Véase de M. Russell Ballard, "Liderazgo en la misión" (discurso dado en el seminario para nuevos presidentes de misión, 25 de junio de 2014), pág. 8.
6. Véase de M. Russell Ballard, "Quedaos tranquilos, y sabed que yo soy Dios" (Devocional del Sistema Educativo de la Iglesia, 4 de mayo de 2014); lds.org/broadcasts.
7. Alma 17:2.
8. Alma 17:3.
9. Véase Carta de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce, 28 de junio de 2014.
10. Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith, págs. 51–52.
11. 2 Nefi 31:20.
12. Véase Carta de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce, 28 de junio de 2014.
13. Gálatas 6:2.



Por el élder Richard G. Scott
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Haz del ejercicio de tu fe tu mayor prioridad

A pesar de todos los problemas que tengamos, debemos dedicar tiempo a ejercer activamente nuestra fe.

Cuando Adán y Eva se encontraban en el Jardín de Edén, tenían en abundancia todo lo que necesitaban para su sustento diario. No tenían dificultades, problemas ni dolor. Como nunca habían pasado por tiempos difíciles, no sabían que podían ser felices; nunca habían sufrido tribulaciones, así que no podían sentir paz.

Con el tiempo, Adán y Eva transgredieron el mandamiento de no comer del fruto del árbol del bien y del mal. Al hacerlo, no estaban más en un estado de inocencia y empezaron a experimentar los principios de la oposición. Enfermaron, se deterioró su salud y comenzaron a sentir tanto tristeza como felicidad.

Al comer del fruto prohibido, Adán y Eva supieron que en el mundo existía el bien y el mal. Su decisión hizo posible que cada uno de nosotros viniera a esta tierra para ser probado¹. Se nos bendijo con el albedrío, que es la capacidad de tomar decisiones y llegar a ser responsables de ellas. La Caída hizo posible que sintiéramos tanto felicidad como tristeza en la vida. Al sufrir tribulaciones, nos es posible comprender la paz².

Nuestro Padre Celestial sabía que eso sucedería; es parte de Su perfecto plan de felicidad. Él preparó la manera, mediante la vida de Su perfectamente obediente Hijo Jesucristo, nuestro Salvador, para que mediante Su expiación venciéramos cualquier dificultad que tuviéramos en la vida terrenal.

Vivimos en tiempos difíciles. No necesito enumerar todas las fuerzas del mal en el mundo; no es necesario describir todos los posibles problemas y aflicciones que son parte de la vida terrenal. Cada uno de nosotros es consciente de sus propias luchas contra la tentación, el dolor y la tristeza.

En la vida premortal se nos enseñó que el propósito de venir aquí era para ser probados y tener oportunidad de crecer³. Sabíamos que afrontaríamos las maldades del adversario. A veces percibimos más las cosas negativas de la vida terrenal que las positivas. El profeta Lehi enseñó: "porque es preciso que haya una oposición en todas las cosas"⁴. A pesar de todos los problemas que tengamos, debemos dedicar tiempo a ejercer activamente nuestra fe. Ello traerá a nuestra vida el poder positivo y lleno de fe de la expiación de Jesucristo.

Nuestro Padre Celestial nos ha dado las herramientas para ayudarnos a venir a Cristo y ejercer fe en Su expiación. Cuando esas herramientas se convierten en costumbres básicas, proporcionan la manera más fácil de encontrar paz en medio de las dificultades de la vida terrenal. Hoy quisiera analizar cuatro de esas herramientas. Mientras hablo, podrías evaluar la manera en que usas cada una de ellas; después, busca la guía del Señor para determinar cómo podrías utilizarlas mejor.

La oración

La primera herramienta es la oración. Habla seguido con tu Padre Celestial; dedica tiempo cada día para compartir con Él tus pensamientos y tus sentimientos; dile todo lo que te preocupa. Él se interesa tanto por los aspectos más importantes como por los más cotidianos de la vida. Comparte con Él todos tus sentimientos y experiencias.

Debido a que respeta tu albedrío, el Padre Celestial nunca te forzará a que ores; pero, al ejercer ese albedrío e incluirlo en cada aspecto de tu vida diaria, tu corazón comenzará a llenarse con una paz optimista. Esa paz traerá una luz eterna a tus tribulaciones y te ayudará a resolverlas desde una perspectiva eterna.

Padres, ayuden a proteger a sus hijos armándolos con el poder de la oración familiar por la mañana y por la noche. Los niños son bombardeados cada día con los males de la lujuria, la codicia, el orgullo y una gran cantidad de otros comportamientos pecaminosos. Protejan a sus hijos de la influencia mundana al fortalecerlos con las poderosas bendiciones que se reciben de la oración familiar. Ésa debe ser una prioridad no negociable en tu vida diaria.



El estudio de las Escrituras

La segunda herramienta es estudiar la palabra de Dios en las Escrituras y la que proviene de los profetas vivientes. Hablamos con Dios mediante la oración y, la mayoría de las veces, Él se comunica con nosotros mediante Su palabra escrita. Para saber cómo suena la voz Divina y sentirla, lee Sus palabras, estudia las Escrituras y medítalas⁵. Haz que sean una parte integral de tu vida diaria. Si deseas que tus hijos reconozcan, comprendan y obedezcan los susurros del Espíritu, debes estudiar las Escrituras con ellos.

No cedas ante la mentira de Satanás de que no tienes tiempo de estudiar las Escrituras. Elige un momento para estudiarlas. Deleitarse en la palabra de Dios cada día es más importante que dormir, que los estudios, el trabajo, la televisión, los videojuegos y las redes sociales. Quizás tengas que reordenar tus prioridades con el fin de tener tiempo para estudiar la palabra de Dios. Si es así, ¡hazlo!

Hay muchas promesas proféticas de bendiciones relacionadas con el estudio diario de las Escrituras⁶.

Añado mi voz a esa promesa: Si dedicas tiempo todos los días, en forma personal y con tu familia, al estudio

de la palabra de Dios, la paz prevalecerá en tu vida. Esa paz no vendrá del mundo exterior. La paz vendrá de tu hogar, de tu familia, de tu propio corazón. Será un don del Espíritu que irradiará de ti e influirá en la gente que te rodea. Estarás haciendo algo muy significativo para aumentar la paz en el mundo.

No digo que dejarás de tener problemas. Recuerda que cuando Adán y Eva se encontraban en el huerto, no tenían problemas, pero tampoco podían sentir felicidad, ni gozo ni paz⁷. Los problemas son una parte importante de la vida terrenal. Mediante el estudio constante y diario de las Escrituras, encontrarás paz a pesar de la confusión que te rodee y la fuerza necesaria para resistir las tentaciones. Lograrás tener una fe firme en la gracia de Dios y sabrás que mediante la Expiación de Jesucristo todo resultará bien, en el debido tiempo de Dios.

La noche de hogar

Al empeñarte por fortalecer a tu familia y cultivar la paz, recuerda la tercera herramienta: la noche de hogar semanal. Ten cuidado de no hacer que la noche de hogar sea una ocurrencia tardía de un día ocupado.

Toma la decisión de que los lunes por la tarde tu familia estará en casa, toda junta. No permitas que las exigencias del trabajo, el deporte, las actividades extracurriculares, los deberes de la escuela ni ninguna otra cosa, sean más importantes que ese tiempo que pasan juntos como familia.

La forma de llevar a cabo la noche de hogar no es tan importante como el tiempo invertido. El Evangelio debe enseñarse tanto formal como informalmente. Haz que sea una experiencia significativa para cada miembro de la familia. La noche de hogar es un tiempo preciado para dar testimonio en un ambiente seguro; para aprender a enseñar, planificar y organizar; para fortalecer los lazos familiares; para establecer tradiciones; para hablar los unos con los otros y, lo más importante: ¡divertirse!

En la pasada conferencia general de abril, la hermana Linda S. Reeves declaró firmemente: "...debo testificar de las bendiciones que se reciben mediante el estudio de las Escrituras y la oración diarios, y... la noche de hogar cada semana. Éstas son las prácticas que ayudan a quitar el estrés, dan

dirección a nuestra vida y añadirán protección a nuestro hogar"⁸. La hermana Reeves es una mujer muy sabia. Te insto enfáticamente a que adquieras tu propio testimonio de esos tres hábitos cruciales.

La asistencia al templo

La cuarta herramienta es ir al templo. Todos sabemos que no hay un lugar de más paz sobre la tierra que los templos de Dios. Si no tienes una recomendación para el templo, esfuérzate por merecer una y, cuando la tengas, utilízala a menudo⁹. Establece un tiempo para ir regularmente al templo y no permitas que nadie ni nada te impida estar ahí.

Cuando estés en el templo, escucha las palabras de las ordenanzas, ora y medita acerca de ellas y procura comprender su significado. El templo es uno de los mejores lugares para llegar a comprender el poder de la expiación de Jesucristo. *Búscalo* ahí. Recuerda que se reciben muchas más bendiciones al llevar al templo los nombres de tus propios familiares.

Estas cuatro herramientas son costumbres básicas para afirmar tu vida en

el poder de la expiación de Jesucristo. Recuerda que nuestro Salvador ese el Príncipe de Paz. La paz en esta vida terrenal proviene de Su sacrificio expiatorio. Cuando oramos por la mañana y por la noche en forma constante, estudiamos las Escrituras diariamente, tenemos la noche de hogar todas las semanas y asistimos al templo regularmente, estamos respondiendo activamente a Su invitación de "venid a Mí". Cuanto más desarrollamos esos hábitos, más ansioso estará Satanás por hacernos daño, pero menor será su capacidad de hacerlo. Mediante el uso de esas herramientas, ejercemos nuestro albedrío de aceptar los dones completos de Su sacrificio expiatorio.

No sugiero que todos los problemas de la vida van a desaparecer si lo haces. Venimos a esta vida terrenal precisamente para progresar por medio de las dificultades y las pruebas. Los problemas nos ayudan a llegar a ser más como nuestro Padre Celestial y la expiación de Jesucristo hace posible que los soportemos¹⁰. Testifico que al venir a Él activamente, podemos soportar toda tentación, todo dolor, toda dificultad que afrontemos; en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase Moisés 5:11.
2. Véase Moisés 4-5.
3. Véase Abraham 3:25.
4. 2 Nefi 2:11.
5. Véase Doctrina y Convenios 18:36; véanse también los versículos 34-35.
6. Algunos ejemplos incluyen:

El presidente Thomas S. Monson dijo: "Al leer y escudriñar las Escrituras, sentiremos los dulces susurros del Espíritu dirigidos a nuestra alma; podemos encontrar respuesta a nuestras preguntas; aprendemos en cuanto a las bendiciones que se reciben al guardar los mandamientos de Dios; obtenemos un testimonio seguro de nuestro Padre Celestial y de nuestro Salvador Jesucristo, y de Su amor por nosotros. Si combinamos el estudio de las Escrituras con la oración, podemos saber con certeza que el evangelio de Jesucristo es verdadero... Si tenemos presente la



Cuauhtémoc, México



oración y si tomamos el tiempo para acudir a las Escrituras, nuestra vida será infinitamente más bendecida y nuestras cargas se harán más ligeras” (“Nunca caminamos solos”, *Liahona*, noviembre de 2013, pág. 122).

Presidente Gordon B. Hinckley: “Sin reservas les prometo que, si cada uno de ustedes sigue ese sencillo programa, sin tener en cuenta cuántas veces hayan leído antes el Libro de Mormón, recibirán personalmente y en su hogar una porción mayor del Espíritu del Señor, se fortalecerá su resolución de obedecer los mandamientos de Dios y tendrán un testimonio más fuerte de la realidad viviente del Hijo de Dios” (“Un testimonio vibrante y verdadero”, *Liahona*, agosto de 2005, pág. 6).

El presidente Howard W. Hunter dijo: “Las familias reciben grandes bendiciones cuando los padres, con gran sabiduría, juntan a sus hijos para leer en familia las bellas historias de las Escrituras y luego, de acuerdo con el entendimiento de cada uno, comentan las enseñanzas encerradas en ellas. Los jóvenes y los niños tienen a menudo una manera única de discernir y apreciar la literatura básica de la religión” (“El estudio de las Escrituras”, *Liahona*, enero de 1980, pág. 97).

El presidente Ezra Taft Benson dijo: “A menudo, hacemos grandes esfuerzos tratando de aumentar los niveles de actividad en nuestras estacas; trabajamos diligentemente por aumentar la asistencia a las reuniones sacramentales; tratamos de obtener un mejor porcentaje de nuestros jóvenes que van a la misión; luchamos por mejorar la cantidad de casamientos en el templo. Todos éstos son esfuerzos valiosos e importantes para el crecimiento del reino, pero cuando los miembros en forma individual y como familias se compenetran en la lectura de las Escrituras en forma regular y constante, esos otros resultados llegarán en forma automática.

Los testimonios aumentarán, la dedicación se fortalecerá, las familias progresarán, la revelación personal abundará” (“El poder de la palabra”, *Liahona*, julio de 1986, págs. 73–74).

El presidente Spencer W. Kimball declaró: “Me doy cuenta de que cuando tomo a la ligera mi relación con la divinidad y cuando me parece que no hay oído divino que me escuche ni voz divina que me hable, es porque yo estoy lejos, muy lejos. Si me sumerjo en las Escrituras, la distancia se acorta y vuelve la espiritualidad; amo más intensamente a aquellos a quienes debo amar con todo mi corazón, alma, mente y fuerza, y al amarlos más, me es más fácil seguir sus consejos” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Spencer W. Kimball*, 2006, pág. 75).

El presidente Marion G. Romney dijo: “Estoy seguro de que si los padres leen el Libro de Mormón en forma regular y con oración, solos y con sus hijos, el gran espíritu de este libro penetrará en sus hogares y morará con ellos; el espíritu de reverencia aumentará y el respeto y la consideración mutuos serán aún mayores, desvaneciéndose el ánimo de contención; los padres aconsejarán a sus hijos con más amor y sabiduría, y los hijos serán más sumisos al consejo de sus padres; la justicia aumentará; la fe, la esperanza y la caridad, que constituyen el amor puro de Cristo, engalánarán su hogar y su vida, llevándoles paz, gozo y felicidad” (“El Libro de Mormón”, *Liahona*, julio de 1980, pág. 109).

El presidente Boyd K. Packer dijo: “La verdadera doctrina, cuando se entiende, cambia la actitud y la conducta. El estudio de las doctrinas del Evangelio mejorará la conducta más rápido de lo que el estudio del comportamiento mejorará el comportamiento” (“No temáis”, *Liahona*, mayo de 2004, pág. 79).

Elder David A. Bednar: “Cada oración familiar, cada episodio de estudio de

las Escrituras en familia y cada noche de hogar es una pincelada en el lienzo de nuestras almas. Ninguno de esos hechos por sí solo puede parecer muy impresionante o memorable, pero así como las pinceladas amarillas, doradas y marrones se complementan entre sí y producen una obra maestra impresionante, de la misma manera nuestra constancia en acciones aparentemente pequeñas puede llevarnos a alcanzar resultados espirituales significativos” (“Más diligentes y atentos en el hogar”, *Liahona*, noviembre de 2009, págs. 19–20).

7. Véase 2 Nefi 2:13.

8. Véase de Linda S. Reeves, “Cómo protegerse de la pornografía: Un hogar centrado en Cristo”, *Liahona*, mayo de 2014, págs. 16–17.

9. El presidente Howard W. Hunter dijo: “Con ese espíritu, invito a los Santos de los Últimos Días a considerar el templo el gran símbolo de su condición de miembros. Lo que deseo de todo corazón es que todos los miembros de la Iglesia sean dignos de entrar en el templo. Complacería mucho al Señor que todo miembro adulto fuera digno de recibir una recomendación para el templo y obtuviera una. Las cosas que debemos hacer o que no debemos hacer para ser dignos de obtener una recomendación para el templo son las mismas que nos aseguran la felicidad como personas y como familias. Caractericémonos, los miembros de la Iglesia, por ir constantemente al templo; vayamos al templo con la frecuencia que las circunstancias personales lo permitan. Tengan a la vista en su casa una lámina de uno de los templos para que los hijos la vean. Enséñenles en cuanto a los propósitos de la Casa del Señor. Háganlos hacer planes, desde niños, para ir allí y para mantenerse dignos de esa bendición” (“Preciosas y grandísimas promesas”, *Liahona*, enero de 1995, pág. 9).

10. Véase 2 Nefi 2:2.



Por el élder Carlos A. Godoy
De los Setenta

¡El Señor tiene un plan para nosotros!

Si continuamos viviendo como lo estamos haciendo, ¿se cumplirán las bendiciones prometidas?

Qué privilegio ser parte de este momento histórico en que los discursantes de la conferencia general tienen la opción de hablar en su idioma materno. La última vez que hablé desde este púlpito, me preocupaba mi acento en inglés; ahora me preocupa la velocidad de mi portugués. No quiero hablar más rápido que los subtítulos.

Todos hemos tenido o tendremos momentos de grandes decisiones en la vida. ¿Debo seguir esta carrera o la otra? ¿Debo prestar servicio en una misión? ¿Es ésta la persona con la que me debo casar?

Éstas son situaciones en diferentes áreas de nuestra vida en las que un pequeño cambio de dirección puede tener consecuencias significativas en el futuro. Tal como dijo el presidente Dieter F. Uchtdorf: “A lo largo de años de servicio al Señor... he aprendido que la diferencia que existe entre la felicidad y la amargura de las personas, de los matrimonios y de las familias muchas veces se debe a un error de sólo unos grados” (“Cuestión de sólo unos grados”, *Liahona*, mayo de 2008, pág. 58).

¿Cómo podemos evitar esos pequeños errores de cálculo?

Me valdré de una experiencia personal para ilustrar mi mensaje.

A finales de la década de 1980, nuestra joven familia se componía de mi esposa, Mônica, dos de nuestros cuatro hijos, y yo. Vivíamos en São Paulo, Brasil, yo trabajaba para una buena compañía, había terminado mis estudios universitarios y hacía poco que había sido relevado como obispo del barrio en el que vivíamos. La vida era buena y todo parecía ser como debía, hasta que un día un amigo de hacía muchos años llegó a visitarnos.



Al final de la visita, hizo un comentario y preguntó algo que perturbó mis convicciones. Me dijo: “Carlos, todo parece ir bien contigo, con tu familia, tu carrera y tu servicio en la Iglesia, pero” —y luego siguió la pregunta— “si continúas viviendo como lo estás haciendo, ¿se cumplirán las bendiciones que se prometen en tu bendición patriarcal?”.

Nunca había considerado mi bendición patriarcal de esa manera. La leía de vez en cuando, pero nunca con la intención de tener la mira en las bendiciones prometidas para el futuro y evaluar la forma en que estaba viviendo en el presente.

Después de su visita, volqué la atención a mi bendición patriarcal, preguntándome: “Si continuamos viviendo como lo estamos haciendo, ¿se cumplirán las bendiciones prometidas?”. Tras meditar, sentí que era necesario realizar algunos cambios, especialmente en relación con mi formación académica y mi profesión.

No era una decisión entre lo correcto y lo incorrecto, sino entre lo bueno y lo mejor, como el élder Dallin H. Oaks nos enseñó cuando dijo: “Al considerar varias opciones, debemos recordar que no es suficiente que algo sea bueno. Otras opciones son mejores e incluso otras son excelentes” (“Bueno, Mejor, Excelente”, *Liahona*, noviembre de 2007, pág. 105).

Entonces, ¿cómo podemos asegurarnos de que estamos tomando la mejor decisión?

Éstos son algunos principios que he aprendido:

Principio número uno: Debemos considerar las opciones teniendo en cuenta el resultado final

El tomar decisiones que pudieran repercutir en nuestra vida y en la de nuestros seres queridos sin tener una



visión más amplia de sus consecuencias puede implicar algunos riesgos. Sin embargo, si proyectamos las posibles consecuencias de esas decisiones en el futuro, podemos ver con mayor claridad el mejor camino a tomar en el presente.

Entender quiénes somos, por qué estamos aquí y lo que el Señor espera de nosotros en esta vida nos dará la visión más amplia que necesitamos.

Podemos hallar ejemplos de las Escrituras en las que tener una visión más amplia dio claridad en cuanto a cuál senda tomar.

Moisés habló con el Señor frente a frente, aprendió sobre el Plan de Salvación y, por tanto, entendió mejor su función como el profeta de la congregación de Israel.

“Y Dios habló a Moisés, diciendo: He aquí, soy el Señor Dios Omnipotente...

“...y te mostraré las obras de mis manos...

“Y tengo una obra para ti, Moisés, hijo mío” (Moisés 1:3–4, 6).

Al entender esto, Moisés fue capaz de soportar muchos años de tribulación en el desierto y de guiar a Israel a su hogar.

Lehi, el gran profeta del Libro de Mormón, tuvo un sueño, y en visiones aprendió sobre su misión de guiar a su familia a una tierra prometida.

“Y sucedió que el Señor le mandó a mi padre, en un sueño, que partiese para el desierto con su familia.

“...y abandonó su casa, y la tierra de su herencia, y su oro, su plata y sus objetos preciosos” (1 Nefi 2:2, 4).

Lehi fue fiel a su visión a pesar de las dificultades del viaje y de tener que dejar una vida de comodidad en Jerusalén.

El profeta José Smith es otro gran ejemplo. Mediante muchas revelaciones, comenzando con la Primera Visión, fue capaz de completar su misión de restaurar todas las cosas (véase José Smith—Historia 1:1–26).

¿Y respecto a nosotros? ¿Qué espera el Señor de cada uno de nosotros?

No es necesario que veamos un ángel para obtener entendimiento. Tenemos las Escrituras, el templo, los profetas vivientes, nuestra bendición patriarcal, líderes inspirados y, sobre todo, el derecho de recibir revelación personal que guíe nuestras decisiones.

Principio número dos: Debemos estar preparados para los desafíos que vendrán

Las mejores sendas de la vida casi nunca son las más fáciles. A menudo, es precisamente lo opuesto. Podemos ver el ejemplo de los profetas que acabo de mencionar.

Moisés, Lehi y José Smith no tuvieron jornadas fáciles a pesar de que sus decisiones eran las correctas.

¿Estamos dispuestos a pagar el precio de nuestras decisiones? ¿Estamos preparados para salir de donde nos sentimos cómodos a fin de llegar a un mejor lugar?

Volviendo a mi experiencia con mi bendición patriarcal, en ese tiempo



llegué a la conclusión de que debía continuar mis estudios y solicitar una beca en una universidad estadounidense. Si se me seleccionaba, tendría que dejar mi empleo, vender todo lo que teníamos y venir a vivir a los Estados Unidos como estudiante por dos años.

Los exámenes de inglés y de admisión fueron los primeros desafíos que tuve que vencer. Tomó tres largos años de preparación, muchos “no” y algunos “quizá” antes de que me aceptaran en una universidad. Todavía recuerdo la llamada telefónica que recibí de la persona responsable de las becas al final del tercer año.

Me dijo: “Carlos, tengo una buena noticia y una mala. La buena es que estás entre los tres finalistas de este año”. En ese momento sólo había una plaza. “La mala noticia es que uno de los otros candidatos es hijo de alguien importante, el otro es hijo de otra persona importante y luego estás tú”.

Yo respondí rápidamente: “Y yo... yo soy hijo de Dios”.

Felizmente, el linaje terrenal no fue factor decisivo y me aceptaron ese año, en 1992.

Somos hijos del Dios Todopoderoso. Él es nuestro Padre, Él nos ama y tiene un plan para nosotros. No estamos aquí en esta vida sólo para perder el tiempo, envejecer y morir. Dios desea que progreseemos y logremos nuestro potencial.

Tal como dijo el presidente Thomas S. Monson: “Cada [uno] de ustedes, [solo] o [casado], no importa la edad que tenga, posee la oportunidad de aprender y de progresar. Expandan su conocimiento, tanto intelectual como espiritual, hasta la medida completa de su divino potencial” (“La fortaleza extraordinaria de la Sociedad de Socorro”, *Liahona*, enero de 1998, pág. 113).

Principio número tres: Debemos compartir esa visión con nuestros seres queridos

Lehi hizo muchos intentos por ayudar a Lamán y a Lemuel a entender la importancia del cambio que estaban haciendo. El hecho de que no compartían la visión de su padre hizo que murmuraran durante el viaje. Por otro lado, Nefi buscó al Señor a fin de ver lo que su padre había visto.

“Y aconteció que después que yo, Nefi, hube oído todas las palabras de

mi padre concernientes a las cosas que había visto en su visión... sentí deseos de que también yo viera, oyera y supiera de estas cosas, por el poder del Espíritu Santo” (1 Nefi 10:17).

Con esa visión, Nefi no sólo pudo vencer los desafíos del viaje, sino también guiar a su familia cuando fue necesario.

Es muy posible que cuando decidamos tomar cierto camino, las personas que amamos se vean afectadas, y algunas incluso compartirán con nosotros las consecuencias de esa decisión. Idealmente, deberían poder ver lo que vemos y compartir nuestras mismas convicciones. No siempre es posible, pero cuando es así, la trayectoria es mucho más fácil.

En la experiencia personal que utilicé como ejemplo, sin duda necesitaba el apoyo de mi esposa. Nuestros hijos eran pequeños y no tenían mucha voz ni voto, pero el apoyo de mi esposa era esencial. Recuerdo que, al principio, Mónica y yo tuvimos que analizar detenidamente el cambio de planes hasta que se sintiera cómoda y estuviera comprometida. Esa visión compartida hizo que ella no sólo apoyara el cambio, sino que se convirtiera en un elemento esencial para su éxito.

Sé que el Señor tiene un plan para nosotros en esta vida. Él nos conoce y sabe lo que es mejor para nosotros. Sólo porque las cosas van bien no significa que no debamos considerar de vez en cuando si pudiera haber algo mejor. Si continuamos viviendo como lo estamos haciendo, ¿se cumplirán las bendiciones prometidas?

Dios vive; es nuestro Padre. El Salvador Jesucristo vive y sé que mediante Su sacrificio expiatorio podemos encontrar la fortaleza para vencer nuestros desafíos cotidianos. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Allan F. Packer
De los Setenta

El libro

La obra de historia familiar y del templo debe ser una parte habitual de nuestra adoración personal.

Cuando era boy scout y tenía 12 años, me regalaron una pieza sumamente deseada para mi equipo de escultismo: ¡Un hacha pequeña con una gruesa funda de cuero! En la siguiente excursión en la que dormiríamos afuera, llegamos al campamento de noche, mojados y con frío a causa de la mucha nieve en el sendero. Sólo podía pensar en hacer una buena fogata, así que, con mi hacha nueva, me puse de inmediato a hacer leña de un árbol caído. Mientras cortaba, me frustró ver que el hacha no cortaba muy bien. En mi frustración, trabajé con más ahínco y decepcionado regresé al campamento con sólo unos pocos

leños. A la luz de la hoguera de otra persona descubrí el problema: no le había quitado la funda al hacha. Sin embargo, puedo decir que la funda estaba hecha tiras. La lección: me distraje con otras cosas.

Al labrar nuestra exaltación, debemos ocuparnos de todos los requisitos y no distraernos centrándonos sólo en uno o dos de ellos, o en otras cosas que nada tienen que ver. Procurar el reino de Dios produce gozo y felicidad¹. Si es necesario, debemos estar dispuestos a *cambiar*. Realizar correcciones pequeñas pero frecuentes es menos doloroso e inquietante que hacer grandes correcciones en el curso de nuestra vida.

No hace mucho, la hermana Packer y yo viajamos a varios países. Preparamos los pasaportes y otros documentos. Recibimos las vacunas, hicimos los exámenes médicos y obtuvimos los visados y los sellos. Al llegar, nuestros documentos fueron inspeccionados y, como cumplíamos con todos los requisitos, se nos permitió entrar.

Reunir los requisitos de la exaltación es como entrar a otro país. Cada uno debe conseguir su pasaporte espiritual. Nosotros no *establecemos* cuáles son los requisitos, pero debemos cumplirlos todos en forma individual. El Plan de Salvación contiene todas las doctrinas, las leyes, los mandamientos y las ordenanzas necesarias para que *todos* seamos merecedores de la exaltación². También, “por la Expiación de [Jesucristo], todo el género humano puede salvarse”³. La Iglesia nos ayuda, pero no puede cumplir con esos requisitos por nosotros. Ser dignos de la exaltación llega a ser el objetivo de toda una vida.

Cristo organizó Su Iglesia para ayudarnos. Llamó a quince hombres a quienes sostenemos como profetas, videntes y reveladores para guiar a la Iglesia y para enseñar a las personas. La Primera Presidencia⁴ y el Quórum de los Doce Apóstoles⁵ tienen igual poder y autoridad⁶, siendo el Apóstol de más antigüedad el que es designado como Presidente de la Iglesia. Los Setenta son llamados a ayudar⁷. Los líderes no establecieron los requisitos para la exaltación. ¡Lo hizo Dios! Estos líderes son llamados a enseñar, exponer, exhortar e incluso *advertir* para que no nos desviemos del curso⁸.

Como se explica en el Manual de instrucciones: “Para cumplir con el objetivo de ayudar a las personas y a las familias a reunir los requisitos para lograr la exaltación, la Iglesia se centra





en responsabilidades divinamente señaladas. Éstas incluyen ayudar a los miembros a vivir el evangelio de Jesucristo, recoger a Israel mediante la obra misional, cuidar del pobre y del necesitado y hacer posible la salvación de los muertos mediante la edificación de templos y al efectuar ordenanzas vicarias⁹. Estos cuatro enfoques, así como todas las otras leyes, mandamientos y ordenanzas, son obligatorios, no opcionales. Mediante la expiación de Jesucristo y al cumplir con cada uno de esos enfoques, añadimos los sellos necesarios a nuestros pasaportes espirituales.

En esta conferencia se nos ha enseñado acerca de los cambios que nos ayudarán a estar más preparados.

La familia es el centro del Plan de Salvación y tal vez por ello también se le conoce como el “gran plan de felicidad”¹⁰. El presidente Boyd K. Packer ha dicho: “El propósito final de toda actividad en la Iglesia es que el hombre, su esposa y sus hijos puedan ser felices en el hogar”¹¹.

El presidente Spencer W. Kimball declaró: “Nuestro éxito, individual y como Iglesia, mayormente quedará determinado por cuán fielmente nos centremos en vivir el Evangelio en el hogar”¹². La obra del templo y de historia familiar forma parte de vivir el Evangelio en el hogar y debe ser una actividad familiar más que una actividad de la Iglesia.

La Primera Presidencia y el Quórum de los Doce han hecho un hincapié renovado en la historia familiar y la obra del templo¹³. Al responder a ese llamado aumentará su gozo y felicidad como individuos y como familia.

En Doctrina y Convenios leemos: “Está a punto de llegar el gran día del Señor... Ofrezcamos, pues, como iglesia y como pueblo, y como Santos de los Últimos Días, una ofrenda al Señor en rectitud; y presentemos en su santo templo... un libro que contenga el registro de nuestros muertos, el cual sea digno de toda aceptación”¹⁴.

Ese “libro” se elaborará con los registros de la base de datos de nombres y de ordenanzas de la Iglesia llamada Árbol Familiar.

Yo verifico y agrego registros a esa base de datos porque deseo que los nombres de aquellos a quienes amo estén en el libro. ¿Ustedes no?

La sección 128 de Doctrina y Convenios dice: “Pues sin [nuestros antepasados] nosotros no podemos perfeccionarnos, ni ellos pueden perfeccionarse sin nosotros”¹⁵.

La historia familiar es más que genealogía, reglas, nombres, fechas y lugares. Es más que centrarse en el pasado. La historia familiar también incluye el presente a medida que creamos nuestra propia historia, e incluye el futuro al darle forma a través de nuestros descendientes. Por ejemplo, una joven madre que comparte relatos

y fotos de su familia con sus hijos está haciendo historia familiar.

Al igual que participar de la Santa Cena, asistir a las reuniones, leer las Escrituras y hacer las oraciones personales, hacer la obra de historia familiar y del templo debe ser una parte habitual de nuestra adoración personal. La respuesta de los jóvenes y otras personas a las invitaciones de los profetas sirve de inspiración y demuestra que esta obra la *pueden y deben* hacer *todos* los miembros a *cualquier* edad.

Como explicó el élder Quentin L. Cook: “[Ya] tenemos la doctrina, los templos y la tecnología”¹⁶. Hacer la obra ahora es mucho más fácil y la única limitación es la cantidad de miembros que hacen de ello una prioridad. La obra aún requiere tiempo y sacrificio, pero *todos* pueden hacerla, y con relativa facilidad, comparada con hace unos años.

A fin de ayudar a los miembros, la Iglesia ha reunido registros y facilitado herramientas para que gran parte de la obra pueda hacerse desde casa o en los barrios y en el templo. La mayoría de los obstáculos se han eliminado. *Cualquiera* que sea su percepción pasada, ¡ahora es diferente!

Sin embargo, queda un obstáculo que la Iglesia no puede eliminar: la vacilación personal para hacer la obra. Todo lo que se requiere es una decisión y un pequeño esfuerzo. No hace falta disponer de una gran cantidad de tiempo. Un poco de tiempo, de manera constante, generará el gozo de la obra. Tomen la decisión de dar un paso, de aprender y de pedir ayuda a otras personas. ¡Los ayudarán! Los nombres que encuentren y lleven al templo se convertirán en los registros del “libro”¹⁷.

Aun con el enorme aumento de la participación de los miembros,

descubrimos que hay pocos que participan de manera regular en la búsqueda de nombres y en realizar ordenanzas del templo por sus familiares¹⁸. *Es necesario un cambio de prioridades*. No se resistan al cambio, ¡adóptenlo! El cambiar forma parte del gran plan de felicidad.

Esta obra debe hacerse, no para el beneficio de la Iglesia, sino para el de nuestros muertos y el nuestro propio. Tanto nosotros como nuestros antepasados fallecidos necesitamos los sellos en nuestros pasaportes espirituales.

El “eslabón conexasivo”¹⁹ de nuestras familias a través de las generaciones puede producirse sólo en los templos mediante las ordenanzas del sellamiento. Los pasos son sencillos: *encuentren un nombre y llévenlo al templo*. Con el tiempo ustedes serán capaces de ayudar a otras personas a hacerlo.

Salvo unas pocas excepciones, ¡todos —*todos*— pueden hacer esto!

Hay bendiciones tangibles inherentes a esta obra. A muchos padres y líderes les preocupan las condiciones del mundo actual y su influencia en las familias y los jóvenes.

El élder David A. Bednar ha prometido: “Invito a los jóvenes de la Iglesia a aprender sobre el espíritu de Elías... Y les prometo que serán protegidos contra la creciente influencia del adversario. A medida que participen en esta obra sagrada y lleguen a amarla, serán protegidos en su juventud y durante su vida”²⁰.

Hermanos y hermanas, ha llegado la hora de quitarle la funda a nuestras hachas e ir a trabajar. No debemos sacrificar nuestra exaltación ni la de nuestra familia por intereses menos importantes.

Ésta es la obra de Dios que deben llevar a cabo tanto los miembros como

los no miembros, jóvenes y mayores, varones y mujeres.

Concluyo con las palabras de la primera estrofa del himno 324 en inglés, cambiándole una palabra:

*“Levantaos, [santos] de Dios.
Dejad de dar menos;
dad corazón, alma, mente y fuerza
y al Rey de Reyes servid”*²¹.

¡Jesucristo es el Rey! Testifico de Él, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase 2 Nefi 2:22–25; 9:18; Mosíah 2:41.
2. Véase la Guía para el Estudio de las Escrituras, “Plan de redención”; scriptures.lds.org.
3. Artículos de fe 1:3.
4. Véase Doctrina y Convenios 107:22.
5. Véase Doctrina y Convenios 107:23.
6. Véase Doctrina y Convenios 107:24.
7. Véase Doctrina y Convenios 107:25–26.
8. Véase la Guía para el Estudio de las Escrituras, “Primera Presidencia”, “Apóstol”, “Setenta”; scriptures.lds.org.
9. *Manual 2: Administración de la Iglesia*, 2010, sección 2.2.
10. Alma 42:8.
11. Boyd K. Packer, “El testimonio”, *Liahona*, mayo de 2014, pág. 95.
12. Véase de Spencer W. Kimball, “Living the Gospel in the Home”, *Ensign*, mayo de 1978, pág. 101.
13. Véase de Thomas S. Monson, “Apresurar la obra”, *Liahona*, junio de 2014, págs. 4–5;
14. Doctrina y Convenios 128:24.
15. Doctrina y Convenios 128:18.
16. Quentin L. Cook, *Liahona*, mayo de 2014, pág. 47.
17. Doctrina y Convenios 128:24.
18. Véase de Quentin L. Cook, *Liahona*, mayo de 2014, pág. 47.
19. Doctrina y Convenios 128:18.
20. David A. Bednar, “El corazón de los hijos se volverá”, *Liahona*, noviembre de 2011, págs. 26, 27.
21. “Rise Up, O Men of God”, [Levantaos, hombres de Dios], *Hymns*, N° 324.





Por el élder Hugo E. Martínez
De los Setenta

Nuestros ministerios personales

El amor de Jesucristo nos debe guiar a ser sensibles a las necesidades de los que podemos ayudar de alguna manera.

En La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días se nos brinda la oportunidad y bendición personal de servir. Desde que soy miembro, lo he podido hacer de muchas maneras. En palabras que solía citar a menudo el hermano Udine Falabella, padre del élder Enrique R. Falabella: “El que sirve, sirve; el que no sirve, no sirve”. Son palabras que debemos poner en nuestras mentes y nuestros corazones.

Al buscar guía durante mi servicio, he encontrado consuelo al recordar la manera en la que el Salvador se enfoca en el individuo y en la familia. Es el amor y la tierna atención del Salvador por el individuo, lo que me ha hecho saber que Su labor contempla el inestimable valor de cada uno de los hijos de nuestro Padre Celestial, y la vital importancia de asegurarnos de que el evangelio de Jesucristo ministra y fortalece al individuo.

En las Escrituras leemos:

“Recordad que el valor de las almas es grande a la vista de Dios...”

“Y si acontece que trabajáis *todos* vuestros días... y me traéis aun cuando fuere *una sola* alma, ¡cuán

grande será vuestro gozo con ella en el reino de mi Padre”¹.

Cada una de las almas es de gran valor para Dios, pues somos Sus hijos y tenemos el potencial de ser como Él es².

El amor de Jesucristo nos debe guiar a ser sensibles a las necesidades

de los que podemos ayudar de alguna manera. La forma de prestar ayuda es según las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo. Ese es el inicio de nuestro ministerio personal: averiguar la necesidad y luego atenderla. Como dijo la hermana Linda K. Burton, Presidenta General de la Sociedad de Socorro, “Primero observa; luego sirve”³.

El presidente Thomas S. Monson es un gran ejemplo de ese principio. En enero del 2005 presidió una conferencia de liderazgo del sacerdocio en Puerto Rico, y demostró esa manera del Salvador y de Sus siervos de servir en un ministerio personal. Luego de terminar esa reunión maravillosa, el presidente Monson comenzó a saludar a todos los líderes del sacerdocio presentes. De repente, se percató que había uno de ellos que observaba todo eso a distancia, en soledad.

El presidente Monson se alejó del grupo, caminó hasta donde estaba ese hermano y le habló. José R.



Zayas, conmovido, expresó que era un milagro que se hubiese acercado a él, en contestación a oraciones que él y su esposa Yolanda hicieron antes de la reunión. Le contó de una grave situación de salud de su hija y le dijo que tenía una carta de parte de su esposa, que ella le había dado para que se la entregase. El hermano Zayas le había dicho a ella que no iba a poder tener la oportunidad de hacerlo, ya que el presidente estaría demasiado ocupado. El presidente Monson le escuchó y le pidió la carta, la cual leyó en silencio. Luego la guardó en el bolsillo de su saco y le dijo que él se encargaría de su petición.

De esa manera, nuestro Señor Jesucristo tocó las vidas de esa familia por medio de Su siervo. Pienso que las palabras del Salvador en la parábola del buen samaritano son aptas para nosotros: “Ve tú y haz lo mismo”⁴.

El día 21 de septiembre de 1998, el huracán Georges llegó a Puerto Rico y ocasionó grandes daños. La hermana Martínez, nuestros cinco hijos y yo pudimos sobrevivir esa gran tormenta y sus vientos huracanados en nuestro hogar. Sin embargo, estuvimos dos semanas sin servicio de agua y sin servicio de energía eléctrica.

Una vez se nos agotó el agua que habíamos almacenado, se hacía difícil reponerla. Nunca me olvido de los hermanos que nos ministraron con el preciado líquido, ni de las hermanas que también lo hicieron de forma amorosa.

Germán Colón llegó hasta nuestra casa con un gran envase de agua en una camioneta. Nos dijo que lo hizo porque, en sus palabras, “Sé que tienes niños pequeños que necesitan agua”. Unos días después, los hermanos Noel Muñoz y Herminio Gómez colocaron en un camión de plataforma tres grandes reservas plásticas



de agua. Llegaron de sorpresa a nuestra casa y llenaron con agua potable todo envase disponible que teníamos, e invitaron a nuestros vecinos a hacer lo mismo.

Se dio respuesta a nuestras oraciones por medio de sus ministraciones personales. El rostro de esos tres hermanos reflejaba el amor de Jesucristo por nosotros y su servicio, es decir, su ministerio personal trajo mucho más que agua potable a nuestras vidas. Para cada hijo o hija de Dios es clave saber que hay personas que se interesan y que están pendientes de su bienestar.

Les testifico que nuestro Padre Celestial y nuestro Señor Jesucristo nos conocen de forma individual y personal. Por tal razón, nos van a proveer de lo que necesitamos para que podamos tener la oportunidad de alcanzar nuestro potencial divino. En ese camino, Ellos pondrán en nuestra senda a personas que nos ayudarán. Luego, según nos convirtamos en instrumentos en Sus manos, podremos servir y ayudar a los que Ellos nos indiquen por medio de la revelación.

De esa forma nuestro Señor Jesucristo llegará a todos los hijos de nuestro Padre Celestial. El Buen Pastor recogerá a todas Sus ovejas. Lo hará una a una, según ellas ejerzan bien su albedrío moral, luego de escuchar la voz de Sus siervos y recibir su ministración. Entonces reconocerán Su voz y le seguirán. Este ministerio personal

es inherente a nuestros convenios bautismales.

El ser un buen ejemplo de un discípulo de Jesucristo es nuestra mejor carta de presentación ante las personas con las cuales podemos compartir Su evangelio. Al abrir nuestra boca y compartir el evangelio restaurado de Jesucristo, nos convertimos en “Sus siervos, con el encargo de nutrir a las ovejas y a los corderos de Su rebaño”⁵; nos convertimos en “los débiles y sencillos”⁶; “pescadores de hombres”⁷.

Nuestro servicio y ministerio personal tampoco se limita a los que están vivos en esta tierra. También podemos hacer esta obra por los muertos, es decir, por los que viven en el mundo de los espíritus y durante su vida mortal no tuvieron la oportunidad de hacer los convenios de salvación del evangelio de Jesucristo. Podemos además escribir en nuestros diarios y redactar nuestras historias de familia, para volver el corazón de los vivos hacia los vivos, además de volver el corazón de los vivos hacia nuestros antepasados. Es vincular a nuestra familia generación tras generación, en lazos eternos. Al hacerlo, nos convertimos en “salvadores al monte Sión”⁸.

Nosotros tenemos la especial oportunidad de emplearnos como instrumentos en Sus manos. Lo podemos hacer en nuestros matrimonios, en nuestras familias, con nuestros amigos

y con nuestro prójimo. He ahí nuestro ministerio personal como verdaderos discípulos de Jesucristo.

“Y serán reunidas delante de él todas las naciones; entonces apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos.

“Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda.

“Entonces el Rey dirá a los que estén a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.

“Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis;

“estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí.

“Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te sustentamos?, ¿o sediento y te dimos de beber?

“¿Y cuándo te vimos forastero y te recogimos?, ¿o desnudo y te cubrimos?

“¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?

“Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de éstos, mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”⁹.

Que lo podamos hacer, es mi oración, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Doctrina y Convenios 18:10, 15; cursiva agregada.
2. Véase Guía para el Estudio de las Escrituras, “Almas”; scriptures.lds.org.
3. Linda K. Burton, “Primero observa; luego sirve”, *Liahona*, noviembre de 2012, pág. 78.
4. Lucas 10:37
5. Élder Alexander B. Morrison, “Apacentemos el rebaño de Cristo”, *Liahona*, julio de 1992, pág. 15.
6. Doctrina y Convenios 1:23.
7. Mateo 4:19.
8. Abdías 1:21.
9. Mateo 25:32–40.



Por el élder Larry S. Kacher

De los Setenta

No [traten] con liviandad las cosas sagradas

Examinen sus decisiones haciéndose esta pregunta: “¿Están mis decisiones firmemente asentadas en la rica tierra del evangelio de Jesucristo?”.

Hermanos y hermanas, las decisiones que tomamos en esta vida afectan enormemente el curso de nuestra vida eterna. Hay fuerzas visibles así como invisibles que influyen en nuestras decisiones. Aprendí esto hace unos cinco años, de un modo que podría haber sido devastador.

Viajaba con mi familia y unos amigos por el sur de Omán; decidimos descansar en una playa en la costa del Océano Índico. Poco después de llegar, Nellie, nuestra hija de dieciséis años, preguntó si podía nadar hasta lo que pensó que era un banco de arena. Al observar las agitadas aguas le dije que yo iría primero, ya que pensé que podría haber corrientes peligrosas.

Después de nadar durante un rato, llamé a mi esposa en voz alta para saber si estaba cerca del banco de arena; su respuesta fue: “Ya te lo has pasado”. Sin darme cuenta, me había quedado atrapado en la contracorriente¹ que me arrastraba rápido mar adentro.

No sabía qué hacer. Lo único que podía pensar era en dar la vuelta y volver nadando hacia la costa, que es exactamente lo que no se debe hacer. Me sentía impotente. Fuerzas fuera de mi control me arrastraban lejos mar adentro y, lo que es peor, mi esposa, confiando en mi decisión, me había seguido.

Hermanos y hermanas, pensé que muy probablemente no sobreviviría y que, debido a mi decisión, causaría la muerte de mi esposa también. Tras un enorme esfuerzo y lo que creo que fue intervención divina, nuestros pies tocaron de algún modo el fondo arenoso y pudimos regresar a salvo con nuestros amigos e hija.

La vida terrenal está llena de corrientes, algunas de ellas seguras y otras no. El presidente Spencer W. Kimball enseñó que en nuestra vida hay fuerzas poderosas, parecidas a las corrientes invisibles del océano². Esas fuerzas son reales y nunca debemos ignorarlas.

Permítanme hablarles de otra corriente, una corriente divina que ha llegado a ser una gran bendición en mi vida. Yo soy converso a la Iglesia. Antes de mi conversión, la ambición de mi vida era esquiar así que, cuando acabé la escuela secundaria, me fui a Europa a cumplir ese deseo. Tras unos meses de lo que parecía una vida ideal, sentí que debía irme. En aquel momento no entendía de dónde venía esa impresión, pero decidí seguirla. Acabé en Provo, Utah con algunos amigos que, como yo, eran miembros de otra religión.

Estando en Provo, conocí a personas que estaban viviendo una vida muy distinta a la mía. Me sentía atraído hacia ellas, aunque no sabía por qué. Al principio me resistía a estos sentimientos, pero pronto encontré una paz y consuelo que nunca había sentido. Comencé a abrazar una nueva corriente que me trajo entendimiento de un amoroso Padre Celestial y de Su Hijo Jesucristo.

Me bauticé con mis amigos en 1972. Esta nueva corriente que escogí seguir, el evangelio de Jesucristo, proporcionó dirección y significado a mi vida. Sin embargo, no estuvo exenta de desafíos. Todo era nuevo para mí. A veces me sentía perdido y confundido. Las preguntas y los desafíos provenían tanto de mis amigos como de mi familia.

Debía tomar una decisión. Algunas de sus preguntas me creaban dudas e incertidumbre. Era una decisión importante. ¿Dónde podría acudir en busca de respuestas? Había muchos que querían convencerme del error de mis caminos, (eran) “contracorrientes”, resueltas a apartarme de esa corriente de paz que había llegado a ser una maravillosa fuente de felicidad. Aprendí muy claramente el principio de que hay “oposición en todas las



cosas” y la importancia de actuar por mí mismo y no dejar mi albedrío en manos de otras personas³.

Me preguntaba: “¿Por qué habría de apartarme de aquello que me ha traído gran consuelo?” Como el Señor recordó a Oliver Cowdery: “¿No hablé paz a tu mente en cuanto al asunto?”⁴ Mi experiencia había sido parecida. Por lo tanto me volví, con un compromiso todavía mayor, a un amoroso Padre Celestial, a las Escrituras y a amigos de confianza.

Aun así, había muchas preguntas que no podía responder. ¿Cómo afrontar la incertidumbre que me creaban? En lugar de dejar que destruyeran la paz y felicidad que habían llegado a mi vida, decidí apartarlas por un tiempo y confiar en que, en el tiempo del Señor, Él revelaría todas las cosas. Encontré solaz en Su declaración al profeta José Smith: “He aquí, sois niños pequeños y no podéis soportar todas las cosas por ahora; debéis crecer en gracia y en el conocimiento de la verdad”⁵. Escogí no renunciar a lo que sabía que era verdad por seguir una corriente debatible y desconocida, una “contracorriente” en potencia. Como enseñó el presidente N. Eldon Tanner, aprendí “cuánto más sabio y mejor es que el hombre acepte las verdades sencillas del Evangelio... y que acepte mediante la fe aquellas cosas... que no puede comprender”⁶.

¿Significa eso que no hay lugar para la investigación sincera? Pregunten al joven que buscó refugio en una arboleda sagrada cuando quiso saber a cuál de todas las iglesias debía unirse. Tomen Doctrina y Convenios en sus manos; mucho de lo que se ha revelado en este registro inspirado es el resultado de una humilde búsqueda de la verdad. Como descubrió José Smith, “si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría pídale a Dios, quien da a todos abundantemente... y le será dada”⁷. Al hacer preguntas sinceras y buscar respuestas divinas, aprendemos “línea sobre línea, precepto tras precepto”⁸ a medida que aumentamos en conocimiento y sabiduría.

La pregunta no es “¿hay lugar para la investigación honesta y sincera?”, sino “¿dónde busco la verdad cuando surgen preguntas?” “¿Seré lo suficientemente sabio para aferrarme a lo que sé que es verdad a pesar de algunas preguntas que pueda tener?” Testifico que hay una fuente divina, Uno que sabe todas las cosas, el fin desde el principio. Para Él todas las cosas están presentes⁹. Las Escrituras testifican que Él “no anda por vías torcidas... ni se aparta de lo que ha dicho”¹⁰.

En este viaje terrenal nunca debemos pensar que nuestras decisiones sólo nos afectan a nosotros. Hace poco vino a mi casa un joven. Tenía un buen espíritu pero me pareció que



no era del todo activo en la Iglesia. Me dijo que había crecido en un hogar en el que se vivía el Evangelio hasta que su padre le fue infiel a su madre, lo cual resultó en divorcio e hizo que todos sus hermanos cuestionaran la Iglesia y se alejaran. Tenía el corazón lleno de pesar al hablar con este joven padre que ahora, debido a las decisiones de su padre, estaba criando a esos preciosos espíritus fuera de las bendiciones del evangelio de Jesucristo.

Conozco otro hombre que una vez fue fiel miembro de la Iglesia. Tenía preguntas sobre cierta doctrina y en lugar de preguntar al Padre Celestial escogió confiar únicamente en la guía de fuentes seculares. Su corazón se desvió a medida que buscaba lo que parecían ser los honores de los hombres. Tal vez su orgullo se vio satisfecho, al menos temporalmente, pero fue separado de los poderes del cielo¹¹. En lugar de encontrar la verdad, perdió su testimonio y arrastró a muchos miembros de su familia.

Estos dos hombres quedaron atrapados en contracorrientes invisibles y arrastraron a muchos con ellos.

En cambio pienso en LaRue and Louise Miller, los padres de mi esposa, que a pesar de no haber tenido nunca muchas posesiones materiales, escogieron enseñar a sus hijos la doctrina pura del Evangelio restaurado y viviría

cada día de su vida. Al hacerlo, han bendecido a su posteridad con los frutos del Evangelio y la esperanza de la vida eterna.

Ellos establecieron en su hogar un modelo en el que se honraba el sacerdocio, donde abundaban el amor y la armonía y donde los principios del Evangelio dirigían su vida. Juntos, Louise y LaRue mostraron lo que significa vivir una vida que tiene como modelo a Jesucristo. Sus hijos pudieron ver claramente cuáles de las corrientes de la vida les traerían paz y felicidad, y ellos escogieron en consecuencia. Como enseñó el presidente Kimball: “Si podemos crear... una corriente fuerte y permanente que fluya hacia nuestra meta de una vida recta, tanto nosotros como nuestros hijos progresaremos a pesar de los vientos contrarios de adversidad, decepción [y] tentación”¹².

¿Importan nuestras decisiones? ¿Nos afectan sólo a nosotros? ¿Hemos fijado un curso firme en la corriente eterna del Evangelio restaurado?

De vez en cuando tengo una imagen que me persigue. ¿Qué habría pasado si ese día de septiembre, mientras nos relajábamos en una playa del Océano Índico, le hubiera dicho a mi hija Nellie: “Sí, nada hasta el banco de arena”? ¿O si ella también hubiera seguido mi ejemplo y no

hubiera podido nadar de regreso? ¿Y si hubiera tenido que vivir sabiendo que mi ejemplo la había empujado a una contracorriente mar adentro para no volver?

¿Son importantes las corrientes que decidimos seguir? ¿Importa nuestro ejemplo?

Nuestro Padre Celestial nos ha bendecido con el don divino del Espíritu Santo para guiarnos en nuestras decisiones. Nos ha prometido inspiración y revelación si vivimos dignos de recibirlas. Les invito a que aprovechen este divino don y examinen sus decisiones haciéndose esta pregunta: “¿Están mis decisiones firmemente asentadas en la rica tierra del evangelio de Jesucristo?”. Los invito a hacer los ajustes que sean necesarios, ya sean pequeños o grandes, para asegurarse las bendiciones eternas del plan del Padre Celestial para ustedes y para aquellos a quienes aman.

Testifico que Jesucristo es nuestro Salvador y Redentor. Testifico que los convenios que hacemos con Él son sagrados y santos. Nunca tratemos con liviandad las cosas sagradas¹³. Que permanezcamos siempre fieles, lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Contracorriente: Corriente que fluye en sentido contrario a otra, causando una violenta agitación en el mar.
2. Spencer W. Kimball, “Corrientes oceánicas e influencias familiares”, *Liahona*, noviembre de 1984, págs. 1-7.
3. Véase 2 Nefi 2:11, 16.
4. Doctrina y Convenios 6:23.
5. Doctrina y Convenios 50:40.
6. N. Eldon Tanner, en *Conference Report*, octubre de 1968, pág. 49.
7. Santiago 1:5.
8. Doctrina y Convenios 98:12.
9. Véase Moisés 1:6.
10. Doctrina y Convenios 3:2.
11. Véase Doctrina y Convenios 121:35-37.
12. Spencer W. Kimball, *Liahona*, noviembre de 1984, págs. 1-7.
13. Véase Doctrina y Convenios 6:12.



Por el élder David A. Bednar
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Vengan y vean

La Iglesia de Jesucristo siempre ha sido, y siempre será, una iglesia misional.

Mi mensaje va dirigido específicamente a personas que no son miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Abordaré una pregunta fundamental que muchos de ustedes podrían tener: “¿Por qué los Santos de los Últimos Días están tan ansiosos por hablarme de lo que creen e invitarme a saber acerca de su Iglesia?”.

Ruego que el Espíritu del Señor me ayude a comunicarme con eficacia, y a ustedes a entender claramente mi respuesta a esta importante pregunta.

Un mandato divino

Los devotos discípulos de Jesucristo siempre han sido, y siempre serán, misioneros valientes. Un misionero es un seguidor de Cristo que testifica de Él como el Redentor y proclama las verdades de Su Evangelio.

La Iglesia de Jesucristo siempre ha sido, y siempre será, una iglesia misional. Cada miembro de la Iglesia del Salvador ha aceptado la obligación solemne de contribuir al cumplimiento del mandato divino que el Señor dio a Sus apóstoles, según consta en el Nuevo Testamento:

“Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;

“enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén” (Mateo 28:19–20).

Los Santos de los Últimos Días toman seriamente la responsabilidad de enseñar a todas las personas, en todas las naciones, acerca del Señor Jesucristo y de Su Evangelio restaurado. Creemos que en los últimos días el Salvador restableció sobre la Tierra la misma Iglesia que Él fundó en la antigüedad. La doctrina, los principios, la autoridad del sacerdocio, las ordenanzas y los convenios



de Su Evangelio se hallan actualmente en Su Iglesia.

Cuando los invitamos a asistir a la Iglesia con nosotros o a aprender con los misioneros de tiempo completo, no estamos tratando de venderles un producto. Los miembros de la Iglesia no recibimos premios ni puntos extra en un concurso celestial; no procuramos simplemente aumentar el número de miembros de la Iglesia; y lo que es más importante, no intentamos obligarlos a creer en lo que nosotros creemos. Los invitamos a oír las verdades restauradas del evangelio de Jesucristo a fin de que las estudien, las mediten, oren y lleguen a saber por sí mismos si lo que estamos compartiendo con ustedes es verdad.

Algunos de ustedes tal vez digan: “Pero yo ya creo en Jesús y sigo Sus enseñanzas”, o “No estoy seguro de que Dios exista”. Nuestras invitaciones no buscan restarle importancia a sus tradiciones religiosas ni a sus experiencias de la vida. Traigan consigo todo lo que sepan que es verdadero, bueno y digno de alabanza, y pongan a prueba nuestro mensaje. Así como Jesús invitó a dos de Sus discípulos a venir y ver (véase Juan 1:39), los instamos a que vengan y vean si el evangelio restaurado de Jesucristo aumenta y enriquece aquello que ustedes ya saben que es verdad.

De hecho, consideramos una responsabilidad solemne el llevar este mensaje a toda nación, reino, lengua y pueblo, y eso es precisamente lo que hacemos en la actualidad con los más de 88.000 misioneros de tiempo completo que sirven en más de 150 países soberanos de todo el mundo. Estos extraordinarios hombres y mujeres ayudan a los miembros de nuestra Iglesia a cumplir con la responsabilidad divina e individual que tiene cada uno de nosotros de proclamar



el evangelio sempiterno de Jesucristo (véase D. y C. 68:1).

Más que un deber espiritual

Pero nuestro fervor por declarar este mensaje no es sólo el resultado de un sentimiento de obligación espiritual; nuestro deseo de compartir el evangelio restaurado de Jesucristo con ustedes es más bien un reflejo de cuán importantes son para nosotros estas verdades. Creo que la mejor manera de describir por qué somos tan directos al tratar de explicar nuestras creencias, es mediante una experiencia que mi esposa y yo tuvimos hace muchos años con dos de nuestros hijos.

Una tarde, Susan y yo estábamos cerca de una ventana en nuestra casa viendo a dos de nuestros hijos pequeños jugar afuera. Durante el curso de sus aventuras, el menor se lastimó en un pequeño accidente. No tardamos en darnos cuenta de que no se había hecho mucho daño, por lo que decidimos no brindarle ayuda inmediata. Queríamos observar y ver si nuestras conversaciones familiares sobre la bondad fraternal habían surtido

algún efecto en ellos. Lo que sucedió a continuación fue algo interesante e instructivo a la vez.

El hermano mayor consoló al menor y, con cuidado, lo ayudó a entrar en la casa. Susan y yo nos situamos cerca de la cocina a fin de poder ver lo que sucedía después y nos preparamos para intervenir de inmediato en el caso de que fuera a producirse algún otro daño físico, o ante la inminencia de un accidente serio.

El hermano mayor arrastró una silla hasta donde estaba el grifo, se subió a ella, ayudó a su hermano a subirse también, abrió el grifo y procedió a verter una enorme cantidad de jabón para los platos en los rasguños del brazo de su hermano pequeño. Hizo lo mejor que pudo para quitar la suciedad. La reacción del hermano menor a ese procedimiento sólo puede describirse con precisión valiéndonos del lenguaje de las Santas Escrituras: “Y tendrán motivo para aullar y llorar, lamentar y crujir los dientes” (Mosíah 16:2). ¡Y vaya si aulló!

Después de terminar de frotar, le secó el brazo cuidadosamente con una toalla y, con el tiempo, cesaron

los gritos. Acto seguido, el hermano mayor se subió al mostrador de la cocina, abrió un gabinete y encontró un tubo nuevo de ungüento medicinal. Si bien los rasguños de su hermano no eran grandes ni extensos, el hermano mayor aplicó casi todo el contenido del tubo en el brazo herido. No se volvieron a oír gritos, pues era claro que al hermano pequeño le agradaba el efecto calmante de la crema mucho más de lo que había apreciado el efecto limpiador del jabón para los platos.

El hermano mayor volvió al gabinete donde había encontrado la crema y halló una caja sin abrir de vendas estériles, las cuales sacó de los envoltorios y aplicó al brazo de su hermano —desde la muñeca hasta el codo. Resuelta la emergencia, y con restos de crema y envoltorios por toda la cocina, los dos pequeños se bajaron de la silla con rostros felices y sonrientes.

Lo más importante sucedió a continuación. El hermano más pequeño tomó los restos de las vendas y el tubo casi vacío de crema y salió afuera. Se apresuró a ir con sus amigos y empezó a aplicarles crema y a vendarles los brazos. A Susan y a mí nos sorprendió la sinceridad, el entusiasmo y la rapidez de su reacción.

¿Por qué aquel pequeño hizo lo que hizo? Noten que, de manera inmediata e intuitiva, quiso darles a sus amigos lo mismo que lo había ayudado a él cuando se había lastimado. No hubo necesidad de instar, desafiar, alentar ni presionar al pequeño para que actuara. Su deseo de compartir fue la consecuencia natural de una experiencia personal muy útil y beneficiosa.

Muchos de nosotros, los adultos, nos comportamos igual cuando encontramos un tratamiento o un

medicamento que alivia el dolor que tanto hemos padecido, o cuando recibimos un consejo que nos permite encarar las dificultades con valor y las perplejidades con paciencia. No es para nada inusual que compartamos con los demás algo que nos parece importante o que nos ha ayudado.

El mismo modelo es particularmente evidente en asuntos de gran importancia y de consecuencia espiritual. Por ejemplo, un relato en un volumen de Escritura conocido como el Libro de Mormón resalta el sueño que tuvo un antiguo líder y profeta llamado Lehi. El árbol de la vida es la parte central de su sueño, y es una representación del “amor de Dios”, que es “más deseable que todas las cosas” y “de mayor gozo para el alma” (1 Nefi 11:22–23; véase también 1 Nefi 8:12, 15).

Lehi explicó:

“Y aconteció que me adelanté y comí de su fruto; y percibí que era de lo más dulce, superior a todo cuanto yo había probado antes. Sí, y vi que su fruto era blanco, y excedía a toda blancura que yo jamás hubiera visto.

“Y al comer de su fruto, mi alma se llenó de un gozo inmenso; por lo que deseé que participara también de él mi familia” (1 Nefi 8:11–12; cursiva agregada).

La mayor manifestación del amor de Dios por Sus hijos es el ministerio terrenal, el sacrificio expiatorio y la Resurrección del Señor Jesucristo. El fruto del árbol puede considerarse un símbolo de las bendiciones de la expiación del Salvador.

La reacción instantánea de Lehi, tras participar del fruto del árbol y experimentar gran gozo, consistió en un mayor deseo de compartirlo con su familia y de prestarle servicio. Así, al volverse a Cristo se volcó también a amar y a servir.



Otro episodio importante del Libro de Mormón describe lo que le sucedió a un hombre llamado Enós, después de que Dios oyera y contestara su ferviente súplica.

Él dijo:

“Y mi alma tuvo hambre; y me arrodillé ante mi Hacedor, y clamé a él con potente oración y súplica por mi propia alma; y clamé a él todo el día; sí, y cuando anocheció, aún elevaba mi voz en alto hasta que llegó a los cielos.

“Y vino a mí una voz, diciendo: Enós, tus pecados te son perdonados, y serás bendecido.

“Y yo, Enós, sabía que Dios no podía mentir; por tanto, mi culpa fue expurgada.

“Y dije yo: Señor, ¿cómo se lleva esto a efecto?

“Y él me dijo: Por tu fe en Cristo, a quien nunca jamás has oído ni visto. ... Por tanto, ve, tu fe te ha salvado.

“Ahora bien, sucedió que *cuando hube oído estas palabras, empecé a*

anhelar el bienestar de mis hermanos los nefitas; por tanto, derramé toda mi alma a Dios por ellos” (Enós 1:4–9; cursiva agregada).

Cuando Enós se volvió al Señor “con íntegro propósito de corazón” (2 Nefi 31:13), aumentó, a la misma vez, su preocupación por el bienestar de su familia, sus amigos y conocidos.

La lección perdurable que aprendemos de ambos episodios, es la importancia de experimentar en nuestra vida las bendiciones de la expiación de Jesucristo como un requisito previo a un servicio sincero y auténtico que comprende más que sólo “actuar de forma rutinaria”. Casi al igual que Lehi, Enós y nuestro hijo menor en el relato que les conté, los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días han sentido la angustia asociada a la incertidumbre espiritual y al pecado. También hemos vivido la purificación, la tranquilidad de conciencia, la sanación y

renovación espirituales, y la guía que se reciben únicamente al aprender y vivir los principios del evangelio del Salvador.

La expiación de Jesucristo brinda el poder limpiador que es necesario para ser puros y limpios, el unguento calmante que sana las heridas espirituales y elimina la culpa, así como la protección que nos permite ser fieles tanto en los momentos buenos como en los malos.

Existe la verdad absoluta

A ustedes, familiares y amigos que no son miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, les he intentado explicar las razones fundamentales de por qué somos misioneros.

Existe la verdad absoluta en un mundo que cada vez más desdeña y repudia los absolutos. En un día futuro, toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que “Jesucristo es el Señor, para la gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:10–11). Jesucristo es definitivamente el Hijo Unigénito del Padre Eterno. Como miembros de Su Iglesia, damos testimonio de que vive y que Su Iglesia ha sido restaurada en su plenitud en los últimos días.

Las invitaciones que les extendemos de aprender y poner a prueba nuestro mensaje, son fruto de los efectos positivos que el evangelio de Jesucristo ha tenido en nuestra vida. A veces podemos parecer torpes, abruptos o aun implacables en nuestros intentos. Nuestro deseo sencillo es compartir con ustedes las verdades que son de máximo valor para nosotros.

En calidad de uno de los apóstoles del Señor, y con toda la energía de mi alma, testifico de Su divinidad y realidad, y los invito a venir y ver (véase Juan 1:39); en el sagrado nombre del Señor Jesucristo. Amén. ■



Por el presidente Thomas S. Monson

Hasta que nos volvamos a ver

Ruego que todos meditemos en las verdades que hemos escuchado y que nos ayuden a ser discípulos aún más valientes.

Mis hermanos y hermanas, hemos vivido dos días gloriosos de mensajes inspirados. Nuestro corazón se ha conmovido y se ha fortalecido nuestra fe a medida que participamos del Espíritu que ha estado presente durante las sesiones de la conferencia. Al concluir, agradecemos a nuestro Padre Celestial las muchas bendiciones que nos brinda.

Hemos sido elevados e inspirados con la bella música que hemos escuchado durante las sesiones. Las oraciones que se ofrecieron nos han acercado más a los cielos.

Permítanme expresar un profundo agradecimiento de parte de toda la Iglesia a nuestros hermanos que han sido relevados en esta conferencia. Los echaremos de menos. Sus contribuciones a la obra del Señor han sido enormes y se dejarán sentir a lo largo de generaciones futuras.

Ruego que volvamos a nuestros hogares con la resolución en el corazón de ser un poco mejor de lo que hemos sido en el pasado. Que podamos ser un poco más bondadosos y más considerados. Que tendamos una mano de ayuda, no sólo a los





Por Linda K. Burton

Presidenta General de la Sociedad de Socorro

miembros, sino también a las personas que no son de nuestra fe. A medida que tratemos con ellos, mostrémosles nuestro respeto.

Hay personas que luchan todos los días con problemas; mostrémosles nuestro interés, y ayudémoslos. Al velar unos por otros, seremos bendecidos.

Recordemos a los ancianos y a los que están confinados en su casa. Si tomamos tiempo para visitarlos, sabrán que se los quiere y se los aprecia. Sigamos el mandato de “[socorrer] a los débiles, [levantar] las manos caídas y [fortalecer] las rodillas debilitadas”¹.

Seamos personas honradas e íntegras; tratemos de hacer lo correcto en todo momento y en todas las circunstancias. Que seamos seguidores fieles de Cristo, ejemplos de rectitud, y de ese modo ser “luminares en el mundo”².

Mis hermanos y hermanas, agradezco sus oraciones a mi favor. Me fortalecen y me edifican a medida que me esfuerzo con toda mi alma y fuerza por hacer la voluntad de Dios y servirle a Él y a ustedes.

Al partir de esta conferencia, invoco las bendiciones del cielo sobre cada uno de ustedes. Que ustedes, los que están fuera de su hogar, regresen a salvo y encuentren todo en orden. Ruego que todos meditemos en las verdades que hemos escuchado y que nos ayuden a ser discípulos aún más valientes de lo que éramos cuando la conferencia comenzó.

Ruego que, hasta que nos volvamos a ver en seis meses, las bendiciones del Señor estén sobre ustedes y, en realidad, sobre todos nosotros; y lo hago en Su santo nombre, Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. Amén. ■

NOTAS

1. Doctrina y Convenios 81:5.

2. Filipenses 2:15.

Preparados de una manera como nunca se había conocido

Ruego que nos preparemos para recibir de manera digna las ordenanzas salvadoras gota a gota y que guardemos los convenios relacionados con ellas con todo el corazón.

Cuando nuestra hija menor regresó a casa después de su primer día de escuela, le pregunté: “¿Cómo te fue?”.

Ella respondió: “Bien”.

Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando la desperté para ir a la escuela, se cruzó de brazos y dijo con firmeza: “¡Ya fui a la escuela!”. Aparentemente yo no la había *preparado* o no le había explicado que ir a la escuela no era algo que se hace sólo una vez, sino que tenía que ir a la escuela cinco días a la semana por muchos, muchos años.

Al considerar el principio de estar preparados, imaginemos la siguiente escena: Están sentados en el salón celestial del templo y observan a las novias y a los novios que entran y salen reverentemente mientras esperan para casarse por el tiempo y por toda la eternidad. Una novia entra en el salón celestial, tomada de

la mano de su novio. Lleva puesto un vestido sencillo pero hermoso y una sonrisa serena, cálida y simpática en el rostro. Está bien arreglada, pero sin llamar la atención; toma asiento, mira a su alrededor, y de pronto la embarga la emoción. Parece que sus lágrimas son el resultado del asombro y de la reverencia que tiene por el lugar en el que se encuentra así como por la sagrada ordenanza que le espera a ella y al amor de su vida. Su comportamiento parece decir: “¡Cuán agradecida estoy por estar en la Casa del Señor hoy, lista para empezar una jornada eterna con un amado compañero eterno!”. Parece estar *preparada* para mucho más que sólo un acontecimiento.

Hace poco, nuestra preciosa nieta adolescente me dejó una nota sobre la almohada que en una parte decía: “Una cosa que me impresiona cuando entro al templo es el espíritu



de paz y amor que reina allí... La gente puede ir al templo a recibir inspiración”¹. Ella tiene razón. Podemos recibir inspiración y revelación en el templo, así como el poder para sobrellevar las adversidades de la vida. Lo que ella aprenda sobre el templo conforme participe de forma constante al llevar los nombres de sus propios familiares para realizar bautismos y confirmaciones la preparará para recibir otras ordenanzas, convenios y bendiciones tanto para ella como para aquellos que se encuentran al otro lado del velo.

El élder Russell M. Nelson enseñó: “Así como los templos están preparados para las personas, las personas necesitan prepararse para el templo”².

Al volver a leer sobre el capitán Moroni en el Libro de Mormón, me recuerda que uno de los logros más grandes de Moroni fue el haber preparado meticulosamente a los nefitas para que resistieran la batalla contra el ejército lamanita. Preparó tan bien al pueblo, que leemos: “Pero he aquí, para... mayor asombro [de los lamanitas], [los nefitas] *estaban preparados para recibirlos de una manera como nunca se había conocido*”³.

Esa frase: “preparados... de una manera como nunca se había conocido”, me llamó mucho la atención.

¿Cómo podemos prepararnos mejor para las sagradas bendiciones del templo? El Señor enseñó: “Y además os daré una norma en todas las cosas”⁴. Consideremos un modelo de las

Escrituras para ayudar a prepararnos bien. La preparación de Moroni para afrontar al enemigo exigió diligencia constante y fiel; y este modelo requerirá lo mismo.

Parece que nunca me canso de la hermosa parábola que el Salvador enseñó sobre las cinco vírgenes prudentes y las cinco insensatas. Aunque esta parábola se refiere a estar preparados para la Segunda Venida de nuestro Salvador, también la podemos asociar a estar preparados para las bendiciones del templo, que pueden ser un banquete espiritual para quienes estén bien preparados.

En Mateo 25 leemos:

“Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al novio.

“Y cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas...”

“las [que eran] prudentes tomaron aceite en sus vasijas...”

“Y tardándose el novio, cabecearon todas y se durmieron.

“Y a la medianoche se oyó un clamor: He aquí el novio viene; salid a recibirle.

“Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas.

“Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.

“Pero las prudentes respondieron, diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los

que venden y comprad para vosotras mismas.

“Y mientras ellas iban a comprar, vino el novio; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta.

“Y después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, Señor, ábrenos!

“Mas respondiendo él, dijo: De cierto os digo que no os conozco”⁵.

No creo que haya ninguna persona, en especial entre aquellas de buen corazón, que no se sienta triste por las mujeres insensatas; y quizás algunas sólo queramos decirles a las otras madres: “¿No pueden compartir un poco para que todas sean felices?”. Pero piénsenlo; éste es un relato que contó el Salvador, y Él es quien llama a cinco de ellas “prudentes” y a las otras cinco “insensatas”.

Al considerar la parábola como un modelo de preparación para el templo, consideren las palabras de un profeta de los últimos días que enseñó que “el aceite de la preparación espiritual no se puede compartir”⁶. El presidente Spencer W. Kimball ayudó a aclarar por qué las cinco mujeres “prudente” no podían compartir el aceite de sus lámparas con aquellas que eran “insensatas” cuando dijo: “La asistencia a las reuniones sacramentales les agrega aceite a nuestras lámparas gota por gota a través de los años. El ayuno, la oración familiar, la orientación familiar, el control de los apetitos de la carne, la predicación del Evangelio, el estudio de las Escrituras —cada acto de dedicación y obediencia constituye una gota que se agrega a nuestra reserva. Los actos de bondad, el pago de ofrendas y de diezmos, las acciones y pensamientos castos... todos éstos contribuyen sustancialmente a incrementar el aceite con el que podemos reabastecer

a medianoche nuestras lámparas vacías”⁷.

¿Pueden ver el modelo de preparación —gota a gota— que puede ayudarnos a medida que pensamos cómo podemos ser más diligentes en nuestra preparación a fin de recibir ordenanzas sagradas para nosotros mismos y para otras personas? ¿Qué otras cosas pequeñas y sencillas podemos hacer para agregar valiosas y espirituales gotas de aceite a nuestras lámparas de preparación?

El élder Richard G. Scott nos enseñó que “la dignidad personal es un requisito esencial para gozar de las bendiciones del templo... El carácter digno se forja mejor con una vida de decisiones correctas y consistentes centradas en las enseñanzas del Maestro”⁸. Me encanta la palabra *consistente*; ser consistente es ser firme, constante y fiable. ¡Qué gran descripción del principio de dignidad!

En el Diccionario Bíblico en inglés, se nos recuerda que “sólo el hogar se puede comparar en santidad con el templo”⁹. ¿Se ajusta nuestro hogar a esa descripción? Una encantadora jovencita de nuestro barrio fue a nuestra casa hace poco. Sabiendo que su hermano recién había regresado de su misión, le pregunté cómo se sentía al tenerlo de vuelta en casa. Ella dijo que era fantástico, pero que a veces le pedía que bajase el volumen de la música; y agregó: “Y ni siquiera era música *mala!*”. Quizás valga la pena examinarnos a nosotras mismas de vez en cuando para asegurarnos de que nuestro hogar sea un lugar donde estemos preparadas para sentir el Espíritu. Al preparar nuestros hogares para que sean lugares que inviten al Espíritu, estaremos preparadas para sentirnos “en casa” cuando entremos en la Casa del Señor.

A medida que nos preparemos para entrar dignamente en el templo y seamos fieles a los convenios del templo, el Señor derramará sobre nosotros “una multiplicidad de bendiciones”¹⁰. Hace poco, mi buena amiga Bonnie Oscarson cambió el orden de un pasaje de las Escrituras cuando dijo: “A quien mucho se requiere, mucho más le será dado”¹¹. ¡Estoy totalmente de acuerdo! Debido a que vamos al templo a recibir bendiciones *eternas*, no deberá sorprendernos que se requiera una norma más elevada para merecer esas bendiciones. Nuevamente el élder Nelson enseñó: “Por motivo de que el templo es la Casa del Señor, las normas para ser admitidos en ella las ha establecido Él. Uno entra allí como invitado del Señor. Tener la recomendación para el templo es un privilegio inestimable y una señal tangible de obediencia a Dios y a Sus profetas”¹².

Se espera que los atletas de categoría mundial y los estudiantes de posgrado pasen horas, días, semanas, meses e incluso años preparándose. Se necesitan gotas diarias de preparación para que salgan vencedores. Del mismo modo, se espera que aquellos que deseen hacerse acreedores de la exaltación en el reino celestial vivan una norma más elevada de obediencia que resulta de practicar la virtud de la obediencia día tras día y gota a gota.

A medida que agregamos aceite de manera consistente y diligente, gota a gota, a nuestras lámparas espirituales, haciendo estas cosas pequeñas y sencillas, podemos tener nuestras lámparas “arregladas y encendidas”¹³ con una preparación asombrosa. Mi querido esposo, que es presidente de estaca, recientemente me dijo que él casi siempre puede saber cuando una persona está preparada y es digna de



entrar al templo porque “iluminan el cuarto” cuando vienen a pedir la recomendación para el templo.

En la oración dedicatoria del Templo de Kirtland, el profeta José Smith pidió al Señor “que todas las personas que pasen por el umbral de la casa del Señor sientan tu poder... y que crezcan en ti y reciban la plenitud del Espíritu Santo... y se preparen para recibir cuanto fuere necesario”¹⁴.

Es mi ruego que, para nosotros, el ir al templo sea mucho más que un acontecimiento que ocurre sólo una vez. Ruego que nos preparemos para recibir de manera digna las ordenanzas salvadoras gota a gota y que guardemos los convenios relacionados con ellas con todo el corazón. Al hacerlo, sé que tendremos derecho a recibir las bendiciones prometidas de la plenitud del Espíritu Santo y el poder del Señor en nuestro hogar y en nuestra vida. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Nota personal de Aydia Kaylie Melo a Linda K. Burton, 31 de agosto de 2014.
2. Russell M. Nelson, “Preparémonos para las bendiciones del templo”, *Liahona*, octubre de 2010, pág. 41.
3. Alma 49:8; cursiva agregada; véanse también los versículos 6–7.
4. Doctrina y Convenios 52:14.
5. Mateo 25:1–2, 4–11; Traducción de José Smith, Mateo 25:12 (en Mateo 25:12, nota de pie de página a).
6. Marvin J. Ashton, “A Time of Urgency”, *Ensign*, mayo de 1974, pág. 36.
7. Spencer W. Kimball, *La Fe Precede al Milagro*, 1972, págs. 256–257.
8. Véase Richard G. Scott, “Recibe las bendiciones del templo”, *Liahona*, julio de 1999, pág. 29.
9. Bible Dictionary, “Temple”.
10. Doctrina y Convenios 104:2.
11. Véase de Bonnie L. Oscarson, “Greater Expectations”, (transmisión vía satélite de seminarios e institutos de religión, 5 de agosto de 2014); lds.org/broadcasts; véanse también Lucas 12:48; Doctrina y Convenios 82:3.
12. Russell M. Nelson, “La preparación personal para recibir las bendiciones del templo”, *Liahona*, julio de 2001, pág. 38.
13. Doctrina y Convenios 33:17.
14. Doctrina y Convenios 109:13, 15.



Por Jean A. Stevens

Primera Consejera de la Presidencia General de la Primaria

Hijas de Dios bajo convenio

Cuando las hijas de Dios se concentran en el templo y en sus convenios sagrados, Dios puede enviar bendiciones en forma personal y poderosa.

Queridas hermanas, las saludo con mucho amor. Dondequiera que estén en este momento, espero que sientan el amor del Señor por ustedes personalmente y que el Espíritu testifique a su corazón el mensaje que acaba de cantar este hermoso coro. Agregó mi testimonio al de ellas: Yo sé que vive mi Señor y que nos ama a cada una de nosotras.

Esta noche nos reunimos como hijas de Dios bajo convenio. Nuestra edad, circunstancias y personalidades no nos pueden separar, porque ante todo somos Suyas y hemos hecho convenio de recordar siempre a Su Hijo.

El poder de ese convenio individual me tocó el corazón hace unas tres semanas, cuando asistí a un servicio bautismal. Ante mí había ocho niños hermosos sentados en reverente expectativa porque al fin había llegado su día especial. Pero al contemplar sus rostros felices, no vi sólo a un grupo de niños, sino que los vi como pienso que el Señor los vería: en forma individual. Vi a Emma, a Sophia y a Ian, a Logan y a Aden, a William, a Sophie y a Micah. Cada convenio bautismal se realiza uno a la vez. Cada uno, vestido de blanco,

estaba listo y dispuesto con todo el deseo que se tiene a los ocho años para hacer su primer convenio con Dios.

Reflexionen en el día de su propio bautismo. Ya sea que recuerden muchos detalles o sólo unos pocos, traten de sentir ahora la importancia del convenio que hicieron individualmente. Se las llamó por su nombre, se las sumergió en el agua, y salieron como hijas de Dios, hijas del convenio dispuestas a llevar el nombre de Su





Hijo, con la promesa de seguirle y de guardar Sus mandamientos.

Los convenios con Dios nos ayudan a saber quiénes somos en verdad. Nos conectan con Él de manera personal mediante los cuales podemos sentir lo que valemos para Él y nuestro lugar en Su reino. De una forma que no podemos comprender plenamente, Él nos conoce y nos ama individualmente. Piensen en eso: cada una de nosotras tiene un lugar en Su corazón. Él desea que elijamos el sendero que nos lleve de regreso a Su lado.

A pesar de lo esencial y significativo que es el convenio del bautismo, es sólo el comienzo: es la puerta que nos coloca en el sendero hacia la vida eterna. Más adelante en nuestra trayectoria se harán convenios en el templo y se recibirán ordenanzas del sacerdocio. Tal como nos recuerda el élder David A. Bednar: “Al estar en las aguas del bautismo, tornamos nuestra vista hacia el templo”¹.

No sólo al hacer convenios sino también al guardarlos fielmente nos preparamos para recibir la vida eterna; ésa es nuestra esperanza, nuestra meta y nuestro gozo.

Fui testigo del poder de los convenios al observar a mis padres rectos que amaban y vivían el Evangelio. En mi amorosa madre tuve el privilegio de ver claramente las decisiones diarias de una hija de Dios bajo convenio. Aun cuando era niña, sus elecciones reflejaban sus prioridades y la identificaban como verdadera discípula de Jesucristo. He visto la paz, el poder y la protección que tuvo en su vida al hacer y guardar convenios sagrados en su viaje. Su vida en esta tierra reflejó su amor por el Salvador y su deseo de seguirlo. ¡Cuánto deseo seguir el ejemplo de ella!

El matrimonio de mis padres comenzó de manera inusual. En 1936, tenían una seria relación de noviazgo y pensaban casarse cuando mi padre recibió una carta invitándolo a servir como misionero de tiempo completo en Sudáfrica. En la carta decía que si él era digno y estaba dispuesto a servir, debía comunicarse con su obispo. Como ven, ¡el proceso de llamar a un misionero a prestar servicio era muy diferente en esos días! Papá le enseñó la carta a su novia, Helen, y sin dudar decidieron que él prestaría servicio.

Por dos semanas antes de que él partiera, mi mamá se reunió con mi papá diariamente en Memory Grove, cerca del centro de Salt Lake City, para almorzar. Un día, habiendo consultado al Señor mediante el ayuno y la oración, mamá le dijo a su querido Claron que si él quería, ella se casaría con él antes de que se fuera. En esos días, a veces se llamaba a los hombres al servicio misional y dejaban a su esposa y familias en casa. Y así fue con ellos. Con la aprobación de sus líderes del sacerdocio, decidieron casarse antes de que él se fuera a la misión.

Mamá recibió su investidura en el Templo de Salt Lake, y el presidente David O. McKay los selló por esta vida y por la eternidad. Fue un comienzo humilde. No hubo fotografías ni un hermoso vestido de novia, ni flores ni recepción para celebrar la ocasión. Su claro enfoque era el templo y sus convenios. Para ellos, los convenios lo eran todo. Después de sólo seis días de casados y una triste despedida, mi padre partió hacia Sudáfrica.

Pero su matrimonio era mucho más que el profundo amor que se tenían. También amaban al Señor y deseaban



Las Piñas, Filipinas

servirle. Los sagrados convenios del templo que habían hecho les dieron la fuerza y el poder para sostenerlos durante los dos años de separación. Tenían una perspectiva eterna del propósito de la vida y de las bendiciones prometidas que vienen a los que son fieles a sus convenios. Todas esas bendiciones trascendían su sacrificio y separación de corto plazo.

Aunque ciertamente no fue una forma fácil de comenzar la vida de casados, fue la manera ideal de establecer los cimientos de una familia eterna. Los hijos que llegaron sabíamos lo que era más importante para ellos: su amor por el Señor y su firme compromiso de guardar los convenios que habían hecho. Aunque mis padres han fallecido, su modelo de rectitud sigue bendiciendo a nuestra familia.

El ejemplo de su vida se refleja en las palabras de la hermana Linda K. Burton: “La mejor manera de fortalecer un hogar, actual o futuro, es guardar los convenios”².

Su temporada de dificultades y pruebas no había terminado. Tres años después del regreso de papá de la misión, la Segunda Guerra Mundial estaba en auge, y él, al igual que muchos otros, se alistó en el ejército. Estuvo lejos de casa cuatro años más mientras servía en la marina, en barcos de guerra en el Pacífico.

Fue una época difícil para estar separados otra vez. Pero para mi madre,

esos días de soledad, preocupación e incertidumbre también fueron llenos de susurros del Espíritu que le hablaban de promesas eternas, de consuelo y de paz en medio de la tormenta.

A pesar de sus desafíos, mi madre vivió una vida plena de felicidad, gozo, amor y servicio. Su amor por el Salvador se reflejaba en la forma en que vivía. Tenía una conexión admirable con el cielo, y el don y la capacidad de amar y bendecir a todos los que la rodeaban. Su fe en Dios y su esperanza en Sus promesas se reflejan en las palabras del presidente Thomas S. Monson sobre el templo cuando dijo: “...ningún sacrificio es demasiado grande, ningún precio demasiado caro ni ningún esfuerzo demasiado difícil para recibir esas bendiciones”³.

En todas las épocas de su vida, mi madre fue fortalecida y bendecida por su amor por el Señor y por los convenios que hizo y guardó fielmente.

Sin duda los detalles de la historia de ustedes serán diferentes de los de ella, pero los principios de su vida se aplican a todas nosotras. Cuando las hijas de Dios se concentran en el templo y en sus convenios sagrados, Dios puede enviar bendiciones en forma personal y poderosa. Como lo fue el ejemplo de mi madre para mí, la decisión de ustedes de creer y de guardar convenios será un legado de fe para los que las sigan. Entonces,

queridas hermanas, ¿cómo podemos acceder al poder y a las bendiciones de los convenios del templo? ¿Qué podemos hacer ahora para prepararnos para esas bendiciones?

En mis viajes, he visto que hay hermanas de todas las edades, en todas las circunstancias, cuya vida brinda respuestas a esas preguntas.

Conocí a Mary poco después de su octavo cumpleaños. Como muchas personas, está entusiasmada haciendo historia familiar y ha contribuido con más de mil nombres para la obra del templo. Se está preparando ahora para la bendición de ir al templo cuando tenga doce años.

Brianna tiene trece años, le encanta hacer la obra del templo y de historia familiar y aceptó el desafío del élder Neil L. Andersen⁴ respecto al templo. Ha preparado cientos de nombres para la obra del templo y ella, junto con sus familiares y amigos han hecho los bautismos. En esa obra sagrada, el corazón de Brianna se ha vuelto no sólo a sus padres terrenales, sino también a su Padre Celestial.

Aunque Anfissa es una joven adulta muy ocupada con el trabajo y los estudios superiores, se toma el tiempo para ir al templo cada semana. Busca revelación y encuentra paz al servir en la Casa del Señor.



Katya, una querida hermana de Ucrania, ama profundamente el templo. Antes de construirse el Templo de Kiev, ella y otros miembros de su rama hacían el sacrificio de viajar 36 horas en autobús para asistir al templo una vez al año en Alemania. Al viajar, esos santos dedicados oraban, estudiaban las Escrituras, cantaban himnos y estudiaban el Evangelio. Katya me dijo: “Cuando finalmente llegábamos al templo, estábamos preparados para recibir lo que el Señor tenía para darnos”.

Si hemos de recibir todas las bendiciones que Dios nos ofrece tan generosamente, nuestro sendero terrenal debe llegar al templo. Los templos son una expresión del amor de Dios. Él nos invita a todos a venir, a aprender de Él, a sentir Su amor, y a recibir las ordenanzas del sacerdocio necesarias para tener la vida eterna con Él. Cada convenio se hace uno a la vez. Al Señor le importa todo potente cambio de corazón, y el suyo tendrá un gran efecto en ustedes. Que al ir a Su santa casa seamos “...armados con [Su] poder... [Su] nombre sobre [nosotros]... [que nos rodee Su] gloria, y [Sus] ángeles [nos] guarden”⁵.

Les expreso mi testimonio seguro de que nuestro amoroso Padre Celestial vive. Es mediante Su Amado Hijo, Jesucristo, que se cumple toda esperanza, toda promesa y toda bendición del templo. Que tengamos la fe para confiar en Él y en Sus convenios; lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. David A. Bednar, “Honorablemente [retener] un nombre y una posición”, *Liahona*, mayo de 2009, pág. 98.
2. Linda K. Burton, “Se solicitan manos y corazones para apresurar la obra”, *Liahona*, mayo de 2014, pág. 123.
3. Thomas S. Monson, “El Santo Templo: Un faro para el mundo”, *Liahona*, mayo de 2011, pág. 92.
4. Véase templechallenge.lds.org.
5. Véase Doctrina y Convenios 109:22.



Por Neill F. Marriott

Segunda Consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes

Compartir su luz

Debemos permanecer firmes en nuestra fe y alzar nuestra voz para proclamar la doctrina verdadera.

Esta noche quisiera mencionar dos importantes responsabilidades que tenemos: primero, aumentar la luz y verdad del Evangelio en nuestra vida en forma constante; y segundo, compartir esa luz y verdad con los demás.

¿Saben cuán importantes son? Cada una de ustedes—ahora mismo—es valiosa y esencial en el Plan de Salvación del Padre Celestial. Tenemos trabajo que hacer; conocemos la verdad del Evangelio restaurado; ¿estamos listas para defenderla? Debemos vivirla, debemos compartirla. Debemos permanecer firmes en nuestra fe y elevar nuestra voz para proclamar la doctrina verdadera.

En la revista *Liahona*, de septiembre de 2014, el élder M. Russell

Ballard dice: “Necesitamos más de las distintivas e influyentes voces de las mujeres, así como su fe. Necesitamos que aprendan la doctrina y comprendan aquello en lo que creemos a fin de que puedan dar testimonio de la verdad de todas las cosas”¹.

Hermanas, ustedes fortalecen mi fe en Jesucristo. ¡He visto su ejemplo, escuchado sus testimonios y sentido su fe desde Brasil a Botswana! Dondequiera que van llevan consigo su influencia. Las personas a su lado la sienten —desde su familia a los contactos en su teléfono celular, y desde sus amigos en las redes sociales hasta los que están sentados a su lado esta noche. Estoy de acuerdo con la hermana Harriet Uchtdorf que escribió: “Ustedes... son faros brillantes





y entusiastas en un mundo cada vez más oscuro al mostrar, mediante su ejemplo, que el Evangelio es un mensaje de alegría”².

El presidente Thomas S. Monson señaló: “...si desea dar su luz a los demás, uno tiene que resplandecer”³. ¿Cómo mantenemos esa luz resplandeciendo dentro de nosotros? En ocasiones me siento como un débil foco. ¿Cómo podemos brillar más?

En las Escrituras se enseña: “Lo que es de Dios es luz; y el que recibe luz y persevera en Dios, recibe más luz”⁴. Debemos perseverar en Dios como leemos en las Escrituras. Debemos ir a la fuente de luz: el Padre Celestial, Jesucristo y las Escrituras. También podemos ir al templo, sabiendo que todo dentro de él señala a Jesucristo y a Su gran sacrificio expiatorio.

Piensen en el efecto que los templos tienen en su entorno. Embellecen las ciudades; brillan desde las colinas. ¿Por qué razón embellecen y brillan? Porque como leemos en el pasaje de las Escrituras “la... verdad brilla”⁵, y los templos contienen verdad y propósito eterno; al igual que ustedes.

En 1877, el presidente George Q. Cannon dijo: “...todo templo... disminuye el poder de Satanás sobre la

Tierra”⁶. Creo que dondequiera que se construya un templo en la tierra, las tinieblas se retraen. El propósito del templo es servir a la humanidad y dar a todos los hijos del Padre Celestial la capacidad de regresar a vivir con Él. ¿Acaso no es nuestro propósito similar al de estos edificios dedicados, estas Casas del Señor; el de servir a otros y ayudarlos a apartar la oscuridad y regresar a la luz del Padre Celestial?

La sagrada obra del templo aumentará nuestra fe en Cristo, y entonces podremos influir mejor en la fe de otros. Mediante el espíritu fortalecedor del templo podemos conocer la realidad, el poder y la esperanza de la Expiación del Salvador en nuestra vida personal.

Hace algunos años, nuestra familia enfrentó un gran desafío. Fui al templo y oré fervientemente en busca de ayuda. Se me reveló una verdad. Tuve una clara visión de mis debilidades y quedé sorprendida. En ese momento espiritualmente instructivo, vi a una mujer orgullosa haciendo las cosas a su manera, no necesariamente a la manera del Señor, y adjudicándose el crédito por supuestos logros. Supe que era yo. Imploré en mi corazón al Padre Celestial y dije: “No deseo ser esa mujer, pero, ¿cómo puedo cambiar?”.

A través del espíritu puro de revelación en el templo, se me enseñó la gran necesidad que tengo de un Redentor. Me volví inmediatamente al Salvador Jesucristo en mi mente y sentí mi angustia desaparecer y una gran esperanza renacer en mi corazón. Él era mi única esperanza y yo anhelaba asirme sólo a Él. Me quedó claro que una egocéntrica mujer natural “es enemiga de Dios”⁷ y de las personas a su alrededor. Ese día en el templo aprendí que era sólo por medio de la Expiación de Jesucristo que mi naturaleza orgullosa podía cambiar y que podría hacer el bien. Sentí Su amor intensamente y supe que Él me enseñaría por medio del Espíritu y me cambiaría si le entregaba mi corazón, sin retener nada.

Aún lucho con mis debilidades, pero confío en la ayuda divina de la Expiación. Recibí esa pura instrucción porque entré al santo templo buscando alivio y respuestas. Entré al templo con una carga y salí sabiendo que tenía un Salvador todopoderoso y amoroso. Me sentí aliviada y gozosa porque había recibido Su luz y acepté el plan que Él tenía para mí.

Ubicados alrededor del mundo, los templos tienen un diseño exclusivo por fuera, pero por dentro todos tienen la misma luz, propósito y verdad eternos. En 1 Corintios 3:16 leemos: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?”. Nosotras también, como hijas de Dios, nos encontramos en todo el mundo, al igual que los templos y cada una tiene su propio diseño exclusivo igual que los templos. También tenemos una luz espiritual en nosotros; al igual que los templos. Esta luz espiritual es un reflejo de la luz del Salvador. Otras personas se sentirán atraídas por su resplandor.

Tenemos nuestra propia función en la tierra —desde hijas, madres, líderes

y maestras hasta hermanas, proveedoras, esposas y más. Cada una ejerce una influencia. Cada función tendrá poder moral al reflejar las verdades del Evangelio y los convenios del templo en nuestra vida.

El élder D. Todd Christofferson dijo: “En ningún lugar se siente la influencia moral de la mujer de manera más poderosa... que en el hogar”⁸.

Cuando nuestros hijos eran pequeños, me sentía como el capitán de un barco, junto con mi esposo, David, y me imaginaba que nuestros 11 hijos eran una flotilla de barquitos flotando a nuestro alrededor en la bahía, preparándonos para navegar por el mar del mundo. David y yo sentíamos la necesidad de consultar la brújula del Señor a diario para navegar en la mejor dirección junto con esa pequeña flotilla.

Mis días estaban llenos de cosas intrascendentes como doblar la ropa, leerle a los niños, preparar la cena. En ocasiones, en la bahía de nuestro hogar no podemos ver que con los actos sencillos y constantes, incluso la oración familiar, el estudio de las Escrituras y la noche de hogar, se llevan a cabo grandes cosas; pero testifico que esos hechos tienen mucho significado. Recibimos gran gozo cuando esos pequeños barcos —nuestros hijos— crecen para convertirse en grandes naves llenas con la luz del Evangelio y listos para “[embarcarse] en el servicio de Dios”⁹. Los pequeños actos de fe y de servicio son la forma en que la mayoría de nosotros perseveramos en Dios y finalmente traemos luz eterna y gloria a nuestra familia, nuestros amigos y nuestros asociados. ¡En verdad ustedes ejercen una gran influencia!

Piensen en la influencia que la fe de una niña en edad de la Primaria ejerce en su familia. La fe de nuestra hija bendijo a nuestra familia cuando se nos extravió nuestro pequeño

hijo en un parque. La familia corría buscándolo desesperadamente. Finalmente, nuestra hija de diez años me tiró del brazo y dijo: “Mamá, ¿no deberíamos orar?”. ¡Tenía razón! La familia se reunió en medio de una multitud de personas y oró a fin de encontrar a nuestro hijo. Lo encontramos. A las niñas de la Primaria les digo: “¡Sigan recordándoles a sus padres que oren!”.

Este verano tuve el privilegio de asistir a un campamento de 900 mujeres jóvenes en Alaska; influenciaron en mí profundamente. Llegaron al campamento espiritualmente preparadas, habían leído el Libro de Mormón y memorizado “El Cristo Viviente: El testimonio de los Apóstoles”. En la tercera noche de campamento, las 900 jovencitas se reunieron y repitieron todo el documento, palabra por palabra.

El Espíritu llenó todo el salón, y deseé hacerlo también. Pero no

podía; no había pagado el precio de memorizarlo.

He empezado ya a memorizar las palabras de “El Cristo Viviente” como esas jovencitas, y debido a su influencia, aprecio más plenamente el convenio sacramental de recordar siempre al Salvador al repetir el testimonio de los Apóstoles acerca de Cristo. La Santa Cena tiene un significado más profundo para mí.

Mi esperanza es ofrecer al Salvador un regalo de navidad este año al memorizar “El Cristo Viviente” y retenerlo en mi corazón antes del 25 de diciembre. Espero ser una influencia para bien —como las hermanas de Alaska lo fueron para mí.

¿Se pueden ver a sí mismas en las siguientes palabras de este documento: “El Cristo Viviente”? “Él suplicó a todos que siguieran Su ejemplo. Recorrió los caminos de Palestina,



sanando a los enfermos, haciendo que los ciegos vieran y levantando a los muertos”¹⁰.

Nosotras, hermanas de la Iglesia, no recorreremos los caminos de Palestina sanando a los enfermos, pero podemos orar por ellos y aplicar el poder sanador de la Expiación a las relaciones quebrantadas y problemáticas.

Aunque no haremos que el ciego vea como lo hizo el Salvador, podemos testificar del Plan de Salvación a los espiritualmente ciegos; podemos abrir los ojos de su entendimiento a la necesidad del poder del sacerdocio en los convenios eternos.

No levantaremos a los muertos como lo hizo el Salvador, pero podemos bendecir a los muertos al llevar sus nombres al templo para hacer la obra; entonces realmente los levantaremos de su prisión espiritual y les ofreceremos el camino de la vida eterna.

Testifico que tenemos un Salvador que vive, Jesucristo, y que con Su poder y luz podremos alejar las tinieblas del mundo, dar voz a la verdad que conocemos e influir a los demás para que vengan a Él. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. M. Russell Ballard, “Los hombres y las mujeres, y el poder del sacerdocio” *Liahona*, septiembre de 2014, pág. 36.
2. Harriet R. Uchtdorf, *The Light We Share*, (Deseret Book Company, 2014), pág. 41; usado con autorización.
3. Thomas S. Monson, “Porque yo era ciego, pero ahora puedo ver”, *Liahona*, julio de 1999, pág. 69.
4. Doctrina y Convenios 50:24.
5. Doctrina y Convenios 88:7.
6. George Q. Cannon, en *Cómo prepararse para entrar en el Santo Templo*, librito, 2002, pág. 39.
7. Mosiah 3:19.
8. D. Todd Christofferson, “La fuerza moral de la mujer”, *Liahona*, noviembre de 2013, pág. 30.
9. Doctrina y Convenios 4:2.
10. “El Cristo viviente, El testimonio de los apóstoles”, *Liahona*, abril de 2000, pág. 2.



Por el presidente Dieter F. Uchtdorf
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Vivir el Evangelio con gozo

Confíen en el poder Salvador de Jesucristo, guarden Sus leyes y mandamientos; en otras palabras: vivan el Evangelio con gozo.

Mis queridas hermanas, mis queridas amigas y benditas discípulas de Jesucristo, es un honor tener esta oportunidad de estar con ustedes al iniciar otra conferencia general de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. La próxima semana, la Primera Presidencia y los Doce Apóstoles se reunirán con todas las Autoridades Generales y líderes de las organizaciones auxiliares y las sesiones restantes de nuestra conferencia general mundial continuarán el próximo sábado y domingo. Estoy muy agradecido al presidente Thomas S. Monson, el profeta de Dios para nuestros días, por pedirme que represente a la Primera Presidencia al dirigirme a las hermanas de la Iglesia.

Al meditar en lo que podría decir, mis pensamientos se remontaron a las mujeres que han moldeado mi vida y que me han ayudado a través de las pruebas de la mortalidad. Estoy agradecido por mi abuela, que hace décadas decidió llevar a su familia a una reunión sacramental mormona. Estoy agradecido por la hermana Ewing, una señora alemana soltera mayor cuyo nombre traducido al español sería “hermana eterna”. Ella fue la

que le hizo esa valiente y maravillosa invitación a mi abuela. Estoy muy agradecido por mi madre, quien guio a cuatro hijos a lo largo de la turbulencia de la Segunda Guerra Mundial. Pienso también en mi hija, en mis nietas y en las generaciones futuras de mujeres fieles que un día las seguirán.

Y, naturalmente, estoy eternamente agradecido a mi esposa, Harriet, quien me cautivó cuando era adolescente; que como madre, llevó las cargas más pesadas de nuestra joven familia; que está a mi lado como esposa; y que ama y atesora a sus hijos, nietos y bisnietos. Ella ha sido la fuerza en nuestro hogar en tiempos buenos y malos; ella alumbró la vida de todos los que la conocen.

Por último, estoy muy agradecido a todas ustedes, las millones de fieles hermanas del mundo de todas las edades que hacen tanto para edificar el reino de Dios. Les agradezco las innumerables formas en que inspiran, cuidan y bendicen a las personas que las rodean.

Hijas de Dios

Me complace encontrarme entre tantas hijas de Dios. Cuando cantamos la canción “Soy un hijo de Dios”,

la letra nos llega al corazón. El meditar sobre esa verdad —que somos hijos de padres celestiales¹— nos llena con un sentimiento de origen, propósito y destino.

Es bueno que recuerden siempre que son una hija de Dios; ese conocimiento las sostendrá a través de los tiempos más difíciles de la vida y las inspirará a lograr cosas extraordinarias. Sin embargo, también es importante recordar que ser una hija de padres eternos no es una distinción que ganaron ni que algún día perderán; seguirán siendo hijas de Dios siempre, por la eternidad. Su Padre Celestial tiene grandes aspiraciones para ustedes, pero su origen divino *en sí* no les garantiza una herencia eterna. Dios las envió aquí para prepararlas para un futuro más grandioso que cualquier cosa que puedan imaginar.

Las bendiciones prometidas de Dios a los fieles son gloriosas e inspiradoras; entre ellas hay “tronos, reinos, principados, potestades y dominios, toda altura y toda profundidad”²; y se requiere más que un certificado de nacimiento espiritual o una “tarjeta de miembro al club Hijos de Dios” para tener derecho a esas incomparables bendiciones.

¿Pero cómo podemos obtenerlas?

El Salvador ha contestado esa pregunta en nuestros días:

“...a menos que cumpláis mi ley, no podréis alcanzar esta gloria.

“Porque estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la exaltación...

“...Recibid, pues, mi ley”³.

Por esa razón, hablamos en cuanto a seguir el sendero del discipulado.

Hablamos sobre la obediencia a los mandamientos de Dios.

Hablamos en cuanto a vivir el Evangelio gozosamente, con todo el corazón, alma, mente y fuerza.



Dios sabe algo que nosotros no sabemos

Sin embargo, para algunos de nosotros, la obediencia a los mandamientos de Dios no siempre es algo gozoso. Seamos francos: puede que algunos mandamientos parezcan ser más difíciles o menos atractivos, y los abordemos con el entusiasmo del niño que tiene enfrente un plato de verduras saludables pero que detesta. Apretamos los dientes y nos obligamos a obedecer para poder pasar a otras actividades más deseables.

Quizás en momentos como esos nos preguntemos: “¿De verdad tenemos que obedecer *todos* los mandamientos de Dios?”.

Mi respuesta a esa pregunta es sencilla:

¡Creo que Dios sabe algo que nosotros no sabemos; cosas que están más allá de nuestra capacidad para entender! Nuestro Padre Celestial es un ser eterno cuya experiencia, sabiduría e inteligencia son infinitamente más grandes que las nuestras⁴. No sólo eso, sino que Él también es eternamente amoroso, compasivo y está concentrado en una meta bendita: llevar a cabo nuestra inmortalidad y vida eterna⁵.

En otras palabras, no sólo *sabe* lo que es mejor para ustedes, sino que ansiosamente *desea que elijan* lo que es mejor para ustedes.

Si esto en su corazón —si en verdad creen que la gran misión de nuestro Padre Celestial es exaltar

y glorificar a Sus hijos y que Él sabe mejor cómo lograrlo— ¿no les parece lógico adoptar y seguir Sus mandamientos, incluso los que parezcan difíciles? ¿No deberíamos apreciar los postes de luz que Él ha proporcionado para guiarnos a través de la oscuridad y las pruebas de la vida terrenal? ¿Son ellos los que nos marcan el camino de regreso a nuestro hogar celestial! Cuando eligen el sendero de nuestro Padre Celestial, establecen un cimiento divino para su progreso personal como hijas de Dios que las bendecirá durante toda la vida.

Parte de nuestro desafío, creo yo, es que imaginamos que Dios tiene todas Sus bendiciones encerradas en una nube enorme en el cielo, negándose a dárnoslas a menos que cumplamos con ciertos requisitos estrictos y paternalistas que ha impuesto. Pero los mandamientos no son así en lo absoluto. En realidad, nuestro Padre Celestial está constantemente derramando bendiciones sobre nosotros; son nuestros temores, dudas y pecados los que, al igual que un paraguas, impiden que esas bendiciones lleguen a nosotros.

Sus mandamientos son instrucciones amorosas y la ayuda divina para que cerremos el paraguas a fin de que podamos recibir la lluvia de bendiciones celestiales.

Tenemos que aceptar que los mandamientos de Dios no son sólo una larga lista de buenas ideas, no son

“trucos” de un blog de internet para resolver problemas, ni citas motivadoras de un tablero de Pinterest; son consejos divinos, basados en verdades eternas, que se dieron para traer “paz en este mundo y la vida eterna en el mundo venidero”⁶.

De modo que tenemos que elegir: por un lado, está la opinión del mundo con sus teorías constantemente cambiantes y motivos cuestionables; por otro lado está la palabra de Dios a Sus hijos: Su eterna sabiduría, Sus promesas seguras y Sus amorosas instrucciones para regresar a Su presencia en gloria, amor y majestad.

¡La decisión es de ustedes!

¡El Creador de los mares, las arenas y las estrellas infinitas les tiende la mano hoy mismo! ¡Les brinda la grandiosa receta para la felicidad, la paz y la vida eterna!

Para hacerse merecedoras de estas gloriosas bendiciones, tienen que humillarse, ejercitar la fe, tomar sobre ustedes el nombre de Cristo, buscarlo en palabra y en hechos, y con firmeza “ser testigos de Dios en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar”⁷.

El *porqué* de la obediencia

Una vez que comprendan la verdadera naturaleza de Dios y de Sus mandamientos, también se comprenderán mejor a ustedes mismas y el divino propósito de su existencia. Con ello, su motivación para seguir los mandamientos cambia, y vivir el Evangelio con gozo llega a ser el deseo de su corazón.

Por ejemplo, aquellos que consideran la asistencia a las reuniones de la Iglesia como una manera personal de aumentar su amor por Dios, encontrar paz, edificar a los demás, procurar el Espíritu y renovar su compromiso de seguir a Jesucristo, tendrán una experiencia mucho más satisfactoria



que aquellos que simplemente van a sentarse en la banca. Hermanas, es *muy importante* que asistamos a nuestras reuniones dominicales, pero estoy bien seguro de que a nuestro Padre Celestial le interesan aún más nuestra fe y arrepentimiento que las estadísticas de asistencia.

Les presento otro ejemplo:

Una madre sola con dos niños pequeños enfermó recientemente de sarampión. Por supuesto, al poco tiempo, los niños también enfermaron. La tarea de cuidar de sí misma y de sus pequeños sola resultó ser demasiado para esa joven madre; como resultado, la casa que normalmente estaba impecable, se convirtió en un lugar desarreglado y sucio; los platos sucios se amontonaron, y por todos lados había montones de ropa para lavar.

Mientras lidiaba con niños que lloraban, y con deseos de llorar ella misma, alguien llamó a la puerta. Eran sus maestras visitantes, quienes se percataron de la angustia de esa joven madre; vieron su casa, la cocina y oyeron el llanto de los niños.

Ahora bien, si a esas hermanas sólo les hubiera preocupado completar las visitas mensuales que se les asignaron, quizás le habrían entregado a esa madre un plato con galletitas, le habrían dicho que la extrañaron en la Sociedad de Socorro la semana anterior, y le habrían dicho algo así: “¡Avísenos si hay algo que podamos hacer!”. Entonces, se habrían ido alegremente a casa, agradecidas de haber logrado el 100 por ciento para otro mes.

Afortunadamente, esas hermanas eran verdaderas discípulas de Cristo. Se dieron cuenta de las necesidades de la hermana y pusieron sus muchos talentos y experiencia en acción: Pusieron en orden el caos, llevaron luz y claridad al hogar, y llamaron a una amiga para que fuera a comprar comestibles que tanto necesitaban. Cuando por fin terminaron sus labores y se despidieron, dejaron a aquella joven madre en lágrimas —lágrimas de gratitud y amor.

A partir de ese momento, la opinión de esa madre en cuanto a las visitas de maestras visitantes cambió; ella dijo: “Sé que no sólo soy una asignación más en la lista de tareas de una persona”.

Sí, las maestras visitantes tienen que ser fieles en hacer sus visitas mensuales, todo ello sin pasar por alto el *porqué* más importante de este mandamiento: amar a Dios y al prójimo.

Cuando consideramos los mandamientos de Dios y nuestra parte en edificar Su reino como algo que hay que marcar en una lista de cosas para hacer, pasamos por alto la esencia del discipulado y no logramos el crecimiento que ocurre al vivir con gozo los mandamientos de nuestro Padre Celestial.

El andar por el sendero del discipulado no tiene que ser una experiencia amarga; es “más dulce que todo lo dulce”⁸; no es una carga que nos agobia. El discipulado eleva nuestro espíritu y aligera nuestro corazón; nos inspira con fe, esperanza y caridad;

llena nuestro espíritu de luz en tiempos de oscuridad y nos da serenidad en tiempos de pesar.

Nos brinda poder divino y gozo perdurable.

Vivir el Evangelio con gozo

Mis queridas hermanas en el Evangelio, ya sea que tengan 8 o 108 años, hay algo que espero que entiendan y sepan de verdad:

Se las ama.

Sus Padres Celestiales las aman.

¡El Creador infinito y eterno de luz y vida las conoce! Él las tiene presentes.

Sí, Dios las ama este preciso día y siempre.

Él no está esperando que superen sus debilidades y malos hábitos para quererlas; Él las ama hoy mismo, con pleno entendimiento de sus dificultades. Él es consciente de que acuden a Él en oración sincera y llena de esperanza; Él sabe de las veces que se han aferrado a la luz que se desvanece y han creído, incluso en medio de la creciente oscuridad; Él

sabe de sus sufrimientos; Él sabe de su remordimiento por los momentos en que fallan o fracasan; pero aun así, Él las ama.

Dios sabe de sus éxitos; por más insignificantes que les parezcan a ustedes, Él reconoce y valora cada uno de ellos. Él las ama por dar de ustedes mismas a los demás; Él las ama por ayudar a los demás a llevar sus pesadas cargas, incluso cuando estén teniendo dificultades con las suyas propias.

Él sabe todo en cuanto a ustedes; Él las ve claramente —Él sabe quiénes son en realidad y Él las ama— ¡hoy y siempre!

¿Suponen que a nuestro Padre Celestial le importa que su maquillaje, ropa, cabello y uñas sean perfectos? ¿Piensan que lo que ustedes valen para Él cambia según cuántos seguidores tengan en Instagram o Pinterest? ¿Piensan que quiere que se preocupen o se depriman si alguien deja de ser su amiga o de seguir las en Facebook o Twitter? ¿Piensan que el atractivo exterior, su talla o la popularidad tengan

el más mínimo efecto en lo que valen para Aquél que creó el universo?

Él las ama no sólo por quienes son hoy en día, sino por la persona de gloria y luz que tienen el potencial y el deseo de llegar a ser.

Más de lo que puedan imaginar, Él quiere que logren su destino: volver al hogar celestial con honor.

Testifico que la manera de lograrlo es poner sus deseos egoístas y ambiciones indignas sobre el altar del sacrificio y del servicio. Hermanas, confíen en el poder Salvador de Jesucristo; guarden Sus leyes y mandamientos. En otras palabras: vivan el Evangelio con gozo.

Ruego que sientan en su vida una medida amplia y renovada del bello amor de Dios; que encuentren la fe, la determinación y el cometido de aprender los mandamientos de Dios, de atesorarlos en el corazón y de vivir el Evangelio con gozo.

Les prometo que si lo hacen, descubrirán lo mejor de ustedes mismas, su *verdadero* yo. Descubrirán lo que en verdad significa ser una hija del Dios Eterno, el Señor de toda rectitud. De ello testifico y les dejo mi bendición como apóstol del Señor; en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Dios no sólo es nuestro Gobernante y Creador, sino que es también nuestro Padre Celestial. Todos los hombres y las mujeres son literalmente hijos e hijas de Dios. El presidente Joseph F. Smith enseñó que “el hombre, como espíritu, fue engendrado por padres celestiales, nació de ellos y se crió hasta la madurez en las mansiones eternas del Padre antes de venir a la tierra en un cuerpo [físico] temporal” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, 1998, pág. 360).
2. Doctrina y Convenios 132:19.
3. Doctrina y Convenios 132:21–22, 24.
4. Véase Isaías 55:9.
5. Véase Moisés 1:39.
6. Doctrina y Convenios 59:23.
7. Mosíah 18:9.
8. Alma 32:42.



Sobral, Brasil

Índice de relatos de la conferencia

La siguiente lista de experiencias selectas de los discursos de la conferencia general se pueden usar en el estudio personal, para la noche de hogar y para otra enseñanza. El número indica la primera página del discurso.

DISCURSANTE	RELATO
Neil L. Andersen	(28) Neil L. Andersen fortalece el testimonio de un ex misionero sobre José Smith.
M. Russell Ballard	(89) Un guía experto advierte a los navegadores de rápidos que “permanezcan en el bote” mientras se preparan para el viaje por los rápidos.
David A. Bednar	(107) Después de que le curaron una pequeña herida, el hijo de David A. Bednar trata de curar a sus amigos con el mismo tratamiento.
Linda K. Burton	(111) Un misionero de tiempo completo termina su misión con un espíritu refinado después de brindar el corazón, alma, mente y fuerza al Señor.
Tad R. Callister	(32) La madre de Ben Carson hace que la vida de él cambie por completo. Una jovencita libanesa aprende el Evangelio por medio de su madre. Los padres de Tad R. Callister le enseñan el Evangelio.
Craig C. Christensen	(50) Varios diáconos cuentan por qué admiran al presidente Monson. Craig C. Christensen obtiene un testimonio al estudiar el Libro de Mormón.
D. Todd Christofferson	(16) El rey Enrique V le dice a sus hombres que cada uno es dueño de su propia alma. Un hombre que se niega a cuidar de sí mismo deja que lo lleven al cementerio.
Quentin L. Cook	(46) Lucy, de la historieta cómica <i>Peanuts</i> , pone excusas por dejar caer las pelotas elevadas. Un hombre joven toma decisiones que no van de acuerdo con las metas de servir en una misión y casarse en el templo. La visita a un entrenador de la universidad confirma la decisión de Quentin L. Cook de seguir el consejo de su padre.
Dean M. Davies	(53) La Iglesia y los miembros en Filipinas rescatan a miembros y no miembros luego de un tifón devastador.
Cheryl A. Esplin	(12) Una líder de las Mujeres Jóvenes aprende sobre el poder habilitador de la Santa Cena. Un hombre de 96 años asiste a la Iglesia para participar de la Santa Cena.
Henry B. Eyring	(59) Un nuevo converso ayuda al joven Henry B. Eyring y a su hermano a prepararse para el servicio en el sacerdocio. El padre y obispo de Henry B. Eyring demuestra confianza en él al pedir su ayuda. Un compañero mayor de orientación familiar le demuestra confianza al hijo de Henry B. Eyring. (70) La madre de Henry B. Eyring ora para que él escuche la palabra de Dios en el consejo que ella le da. Los líderes de la Iglesia en Idaho, EE. UU., reciben revelación para ayudar a las víctimas de la inundación. La esposa de un hombre que recibe el poder para sellar sabe, por revelación, que Dios ha llamado a su esposo.
Eduardo Gavarret	(37) Como misionero de tiempo completo, Eduardo Gavarret aprende una lección acerca de seguir la voz del Salvador. Los padres y hermanos de una joven de 14 años en Uruguay siguieron su ejemplo y se unieron a la Iglesia. Los padres de Eduardo Gavarret aceptan a los misioneros y su mensaje.
Carlos A. Godoy	(96) Para recibir las bendiciones prometidas en la bendición patriarcal, Carlos A. Godoy, junto con el apoyo de su esposa, continúa su preparación académica.
Robert D. Hales	(80) El joven Robert D. Hales obtiene un testimonio a medida que aprende sobre Dios por medio de sus padres, los maestros, las Escrituras y el Espíritu Santo.
Jeffrey R. Holland	(40) Thomas S. Monson regresa de Alemania en pantuflas después de regalar sus zapatos, su segundo traje y sus camisas.
Larry S. Kacher	(104) Larry S. Kacher y su esposa quedan atrapados en la contracorriente; sin embargo, llegan a la costa gracias a la intervención divina. Dos hombres toman decisiones que alejan a sus familias de la Iglesia. Los suegros de Larry S. Kacher bendicen su posteridad al vivir el Evangelio y enseñarlo a sus hijos.
Jörg Klebingat	(34) Jörg Klebingat le aconseja a una hermana de la Misión Ucrania Kiev que no deje que sus debilidades la inmovilicen.
Neill F. Marriott	(117) Cuando Neill F. Marriott sale del templo, tiene la convicción de que puede confiar en el Salvador. La hija de Neill F. Marriott anima a la familia a orar cuando el hijo pequeño de la familia se pierde en un parque. Novecientas Mujeres Jóvenes en Alaska recitan de memoria “El Cristo Viviente”.
Hugo E. Martínez	(102) El presidente Monson ministra a un padre cuya hija está enferma. Los hermanos traen agua a la familia Martínez después del huracán.
Thomas S. Monson	(67) Un torpedo le pega al buque de guerra <i>Bismarck</i> , y lo deja incapaz de seguir el curso trazado. (86) Los miembros de la Iglesia en Canadá visitan el hogar de una pareja inmigrante alemana para participar del espíritu apacible que se siente allí.
Russell M. Nelson	(74) Después de operar al presidente Spencer W. Kimball, Russell M. Nelson recibe un testimonio de que el presidente Kimball llegará a ser el profeta.
Dallin H. Oaks	(25) Gracias a la paciencia y la bondad de la esposa, el esposo no miembro decide bautizarse.
Allan F. Packer	(99) Al concentrarse en hachar leña, el joven Allan F. Packer se olvida de quitar la funda del hacha.
Boyd K. Packer	(6) Una mujer se da cuenta de que el Salvador ya ha pagado por el terrible mal cometido en su contra.
L. Tom Perry	(43) El nieto del presidente Harold B. Lee le recuerda a la madre la importancia de orar antes de acostarse.
Lynn G. Robbins	(9) El presidente Boyd K. Packer le pregunta a Lynn G. Robbins hacia dónde mira, para recordarle que él representa al profeta ante el pueblo.
Jean A. Stevens	(114) Los padres de Jean A. Stevens se arraigan profundamente a sus convenios y su amor por el Señor. Las Mujeres Jóvenes se preparan para los convenios del templo.
Dieter F. Uchtdorf	(56) Un hombre se obsesiona por un simple diente de león en el jardín del vecino. Un ladrón de bancos se pone jugo de limón en la cara creyendo que lo hará invisible. En un barrio de la Iglesia que aparentemente es fuerte, 11 matrimonios terminan en divorcio. (120) Las maestras visitantes ayudan a una madre soltera que lidia con dos niños enfermos.



El presidente Thomas S. Monson habla durante la sesión del sábado por la tarde de la conferencia general.

“Dos días gloriosos de mensajes inspirados”

Al finalizar la Conferencia General Semestral número 184, el domingo 5 de octubre de 2014, el presidente Thomas S. Monson dijo: “...hemos vivido dos días gloriosos de mensajes inspirados”.

Esos mensajes incluyeron temas como la importancia de adquirir un testimonio que les permitirá sobrelevar todas las situaciones; seguir el sendero del Salvador y llegar a ser un discípulo devoto; seguir y sostener a los profetas; usar el albedrío con sabiduría; y hacer que el hogar sea un lugar de amor, protección, ejemplo y aprendizaje del Evangelio.

En sus palabras de apertura el día sábado, el presidente Monson señaló que la Iglesia sigue creciendo. “Contamos ahora con más de 15 millones de miembros y nuestros números aumentan”, dijo. “Nuestra labor misional sigue adelante sin obstáculos. Más de 88.000 misioneros prestan servicio, compartiendo el mensaje del Evangelio por todo el mundo”.

En la sesión del sábado por la tarde, se relevó y se dio estatus de autoridades eméritas a los élderes

Carlos H. Amado y William R. Walker. Se relevó a los élderes Arayik V. Minasyan y Gvido Senkans como Setentas de Área.

Por primera vez en una conferencia general, algunos oradores cuyo idioma materno no es el inglés dieron sus discursos en su lengua materna. El élder Chi Hong (Sam) Wong habló en cantonés, el élder Eduardo Gavarret y el élder Hugo E. Martínez en español, y el élder Carlos A. Godoy en portugués.

El público llenó los 21.000 asientos del Centro de Conferencias y las áreas de extensión en la Manzana del Templo para cada una de las sesiones de la conferencia, las cuales se transmitieron en 90 idiomas y a más de 170 países y territorios. Además, las sesiones estuvieron disponibles por televisión, radio, transmisiones vía satélite e internet, incluso en los dispositivos móviles. Esta conferencia marca el aniversario número 90 de las transmisiones de la conferencia por radio y el aniversario número 65 de las transmisiones por televisión. ■

Película sobre José Smith ahora en Hulu

Millones de personas pueden ver ahora una película producida por la Iglesia en honor del profeta José Smith. *José Smith: El Profeta de la Restauración*, una película que relata la vida y el legado del Profeta, ahora se puede ver gratuitamente en Hulu, un sitio web que ofrece videos mediante transmisión por secuencia.

La película es la primera producida por la Iglesia que se incluye en un canal de distribución importante y exclusivo, en el que unos cuatro millones de abonados pueden ver videos por demanda, mediante transmisión por secuencia, a través de Roku, Apple TV, Xbox, PlayStation, teléfonos inteligentes y tabletas con conexión a internet. El hecho de que la película esté en Hulu no sólo hace que sea más accesible para los miembros de la Iglesia, sino que también permite que más personas que no son SUD la vean y obtengan mayor información sobre la Iglesia.

Los miembros que vean la película, hagan comentarios y la evalúen pueden ayudar a que otras personas la encuentren más fácilmente. ■

La cantidad de los templos sigue en aumento

“Cuando todos los templos anunciados se terminen, tendremos 170 templos en operación alrededor del mundo”, declaró el presidente Thomas S. Monson durante la Conferencia General de octubre de 2014. “Aunque actualmente estamos concentrando nuestros esfuerzos en completar los templos previamente anunciados, y no anunciaremos ningún templo nuevo en un futuro inmediato, seguiremos el proceso de determinar las necesidades y de encontrar ubicaciones para la construcción de templos en los años venideros”.

Cuando el presidente Monson rededicó el Templo de Ogden, Utah, en septiembre de 2014, el número de templos en funcionamiento de la Iglesia en todo el mundo alcanzó los 143.

El Templo de Fort Lauderdale, Florida, fue dedicado en mayo de 2014 por el presidente Dieter F. Uchtdorf, Segundo Consejero de



El Templo de Ogden, Utah, fue rededicado el 21 de septiembre de 2014.

la Primera Presidencia. El Templo de Phoenix, Arizona, será dedicado el 16 de noviembre de 2014, y en 2015 se dedicarán o rededicarán al menos cinco templos más. ■

“RECURSOS PARA MINISTRAR” DISPONIBLE PARA LOS CONSEJOS

Los miembros de los consejos de estaca y de barrio pueden acceder ahora a una nueva página web de la Iglesia llamada “Recursos para ministrar”, disponible en ministrar.lds.org, a fin de ayudar a las personas y a las familias con sus necesidades temporales y espirituales, incluso los asuntos difíciles y delicados. Mediante su cuenta LDS Account, pueden acceder a esta página las personas que tengan llamamientos vigentes en los consejos de estaca y de barrio.

Los recursos que previamente estaban disponibles solamente para los obispos y los presidentes de estaca se han actualizado y ampliado con guía específica sobre formas de ayudar a las víctimas de abuso, a personas que luchan contra las adicciones, futuros padres solteros, personas involucradas en la pornografía, personas que sienten atracción hacia otras del sexo opuesto y aquellos que experimentan dificultades económicas y laborales.

Bajo la dirección del obispo, los consejos de barrio pueden usar “Recursos para ministrar” para deliberar en consejo en beneficio de las personas y las familias que viven dentro de los límites de su barrio. ■

FOTOGRAFÍA POR SARAH JANE WEAVER, CHURCH NEWS

Enseñanzas para nuestra época

De noviembre de 2014 a marzo de 2015, las lecciones del cuarto domingo del Sacerdocio de Melquisedec y de la Sociedad de Socorro deben prepararse con uno o más de los discursos dados en la Conferencia General de octubre de 2014. En abril de 2015, se podrán seleccionar discursos tanto de la Conferencia General de octubre de 2014 así como de la de abril de 2015. Los presidentes de estaca y de distrito

deben elegir los discursos que se utilizarán en las unidades que supervisan, o podrán asignar esa responsabilidad a los obispos y a los presidentes de rama.

Se anima a las personas que asistan a las lecciones del cuarto domingo a estudiar los discursos seleccionados con anticipación. Los discursos de la conferencia están disponibles en muchos idiomas en conference.lds.org. ■



AYUDA DISPONIBLE PARA LOS AFECTADOS POR LA ADICCIÓN DE UN SER QUERIDO

Los cónyuges y las familias que han sido afectados por la conducta adictiva de un ser querido pueden acudir a una nueva guía en línea para buscar ayuda, esperanza y sanación.

La Guía de apoyo para el cónyuge y los familiares, que se encuentra disponible en inglés en AddictionRecovery.lds.org, se ha creado con la finalidad de ayudar a los cónyuges y los familiares de los adictos a superar las dificultades que experimentan debido a la conducta adictiva de sus seres queridos que consumen drogas, alcohol u otras sustancias nocivas o participan de la pornografía u otras prácticas perjudiciales. Además del inglés, el sitio pronto estará disponible en español, alemán, chino, coreano, francés, italiano, japonés, portugués y ruso.

La guía se ha dividido en 12 secciones dedicadas a cómo sanar, aumentar la esperanza y encontrar fortaleza por medio de Jesucristo.

Proporciona muchas sugerencias prácticas, como por ejemplo: la forma de establecer límites y normas, de abordar la adicción y la recuperación con un ser querido, y cómo reaccionar ante una recaída.

La guía se utiliza en las conversaciones que se mantienen en las reuniones confidenciales de los grupos de apoyo a cónyuges y familiares que ofrece Servicios para la Familia SUD. También puede estudiarse individualmente, y los líderes de la Iglesia pueden usarla al hacer entrevistas y dar consejo. ■

FOTOGRAFÍA POR SCOTT G. WINTERTON, DESERET NEWS



Jóvenes adultos escuchan un discurso de un devocional en el Centro Marriott de la Universidad Brigham Young, en Provo, Utah, EE.UU.

Cambios en los devocionales para los jóvenes adultos a partir de enero

La Primera Presidencia y la Mesa Directiva de Educación de la Iglesia han anunciado cambios en la frecuencia, la ubicación y la publicación de los devocionales para los jóvenes adultos, que entrarán en vigor en enero de 2015. Entre los cambios se incluyen los siguientes:

Nombre: Devocional mundial para Jóvenes Adultos: Una velada con (nombre del orador).

Frecuencia: Tres veces al año: el segundo domingo de enero, el primer domingo de mayo y el segundo domingo de septiembre.

Audiencia: Se invitará a asistir a todos los jóvenes adultos, tanto los casados como los solteros. También se invitará a asistir a los alumnos que están terminando la escuela secundaria o su equivalente.

Ubicaciones: Los devocionales de enero tendrán lugar en la Universidad Brigham Young, en Provo, Utah; en BYU-Idaho o en BYU-Hawái. Los devocionales de mayo tendrán lugar en el Centro de Conferencias de Salt Lake City o en otros lugares de las Oficinas Generales de la Iglesia. Los devocionales

de septiembre tendrán lugar en otros lugares de los Estados Unidos.

Publicación: Sólo unos días después de cada devocional, los discursos estarán disponibles en formato de texto, audio y video, en inglés, en LDS.org y en la aplicación Biblioteca del Evangelio, en una nueva colección para los jóvenes adultos. Posteriormente se añadirán otros idiomas. En la *Liahona* se incluirán resúmenes de los discursos. Asimismo, se publicarán diversas citas textuales, citas con imágenes (memes) y segmentos de video, en vivo y después del devocional, en los canales de las redes sociales de la Iglesia y también en las páginas de las redes sociales del orador.

La Primera Presidencia seguirá seleccionando a los oradores entre las Autoridades Generales y los oficiales generales de la Iglesia.

Los cambios se anunciaron a los jóvenes adultos durante el devocional del SEI del 2 de noviembre de 2014, y a los líderes del sacerdocio en una carta de la Primera Presidencia, con fecha del 28 de agosto de 2014, que incluía los horarios de transmisiones de 2015. ■

LDS Charities proporciona ayuda

Desde los primeros días de la Restauración, se conoce a los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días por su determinación de tender una mano a las personas que sufren y socorrerlas.

En los últimos años, los miembros de la Iglesia y otras personas han proporcionado, mediante generosas contribuciones, los medios para que los programas de los Servicios Humanitarios de la Iglesia puedan bendecir la vida de personas en todo el mundo. Sólo en 2013, los programas humanitarios SUD ayudaron a más de 10,5 millones de personas en 130 países.

Esta labor abarca desde el proporcionar consuelo y artículos básicos para la vida hasta el suministro de agua potable, capacitación de parteras y médicos para salvar la vida de miles de recién nacidos, y el suministro de sillas de ruedas. Además, la Iglesia presta ayuda con atención oftalmológica, capacitación, vacunas y cultivo de alimentos nutritivos en las comunidades.

Ayuda a los refugiados

La Iglesia ha hecho un esfuerzo constante y considerable por ayudar a los refugiados, así como a otras personas que sufren debido a los conflictos y la escasez de alimentos. Recientemente:

- La Iglesia donó miles de tiendas de campaña y alimentos básicos a familias de Chad, y construyó pozos con bombas manuales, letrinas y edificios de duchas en campamentos de refugiados de Burkina Faso.
- En Jordania, Siria, Líbano, Irak y la región del Kurdistán, LDS Charities está distribuyendo paquetes de alimentos, mantas, material médico,

estuches de higiene, ropa de cama y ropa de invierno. En Irak y la región del Kurdistán se han suministrado sillas de ruedas y otros equipos de movilidad a personas heridas en conflictos.

- En Gaza se donaron al hospital central productos farmacéuticos, material médico y leche en polvo.
- En Israel se donó un equipo de ultrasonido a un centro médico.
- En Ucrania y Rusia, la Iglesia ha colaborado con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo en el suministro de alimentos, ropa de cama, prendas de vestir y artículos de higiene personal para 30.000 personas desplazada debido a los disturbios civiles.

LDS Charities se esfuerza por mantener su neutralidad política y por ayudar a personas de cualquier fe.

Labor de socorro

La Iglesia responde también cuando se producen catástrofes naturales.

- En Sierra Leona y Liberia, la Iglesia ha usado la ayuda de 1.600 voluntarios locales para proporcionar capacitación sobre cómo evitar el ébola y ha suministrado alimentos y material básico médico y de saneamiento.
- Tras las inundaciones provocadas por un intenso monzón en Pakistán y la India, la Iglesia proporcionó alimentos, estuches de higiene y material médico.
- En Tonga, un ciclón destruyó cientos de viviendas, entre ellas las de 166 familias de miembros. Los miembros ayudarán en la reconstrucción de sus viviendas. Reciben capacitación sobre la construcción de su propio refugio y luego se les pide que ayuden al menos a cuatro personas más a construir el suyo. La Iglesia también está restaurando cultivos y proporcionando capacitación sobre jardinería doméstica.
- En México, cuando un huracán dañó o destruyó miles de viviendas, los líderes locales de la Iglesia

SARAH JANE WEAVER, CHURCH NEWS



El presidente del Distrito Amán, Jordania, y su hija visitan a refugiados.

proporcionaron alimentos y agua a los miembros afectados, y la Iglesia colaboró con el gobierno estatal en el suministro de paquetes de alimentos.

Lo que usted puede hacer

Las donaciones al Fondo de ayuda humanitaria permiten que la Iglesia pueda responder inmediatamente a las crisis. Además, independientemente del lugar en el que vivan, los miembros pueden demostrar amor cristiano, prestar servicio y desarrollar respeto por todas las personas. El prestar atención a los refugiados y los inmigrantes de nuestras comunidades, o a quienes se enfrentan a una catástrofe personal, y ofrecerles amistad, interés y un entorno acogedor, constituyen un acto cristiano que nunca será en vano.

Mediante su organización humanitaria, la Iglesia se esfuerza por poner en práctica el consejo del presidente Thomas S. Monson: “Podemos fortalecernos los unos a los otros; tenemos la capacidad de prestar atención a aquellos que hayan quedado en el olvido. Cuando tenemos ojos que ven, oídos que escuchan y corazones que comprenden y sienten, podemos tender una mano y rescatar” (“El llamamiento a servir”, *Liahona*, enero de 2001, pág. 58). ■



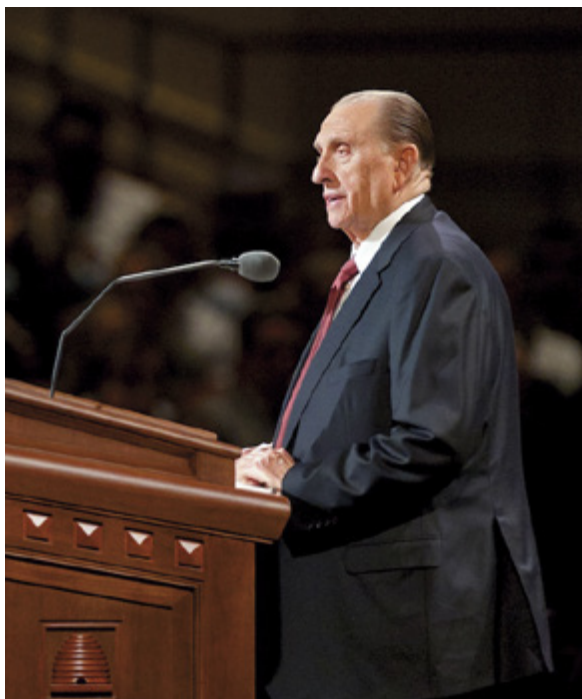
Oración sagrada, por Linda Curley Christensen

El profeta José Smith escribió en cuanto a la experiencia que tuvo a los 14 años en la Arboleda Sagrada:

“... me retiré al bosque... la mañana de un día hermoso y despejado, a principios de la primavera de 1820... en medio de toda mi ansiedad, hasta ahora no había procurado orar vocalmente.

“... mirando a mi alrededor y encontrándome solo, me arrodillé y empecé a elevar a Dios el deseo de mi corazón”

(José Smith—Historia 1:14–15).



“Cuando nos esforzamos por colocar a Cristo en el centro de nuestra vida al aprender Sus palabras, seguir Sus enseñanzas y recorrer Su senda, Él ha prometido compartir con nosotros la vida eterna, por la cual dio su vida”, dijo el presidente Thomas S. Monson durante la Conferencia General Semestral número 184 de la Iglesia. “No hay mayor propósito que éste: escoger aceptar Su disciplina, llegar a ser Sus discípulos y hacer Su obra a lo largo de nuestra vida. Ninguna otra cosa, ninguna otra elección, podrá transformarnos en lo que Él nos puede convertir”.

LA IGLESIA DE
JESUCRISTO
DE LOS SANTOS
DE LOS ÚLTIMOS DÍAS